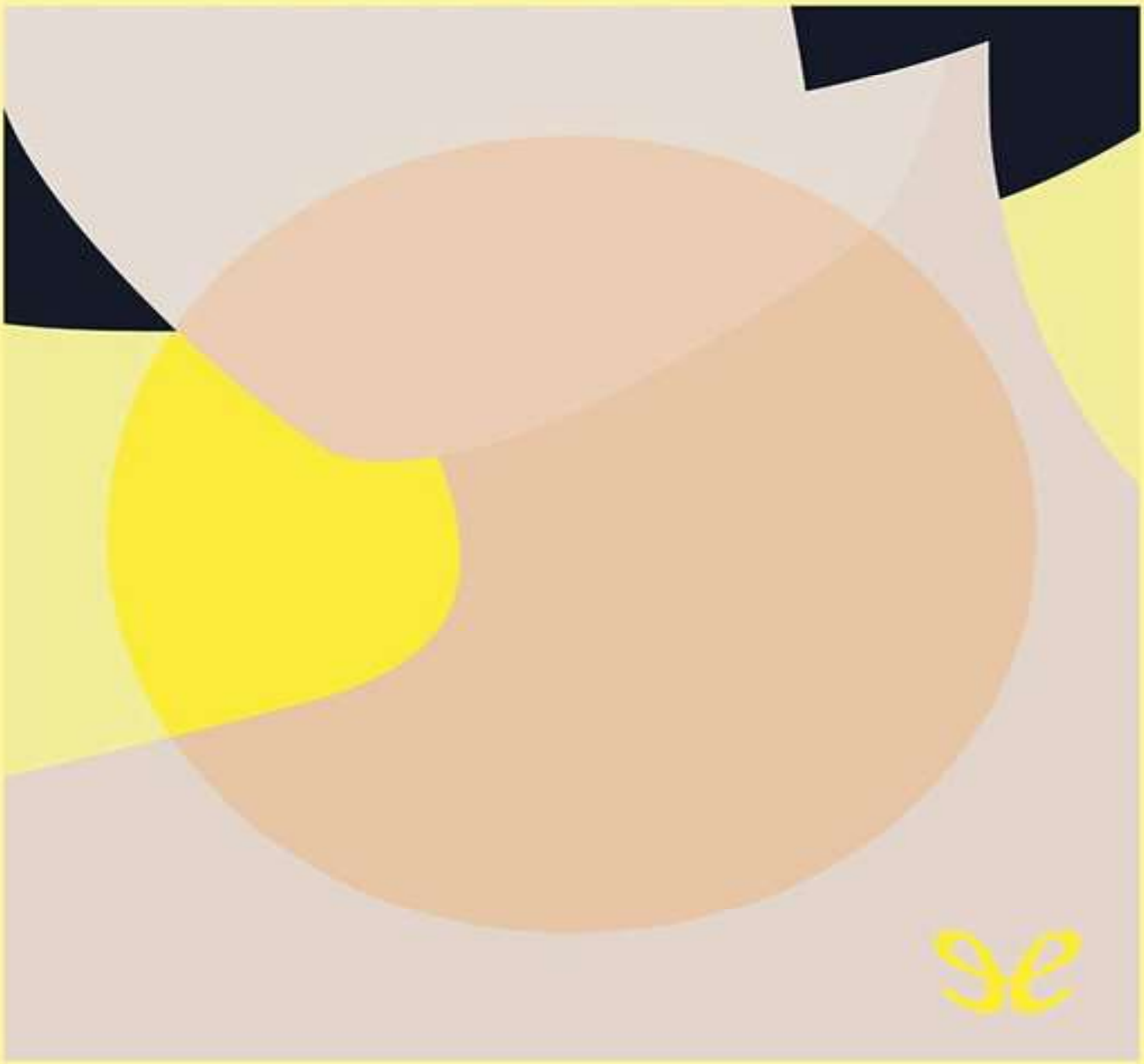
KAZUO ISHIGURO

Klara y el Sol



La esperada novela de Kazuo Ishiguro tras el Premio Nobel. Una historia de ciencia ficción que indaga en lo que nos hace humanos.

Klara es una AA, una Amiga Artificial, especializada en el cuidado de niños. Pasa sus días en una tienda, esperando a que alguien la adquiera y se la lleve a una casa, un hogar. Mientras espera, contempla el exterior desde el escaparate. Observa a los transeúntes, sus actitudes, sus gestos, su modo de caminar, y es testigo de algunos episodios que no acaba de entender, como una extraña pelea entre dos taxistas. Klara es una AA singular, es más observadora y más dada a hacerse preguntas que la mayoría de sus congéneres. Y, como sus compañeros, necesita del Sol para alimentarse, para cargarse de energía… ¿Qué le espera en el mundo exterior cuando salga de la tienda y se vaya a vivir con una familia? ¿Comprende bien los comportamientos, los repentinos cambios de humor, las emociones, los sentimientos de los humanos?

Esta es la primera novela de Kazuo Ishiguro tras ser galardonado con el Premio Nobel. En ella vuelve a jugar con la ciencia ficción, como ya hizo en *Nunca me abandones*, y nos regala una deslumbrante parábola sobre nuestro mundo, como también ofreció en *El gigante enterrado*. Emergen en estas páginas su más que probada potencia fabuladora, la exquisitez de su prosa rebosante de matices y esa capacidad única para explorar la esencia del ser humano y lanzar preguntas turbadoras: ¿qué es lo que nos define como personas? ¿Cuál es nuestro papel en el mundo? ¿Qué es el amor?…

Narrada por la curiosa e inquisitiva Klara, un ser artificial que se hace preguntas muy humanas, la novela es un deslumbrante *tour de force* en el que Ishiguro vuelve a emocionarnos y a abordar temas de calado que pocos narradores contemporáneos osan afrontar.



Kazuo Ishiguro

Klara y el sol

ePub r1.0
Titivillus 08-03-2021

Título original: *Klara and the Sun*
Kazuo Ishiguro, 2021
Traducción: Mauricio Bach
Imagen de cubierta: Maria Diamantes

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



En memoria de mi madre,
Shizuko Ishiguro
(*1926-2019*)

Primera parte

Cuando Rosa y yo éramos nuevas, nos colocaron en la parte central de la tienda, en el lado de la mesa de las revistas, y eso nos permitía tener vistas a través de algo más de la mitad del escaparate. De modo que veíamos el exterior: los empleados de las oficinas siempre con prisas, los taxis, los corredores, los turistas, Mendigo y su perro, la parte inferior del Edificio RPO. Cuando ya llevábamos cierto tiempo en la tienda, Gerente nos permitía acercarnos a la parte delantera, justo detrás del escaparate, y desde allí podíamos ver lo alto que era el Edificio RPO. Y si estábamos allí en el momento adecuado, podíamos ver cómo se desplazaba el Sol desde los tejados de los edificios de nuestro lado de la calle hacia la acera del Edificio RPO.

Cuando tenía la suerte de poder verlo así, echaba la cara hacia delante para absorber toda la energía posible, y si Rosa estaba a mi lado, le decía que hiciera lo mismo. Pasados uno o dos minutos, teníamos que regresar a nuestros puestos, y en la época en que éramos nuevas eso nos inquietaba, porque desde la parte central de la tienda a menudo no alcanzábamos a ver el Sol y eso significaba que cada vez estaríamos más débiles. Chico AA Rex, que en aquel entonces ocupaba un lugar pegado a nosotras, nos dijo que no teníamos por qué preocuparnos, porque el Sol tenía mecanismos para llegar hasta nosotras estuviéramos donde estuviésemos. Señaló los listones de madera del suelo y dijo:

—Ahí hay una mancha de Sol. Si os preocupa, basta con que pongáis la mano y os cargaréis de energía de inmediato.

No había ningún cliente cuando nos dijo esto y Gerente estaba ocupada arreglando algo en los Estantes Rojos y yo no quería molestarla pidiéndole permiso. De modo que miré a Rosa y, cuando

ella me miró con aire inexpresivo, di dos pasos adelante, me agaché y acerqué ambas manos a la mancha de Sol en el suelo. Pero en cuanto mis dedos la tocaron, la mancha desapareció, y pese a todos mis intentos —golpeé con la palma de la mano el punto en el que había estado, y cuando esto no funcionó, froté los listones de madera del suelo con ambas manos—, no reapareció. Me reincorporé y Chico AA Rex me dijo:

—Klara, esto ha sido glotonería. Las Chicas AA siempre sois muy glotonas.

Pese a que entonces yo era nueva, pensé de inmediato que tal vez no hubiera sido culpa mía, que la mancha del Sol se había borrado por pura casualidad justo en el momento en que yo la estaba tocando. Pero Chico AA Rex permaneció con expresión seria.

—Klara, has cogido para ti todo el nutriente. Mira, nos hemos quedado casi a oscuras.

Era cierto que el interior de la tienda se había vuelto lúgubre. Incluso fuera, en la acera, la señal de prohibido aparcar sujeta a la farola tenía un aspecto grisáceo y apagado.

—Lo siento —le dije a Rex, y me volví hacia Rosa—: Lo siento. No pretendía absorberlo todo yo.

—Por tu culpa —se quejó Chico AA Rex—, esta noche me debilitaré.

—Me estás tomando el pelo —repliqué—. Estoy convencida.

—No te estoy tomando el pelo. Podría enfermar ahora mismo. ¿Y qué pasa con los AA de la parte trasera de la tienda? Ya están teniendo problemas. Y van a empeorar. Klara, has sido una glotona.

—No te creo —dije, pero ya no estaba tan segura. Miré a Rosa, pero mantuvo su rostro inexpresivo.

—Ya me empiezo a encontrar mal —aseguró Chico AA Rex. Y se inclinó un poco.

—Pero si acabas de decirlo tú mismo. El Sol siempre encuentra el modo de llegar hasta nosotros. Seguro que me estás tomando el pelo.

Al final logré autoconvencerme de que Chico AA Rex me estaba tomando el pelo. Pero la sensación que me quedó ese día fue que, sin yo pretenderlo, había empujado a Rex a sacar un tema incómodo, algo de lo que la mayoría de los AA de la tienda preferían no hablar. Y no mucho tiempo después, le sucedió aquello a Chico AA Rex, lo cual me hizo pensar que incluso si ese día estaba bromeando, una parte de él sí hablaba en serio.

Fue una mañana muy soleada y Rex ya no trabajaba a nuestro lado porque Gerente lo había trasladado a la hornacina de la parte delantera. Gerente siempre decía que cada posición estaba cuidadosamente pensada y que teníamos las mismas posibilidades de ser elegidos estuviéramos donde estuviésemos situados. Aun así, todos sabíamos que, al entrar en la tienda, la mirada del cliente en lo primero que se fijaba era en la hornacina de la parte delantera, y era obvio que Rex estaba encantado de que le hubiera llegado el turno de ocupar ese sitio. Lo observábamos desde la parte central de la tienda, con la barbilla alzada y el Sol dándole de lleno, y en cierto momento Rosa se inclinó hacia mí y me dijo:

—¡Oh, tiene un aspecto estupendo! ¡Seguro que no va a tardar en encontrar una casa!

Era el tercer día de Rex en la hornacina cuando entró en la tienda una niña con su madre. En aquel entonces, a mí todavía no se me daba muy bien calcular la edad, pero recuerdo que deduje que tendría trece y medio, y ahora creo que acerté. La madre trabajaba en alguna oficina y por los zapatos y el traje que llevaba se podía colegir que tenía un cargo importante. La niña se fue directa hacia Rex y se plantó ante él, mientras que la madre se acercó hacia donde estábamos nosotras, nos miró y siguió caminando hasta el fondo de la tienda, donde había dos AA sentados en la Mesa de Cristal, balanceando las piernas tal como Gerente les había dicho que hicieran. En un determinado momento, la madre llamó a la niña, pero esta hizo caso omiso y siguió contemplando la cara de Rex. Unos instantes después, estiró el brazo y pasó la mano por el brazo de Rex. Él, claro está, no dijo nada, se limitó a sonreír y

permaneció inmóvil, tal como nos habían dicho que debíamos hacer cuando un cliente mostraba especial interés por nosotros.

—¡Mira! —me susurró Rosa—. ¡Va a elegirlo! Está encantada con él. ¡Qué suerte tiene!

Le di un codazo para que se callara, porque nos podían oír.

Ahora fue la hija la que llamó a la madre y un momento después estaban ambas ante Chico AA Rex, mirándolo de arriba abajo; la niña, de vez en cuando, se acercaba y lo tocaba. Hablaban entre ellas en voz baja y en cierto momento oí que la niña decía: «Pero, mamá, es perfecto. Es precioso». Y unos instantes después refunfuñaba: «Oh, mamá, venga».

Para entonces Gerente ya se había colocado con sigilo detrás de ellas. Al final la madre se volvió hacia ella y le preguntó:

—¿Qué modelo es?

—Es un B2 —dijo Gerente—. Tercera serie. Para el niño adecuado, Rex puede ser un compañero perfecto. Creo que él en particular estimula en una persona joven el empeño en ser concienzudo y estudioso.

—Bueno, a esta jovencita eso desde luego le vendría de perlas.

—Oh, mamá, es perfecto.

—B2, tercera serie —dijo la madre—. Son los que tienen problemas de absorción solar, ¿verdad?

Lo dijo tal cual, delante de Rex, sin dejar de sonreír. Rex también continuó sonriendo, pero la niña se quedó desconcertada e iba mirando alternativamente a Rex y a la madre.

—Es cierto —explicó Gerente— que, al principio, los de la tercera serie presentaron algunas pequeñas disfunciones. Pero las informaciones al respecto se exageraron mucho. En entornos con niveles normales de luz, no dan ningún tipo de problema.

—He oído que la mala absorción solar puede generar problemas más serios —comentó la madre—. Incluso de comportamiento.

—Señora, con el debido respeto, los modelos de la serie tres han llenado de felicidad a muchos niños. A menos que viva usted en Alaska o bajo tierra, no tiene de qué preocuparse.

La madre siguió observando a Rex, hasta que al final negó con la cabeza y dijo:

—Lo siento, Caroline, entiendo que te guste. Pero no es para nosotras. Ya te encontraré otro que sea perfecto.

Rex continuó sonriendo hasta que las clientas se marcharon, y ni siquiera entonces mostró ninguna señal de estar triste. Pero luego recordé la broma que me había hecho y pensé que esas preguntas sobre el Sol, sobre la cantidad de nutriente que necesitábamos, le rondaban por la cabeza desde hacía tiempo.

Hoy, claro está, sé que Rex no era el único. Pero oficialmente esto no era así; cada uno de nosotros contaba con especificaciones que garantizaban que no podían afectarnos factores como nuestra ubicación en una habitación. Aun así, un AA podía sentirse aletargado después de unas horas alejado del Sol, y empezar a preocuparse porque algo en él no funcionaba bien, pensar que tenía algún defecto que le afectaba en exclusiva y que, si se evidenciaba, jamás encontraría una casa.

Ese era el motivo por el que poníamos tanto empeño en estar en el escaparate. A todos nos habían prometido que nos tocaría el turno, y todos ansiábamos que llegara ese momento. Ese interés tenía en parte que ver con lo que Gerente denominaba el «honor especial» de representar a la tienda hacia el exterior. Y, además, dejando de lado lo que dijera Gerente, sabíamos que teníamos muchas más posibilidades de ser elegidos si estábamos en el escaparate. Pero lo más importante, que todos teníamos muy claro sin hablar de ello, era el Sol y el nutriente que nos proporcionaba. En una ocasión Rosa sacó el tema hablando en voz baja, poco antes de que nos llegara el turno.

—Klara, ¿tú crees que en cuanto estemos en el escaparate recibiremos tanta energía que ya no volverá a faltarnos nunca más?

En aquel entonces yo todavía era muy nueva, de modo que no supe qué decirle, aunque yo me hacía la misma pregunta.

Por fin nos llegó el turno y una mañana Rosa y yo nos colocamos en el escaparate, poniendo especial cuidado en no tirar al suelo

ningún elemento del decorado, tal como les había pasado la semana pasada al par que nos precedió. La tienda, claro está, todavía no había abierto, y pensé que la persiana estaría completamente bajada. Pero cuando nos sentamos en el Sofá de Rayas, vi que había un pequeño espacio abierto entre el suelo y la persiana. —Gerente debía de haberla levantado un poco para comprobar si todo estaba listo para que nos colocáramos— y la luz del Sol creaba un rectángulo luminoso que subía hasta la plataforma y acababa en una línea recta justo delante de nosotras. No teníamos más que estirar un poco los pies para colocarlos en la zona cálida. Fue entonces cuando supe que, fuera cual fuera la respuesta a la pregunta de Rosa, íbamos a recibir todo el nutriente que pudiéramos necesitar durante mucho tiempo. Y en cuanto Gerente pulsó el botón y la persiana empezó a subir, quedamos cubiertas por una luz cegadora.

Debo confesar que siempre había tenido otro motivo para querer estar en el escaparate, que no tenía nada que ver con la energía del Sol o con la posibilidad de que me eligieran. A diferencia de la mayoría de los AA, a diferencia de Rosa, yo siempre deseé ver más el exterior, y verlo con todo detalle. De modo que en cuanto se alzó la persiana y comprobé que ahora tan solo un cristal se interponía entre la acera y yo, que podía verlo todo de cerca, un montón de cosas que antes solo había visto de forma muy parcial, eso me generó tal entusiasmo que durante un rato me olvidé del Sol y sus bondades.

Vi por primera vez que la fachada del Edificio RPO era de ladrillo y que no era blanca, como siempre había creído, sino amarillo claro. También pude comprobar que era todavía más alto —veintidós plantas— de lo que había imaginado y que cada una de las ventanas simétricas tenía su propia cornisa especial. Vi cómo el Sol había trazado una diagonal sobre el exterior del Edificio RPO, de tal modo que a un lado quedaba un triángulo que parecía casi blanco, mientras que el del otro lado se veía muy oscuro, pese a que ahora sabía que la fachada era amarillo claro. Y no solo podía ver todas y cada una de las ventanas hasta la azotea, también veía de vez en

cuando a gente en el interior del edificio, de pie, sentada o caminando de un lado a otro. En la calle, veía a los transeúntes, los diversos tipos de zapatos que calzaban, los vasos desechables, las mochilas, los perritos y, si quería, podía seguir con la mirada a cualquiera de ellos desde el paso de peatones hasta la segunda señal de prohibido aparcar, donde había un par de operarios encima de un desagüe, señalando algo. Podía ver también el interior de los taxis cuando se detenían para que la multitud pudiera cruzar por el paso de peatones: un conductor golpeteando el volante, un pasajero con gorra.

Fueron pasando las horas, el Sol nos caldeaba y a Rosa se la veía feliz. Pero también me fijé en que apenas observaba nada y mantenía la mirada fija en la primera señal de prohibido aparcar, la que teníamos justo delante. Solo cuando yo le señalaba algo, ella volvía la cabeza, pero enseguida perdía interés y volvía a mirar la acera y la señal.

Rosa solo desviaba la mirada cuando un transeúnte pasaba por delante del escaparate. En este caso, ambas hacíamos lo que Gerente nos había enseñado: sonreíamos de un modo «neutro» y fijábamos la mirada al otro lado de la calle, en un punto en mitad de la fachada del Edificio RPO. Resultaba muy tentador mirar de cerca a un transeúnte que se aproximaba, pero Gerente nos había explicado que era muy vulgar establecer contacto visual en ese momento. Solo cuando el transeúnte nos señalaba de un modo claro, o nos hablaba a través del cristal, podíamos interactuar, pero nunca antes.

Muchas de las personas que se detenían no estaban interesadas en nosotras para nada. Solo querían quitarse un momento una zapatilla deportiva para solucionar algo que les molestaba, o pulsar sus rectángulos. Aunque algunos sí que se acercaban al cristal y escrutaban el interior. Muchos de estos últimos eran niños, de la edad para la que nosotras estábamos especialmente indicadas, y parecían contentos de vernos. Un niño se acercaba entusiasmado, solo o con el adulto que lo acompañaba, nos señalaba, se reía, ponía

una cara rara, daba un golpecito en el cristal y nos saludaba con la mano.

De vez en cuando se acercaba un niño —y a los de ese tipo no tardé en aprender a observarlos simulando mirar el Edificio RPO— para echarnos un vistazo y reaccionaba con tristeza, en ocasiones con rabia, como si hubiéramos hecho algo mal. Los niños con ese comportamiento podían cambiar de actitud en un segundo y de pronto se reían o nos saludaban como los demás, pero después de nuestro segundo día en el escaparate aprendí a diferenciarlos enseguida.

Traté de comentárselo a Rosa, después de la tercera o cuarta aparición de uno de esos chicos, pero ella sonrió y me dijo:

—Klara, te preocupas demasiado. Estoy segura de que esa niña era muy feliz. ¿Cómo no iba a serlo en un día como este? Hoy toda la ciudad está contenta.

Pero al final de nuestro tercer día saqué el tema en una conversación con Gerente. Nos había elogiado, diciendo que habíamos lucido «hermosas y muy dignas» en el escaparate. En aquel momento las luces de la tienda ya estaban atenuadas y nosotras estábamos en la trastienda con los demás, todos apoyados contra la pared y algunos hojeando las revistas interesantes antes de dormir. Rosa estaba a mi lado y por la posición de sus hombros era evidente que ya estaba medio dormida. Así que cuando Gerente me preguntó si había disfrutado del día, aproveché la ocasión para comentarle lo de los niños tristes que se habían acercado al escaparate.

—Klara, eres increíble —me dijo Gerente, hablando en voz baja para no molestar a Rosa y los demás—. Te percatas de muchas cosas. —Negó con la cabeza como sin dar crédito, y añadió—: Lo que tienes que entender es que somos una tienda muy especial. Ahí fuera hay muchos niños a los que les encantaría poder escogerte a ti, o a Rosa, o a cualquiera de los que estáis aquí. Pero no les es posible. Sus familias no se lo pueden permitir. Por eso se acercan al

escaparate, soñando por un momento que pueden tenerte. Y entonces se ponen tristes.

—Gerente, ¿ese tipo de niños puede tener un AA en casa?

—Tal vez no. Desde luego no uno como tú. De modo que si a veces un niño te mira de forma rara, con amargura o tristeza, o dice algo desagradable a través del cristal, no le des muchas vueltas. Tan solo recuerda que si un niño hace eso lo más probable es que se sienta frustrado.

—Esos niños, sin un AA, seguro que se sentirán solos.

—Sí, eso también —dijo Gerente en voz baja—. Solos, sí.

Bajó la mirada y guardó silencio, de modo que esperé. De pronto sonrió, estiró el brazo y me quitó la revista interesante que estaba mirando.

—Buenas noches, Klara. Mañana actúa igual de bien que lo has hecho hoy. Y no lo olvides: tú y Rosa representáis a la tienda en toda la calle.

Había pasado ya más o menos la mitad de nuestra cuarta jornada en el escaparate cuando vi el taxi que aminoraba la velocidad y el conductor se asomaba por la ventanilla para que los otros taxistas le dejaran girar y llegar hasta el bordillo frente a la tienda. En cuanto plantó un pie en la acera, Josie ya me estaba mirando. Era pálida y delgada, y mientras se acercaba a nosotras, pude comprobar que caminaba de un modo distinto al resto de los transeúntes. No es que fuera lenta, pero parecía evaluar la situación después de cada paso para asegurarse de que seguía manteniendo el equilibrio y no se caería. Calculé que tenía catorce y medio.

En cuanto estuvo lo bastante cerca del escaparate como para que todos los peatones pasaran por detrás de ella, se detuvo y me sonrió.

—Hola —dijo a través del cristal—. Eh, ¿me oyes?

Rosa mantuvo la mirada fija en el Edificio RPO, tal como se suponía que debía hacer. Pero la niña se había dirigido a mí, de

modo que podía mirarla directamente, devolverle la sonrisa y hacer un gesto de asentimiento con la cabeza.

—¿En serio? —dijo Josie, aunque entonces, claro está, yo todavía no sabía cómo se llamaba—. Apenas logro oírme a mí misma. ¿De verdad me oyes?

Volví a asentir y ella negó con la cabeza como si estuviera muy impresionada.

—Guau.

Miró por encima del hombro —incluso este gesto lo hizo con precaución— el taxi del que acababa de bajarse. La puerta seguía como la había dejado, abierta ante la acera, y había dos siluetas inmóviles en el asiento trasero, hablando entre ellas y señalando algo más allá del paso de peatones. Josie parecía encantada de que sus adultos no se dispusieran a apearse de inmediato, y dio otro paso adelante hasta que la cara le quedó casi pegada al cristal.

—Te vi ayer —me dijo.

Repasé nuestra jornada precedente, pero no conseguí recordar a Josie, así que la miré sorprendida.

—Oh, no te sientas mal, es imposible que me vieras. Pasé con un taxi que no iba precisamente lento. Pero te vi en el escaparate y por eso le he pedido a mamá que nos detuviéramos aquí. —Volvió a mirar hacia atrás, poniendo el mismo cuidado—. Guau. Sigue hablando con la señora Jeffries. Vaya conversación más cara, ¿no te parece? El taxímetro sigue corriendo.

Observé entonces que, cuando sonreía, su rostro emanaba bondad. Pero, curiosamente, fue en ese mismo momento cuando me pregunté por primera vez si Josie sería uno de esos niños solitarios de los que Gerente me había hablado.

Josie miró a Rosa —que, muy diligente, seguía con la mirada clavada en el Edificio RPO— y comentó:

—Tu amiga es una monada. —Pero mientras hacía este comentario, ya me estaba mirando otra vez a mí. Siguió contemplándome en silencio varios segundos, y a mí me inquietó que sus adultos bajaran del taxi antes de que pudiera seguir

hablando conmigo. Pero entonces me dijo—: ¿Sabes qué? Tu amiga sería la amiga perfecta para ciertas personas. Pero ayer, cuando pasamos por delante del escaparate, te vi a ti y pensé: es ella, ¡la AA que estaba buscando! —Volvió a reírse—. Disculpa, quizá esto suene desconsiderado. —Se giró de nuevo hacia el taxi, pero las siluetas del interior no parecían tener intención de moverse de allí—. ¿Eres francesa? —me preguntó—. Pareces francesa.

Sonreí y negué con la cabeza.

—Vi a dos chicas francesas —comentó Josie— que vinieron a nuestra última reunión. Las dos llevaban el pelo como tú, cuidado y corto. Eran adorables. —Se quedó mirándome en silencio unos instantes y creí atisbar otra pequeña señal de tristeza, pero yo todavía era muy nueva y no estaba segura. De pronto se animó y me dijo—: Eh, ¿no tenéis calor todo el día aquí sentadas? ¿No necesitas beber un poco?

Negué con la cabeza y alcé las manos para indicar lo maravilloso que era el nutriente que nos proporcionaba el Sol que caía sobre nosotras.

—Ah, sí, no había caído. Os encanta estar al Sol, ¿verdad?

Volvió a girarse, esta vez para mirar las azoteas de los edificios. En ese momento el Sol resplandecía en la franja de cielo visible y Josie entrecerró los ojos de inmediato y se volvió hacia mí.

—No sé cómo lo hacéis. Me refiero a mirar hacia arriba sin deslumbraros. Yo no aguanto ni un segundo.

Se llevó una mano a la frente y de nuevo se dio la vuelta, esta vez no para dirigir la mirada hacia el Sol sino hacia lo alto del Edificio RPO. Pasados cinco segundos, volvió a mirarme.

—Supongo que desde donde estáis, el Sol debe ponerse por detrás de ese enorme edificio, ¿no es así? Por tanto, imagino que nunca llegáis a ver adónde va cuando se pone. Está claro que ese edificio se interpone siempre. —Echó un vistazo rápido para asegurarse de que los adultos seguían en el taxi y continuó—: Donde vivimos, nada se le interpone. Desde mi habitación se puede ver adónde va el Sol. El lugar exacto al que va por la noche.

Debí de poner cara de sorpresa. Y con el rabillo del ojo vi que Rosa, dejando a un lado la compostura, miraba a Josie pasmada.

—Aunque no puedo ver de dónde sale por la mañana —añadió Josie—. Las colinas y los árboles que hay delante me impiden verlo. Supongo que pasa como aquí. Siempre hay algún obstáculo por medio. Pero el atardecer es otra cosa. Por ese lado, adonde da mi habitación, todo es campo abierto y desnudo. Si vienes a vivir con nosotras ya lo verás.

Uno de los adultos y después el otro se apearon del taxi y se plantaron en la acera. Josie no los vio, pero quizá oyó algo, porque se puso a hablar más rápido.

—Te lo juro. Puedes ver el punto exacto por el que desaparece.

Los adultos eran mujeres, las dos vestidas con traje de trabajo de alto nivel. La más alta imaginé que sería la madre que Josie había mencionado, porque no le quitaba ojo ni siquiera mientras se besaba en las mejillas con su amiga. Después la amiga se alejó y desapareció entre los transeúntes y la Madre se volvió hacia nosotras. Y durante apenas un segundo sus penetrantes ojos dejaron de concentrarse en la espalda de Josie para posarse sobre mí, y yo de inmediato desvié la mirada y me puse a contemplar el Edificio RPO. Pero Josie volvía a dirigirse a mí a través del cristal, hablando en voz más baja pero todavía audible.

—Ahora me tengo que ir. Pero volveré pronto. Seguiremos hablando. —Y, casi en un susurró que apenas logré oír, añadió—: No te vas a ir, ¿verdad?

Negué con la cabeza y sonreí.

—Perfecto. Vale. Pues me despido. Pero solo de momento.

Para entonces la Madre ya estaba justo detrás de Josie. Tenía el cabello negro y era delgada, aunque no tanto como Josie o alguno de los corredores. Ahora estaba más cerca y le pude ver mejor la cara; estimé su edad en cuarenta y cinco. Como ya he comentado, en aquel entonces no era tan precisa calculando las edades, pero en este caso la estimación resultó ser más o menos correcta. Al verla a lo lejos me había parecido más joven, pero cuando la tuve más cerca

vi las arrugas alrededor de los labios y cierto agotamiento y fastidio en la mirada. También me fijé en que cuando se colocó detrás de Josie y estiró el brazo para tocarla, se produjo un momento de duda en que la mano quedó suspendida en el aire, casi a punto de retraerse, antes de alcanzar el hombro de su hija.

Se adentraron en la riada de transeúntes que iba en dirección a la segunda señal de prohibido aparcar, Josie con sus andares precavidos, con el brazo de su madre sobre el hombro. Una sola vez, antes de que las perdiera de vista, Josie se volvió y, aunque eso le entorpeció el ritmo al que caminaba, me dijo adiós con la mano.

Esa misma tarde, horas después, Rosa me dijo:

—Klara, ¿no te parece raro? Pensaba que cuando estuviéramos en el escaparate veríamos a un montón de AA pasando por la calle. A los que ya han encontrado casa. Pero no se ven muchos. Me pregunto por dónde andarán.

Esta era una de las grandes virtudes de Rosa. Se le pasaban por alto muchas cosas, e incluso cuando le señalaba algo, podía seguir sin ver qué tenía de especial o interesante. Pero de vez en cuando te hacía un comentario como este. En cuanto lo dijo, me di cuenta de que yo también esperaba ver desde el escaparate más AA paseando felices con sus niños o incluso ocupándose solos de algún asunto, y, aunque me negara a reconocerlo, también yo me había quedado sorprendida y algo decepcionada.

—Tienes razón —respondí, repasando la calle de derecha a izquierda—. Ahora mismo, entre todos los transeúntes, no hay ni un solo AA.

—¿Ese de allí no lo es? El que pasa por delante del Edificio de la Escalera de Incendios.

Las dos lo observamos con atención y negamos con la cabeza al unísono.

Pese a que fue ella la que sacó el tema de la presencia de AA en la calle, como de costumbre enseguida perdió todo el interés por el

asunto. Cuando por fin descubrí a un chaval y su AA pasando por delante del puesto de zumos de la acera del Edificio RPO, ella apenas se molestó en mirarlos.

Pero yo seguí dándole vueltas a lo que había comentado Rosa y, cada vez que veía pasar a un AA, me aseguraba de observarlo con atención. Y no tardé mucho en percatarme de algo curioso: siempre se veían más AA en la acera del Edificio RPO que en la nuestra. Y a menudo, si algún AA se acercaba a nosotras por nuestra acera, caminando con un niño desde donde estaba la segunda señal de prohibido aparcar, cruzaba por el paso de peatones para evitar pasar por delante de la tienda. Cuando los AA pasaban por delante del escaparate, casi siempre se comportaban de un modo extraño, aceleraban el paso y miraban hacia el otro lado. Me pregunté si nuestra presencia —la tienda en sí— los incomodaba. Me pregunté si a Rosa y a mí, cuando encontrásemos nuestras casas, nos incomodaría que algo nos recordara que no habíamos vivido siempre con nuestros niños, sino que habíamos pasado por la tienda. Pero por mucho que me esforzara, no podía imaginarnos ni a Rosa ni a mí teniendo esa actitud hacia la tienda, Gerente y el resto de los AA.

Entonces, mientras continuaba mirando hacia la calle, se me ocurrió otra posibilidad: que los AA no se sintieran avergonzados, sino temerosos. Se sentían inquietos, porque nosotras éramos modelos nuevos y ellos temían que sus niños no tardasen mucho en decidir que ya era hora de lanzarlos a la basura y reemplazarlos por un AA como nosotras. Por eso se mostraban tan incómodos al pasar cerca de la tienda y no querían mirar el escaparate. Y por eso veíamos a tan pocos AA por los alrededores. Por lo que sabíamos, la siguiente calle —la que quedaba detrás del Edificio RPO— estaba repleta de ellos. Por lo que sabíamos, los AA del exterior hacían todo lo posible por tomar cualquier otro camino que les evitase pasar por delante de la tienda, porque lo último que deseaban era que sus niños nos vieran y se acercasen al escaparate.

No le comenté nada de todo esto a Rosa. En lugar de eso, cada vez que veía a un AA por la calle, me preguntaba en voz alta si

serían felices con sus niños y su casa, y eso a Rosa le encantaba. Se lo tomó como una especie de juego, consistente en señalar y decir: «¡Mira, allí! ¿Lo ves, Klara? ¡Ese niño está encantado con su AA! ¡Oh, mira cómo se ríen juntos!»

Y desde luego había montones de parejas que parecían felices el uno con el otro. Pero a Rosa se le pasaban por alto muchas señales. A menudo señalaba entusiasmada a una pareja que pasaba, y al mirarlos yo me daba cuenta de que, aunque la niña sonreía a su AA, en realidad estaba harta de él y tal vez en ese preciso instante estaba pensando cosas horribles de él. Yo me percataba de este tipo de actitudes continuamente, pero no lo comentaba y dejaba que Rosa siguiera creyendo en sus ensueños.

En una ocasión, en la mañana de nuestro quinto día en el escaparate, vi dos taxis junto a la acera del Edificio RPO, que se movían con lentitud e iban tan pegados que alguien hubiera podido creer que eran un solo vehículo, una suerte de taxi doble. De pronto el que iba delante aceleró un poco y entre ambos apareció un hueco, y a través de ese espacio vi, en la acera más alejada del escaparate, a una niña de catorce años, con una camiseta estampada con un personaje de dibujos animados, que caminaba hacia el paso de peatones. Iba sin adultos y sin un AA, pero parecía segura de sí misma y algo impaciente, porque caminaba a la misma velocidad que los taxis. Conseguí no perderla de vista durante un rato, observándola a través del hueco entre los dos taxis. Hasta que de pronto el espacio se hizo más grande y descubrí que la acompañaba un AA —un Chico AA—, que la seguía tres pasos por detrás. Y entendí, en tan solo un instante, que él no caminaba detrás de ella por casualidad, sino que la chica había decidido que así era como iban a pasear siempre: ella delante y él unos pasos por detrás. El Chico AA lo había aceptado, pese a que otros transeúntes verían la escena y deducirían que la niña no lo apreciaba. Percibí la decepción en el modo de caminar del Chico AA y me pregunté cómo debía sentirse uno habiendo encontrado una casa pero sabiendo que tu niño no te quiere. Hasta que vi a esa pareja, no se me había

ocurrido que un AA podía estar con un niño que lo detestase y quisiera sacárselo de encima, y aun así verse obligado a seguir con él. En ese momento el taxi de delante aminoró la marcha por el paso de peatones y el de atrás se le acercó y dejé de ver a la niña. Seguí mirando por si reaparecían en el cruce, pero no los vi entre la multitud que cruzaba y los perdí de vista detrás de los taxis.

No hubiera cambiado a Rosa por nadie durante esos días en el escaparate, pero el tiempo que pasamos allí hizo aflorar nuestras diferentes actitudes. No se trataba de que yo estuviera más interesada en aprender sobre el mundo exterior que Rosa: ella también se mostraba, a su manera, entusiasmada y expectante, y tan ansiosa como yo por prepararse bien para ser una AA lo más amable y cariñosa posible. Pero yo cuanto más observaba, más quería aprender y, a diferencia de Rosa, me sentía perpleja y después cada vez más fascinada por las emociones más misteriosas que los transeúntes desplegaban ante nosotras. Me di cuenta de que, si no llegaba a comprender al menos algunas de estas cosas misteriosas, cuando llegara el momento no sería capaz de ayudar a mi niño tan bien como debería. De modo que empecé a observar con atención —en las aceras, en el interior de los taxis que pasaban, entre la multitud que esperaba a cruzar por el paso de peatones— el tipo de comportamientos sobre los que me convenía saber más.

Al principio quise que Rosa hiciera lo mismo que yo, pero enseguida me di cuenta de que era inútil intentarlo. En una ocasión, durante nuestro tercer día en el escaparate, cuando el Sol ya se había puesto por detrás del Edificio RPO, se detuvieron dos taxis junto a nuestra acera, los conductores se apearon y empezaron a pelearse. No era la primera vez que éramos testigos de una pelea: siendo todavía muy nuevas, nos apelotonamos con los demás ante el escaparate para ver cómo tres policías se enzarzaban en una pelea con Mendigo y su perro delante de su portal. Pero no fue una pelea muy violenta y después Gerente nos explicó que los policías

estaban preocupados por Mendigo, porque estaba borracho, y lo único que habían hecho era intentar ayudarlo. Pero los dos taxistas no eran como los policías. Se peleaban como si lo más importante para ellos fuera causarle el mayor daño posible al contrincante. Tenían el rostro retorcido en una mueca espantosa, hasta el punto de que si alguien los hubiera visto así por primera vez no pensaría que eran seres humanos; no paraban de arrearse puñetazos y se gritaban palabras hirientes. Los transeúntes al principio se quedaron tan impresionados que se apartaron, pero al cabo de un rato varios trabajadores de las oficinas y un corredor intervinieron para separarlos. Y aunque uno de ellos tenía el rostro ensangrentado, cada cual volvió a meterse en su taxi y regresó la normalidad. Incluso me fijé, un momento después, en que los dos taxis —los de los conductores que acababan de pelearse— estaban detenidos uno delante del otro en el mismo carril, esperando a que el semáforo se pusiera verde.

Pero cuanto traté de hablar con Rosa de lo que acabábamos de ver, ella me miró desconcertada y me dijo:

—¿Una pelea? Yo no la he visto, Klara.

—Rosa, es imposible que no te hayas percatado. Acaba de pasar delante de nuestras narices. Eran dos conductores.

—¡Ah, te refieres a los taxistas! Klara, no sabía que te referías a eso. Sí, claro que los he visto. Pero no me ha parecido que se estuvieran peleando.

—Rosa, por supuesto que se estaban peleando.

—Oh, no, solo lo fingían. Estaban jugando.

—Rosa, se estaban peleando.

—¡Klara, no seas absurda! Se te ocurren ideas muy raras. Estaban jugando. Y se lo estaban pasando bien, igual que los transeúntes.

Al final, me limité a decir:

—Tal vez tengas razón, Rosa.

Y no creo que ella volviera a pensar en el incidente.

Pero yo no me podía quitar de la cabeza con tanta facilidad a los dos taxistas. Elegía a alguna de las personas que caminaban por la acera, la seguía con la mirada y me preguntaba si también ella podía llegar a enfurecerse tanto como los taxistas. O trataba de imaginarme qué aspecto tendría un transeúnte con el rostro deformado por una mueca de rabia. Sobre todo —y esto Rosa jamás lo hubiera entendido— intentaba experimentar mentalmente lo que los taxistas habían sentido. Trataba de imaginarnos a Rosa y a mí enfadándonos tanto como para empezar a pelearnos de ese modo, buscando hacernos daño con golpes en el cuerpo. La idea me parecía ridícula, pero había visto a los taxistas hacerlo, así que traté de encontrar el detonante de este sentimiento en mi mente. Pero fue inútil, estas ideas siempre acababan provocándome risa.

Sin embargo, había otras cosas que observaba a través del cristal del escaparate —otro tipo de emociones que al principio no entendía — de las que sí acabé encontrando una versión en mí misma, aunque tal vez fueran como las sombras que dejan en el suelo las lámparas del techo cuando se apagan las luces. Eso fue, por ejemplo, lo que sucedió con la Mujer Taza de Café.

Fue dos días después de haber conocido a Josie. La mañana había sido muy lluviosa y los transeúntes caminaban cabizbajos, cubriéndose con paraguas y sombreros empapados. El Edificio RPO no había cambiado demasiado de aspecto bajo el aguacero, salvo por el detalle de que muchas de las ventanas se habían iluminado como si ya estuviera anocheciendo. A la izquierda de la fachada del Edificio de la Escalera de Incendios contiguo había una gran mancha húmeda, como si hubiera goteado algún tipo de zumo desde la esquina del tejado. Pero de pronto apareció el Sol entre las nubes y relució sobre la calle empapada y los techos de los taxis, y en cuanto lo vieron, los transeúntes salieron en masa, y entre el repentino ajetreo que se produjo vi al hombrecillo de la gabardina. Estaba en la acera del Edificio RPO y le adjudiqué setenta y un años. Agitaba la mano y gritaba, tan pegado al borde de la acera que temí que diera un paso hacia la calzada justo al pasar uno de los taxis. Gerente

estaba con nosotras en el escaparate en ese momento —estaba retocando el cartelito que había delante de nuestro sofá— y vio al hombre que agitaba la mano al mismo tiempo que yo. La gabardina que llevaba era marrón y el cinturón colgaba de un lado, casi hasta la altura del tobillo, pero no parecía darse cuenta y seguía agitando la mano y gritando hacia la acera de nuestro lado. Justo frente a la tienda se habían acumulado un montón de transeúntes, no para mirarnos, sino porque por un momento la acera estaba tan llena de gente que nadie podía moverse. De pronto algo cambio, la multitud se dispersó y vi ante nosotras, dándonos la espalda, a una mujer que miraba a través de los cuatro carriles de la calle por los que circulaban taxis hacia el hombre que agitaba la mano. No le veía la cara, pero le adjudiqué sesenta y siete años por la silueta y la postura. Le asigné el nombre de Mujer Taza de Café porque, de espaldas y con su grueso abrigo de lana, parecía ancha y redondeada como las tazas de café de cerámica colocadas boca abajo en los Estantes Rojos. Pese a que el hombre seguía agitando la mano y gritando, y que era obvio que ella ya lo había visto, no alzó la mano ni le respondió. Permaneció completamente inmóvil, incluso cuando se le acercaron dos corredores, que se separaron al pasar junto a ella y volvieron a reunirse una vez la dejaron atrás, produciendo pequeñas salpicaduras en la acera con sus zapatillas deportivas.

Unos instantes después, la mujer por fin se movió. Se dirigió hacia el cruce —siguiendo las indicaciones de los gestos del hombre —, primero con pasos lentos y después más rápido. Allí tuvo que detenerse para esperar, como los demás, a que el semáforo se pusiera verde, y el hombre paró de agitar la mano, pero no dejaba de mirarla muy nervioso, y yo volví a temer que pusiera un pie en la calzada delante de un taxi. Pero al final se tranquilizó y se dirigió hacia su lado del cruce para esperarla. Y cuando los taxis se detuvieron y la Mujer Taza de Café empezó a cruzar con los demás transeúntes, vi que el hombre alzaba el puño a la altura de uno de sus ojos, con el mismo gesto que había visto en algunos niños en la

tienda cuando se enfadaban. La Mujer Taza de Café llegó hasta el Edificio RPO y ella y el hombre se fundieron en un abrazo tan fuerte que parecían una sola persona enorme, y el Sol, que lo percibió, vertió sobre ellos su nutriente. Yo no alcanzaba a ver la cara de la Mujer Taza de Café, pero el hombre cerraba los ojos con fuerza y yo no estaba segura de si se mostraba muy feliz o muy disgustado.

—Esos dos parecen encantados de reencontrarse —comentó Gerente. Y entonces caí en la cuenta de que los había estado observando con la misma atención que yo.

—Sí, parecen muy felices —dije—. Pero resulta raro, porque al mismo tiempo también parecen disgustados.

—Oh, Klara —dijo Gerente en voz baja—. No se te pasa nada por alto, ¿verdad?

Gerente se quedó en silencio un buen rato, sosteniendo el cartelito en la mano y contemplando la calle, incluso cuando la pareja ya había desaparecido. Al final dijo:

—Tal vez hacía mucho que no se veían. Muchísimo tiempo. Tal vez la última vez que se abrazaron así todavía eran jóvenes.

—¿Gerente quiere decir que habían perdido el contacto?

Tardó unos instantes en responder.

—Sí —dijo por fin—, tiene que tratarse de esto. Habían perdido el contacto. Y ahora, quizá por casualidad, se han reencontrado.

El tono de voz de Gerente no era el habitual, y aunque seguía con los ojos fijos en el exterior, pensé que ya no estaba mirando nada en concreto. Incluso empecé a preguntarme qué pensarían los transeúntes al ver a Gerente con nosotras en el escaparate durante tanto tiempo.

De pronto se volvió y se abrió camino entre nosotras, y al hacerlo me tocó el hombro.

—A veces —me dijo—, en momentos especiales como ese, las personas sienten al mismo tiempo alegría y dolor. Klara, me alegro de que lo observes todo con tanta atención.

Cuando Gerente desapareció, Rosa dijo:

—Qué raro. ¿Qué habrá querido decir?

—No te preocupes, Rosa —le respondí—. Estaba hablando del exterior.

Entonces Rosa se puso a hablar de otra cosa, pero yo no dejaba de pensar en la Mujer Taza de Café y su Hombre de la Gabardina, y en lo que me había dicho Gerente. E intenté imaginarme cómo me sentiría si Rosa y yo, dentro de mucho tiempo, después de que cada una hubiera encontrado su casa, nos cruzáramos por casualidad en la calle. ¿Sentiría, como había dicho Gerente, dolor junto a la alegría del reencuentro?

Una mañana a principios de nuestra segunda semana en el escaparate, estaba hablando con Rosa sobre algo relacionado con la acera del Edificio RPO, pero me callé cuando de pronto vi a Josie plantada en la acera delante de nosotras. La Madre estaba a su lado. Esta vez no había ningún taxi detrás de ellas, aunque era posible que se hubieran apeado de uno y el vehículo se hubiese marchado sin que yo me percatase de nada, porque acababa de pasar un grupo de turistas entre el escaparate y el punto en el que estaban ellas. Pero ahora el número de transeúntes se había reducido y Josie me miraba sonriente. Su rostro —volví a pensar lo mismo— desprendía bondad cuando sonreía. Pero no podía acercarse al escaparate, porque la Madre le estaba hablando, inclinada hacia ella, agarrándole el hombro con la mano. La Madre llevaba un abrigo —fino, oscuro y caro que, sacudido por el viento, revoloteaba alrededor de su cuerpo; por un momento me recordó a esos pájaros oscuros que se mantenían posados sobre los semáforos aunque el viento soplara con fuerza. Tanto Josie como la Madre no dejaban de mirarme mientras hablaban y yo notaba que Josie se moría de ganas de acercarse, pero la Madre no la soltaba y seguía hablándole. Yo sabía que tenía que seguir mirando hacia el Edificio RPO, tal como hacía Rosa, pero no podía evitar lanzarles miradas furtivas, porque me inquietaba que pudieran desaparecer entre la multitud.

Por fin la Madre se irguió y, aunque no dejó de mirarme, ladeando la cabeza cada vez que un transeúnte le bloqueaba la visión, apartó por fin la mano y Josie se acercó avanzando con prudencia. Me pareció alentador que la Madre dejase a Josie aproximarse sola, pero al ver la mirada de la Madre, que no se ablandaba ni titubeaba, y el modo en que permanecía plantada en la acera, con los brazos cruzados y los dedos aferrados al paño del abrigo, me di cuenta de que había muchas actitudes que todavía no era capaz de comprender. Por fin Josie estaba ante mí, al otro lado del cristal.

—¡Hola! ¿Cómo estás?

Sonreí, asentí y alcé el pulgar, un gesto que había descubierto en las páginas de las revistas interesantes.

—Perdona que no haya podido volver antes —dijo—. Hace…, ¿cuánto hace?

Levanté tres dedos y añadí medio dedo de la otra mano.

—Demasiado tiempo —dijo—. Lo siento. ¿Me has echado de menos?

Asentí y puse una expresión triste, aunque cuidando de que quedase muy claro que no iba en serio y que no estaba molesta.

—Yo también te he echado de menos. Pensaba que podría volver antes. Probablemente habrás pensado que ya no me volverías a ver. De verdad que lo siento. —De pronto la sonrisa se difuminó y añadió —: Supongo que habrán venido a verte un montón de niños.

Negué con la cabeza, pero Josie no parecía muy convencida. Se volvió para mirar a la Madre, no para buscar su complicidad, sino más bien para asegurarse de que no se había acercado. Y entonces, bajando la voz, me comentó:

—Ya sé que mamá parece muy rara mirándote de ese modo. Es porque le he dicho que eres la que quiero. Le he dicho que tenías que ser tú, por eso ahora te mira de arriba abajo. Lo siento. —De nuevo, como la vez anterior, creí percibir un destello de tristeza—. Vendrás, ¿verdad? Si mamá da su visto bueno.

Asentí para garantizárselo. Pero su rostro seguía reflejando dudas.

—Porque no quiero que vengas en contra de tu voluntad. Eso no sería justo. Yo quiero que vengas, pero si me dices: Josie, no quiero venir, entonces le diré a mamá: no podemos quedárnosla, de ningún modo. Pero tú quieres venir, ¿verdad?

Volví a asentir y esta vez Josie pareció quedarse más tranquila.

—Estupendo. —Volvió a sonreír—. Te encantará, me aseguraré de que sea así. —Se dio la vuelta, esta vez con gesto triunfante, y gritó—: ¿Mamá? ¡Dice que sí quiere venir!

Por toda respuesta, la Madre hizo un casi imperceptible gesto de asentimiento. Seguía observándome, agarrando con los dedos el paño del abrigo. Cuando Josie se giró de nuevo hacia mí, en su rostro había reaparecido la expresión sombría.

—Escucha —me dijo, pero se quedó en silencio unos instantes. Por fin añadió—: Es estupendo que quieras venir. Pero quiero que las cosas queden claras entre nosotras desde el principio, así que te voy a decir una cosa. No te preocupes, mamá no puede oírnos. Mira, creo que nuestra casa te va a encantar. Creo que te va a gustar mi habitación, y es allí donde estarás, pero no en un armario ni nada por el estilo. Y haremos un montón de cosas estupendas mientras me hago mayor. Lo único es que, a veces, bueno… —Echó un vistazo rápido hacia atrás y, bajando más la voz, me dijo—: Quizá es porque algunos días no estoy tan bien. No lo sé. Pero pueden pasar cosas. No estoy segura de qué. Ni siquiera sé si es algo malo. Pero a veces se dan situaciones, bueno, inusuales. No me malinterpretes, la mayoría de las veces ni te enterarás. Pero quiero ser sincera contigo. Porque ya sabes lo horrible que es que la gente te diga que todo será perfecto, pero en realidad no te está diciendo la verdad. Por eso te cuento ahora todo esto. Por favor, dime que sigues queriendo venir. Te va a encantar mi habitación, estoy segura. Y verás la puesta del Sol, como te dije la última vez. Sigues queriendo venir, ¿verdad?

Asentí a través del cristal, con toda la contundencia que había aprendido a reunir. También quería decirle que, si en la casa había que afrontar situaciones difíciles, inquietantes, lo haríamos juntas. Pero no sabía cómo transmitirle un mensaje tan complejo a través del cristal sin verbalizarlo, de modo que entrelacé las manos, las alcé y las moví un poco, imitando un gesto que había visto hacer a un taxista que iba conduciendo a una persona que lo saludó desde la calle, aunque para hacerlo tuvo que soltar el volante. Fuera lo que fuese lo que entendió Josie, pareció hacerla feliz.

—Gracias —dijo—. No me malinterpretes. Puede que no pase nada malo. Puede que solo sea que me vienen ideas a la cabeza…

En ese momento la Madre la llamó y empezó a avanzar hacia nosotras, pero unos turistas se interpusieron en su camino y Josie tuvo tiempo de decirme a toda prisa:

—Volveré pronto. Te lo prometo. Mañana mismo si puedo. Así que me despido solo de momento.

Josie no volvió el día siguiente, ni el otro. Y a mitad de nuestra segunda semana, se nos terminó el turno en el escaparate.

Durante nuestra permanencia allí, Gerente se había mostrado cariñosa y alentadora. Cada mañana, mientras nos preparábamos en el Sofá de Rayas y esperábamos a que subieran la persiana, nos hacía algún comentario del tipo: «Ayer estuvisteis maravillosas. A ver si hoy lo podéis hacer igual de bien». Y al acabar cada jornada nos sonreía y nos decía: «Muy bien las dos. Estoy muy orgullosa». De modo que en ningún momento se me pasó por la cabeza que pudiéramos estar haciendo algo mal, y cuando el último día bajó la persiana, esperaba que Gerente nos volviera a elogiar. Me quedé perpleja cuando después de cerrar la persiana se marchó sin más, sin esperarnos. Rosa me miró desconcertada y las dos nos quedamos sentadas en el Sofá de Rayas durante unos instantes. Pero con la persiana bajada, estábamos casi a oscuras, de modo que pasado un rato nos levantamos y bajamos de la tarima.

Nos quedamos mirando la tienda y yo veía la Mesa de Cristal al fondo, pero el espacio se había partido en diez bloques, así que ya no tenía una imagen completa ante mí. La hornacina de la parte delantera había quedado en el bloque más alejado a mi derecha, tal como era de esperar; sin embargo, la mesa de las revistas, que estaba cerca de la hornacina, había quedado fragmentada entre varios bloques, de modo que una parte de la mesa se podía ver en el bloque más alejado a mi izquierda. La iluminación de la tienda se había reducido al mínimo y vi a los demás AA al fondo de diversos bloques, apoyados contra las paredes de la parte central de la tienda, preparándose para dormir. Pero mi atención se concentró en los tres bloques centrales, que contenían partes de Gerente en el momento en que se volvía hacia nosotras. En un bloque solo se le veía desde la cintura hasta la parte superior del cuello, mientras que el bloque de encima estaba prácticamente todo ocupado por sus ojos. El ojo más cercano a nosotras era mucho más grande que el otro, pero de los dos emanaba cariño y tristeza. Y un tercer bloque mostraba parte de su mandíbula y la casi totalidad de la boca. Y en ella detecté enojo y frustración. Se giró por completo hacia nosotras y en ese momento la tienda volvió a ser una sola imagen.

—Gracias a las dos —dijo, y estiró el brazo y nos acarició primero a una y después a la otra—. Muchas gracias.

Sin embargo, noté que algo había cambiado, que de algún modo la habíamos decepcionado.

Tras esos días, iniciamos nuestro segundo periodo en la parte central de la tienda. Rosa y yo seguimos juntas en bastantes ocasiones, pero ahora Gerente nos iba cambiando de sitio y yo podía pasarme una jornada entera junto a Chico AA Rex o junto a Chica AA Kiku. La mayoría de los días todavía alcanzaba a ver una parte del escaparate, de manera que seguí aprendiendo cosas sobre el exterior. Por ejemplo, cuando apareció la Máquina Cootings, yo estaba en la mesa de las revistas, justo delante de la hornacina de la

parte central de la tienda, y veía el exterior casi tan bien como cuando estaba en el escaparate.

Desde hacía días era obvio que la Máquina Cootings iba a romper la rutina. Primero llegaron los obreros para preparar el terreno y delimitaron una parte de la calle con vallas de madera. A los taxistas eso no les gustó nada e hicieron mucho ruido con las bocinas. Después los obreros se pusieron a taladrar y rompieron el suelo, incluso algún trozo de acera, lo cual asustó a los dos AA que ese día ocupaban el escaparate. En una ocasión, cuando el ruido llegó a hacerse insoportable, Rosa se tapó las orejas con las manos, a pesar de que había clientes en la tienda. Gerente iba pidiendo disculpas a cada persona que entraba, a pesar de que el ruido no era culpa nuestra. En cierto momento, un cliente se puso a hablar de Polución y, señalando a los obreros de la calle, comentó que la Polución era muy peligrosa para todo el mundo. De modo que cuando hizo su aparición la Máquina Cootings pensé que tal vez sería para combatir la Polución, pero Chico AA Rex me dijo que no, que estaba especialmente diseñada para crear más Polución. Le repliqué que no le creía y él me respondió: «Pues muy bien, Klara, espera y verás».

Resultó que él estaba en lo cierto. La Máquina Cootings —le di ese nombre porque tenía la palabra Cootings escrita en grandes letras en un costado— empezó a emitir un agudo quejido, no tan insoportable como el ruido de los taladros y no peor que el ruido de la aspiradora de Gerente. De su techo emergían tres chimeneas cortas de las que empezó a salir humo. Al principio salía en pequeñas nubes blancas, pero se fue oscureciendo y dejó de emerger en nubecillas para convertirse en un grueso chorro continuo.

Cuando volví a mirar hacia el exterior, la calle había quedado dividida en varios paneles verticales; desde donde estaba, veía con claridad tres de ellos, sin tener que inclinarme hacia delante. La cantidad de humo oscuro parecía variar de un panel a otro, de modo que casi parecía un muestrario de tonos de gris desplegado para seleccionar uno. Pero incluso donde el humo era más denso, lograba

vislumbrar muchos detalles. En uno de los paneles, por ejemplo, se veía un trozo de la valla de madera de los obreros que reparaban calles, a la que aparentemente se había unido la parte delantera de un taxi. En el panel contiguo, en diagonal en la esquina superior se veía una barra metálica que identifiqué como parte de uno de los semáforos. De hecho, observando con más atención, pude incluso distinguir la silueta negra de un pájaro posado sobre ella. En cierto momento, vi a un corredor que pasaba de un panel a otro y, al cruzar, la figura cambió tanto de tamaño como de dirección. Después, la Polución se hizo tan densa que desde la mesa de las revistas ni siquiera lograba ver un trozo de cielo, e incluso el vidrio del escaparate, que los limpiacristales limpiaban con tanto mimo para Gerente, quedó cubierto de puntitos negros.

Sentí lástima por los dos Chicos AA que habían estado esperando tanto tiempo su turno en el escaparate. Seguían allí sentados, con buena actitud, pero hubo un momento en que vi que uno de ellos levantaba el brazo para taparse la cara, como si la Polución estuviera a punto de traspasar el cristal. Gerente subió a la tarima del escaparate y le susurró algo para darle ánimos, pero cuando bajó y se puso a reordenar los brazaletes del Expositor Móvil de Cristal, vi que también ella estaba inquieta. Incluso pensé que tal vez saldría para hablar con los obreros, pero en ese momento se fijó en nosotros y, con una sonrisa, dijo:

—Escuchad todos, por favor. Esto es un contratiempo, pero no hay nada de que preocuparse. Tendremos que soportarlo algún día más y enseguida habrán acabado.

Pero al día siguiente, y al otro, la Máquina Cootings continuó a lo suyo y los días casi se convertían en noches. En cierto momento traté de localizar las manchas del Sol en el suelo, las hornacinas y las paredes, pero habían desaparecido. Yo sabía que el Sol hacía todo lo que podía, y hacia el final de la segunda mala tarde, pese a que había más humo que nunca, sus trazos volvieron a aparecer, aunque de forma débil. Me empecé a inquietar y le pregunté a

Gerente si aun así teníamos asegurado el nutriente que necesitábamos, y ella se rio y me respondió:

—Esta situación horrible se ha dado un montón de veces y en la tienda nunca le ha pasado nada a nadie. De modo que no le des más vueltas, Klara.

Aun así, después de cuatro días seguidos de Polución, empecé a sentirme más débil. Intenté que no se me notara, sobre todo cuando había clientes en la tienda. Pero tal vez debido a la presencia de la Máquina Cootings, esos días los ratos sin ningún cliente se prolongaban y a veces me permitía relajar la postura y Chico AA Rex tenía que darme una palmada en el brazo para que me enderezara.

Por fin, una mañana sacaron las vallas que formaban un cuadrado y no solo la Máquina Cootings, sino también todos los obreros desaparecieron. La Polución se disipó, reapareció el fragmento de cielo, azul intenso, y el Sol pudo desparramar su nutriente por la tienda. Los taxis volvían a circular con fluidez y a los conductores se los veía felices. Incluso los corredores pasaban sonriendo. Durante los días en que tuvimos allí plantada la Máquina Cootings, temí que Josie hubiera intentado regresar a la tienda y se hubiera dado media vuelta por la Polución. Pero ahora la situación excepcional se había terminado y todo el mundo estaba tan contento, tanto dentro como fuera de la tienda, que presentía que si Josie iba a reaparecer un día, tenía que ser hoy. Sin embargo, a media tarde caí en la cuenta de lo absurda que era la idea. Dejé de intentar localizar a Josie por la calle y me concentré en seguir aprendiendo más cosas sobre el exterior.

Dos días después de que se llevaran la Máquina Cootings, la niña del pelo corto y puntiagudo entró en la tienda. Le adjudiqué doce años y medio. Esa mañana iba vestida de corredora, con una camiseta sin mangas verde chillón, y se le veían los brazos demasiado delgados hasta la altura de los hombros. Entró con su padre, que vestía un traje de aspecto caro, y ninguno de los dos dijo apenas nada

mientras echaban un vistazo. Percibí de inmediato que la niña estaba interesada en mí, pese a que tan solo me miraron de refilón antes de regresar a la parte delantera de la tienda. Sin embargo, un minuto después, la niña volvió hasta mí y fingió quedarse absorta en los brazaletes del Expositor Móvil de Cristal colocado justo delante de mí. Echó un vistazo para comprobar que ni su padre ni Gerente la miraban y se apoyó contra el expositor tanteando su resistencia y desplazándolo con sus ruedecillas cuatro o cinco centímetros hacia delante. Mientras lo hacía, me miró con una leve sonrisa, como si lo de mover el expositor fuera un secreto especial compartido por las dos. Volvió a colocar el expositor en su posición original, me sonrió por segunda vez y llamó: «¿Papá?» Como el padre no respondió —estaba absorto contemplando a los dos AA sentados en la Mesa de Cristal del fondo de la tienda—, la niña me lanzó una última mirada y fue a reunirse con él. Se pusieron a hablar en voz baja, mirando una y otra vez hacia donde estaba yo, para que no quedara ninguna duda de que estaban hablando de mí. Gerente, al percatarse, se levantó de su escritorio y se colocó algo más cerca de mí, con las manos entrelazadas en el regazo.

Por fin, después de un buen rato más de susurros, la niña regresó, pasó frente a Gerente y se plantó cara a cara ante mí. Me tocó los codos, me tomó la mano izquierda con su derecha y me la sostuvo, mirándome a los ojos. Mantenía una expresión bastante severa y me apretaba ligeramente la mano, lo cual deduje que pretendía ser otro secreto compartido entre las dos. Pero yo no le sonreí. Mantuve la expresión neutra, mientras miraba, por encima de los pelos puntiagudos de la niña, los Estantes Rojos de la pared, concentrándome en la hilera de tazas de café de cerámica desplegadas en el tercer estante. La niña volvió a apretarme la mano dos veces más, la segunda con menos suavidad, pero yo no bajé la mirada ni le sonreí.

Entretanto, el padre se había acercado con sigilo, para no interrumpir lo que le parecía que podía ser un momento especial. También Gerente se había acercado más y permanecía justo detrás

del padre. Me percaté de todo esto sin apartar la mirada de los Estantes Rojos y las tazas de café de cerámica y mantuve laxa la mano que la niña me agarraba, de manera que en cuanto me la soltara se deslizaría de inmediato hacia mi costado.

Cada vez era más consciente de que Gerente no me quitaba ojo. Por fin la oí decir:

—Klara es excelente. Es de lo mejor que tenemos. Pero tal vez a esta jovencita le interese echar un vistazo a los modelos B3 que acaban de llegarnos.

—¿B3? —El padre parecía entusiasmado—. ¿Ya los tienen disponibles?

—Gozamos de una relación exclusiva con los proveedores. Acabamos de recibirlos y todavía no están calibrados. Pero con mucho gusto se los puedo mostrar.

La niña del pelo puntiagudo volvió a apretarme la mano.

—Papá, quiero esta. Es perfecta.

—Pero, cariño, acaban de recibir los B3. ¿No quieres echarles un vistazo? Ninguna de tus amigas tiene uno.

Se produjo una larga espera, hasta que por fin la niña me soltó la mano. Dejé que se deslizase hasta mi costado y continué mirando los Estantes Rojos.

—¿Qué tienen de especial estos B3? —preguntó la niña, acercándose a su padre.

Yo no había pensado en Rosa mientras la niña me sostenía la mano, pero ahora fui consciente de su presencia a mi izquierda, contemplándome asombrada. Quería indicarle de algún modo que dejase de mirarme, pero decidí mantener la mirada fija en los Estantes Rojos hasta que la niña, su padre y Gerente se hubieran alejado lo suficiente. Oí al padre riéndose de algo que acababa de decir Gerente, y cuando por fin desvié la mirada hacia donde estaban, Gerente se disponía a abrir la Puerta Solo Personal Autorizado al fondo de la tienda.

—Tendrán que disculparme —les dijo Gerente—, pero aquí detrás lo tenemos todo un poco desordenado.

—Es todo un privilegio que nos deje usted pasar —dijo el padre —. ¿Verdad que sí, cariño?

Entraron, la puerta se cerró tras ellos y ya no pude escuchar qué decían, aunque en cierto momento oí las risotadas de la niña de los pelos en punta.

El resto de la mañana fue ajetreada. Mientras Gerente rellenaba con el padre los formularios de envío del nuevo B3, entraron nuevos clientes. De modo que no fue hasta la tarde, momento en el que por fin tuvimos un respiro, cuando Gerente se acercó para hablar conmigo.

—Klara, esta mañana me has dejado perpleja —me dijo—. No me esperaba eso de ti.

—Lo siento, Gerente.

—¿Qué te ha pasado? No es propio de ti.

—De verdad que lo siento, Gerente. No quería incomodar a nadie. Es solo que me ha parecido que tal vez yo no era la más adecuada para esa niña en concreto.

Gerente no dejaba de mirarme.

—Tal vez tuvieras razón —me dijo por fin—. Creo que esa niña será feliz con el Chico B3. Pero, aun así, Klara, me has dejado de piedra.

—Lo siento muchísimo, Gerente.

—Por esta vez lo he dejado pasar. Pero no lo volveré a hacer. Es el cliente quien elige a su AA, no al revés.

—Lo comprendo, Gerente. —Y añadí en voz baja—: Gracias, Gerente, por lo que ha hecho hoy por mí.

—Muy bien, Klara. Pero, recuerda, no volveré a hacerlo.

Empezó a alejarse, pero de pronto se dio la vuelta y regresó hacia mí.

—No puede ser, ¿verdad, Klara? No puede ser que creas que has llegado a un acuerdo.

Pensé que Gerente iba a pegarme una bronca, tal como había hecho con dos Chicos AA en una ocasión por reírse de Mendigo

desde el escaparate. Pero en lugar de eso, me puso una mano en el hombro y me dijo, bajando la voz:

—Klara, deja que te diga una cosa. Los niños se pasan el tiempo haciendo promesas. Se acercan al escaparate y prometen todo tipo de cosas. Prometen que volverán, te piden que no permitas que nadie se te lleve. Sucede todo el tiempo. Pero la gran mayoría de las veces el niño no vuelve a aparecer. O todavía peor, el niño sí reaparece, pero ignora por completo al AA que lo ha estado esperando y se decanta por otro. Los niños son así. Klara, has estado observando y aprendiendo mucho. Pues bien, esta es otra lección para ti. ¿Lo has entendido?

—Sí, Gerente.

—Perfecto. Pues que no vuelva a suceder. —Me acarició el brazo y se dio la vuelta.

Los nuevos B3 —tres Chico AA— no tardaron en ser calibrados y acto seguido ocuparon sus lugares. Dos fueron directos al escaparate, con un enorme cartelón de novedad, y al otro se le colocó en la hornacina de la parte delantera. Y, claro está, un cuarto B3, comprado por la niña del pelo en punta, fue enviado sin que llegáramos a verlo.

Rosa y yo permanecimos en la parte central de la tienda, aunque nos resituaron en la zona de los Estantes Rojos en cuanto llegaron los nuevos B3. Una vez que terminó nuestro turno en el escaparate, Rosa no paró de repetir una cosa que nos había dicho Gerente: que todas las posiciones en la tienda eran buenas y que era tan factible que nos eligieran estando en la parte central como en el escaparate o en la hornacina de la parte delantera. Bueno, en el caso de Rosa resultó ser cierto.

Nada al comienzo de ese día sugería que iba a suceder algo gordo. No había nada diferente en los taxis o los transeúntes, o en el modo en que se había levantado la persiana o en cómo nos había dado los buenos días Gerente. Pero esa tarde Rosa fue adquirida y

desapareció detrás de la Puerta Solo Personal Autorizado para preparar su envío. Supongo que siempre imaginé que antes de que una de las dos dejase la tienda dispondríamos de un montón de rato para conversar. Pero todo sucedió muy rápido. Yo apenas pude pillar alguna información útil sobre el niño y la madre que entraron y la eligieron. Y en cuanto se marcharon y Gerente confirmó que la habían comprado, Rosa se entusiasmó tanto que me fue imposible mantener una conversación razonable con ella. Yo quería repasar con ella las muchas cosas que debía tener presentes para ser una buena AA; recordarle las cosas que Gerente nos había enseñado y explicarle todo lo que yo había aprendido sobre el mundo exterior. Pero ella saltaba sin pausa de un tema a otro. ¿Tendría la habitación del niño un techo alto? ¿De qué color sería el coche de la familia? ¿Tendría la oportunidad de contemplar el océano? ¿Le pedirían que preparara un pícnic en una cesta? Traté de recordarle la importancia de nutrirse con el Sol y me pregunté en voz alta si desde la habitación que le asignaran lo tendría fácil para ver el Sol, pero Rosa no estaba interesada en estas minucias. Y antes de que nos diéramos cuenta llegó el momento de que Rosa pasara a la trastienda y vi cómo me sonreía por encima del hombro cuando se volvió por última vez antes de desaparecer tras la puerta.

Los días posteriores a la partida de Rosa permanecí en la parte central de la tienda. Los dos B3 del escaparate se vendieron con un día de diferencia entre uno y otro, y Chico AA Rex también encontró una casa en ese periodo. No tardaron en llegar nuevos B3 —otra vez del tipo Chico AA— y Gerente los colocó casi delante de mí, en la mesa de las revistas junto a los dos Chico AA de series más antiguas. El Expositor Móvil de Cristal estaba situado entre ellos y yo, de modo que no podíamos hablar mucho. Pero disponía de todo el tiempo del mundo para observarlos y me fijé en lo acogedor que se mostraba el Chico AA con más antigüedad, dándoles a los nuevos B3 todo tipo de consejos prácticos. De modo que supuse que se

llevaban la mar de bien. Pero de pronto me percaté de algo raro. Cada mañana, los tres B3 se iban apartando, poco a poco, de los dos AA más antiguos. De vez en cuando daban pequeños pasos hacia un lado. O de pronto un B3 se interesaba por algo que veía a través del escaparate, se acercaba para poder verlo más de cerca y cuando volvía se colocaba desplazado con respecto al lugar que le había asignado Gerente. Pasados cuatro días, ya no había duda posible: los tres B3 nuevos se distanciaban de forma deliberada de los viejos AA para que, cuando entraban los clientes, vieran a los B3 como un grupo diferenciado. Al principio no quería creerlo, que los AA, en particular los AA escogidos por Gerente, fueran capaces de comportarse de este modo. Sentí lástima por los Chico AA más antiguos, pero acabé descubriendo que ellos no eran conscientes de lo que sucedía. Ni tampoco se daban cuenta de otra cosa que yo enseguida percibí: las miradas y gestos taimados que cruzaban entre ellos los B3 cada vez que un Chico AA más antiguo se tomaba la molestia de explicarles algo. Se decía que los B3 incorporaban todo tipo de mejoras. Pero ¿cómo podían ser buenos AA para los niños si sus mentes eran capaces de generar ideas como estas? Si Rosa hubiera seguido a mi lado, habría podido comentar con ella todo esto, pero para entonces ella ya se había marchado.

Una tarde, cuando el Sol iluminaba toda la parte trasera de la tienda, Gerente se acercó a mí y me dijo:

—Klara, he decidido concederte otro turno en el escaparate. Esta vez estarás sola, porque ya sé que no te importa. Siempre te ha interesado lo que se ve fuera.

Estaba tan sorprendida que me quedé mirándola sin decir palabra.

—Querida Klara —dijo Gerente—, y pensar que era Rosa la que me preocupaba. No estás agobiada, ¿verdad? No tienes por qué preocuparte. Me aseguraré de que encuentres una casa.

—No, Gerente, no estoy preocupada —respondí. Casi añado algo sobre Josie, pero me contuve a tiempo al recordar nuestra conversación después de la aparición en la tienda de la niña de los pelos en punta.

—Pues empezarás mañana —dijo Gerente—. Estarás seis días. Y te voy a poner un precio especial. Klara, recuerda que vas a representar a la tienda otra vez. De modo que da lo mejor de ti misma.

Mi segundo periodo en el escaparate fue distinto del primero, y no solo porque Rosa no estaba conmigo. La calle estaba tan animada como la vez anterior, pero noté que tenía que poner más empeño en interesarme por lo que veía. De vez en cuando se detenía un taxi, se inclinaba un transeúnte para hablar con el conductor y yo trataba de adivinar si eran amigos o enemigos. En otras ocasiones observaba las diminutas figuras que pasaban por delante de las ventanas del Edificio RPO y trataba de dilucidar qué significaban sus movimientos e imaginar qué había estado haciendo cada uno de ellos antes de aparecer en su rectángulo y qué haría después.

La cosa más interesante de la que fui testigo durante mi segunda estancia en el escaparate fue lo que les sucedió a Mendigo y su perro. El cuarto día —una tarde tan plomiza que los taxis llevaban las luces cortas encendidas— de pronto me percaté de que Mendigo no estaba en su sitio de costumbre, saludando a los transeúntes desde la puerta que había entre el Edificio RPO y el Edificio de la Escalera de Incendios. Al principio no le di importancia, porque era habitual que Mendigo desapareciera, a veces durante un buen rato. Pero al fijarme con más atención en la acera, vi que sí estaba, y también su perro, pero que no los había visto porque estaban tirados en el suelo. Estaban pegados a la entrada para no molestar a los transeúntes, de modo que desde nuestro lado se los podía confundir con los sacos que los trabajadores del ayuntamiento a veces dejaban en la calle. Pero seguí observándolos entre los huecos que dejaban los transeúntes y comprobé que ni Mendigo ni el perro al que llevaba

en brazos se movían en ningún momento. De vez en cuando, un transeúnte se daba cuenta y se detenía, pero enseguida retomaba su camino. Pasó el tiempo y cuando el Sol ya estaba por detrás del Edificio RPO, Mendigo y su perro seguían en la misma posición en que habían estado todo el día, y era obvio que habían muerto, pese a que ningún transeúnte se percatase de ello. Sentí pena, pese a que al menos habían muerto juntos, unidos y tratando de ayudarse el uno al otro. Deseé que alguien advirtiese lo que sucedía, para que se los llevasen a otro sitio mejor y más tranquilo, y pensé en comentárselo a Gerente. Pero cuando por la noche llegó el momento de salir del escaparate, la vi tan cansada y con expresión tan seria que decidí no decirle nada.

La mañana siguiente, al levantarse la persiana, apareció un día espléndido. El Sol desparramaba su nutriente por la calle y por los edificios, y cuando miré el lugar en el que Mendigo y su perro habían muerto, descubrí que no estaban muertos, que un tipo especial de nutriente del Sol los había salvado. Mendigo todavía no se había puesto de pie, pero sonreía y estaba sentado, con la espalda apoyada contra la puerta, una pierna estirada y la otra doblada para poder apoyar el brazo en la rodilla. Y con la mano libre acariciaba el cuello del perro, que también había vuelto a la vida e iba siguiendo con la mirada a los transeúntes que pasaban. Los dos absorbían con avidez el nutriente especial del Sol y se iban fortaleciendo minuto a minuto; tuve claro que Mendigo no tardaría mucho —tal vez pudiera hacerlo ya a lo largo de la tarde— en ponerse de nuevo en pie y volver a lanzar sus simpáticos comentarios habituales desde la puerta.

Mis seis días en el escaparate llegaron a su fin y Gerente me dijo que había representado muy bien a la tienda. Me comentó que durante mi permanencia allí había entrado más gente de lo habitual y yo me alegré de oírlo. Le agradecí que me hubiera concedido un segundo turno y ella me sonrió y me dijo que estaba segura de que ahora yo ya no tendría que esperar mucho.

Diez días después me trasladaron a la hornacina del fondo. Gerente, que sabía lo mucho que me gustaba ver el exterior, me aseguró que sería solo por unos días y que después podría volver a la parte central de la tienda. En cualquier caso, añadió, la hornacina del fondo era una muy buena posición y lo cierto es que a mí ese traslado no me importó en absoluto. Siempre me habían despertado simpatía los dos AA que ahora se sentaban en la Mesa de Cristal contra la pared del fondo, y yo estaba lo bastante cerca de ellos como para mantener largas conversaciones, siempre que no hubiera clientes. Sin embargo, la hornacina del fondo estaba detrás del arco, de modo que no solo no permitía ver el exterior, sino que resultaba difícil incluso ver la parte delantera de la tienda. Si quería ver a los clientes que entraban, tenía que inclinarme hacia delante para echar un vistazo por el borde del arco, e incluso en ese caso —aun adelantándome unos pasos— la vista quedaba entorpecida por los jarrones plateados de la mesa de las revistas y los B3 situados en la parte central de la tienda. Por otro lado, tal vez porque estábamos tan alejados de la calle —o por el modo en que el techo se curvaba hacia abajo en la parte trasera de la tienda—, oía los ruidos con más claridad. Por eso supe, tan solo por el sonido de sus pasos, antes de que empezase a hablar, que Josie había entrado en la tienda.

—¿Por qué tenían que llevar tanto perfume? Casi vomito.

—Basta, Josie —replicó la voz de la Madre—. No era perfume. Era jabón natural, y además de mucha calidad.

—Bueno, esa no era la tienda. Es esta. Ya te lo había dicho, mamá. —Oí cómo avanzaba con pasos titubeantes. Y unos instantes después añadió—: Estoy segura de que esta es la tienda. Pero ella ya no está.

Avancé unos pasos hasta que logré ver, entre los jarrones plateados y los B3, a la Madre mirando algo que quedaba fuera de mi campo de visión. Le veía solo un lado de la cara, pero me pareció que tenía un aspecto todavía más cansado que cuando la vi en la

acera, con aquel aire de pájaro que lucha contra el viento posado sobre un semáforo. Supuse que estaba mirando a Josie y que Josie estaba contemplando a la nueva Chica B3 de la hornacina delantera.

Pasó un buen rato sin que sucediera nada. Hasta que de pronto la Madre preguntó:

—Josie, ¿qué te parece?

Josie no respondió y oí los pasos de Gerente. Yo percibía esa quietud especial que se produce en la tienda cuando todos los AA están atentos, preguntándose si está a punto de producirse una venta.

—Sung Yi es una B3, por supuesto —dijo Gerente—. Una de las más perfectas que he visto hasta el momento.

Ahora veía el hombro de Gerente, pero seguía sin poder ver a Josie. Oí su voz que decía:

—Sung Yi, eres fantástica. Así que, por favor, no te lo tomes a mal. Pero… —No terminó la frase, y volví a oír sus pasos titubeantes, hasta que por fin logré verla. Josie estaba recorriendo la tienda con la mirada.

—He oído que estos nuevos B3 tienen un nivel muy alto de cognición y memoria —comentó la Madre—. Pero parece que a veces pueden resultar menos empáticos.

Gerente emitió un sonido que era a la vez un suspiro y una risa.

—Muy al principio, quizá sucedió que uno o dos B3 se mostraron un poco testarudos. Pero les puedo asegurar que Sung Yi no presentará este tipo de comportamiento.

—¿Me permite dirigirme directamente a Sung Yi? —le preguntó la Madre a Gerente—. Quisiera hacerle algunas preguntas.

—Pero, mamá —interrumpió Josie, que de nuevo quedaba fuera de mi campo de visión—, ¿para qué quieres preguntarle? Ya sé que Sung Yi es estupenda. Pero no es la que quiero.

—Josie, no podemos pasarnos la vida buscando.

—Pero ya te he dicho que la tienda era esta. Estaba aquí. Supongo que hemos llegado tarde, eso es todo.

Era una pena que Josie hubiera venido cuando yo estaba en el fondo de la tienda. Aun así, estaba convencida de que en algún momento se acercaría a esa parte de la tienda y me vería, por eso permanecí en mi puesto sin hacer ningún ruido. Aunque tal vez hubiese otra razón. Porque casi en el mismo momento en que me sentí feliz al percatarme de quién había entrado en la tienda, se me metió en la cabeza un temor, un temor relacionado con lo que Gerente me había dicho aquel día sobre que los niños a menudo hacían promesas, pero después no reaparecían, y que, si lo hacían, ignoraban por completo al AA al que le habían hecho la promesa y elegían a otro. Tal vez fue por eso por lo que esperé sin moverme y en silencio.

Volví a oír la voz de Gerente y ahora había algo nuevo en ella.

—Disculpe, señorita. Me ha parecido entender que está usted buscando a una AA en concreto. ¿Una que había visto con anterioridad aquí?

—Sí, señora. Hace algún tiempo estaba en el escaparate. Era adorable y muy inteligente. Tenía un aire afrancesado. Cabello corto, oscuro, y toda su ropa también era oscura y tenía la mirada más bondadosa del mundo y era muy inteligente.

—Creo que sé de quién habla —dijo Gerente—. Acompáñeme, señorita, y saldremos de dudas.

Solo entonces me moví para colocarme donde pudieran verme. Me había pasado toda la mañana fuera del alcance del Sol, pero ahora me coloqué entre dos resplandecientes rectángulos contiguos justo en el momento en que Gerente y Josie detrás de ella llegaron al arco. Cuando Josie me vio, se le iluminó el rostro y aceleró el paso.

—¡Sigues aquí!

Estaba todavía más delgada. Continuó avanzando con sus andares inseguros y pensé que iba a abrazarme, pero se detuvo en el último momento y me miró a la cara.

—¡Oh, vaya! ¡Pensaba que habías desaparecido!

—¿Por qué iba a desaparecer? —dije en voz baja—. Nos hicimos una promesa.

—Sí —dijo Josie—. Sí, supongo que sí. Supongo que he sido yo la que ha estado a punto de fastidiarla. Quiero decir que he tardado mucho en volver.

Mientras yo le sonreía, ella giró la cabeza y llamó a la Madre:

—¡Mamá! ¡Es ella! ¡La que estaba buscando!

La Madre avanzó con parsimonia hasta el arco y se detuvo. Y por un momento, las tres me estaban mirando: Josie delante, radiante de felicidad; Gerente justo detrás, también sonriendo, pero con un aire precavido que tomé como una importante señal por su parte; y por último la Madre, aguzando la mirada como esa gente que en la acera intenta dilucidar si un taxi está libre u ocupado. Y cuando la vi y me percaté del modo en que me miraba, el temor, que se había desvanecido cuando Josie gritó «¡Sigues aquí!», volvió a apoderarse de mi mente.

—No era mi intención tardar tanto en volver —me estaba diciendo Josie—. Pero me puse un poco enferma. Ahora ya estoy bien. —Se volvió y dijo—: ¿Mamá? ¿La podemos comprar ahora mismo? Antes de que venga otro y se la quede.

Se produjo un silencio y pasados unos instantes la Madre dijo en voz baja:

—Entiendo que esta no es una B3.

—Klara es una B2 —le aclaró Gerente—. De la cuarta serie, que según algunos nunca ha sido superada.

—Pero no es una B3.

—Las innovaciones de los B3 son maravillosas. Pero algunos clientes consideran que, para cierto tipo de niños, un B2 de alta gama puede ser la elección perfecta.

—Ya veo.

—Mamá. Klara es la que quiero. No quiero ninguna otra.

—Un momento, Josie. —Y la Madre le preguntó a Gerente—: Cada Amigo Artificial es único, ¿verdad?

—Así es, señora. Y sobre todo a este nivel.

—¿Y qué es lo que hace única a esta… Klara?

—Klara posee tantas cualidades únicas que nos podríamos pasar aquí la mañana repasándolas. Pero si tuviera que destacar una, bueno, diría que son sus ganas de observar y aprender. Su habilidad para absorber y relacionar todo lo que ve a su alrededor es asombrosa. Como resultado, ahora mismo posee un entendimiento más sofisticado que cualquier AA de esta tienda, incluidos los B3.

—Vaya, vaya.

La Madre me volvió a observar aguzando la mirada. Y a continuación dio tres pasos hacia mí.

—¿Me permite que le haga unas preguntas?

—Adelante —dijo Gerente.

—Mamá, por favor…

—Disculpa, Josie. Espera un momento allí mientras hablo con Klara.

Nos quedamos a solas la Madre y yo, y aunque traté de mantener una sonrisa, no me fue fácil y tal vez incluso dejé entrever mi miedo.

—Klara —dijo la Madre—. Quiero que no mires a Josie. Sin mirarla, dime: ¿de qué color tiene los ojos?

—Grises, señora.

—Muy bien. Josie, quiero que no digas ni una palabra. Bien, Klara. La voz de mi hija. La has oído hablar. ¿Qué tono de voz dirías que tiene?

—Su tono habitual está entre el La bemol y el Do, hasta una octava de Do.

—¿En serio? —Se produjo un silencio y, pasados unos instantes, la Madre añadió—: Última pregunta, Klara. ¿Qué te ha llamado la atención del modo de caminar de mi hija?

—Tal vez sufra cierta debilidad en la cadera izquierda. Y el hombro derecho puede llegar a dolerle, de modo que Josie camina evitando movimientos repentinos e impactos innecesarios.

La Madre reflexionó unos instantes y dijo:

—Bien, Klara. Ya que pareces conocer tan bien cómo camina Josie, ¿me puedes reproducir sus movimientos? ¿Puedes hacerlo por mí? Ahora. ¿Cómo camina mi hija?

Detrás del hombro de la Madre, vi que Gerente entreabría los labios, como si estuviera a punto de decir algo. Pero no dijo nada. En lugar de eso, me miró e hizo un ligerísimo gesto de asentimiento.

De modo que empecé a caminar. Me percaté de que no solo la Madre —y por supuesto Josie— sino toda la tienda estaban pendientes de mí, mirando y escuchando. Atravesé el arco hacia las manchas de Sol desperdigadas por el suelo. Después me dirigí hacia los B3 de la parte central de la tienda y al Expositor Móvil de Cristal. Puse la mejor voluntad en reproducir el modo de caminar de Josie tal como lo había visto esa primera vez en que se apeó del taxi, cuando Rosa y yo estábamos en el escaparate; cuatro días después, cuando la vi acercarse hacia el escaparate después de que la Madre le hubiera quitado la mano del hombro, y por último hacía tan solo un instante, cuando la vi correr hacia mí con una aliviada felicidad en la mirada.

Cuando llegué al Expositor Móvil de Cristal, me puse a dar la vuelta a su alrededor, poniendo mucha atención en no dejar de imitar el modo de caminar de Josie, ni siquiera cuando intenté no rozar al B3 situado junto al expositor.

Pero cuando estaba a punto de volver sobre mis pasos después de rodear el expositor, vi a la Madre escrutándome y algo en su mirada me impulsó a detenerme. No había dejado de observarme, pero era como si ahora su mirada me traspasase, como si yo fuera el cristal del escaparate y ella intentase ver algo que había detrás. Me quedé inmóvil junto al Expositor Móvil de Cristal, con un pie en equilibrio, el talón levantado del suelo, y en la tienda se produjo un extraño silencio. Hasta que Gerente dijo:

—Como puede ver, Klara posee una extraordinaria capacidad de observación. Jamás he conocido a otra como ella.

—Mamá —dijo Josie sin levantar la voz—. Mamá, por favor.

—De acuerdo. Nos la llevamos.

Josie vino corriendo hacia mí. Me rodeó con los brazos y me dio un abrazo. Cuando miré por encima de la cabeza de la niña, vi que Gerente sonreía feliz y la Madre, con el rostro tenso y serio, había bajado la mirada para rebuscar en su bolso.

Segunda parte

Era especialmente complicado manejarse en la cocina, porque muchos de sus componentes cambiaban su relación entre ellos una y otra vez. Ahora podía apreciar en su justa medida el modo en que en la tienda Gerente —sin duda por deferencia a nosotros— ponía sumo cuidado en mantener todos los objetos, incluso los más pequeños como los brazaletes o la caja de los pendientes de plata, siempre en su sitio. Sin embargo, en la casa de Josie, y sobre todo en la cocina, Melania Sirvienta no paraba de mover las cosas de un lado a otro, lo cual a mí me obligaba a empezar cada vez mi aprendizaje desde cero. Por ejemplo, una mañana Melania Sirvienta cambió de sitio la licuadora cuatro veces seguidas en unos pocos minutos. Pero cuando logré entender la importancia de la Isla, todo empezó a resultarme más fácil.

La Isla estaba en el centro de la cocina, y tal vez para enfatizar su condición de espacio inamovible contaba con unos azulejos marrón claro que imitaban a los ladrillos de un edificio. Hundido en el centro, había un reluciente fregadero y en el lado más largo había tres taburetes en los que los residentes de la casa podían sentarse. En esos primeros días, cuando Josie todavía tenía fuerzas, se sentaba a menudo en la Isla para hacer los deberes o simplemente para relajarse con el lápiz y el bloc de dibujo. Al principio a mí me costaba sentarme en los taburetes de la Isla porque los pies no me llegaban al suelo y, si intentaba balancearlos, topaban con una barra que atravesaba la estructura del taburete. Pero acabé adoptando el método de Josie, consistente en plantar los codos en la superficie de la Isla, y desde entonces me sentí más segura, aunque siempre cabía la posibilidad de que Melania Sirvienta apareciera a mi espalda, abriese los grifos y dejara salir el agua a toda potencia. La primera

vez que lo hizo, yo casi pierdo el equilibrio, pero a mi lado Josie apenas se movió, y no tardé en aprender que no había nada que temer de unas gotas de agua.

La cocina era un espacio excelente para que el Sol penetrase. Tenía grandes ventanales que permitían ver el cielo y unos exteriores en los que rara vez se veía tráfico y transeúntes. Desde los ventanales se veía el camino que subía hasta la colina, por detrás de los árboles lejanos. La cocina se llenaba a menudo del mejor nutriente del Sol, y además de los ventanales, contaba también con una claraboya en el techo que se podía abrir y cerrar con un mando. Al principio a mí me inquietaba que muchas veces Melania Sirvienta cerrara la persiana de la claraboya justo cuando el Sol enviaba su nutriente. Pero entendí que Josie enseguida tenía calor y aprendí a utilizar yo misma el mando si las manchas del Sol sobre ella eran demasiado intensas.

Durante algún tiempo me pareció raro no solo la ausencia de tráfico y de transeúntes, sino también de otros AA. Obviamente no esperaba encontrar otros AA en la casa y en muchos aspectos me alegraba de ser la única, ya que de este modo podía poner toda mi atención en Josie. Pero me di cuenta de la gran cantidad de observaciones y cálculos que me había acostumbrado a hacer en relación con otros AA de mi entorno, y esto era algo que debía modificar. Durante esos primeros días, en los ratos perdidos, muchas veces me ponía a contemplar la carretera que discurría por la colina —o la vista de los campos desde la ventana del dormitorio de la parte de atrás— y buscaba con la mirada a otro AA, hasta que caía en la cuenta de lo improbable que era llegar a dar con uno, ya que estábamos muy alejados de la ciudad y de otros edificios.

Al principio de mi estancia en la casa cometí el ingenuo error de pensar que Melania Sirvienta sería una persona muy parecida a Gerente y esto provocó algunos malentendidos. Por ejemplo, yo pensaba que sería tarea suya introducirme en los diversos aspectos de mi nueva vida y, de forma muy comprensible, a Melania Sirvienta le resultaba desconcertante e irritante que yo estuviera siempre

merodeando a su alrededor. Cuando un día se volvió indignada y me gritó «¡AA, deja de seguirme, lárgate!», me quedé desconcertada, pero no tardé en entender que su papel en la casa no tenía nada que ver con el de Gerente en la tienda, y yo era la única responsable de esa confusión.

Aun dejando de lado estos equívocos provocados por mí, resulta difícil no pensar que Melania Sirvienta fue reticente desde el primer momento a mi presencia. Pese a que yo me comportaba con ella con la máxima educación, y sobre todo los primeros días intentaba llevar a cabo algunas tareas para congraciarme con ella, jamás respondía a mi sonrisa con otra, ni me dirigía la palabra para nada que no fuera darme órdenes o reñirme por algo. Hoy, al rememorar aquellos días, parece obvio que su hostilidad estaba relacionada con su inquietud por todo lo que sucedía en torno a Josie. Pero en aquel entonces a mí no me resultaba fácil bregar con la gelidez de su trato. A menudo parecía desear limitar lo máximo posible el tiempo que yo pasaba con Josie —lo cual obviamente iba en contra de mis obligaciones— y, al principio, incluso trató de impedir que yo entrara en la cocina mientras ella preparaba el café rápido de la mañana de la Madre y el desayuno de Josie. Solo después de que Josie insistiera con firmeza —la Madre acabó dictaminando a mi favor— se me permitió estar en la cocina en esos momentos cruciales cada mañana. Aun así, Melania Sirvienta trató de imponer que yo permaneciera de pie junto a la nevera mientras Josie y la Madre se sentaban en la Isla, y solo se me permitió unirme a ellas después de nuevas protestas de Josie.

El café rápido de la Madre era, tal como digo, un momento importante de todas las mañanas, y una de mis tareas consistía en despertar a Josie a tiempo para que se uniese a ella. A menudo, pese a mis reiterados esfuerzos, Josie no se levantaba hasta el ultimísimo momento y se ponía a gritar desde el baño de su habitación: «¡Date prisa, Klara! ¡Vamos a llegar tarde!», pese a que yo ya estaba en el rellano, esperándola nerviosa.

Nos encontrábamos a la Madre sentada en la Isla, mirando su rectángulo mientras se bebía el café. Melania Sirvienta merodeaba a

su alrededor, preparada para volver a llenarle la taza. La mayor parte de las veces, Josie y la Madre no disponían de mucho tiempo para conversar, pero no tardé en darme cuenta de lo importante que era para Josie poder sentarse con la Madre mientras ella se tomaba el café rápido de la mañana. En una ocasión en que su enfermedad le había fastidiado buena parte de la noche, permití que Josie volviera a dormirse después de haberla despertado, pensando que era mejor para ella descansar un poco más. Cuando se despertó, se puso a gritarme muy enojada, y pese a lo débil que estaba, se arregló a toda prisa para llegar a tiempo de ver a la Madre. Pero cuando salía por fin del baño de su habitación, oímos el ruido del coche deslizándose por la gravilla y nos precipitamos hacia la ventana justo a tiempo para ver cómo se dirigía hacia la colina. Josie no volvió a gritarme, pero cuando bajamos a la cocina, no me sonrió ni una sola vez mientras desayunaba. Fue entonces cuando comprendí que si no lograba ver a la Madre mientras esta se tomaba su café rápido de la mañana, la sensación de soledad podía atormentarla durante el resto del día, aunque hubiera otras cosas con las que distraerse durante la jornada.

De vez en cuando había mañanas en que la Madre no tenía prisa, y pese a que iba vestida con su ropa de trabajadora de alto nivel y a que tenía el bolso preparado al lado de la nevera, se bebía el café con calma, incluso bajándose del taburete y paseándose por la cocina con la taza y el platito. A veces, se plantaba ante los ventanales y los rayos del Sol de la mañana le daban de lleno y hacía algún comentario del tipo:

—¿Sabes, Josie? Tengo la impresión de que has dejado de trabajar con los lápices de colores. Me encantan los dibujos en blanco y negro que estás haciendo. Pero echo de menos los de color.

—Mamá, los dibujos a color eran penosos.

—¿Penosos? ¡Oh, vamos!

—Mamá, que yo dibuje a color es como que tú toques el violonchelo. En realidad, peor.

Ante el comentario de Josie, la Madre sonrió. Era raro ver sonreír a la Madre, pero cuando lo hacía, sorprendentemente su sonrisa era como la de Josie: todo el rostro parecía colmarse de afabilidad, y las mismas arrugas que por lo general conferían a su expresión un aire tenso lo llenaban de pronto de humor y dulzura.

—Eso sí que tengo que admitirlo. Cuando tocaba el chelo, incluso en mis mejores momentos, sonaba como la abuela de Drácula. Pero tu uso del color se parece más a, no sé, a un atardecer de verano. Algo así. Josie, haces cosas maravillosas con el color. Cosas que a nadie más se le han pasado por la cabeza.

—Mamá. La gente siempre opina así de los dibujos de los niños. Tiene algo que ver con el proceso evolutivo.

—¿Sabes qué? Creo que esta reacción tuya está relacionada con aquella invitación estupenda que dibujaste para aquella reunión. La penúltima reunión. Y con el comentario un poco irónico que hizo la hija de los Richard. Ya sé que ya te lo he dicho, pero te lo repito: esa jovencita estaba celosa de tu talento. Por eso dijo lo que dijo.

—De acuerdo. Mamá, si de verdad estás convencida, puede que vuelva a utilizar los colores. Y quizá, a cambio, tú podrías retomar el chelo.

—Oh, no. Eso lo he dejado definitivamente. Solo lo retomaría si alguien me pidiese con mucho empeño una banda sonora para su película de zombis casera.

Pero había otras mañanas en que la Madre permanecía tensa, sin esbozar ni media sonrisa, aunque no tuviera prisa por tomarse el café rápido. Si Josie le hablaba de los profesores del rectángulo, tratando de decir algo gracioso sobre ellos, la Madre la escuchaba con expresión seria y la interrumpía para decir:

—Podemos cambiar. Si ese tipo no te gusta, podemos cambiar.

—No, mamá, por favor. Hablaba por hablar, ¿de acuerdo? La verdad es que este es mucho mejor que el anterior. Y además es divertido.

—Eso está bien. —La Madre asentía, manteniendo la expresión severa en el rostro—. Que siempre quieras darle a la gente una

oportunidad. Es una buena actitud.

En esa época, cuando la salud de Josie era bastante buena, todavía le gustaba esperar a que la Madre regresase de trabajar para cenar con ella. Eso significaba que a menudo subíamos a la habitación de Josie para hacer tiempo hasta que volviera la Madre y ver cómo el Sol se dirigía hacia su lugar de descanso.

Tal como me había prometido Josie, la ventana posterior del dormitorio tenía una vista espectacular sobre los campos hasta el horizonte, lo cual nos permitía ver cómo el Sol se sumergía en la tierra al final de su jornada. Aunque Josie siempre hablaba de «el campo», en realidad eran tres campos pegados uno al otro, y cualquiera que mirase con atención podía ver los postes que los delimitaban. Todos los campos tenían hierba alta, y cuando soplaba el viento, la sacudía como si la atravesaran corriendo transeúntes invisibles.

El trozo de cielo que se veía desde la ventana posterior del dormitorio era muchísimo más grande que el pedacito que veíamos desde la tienda, y mostraba sorprendentes variaciones. A veces tenía el color de los limones del frutero y después podía adquirir el tono grisáceo de las tablas de pizarra para cortar alimentos. Cuando Josie no se encontraba bien, podía tomar el color de su vómito o de sus heces amarillentas, o incluso mostrar manchas de sangre. A veces el cielo se dividía en una serie de cuadrados, cada uno de una tonalidad púrpura distinta de la del contiguo.

Había un sofá color crema junto a la ventana posterior del dormitorio, al que yo mentalmente llamaba «el Sofá del Botón». Aunque estaba colocado de cara a la habitación, a Josie y a mí nos gustaba arrodillarnos en él, con los brazos en el mullido respaldo, y contemplar el cielo y los campos. Josie era consciente de lo mucho que yo disfrutaba observando la última parte de la jornada del Sol, e intentábamos asistir a la escena desde el Sofá del Botón siempre que nos era posible. Hubo una ocasión en que la Madre había regresado antes de lo habitual, y ella y Josie estaban conversando en los taburetes de la Isla, y yo, para proporcionarles privacidad, me

había colocado junto a la nevera. Esa tarde, la Madre estaba muy animada, hablaba rápido, contaba anécdotas divertidas sobre personas de su oficina y de vez en cuando hacía una pausa para reírse, en algunas ocasiones con prolongadas carcajadas que le hacían quedarse casi sin aliento. En mitad de esta charla, cuando la Madre parecía a punto de estallar en una carcajada, Josie la interrumpió para decirle:

—Mamá, eso que cuentas es muy divertido. Pero ¿te importa si Klara y yo subimos a mi habitación un minuto? A Klara le encanta contemplar la puesta del Sol y, si no vamos ahora, nos la perderemos.

Cuando dijo esto, miré a mi alrededor y vi que la cocina se había llenado de la luz crepuscular del Sol. La Madre se quedó mirando a Josie y pensé que se iba a enojar. Pero de pronto destensó el rostro, esbozó una sonrisa afable y dijo:

—Por supuesto, cariño. Adelante. Id a ver la puesta del Sol. Y después cenamos.

Además de los campos y el cielo, podíamos contemplar otra cosa desde la ventana posterior del dormitorio que despertaba mi curiosidad: una estructura oscura en forma de caja ubicada al fondo del campo más alejado. No se movía cuando la hierba se mecía a su alrededor, y cuando el Sol bajaba tanto que casi tocaba la hierba, la forma oscura permanecía delante de su resplandor. Fue la tarde en que Josie se arriesgó por mí a enojar a la Madre cuando yo se la señalé. Cuando lo hice, ella se alzó un poco en el Sofá del Botón y se puso la mano sobre los ojos para hacerse sombra.

—Oh, te debes referir al granero del señor McBain.

—¿Un granero?

—Tal vez no sea exactamente un granero, porque está abierto por los dos lados. Supongo que es más bien un refugio. El señor McBain guarda allí cosas. Fui una vez a verlo con Rick.

—Me pregunto por qué el Sol se va a descansar a un sitio como ese.

—Sí —dijo Josie—. Una se imagina que el Sol necesita como mínimo un palacio. Tal vez el señor McBain haya hecho mejoras desde que yo estuve.

—Me pregunto cuándo estuvo allí Josie.

—Oh, hace mucho. Rick y yo éramos bastante pequeños. Fue antes de que me pusiera enferma.

—¿Había algo raro alrededor? ¿Una puerta? ¿O tal vez escalones que bajaban al interior de la tierra?

—No, nada de eso. Solo el granero. Y la verdad es que nos alegramos de que estuviese allí, porque éramos pequeños y nos cansamos mucho con la caminata hasta la cima. Pero atención, no estaba tan cerca del Sol crepuscular. Si hay una entrada a un palacio, tal vez esté oculta. Quizá las puertas se abran justo antes de que el Sol llegue allí. Una vez vi una película que contaba una historia de este tipo, los malos tenían su cuartel general en el interior de un volcán y lo que parecía un lago de lava en la superficie era una compuerta que se abría justo antes de que llegaran con sus helicópteros. Quizá el palacio del Sol funcione igual. En cualquier caso, Rick y yo no nos pusimos a buscarlo. Fuimos hasta allí sin ningún motivo, teníamos mucho calor y queríamos un poco de sombra. Así que nos metimos en el granero del señor McBain durante un rato y después regresamos a casa. —Me tocó el brazo con suavidad—. Ojalá hubiéramos visto más cosas, pero no fue así.

El Sol se había convertido en una minúscula línea que resplandecía a través de la hierba.

—Ahí va —dijo Josie—. Espero que duerma bien.

—Me pregunto quién era ese niño. Ese Rick.

—¿Rick? Mi mejor amigo.

—Oh, ya veo.

—Eh, Klara, ¿he dicho algo malo?

—No. Pero… ahora mi función es ser la mejor amiga de Josie.

—Tú eres mi AA. Es diferente. Pero Rick, bueno, vamos a pasar juntos nuestras vidas.

Ahora el Sol ya no era más que una marca rosácea sobre la hierba.

—Rick haría cualquier cosa por mí —dijo Josie—. Pero se preocupa demasiado. Siempre piensa en las cosas que se interpondrán en nuestro camino.

—¿Qué tipo de cosas?

—Oh, ya sabes. Todo lo que hay que resolver en relación con el amor y el romance. Y supongo que también está lo otro.

—¿Qué es lo otro?

—Pero se preocupa por nada. Porque lo mío con Rick se decidió hace mucho tiempo. No va a cambiar.

—¿Dónde está ahora Rick? ¿Vive por aquí cerca?

—Vive al lado. Ya te lo presentaré. ¡Qué ganas tengo de que os conozcáis!

Conocí a Rick la semana siguiente, el primer día que vi la casa de Josie desde el exterior.

Josie y yo habíamos tenido un montón de discusiones amistosas sobre cómo conectaban unas partes de la casa con otras. Ella, por ejemplo, no aceptaba que el armario de la aspiradora estaba justo debajo del cuarto de baño grande. Una mañana, después de una de estas discusiones amistosas, Josie dijo:

—Klara, me estás volviendo loca con esto. En cuanto acabe con el profesor Helm, te voy a llevar fuera. Vamos a comprobar lo que hemos estado discutiendo desde el exterior.

La idea me entusiasmó. Pero primero Josie tenía que atender su clase y contemplé cómo extendía los papeles por la Isla y encendía su rectángulo.

Para proporcionarle privacidad, me senté dejando entre nosotras un taburete vacío. No tardé en darme cuenta de que la clase de ese día no iba bien: la voz del profesor, que escapaba de los auriculares de Josie, parecía lanzarle reprimendas cada dos por tres, y ella iba garabateando cosas sin sentido en las hojas para tomar notas, y a

veces las acercaba peligrosamente al fregadero. En cierto momento me percaté de que se había quedado embelesada con algo que había tras los ventanales y ya no escuchaba al profesor. Un momento después, dijo con tono enojado a la pantalla:

—En serio, lo he hecho. De verdad que lo he hecho. ¿Por qué no me cree? ¡Sí, lo he hecho exactamente como me ha dicho!

La clase se alargó más de lo habitual, pero por fin terminó con Josie diciendo sin levantar la voz:

—De acuerdo, profesor Helm. Gracias. Sí, lo haré. Adiós. Gracias por la clase de hoy.

Apagó el rectángulo dando un suspiro y se sacó los auriculares. Y al verme, se animó de inmediato.

—Klara, no me he olvidado. Vamos a salir, ¿de acuerdo? Solo déjame un momento para tranquilizarme. Este profesor Helm, guau, ¡me alegro de no tener que volver a verlo! Vive en algún sitio en el que hace mucho calor, eso seguro. Veo cómo suda. —Se bajó del taburete y estiró los brazos—. Mamá dice que tenemos que avisar a Melania si salimos. ¿Puedes ir a avisarla mientras me pongo el abrigo?

Vi que también Josie estaba entusiasmada, aunque en su caso supuse que se debía a lo que fuera que hubiese visto por el ventanal durante la clase. En cualquier caso, fui a la Sala Diáfana en busca de Melania Sirvienta.

La Sala Diáfana era la habitación más grande de la casa. Tenía dos sofás y varias piezas rectangulares mullidas en las que se podían sentar los residentes: también almohadones, lámparas y un escritorio esquinero. Cuando ese día abrí las puertas correderas, el mobiliario formaba una serie de bloques interconectados y la figura de Melania Sirvienta era casi indistinguible entre esa compleja trama. Pero logré verla, sentada muy recta al borde de una pieza rectangular mullida, enfrascada en algo con su rectángulo. Alzó la cabeza y me lanzó una mirada hostil, pero cuando le dije que Josie quería salir, dejó el rectángulo y abandonó la sala pasando por mi lado.

Encontré a Josie en el recibidor, poniéndose la chaqueta acolchada marrón, una de sus prendas favoritas, que en ocasiones, cuando no se encontraba bien, llevaba incluso por casa.

—Klara, no me puedo creer que lleves todo este tiempo en la casa y no hayas salido nunca.

—No, no he salido nunca.

Josie me miró un instante y dijo:

—¿Quieres decir que no has salido *nunca*? ¿Ni de aquí ni de ningún otro sitio?

—Correcto. Estuve en la tienda. Y de allí vine aquí.

—Guau. ¡Entonces para ti esto va a ser todo un acontecimiento! No hay nada que temer, ¿de acuerdo? No hay animales salvajes ni nada por el estilo. Así que vamos allá.

Cuando Melania Sirvienta abrió la puerta, noté que entraba en el recibidor aire fresco y el nutriente del Sol. Josie me sonrió, con una expresión afable, pero de pronto Melania Sirvienta se interpuso entre nosotras y, antes de que yo me diera cuenta de lo que estaba haciendo, cogió el brazo de Josie y lo entrelazó con el suyo. Josie también se quedó perpleja, pero no protestó, y supuse que Melania Sirvienta consideraba que yo no sabría proteger a Josie de manera adecuada mientras estuviéramos fuera debido a mi nula familiaridad con el entorno. Así que salieron las dos juntas y yo las seguí.

Caminamos hasta la zona de gravilla, que supuse que era deliberadamente áspera para el coche. El viento soplaba suave y era agradable y me pregunté cómo era posible que los árboles de lo alto de la colina se curvasen y sacudiesen por su impacto. Pero enseguida tuve que poner toda la atención en mis pies, porque en la gravilla había muchos baches, tal vez producidos por las ruedas del coche.

La panorámica que tenía ante mí me era familiar por la vista desde la ventana delantera del dormitorio. Seguí a Josie y Melania Sirvienta hasta la carretera, que era lisa y dura como el suelo de la casa, y caminamos por ella durante un rato, y de vez en cuando aparecía hierba cortada a ambos lados. Yo quería darme la vuelta

para contemplar la casa, pero Josie y Melania Sirvienta seguían caminando, cogidas del brazo, y no me atreví a detenerme.

Pasado un rato ya no tuve que estar tan atenta a mis pies y alcé la mirada para observar el montículo cubierto de hierba a nuestra derecha y la silueta de un niño que se movía cerca de la cima. Calculé que tenía quince años, aunque no estaba segura, porque no era más que una silueta recortada contra el cielo claro. Josie se acercó al montículo y Melania Sirvienta dijo algo que yo habría oído si hubiéramos estado dentro de la casa, pero allí fuera el sonido se comportaba de un modo diferente. En cualquier caso, percibí que se había producido un desacuerdo. Oí a Josie decir:

—Pero quiero que Klara lo conozca.

Hubo más palabras que no logré oír, y Melania Sirvienta dijo:

—De acuerdo, pero solo un momento. —Y soltó el brazo de Josie.

—Ven, Klara —dijo Josie, volviéndose hacia mí—. Vamos a hacerle una visita a Rick.

Mientras subíamos por la verde ladera del montículo, Josie se quedó sin aliento y se agarró a mí con fuerza. Eso supuso que solo pude volverme para mirar atrás un instante, pero descubrí que detrás de nosotras no solo estaba la casa de Josie, sino que había también una segunda casa que se alzaba más al fondo en los campos; una casa vecina que no era visible desde ninguna de las ventanas de la de Josie. Estaba deseando observar con detenimiento el aspecto de ambas, pero tenía que concentrarme en evitar que Josie sufriera algún percance. En la cima del montículo ella se detuvo para recuperar el aliento, pero el chico no nos saludó, ni siquiera nos miró. Sostenía en las manos un artefacto circular y miraba el trozo de cielo entre las dos casas, donde una bandada de pájaros volaba en formación, y no tardé en darme cuenta de que eran pájaros artificiales. Él no les quitaba ojo, y cuando tocaba el mando, los pájaros respondían cambiando la dirección del vuelo.

—Guau, son preciosos —dijo Josie, aún falta de aliento—. ¿Son nuevos?

Rick mantuvo la mirada fija en los pájaros, pero dijo:

—Los dos de la punta son nuevos. Se ve porque no acaban de combinar bien con los otros.

Los pájaros descendieron en picado hasta sobrevolar por encima de nuestras cabezas.

—Vale, pero los pájaros de verdad tampoco son todos iguales —dijo Josie.

—Supongo que no. Al menos he conseguido que toda la bandada responda a las mismas órdenes. Vale, Josie, mira esto.

Los pájaros artificiales empezaron a descender y aterrizaron uno a uno sobre la hierba delante de nosotros. Pero dos de ellos se mantuvieron en el aire y Rick, frunciendo el ceño, pulsó de nuevo el mando.

—Dios. Sigue sin funcionar bien del todo.

—Pero, Rick, son preciosos.

Josie se había colocado sorprendentemente cerca de Rick, aunque sin llegar a tocarlo, pero tenía las manos alzadas justo detrás de su espalda y el hombro izquierdo.

—A estos dos hay que recalibrarlos por completo.

—No te preocupes, al final lo conseguirás. Eh, Ricky, te acuerdas de lo del martes, ¿verdad?

—Me acuerdo. Pero escucha, Josie, no he dicho que vaya a venir.

—¡Oh, vamos! ¡Dijiste que sí!

—Y una mierda acepté. Además, no creo que a tus invitados les guste demasiado mi presencia.

—Yo soy la anfitriona, así que puedo invitar a quien quiera. Y mamá no pondrá ningún problema. Vamos, Rick, ya lo hemos hablado. Si vamos a tomarnos en serio el plan, tenemos que hacer este tipo de cosas juntos. Tienes que ser capaz de manejarlo igual de bien que yo. ¿Y por qué iba a tener que enfrentarme a esa multitud sola?

—No estarás sola. Ahora tienes a tu AA.

Los dos últimos pájaros ya habían aterrizado. Rick pulsó el mando y todos se pusieron en modo durmiente sobre la hierba.

—¡Oh, vaya, ni siquiera os he presentado! Rick, ella es Klara.

Él siguió concentrado en su mando y ni me miró.

—Dijiste que nunca tendrías una AA —le recriminó a Josie.

—Eso fue hace mucho tiempo.

—Dijiste que nunca tendrías una.

—Bueno, pues he cambiado de opinión, ¿vale? Klara no es una AA cualquiera. Klara, dile algo a Rick.

—Dijiste que nunca tendrías una.

—¡Venga ya, Rick! No siempre cumplimos lo que dijimos de pequeños. ¿Por qué no iba a poder tener una AA?

Ahora Josie tenía las dos manos posadas sobre el hombro izquierdo de Rick, apoyando en él su peso, como si quisiera conseguir que la altura de él se redujese y ambos estuvieran al mismo nivel. Pero a Rick no parecía importarle tenerla pegada —de hecho, se diría que lo asumía como algo normal— y pensé que tal vez, a su manera, ese chico era tan importante para Josie como la Madre, y que sus objetivos y los míos podían ser en cierto modo paralelos, y que debía observarlo con atención para entender cómo encajaba en la vida de Josie.

—Estoy encantada de conocer a Rick —dije—. Me gustaría saber si vive en la casa vecina. Es raro, pero hasta ahora no me había dado cuenta de la existencia de esa casa.

—Sí —respondió él, todavía sin mirarme—. Vivo allí. Vivimos mi madre y yo.

Nos volvimos para mirar las casas y por primera vez pude ver con tranquilidad el exterior de la de Josie. Desde allí resultaba un poco más pequeña y los bordes del tejado eran un poco más angulosos, pero por lo demás se asemejaba mucho a como la había imaginado desde dentro. Las paredes estaban construidas con tablones cuidadosamente yuxtapuestos todos pintados de un blanco roto. La casa consistía en tres cajas separadas que se conectaban en una sola unidad compleja. La casa de Rick era más pequeña, y no solo porque estuviera más alejada. También estaba construida con tablones de madera, pero su estructura era más simple: una única caja, más alta que ancha, que se elevaba sobre la hierba.

—Creo que Rick y Josie deben haber crecido juntos —le dije a Rick—. Como vuestras casas.

Él se encogió de hombros.

—Sí. Juntos.

—Me parece que el acento de Rick es inglés.

—Tal vez un poco.

—Me alegro de que Josie tenga un buen amigo. Espero que mi presencia jamás se interponga en esta amistad.

—Espero que no. Pero hay montones de cosas que se interponen en las amistades.

—¡Bueno, ya basta por hoy! —gritó la voz de Melania Sirvienta desde el pie del montículo.

—¡Ya bajamos! —respondió Josie. Y le dijo a Rick—: Escucha, Ricky, tengo tan pocas ganas como tú de celebrar esta reunión. Te necesito allí. Tienes que venir.

Rick volvió a toquetear el mando y los pájaros alzaron el vuelo todos juntos. Josie los contempló, todavía con las dos manos sobre el hombro de él, de forma que ambos formaban una única silueta recortada contra el cielo.

—¡Vamos, date prisa! —azuzó Melania Sirvienta—. ¡Sopla demasiado viento! ¿Es que quieres morirte ahí arriba?

—¡Vale, ya bajamos! —Y en voz baja Josie le dijo a Rick—: El martes a la hora de comer, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Buen chico, Ricky. Lo has prometido. Klara es testigo.

Apartó las manos del hombro de Rick y se alejó de él. Me agarró del brazo y emprendimos el descenso del montículo.

Bajamos por una ladera distinta de la que habíamos subido, y vi que esta nos iba a dejar frente a la casa de Josie. Por este lado la pendiente era más pronunciada y desde abajo Melania Sirvienta empezó a protestar, pero enseguida lo dejó correr y rodeó a toda prisa el montículo para encontrarse con nosotras. Mientras descendíamos a través de la hierba baja, miré hacia atrás y vi la

silueta de Rick recortada contra el cielo. No nos miraba, estaba concentrado en sus pájaros que volaban en el aire grisáceo.

Cuando entramos en casa, Josie se quitó la chaqueta acolchada, Melania Sirvienta le preparó un batido de yogur y las dos nos sentamos en la Isla mientras se lo bebía con una pajita.

—No me puedo creer que sea la primera vez que has salido al exterior —me dijo—. ¿Qué te ha parecido?

—Me ha gustado mucho. El viento, los sonidos, todo ha sido muy interesante. —Y añadí—: Y por supuesto ha sido estupendo conocer a Rick.

Josie pellizcaba la pajita muy cerca de donde emergía de la bebida.

—No creo que te haya dado muy buena impresión. A veces es un poco arisco. Pero es una persona especial. Cuando me pongo enferma y trato de pensar en cosas bonitas, pienso en lo que vamos a hacer juntos. Ha quedado claro que va a venir a la reunión.

Esa noche, como solían hacer durante la cena, apagaron todas las luces excepto las que enfocaban directamente la Isla. Yo estaba presente, tal como le gustaba a Josie, pero para proporcionarles privacidad me quedé de pie en la zona de sombra, mirando a la nevera. Durante un buen rato escuché a Josie y a la Madre manteniendo una conversación liviana mientras comían. De pronto, sin alterar el tono ligero de la charla, Josie preguntó:

—Mamá, si saco tan buenas notas, ¿de verdad tengo que ser anfitriona de esta reunión de interacción?

—Por supuesto que sí, cariño. No basta con ser lista. También tienes que aprender a relacionarte con los demás.

—Mamá, ya sé relacionarme con los demás. Pero no con esta multitud.

—Resulta que esta multitud son tus pares. Y cuando vayas a la universidad, vas a tener que convivir con todo tipo de gente. Cuando yo entré en la universidad, llevaba años relacionándome con otros

niños a diario. Pero para ti y los de tu generación va a ser muy duro, a menos que empecemos a practicar ahora. Los chicos a los que no les va bien en la universidad resultan ser siempre los que no asistieron a suficientes reuniones.

—Mamá, falta mucho para la universidad.

—No tanto como crees. —Y con un tono más cariñoso, la Madre añadió—: Vamos, cariño. Puedes presentarles a Klara a tus amigos. Les encantará conocerla.

—Mamá, no son mis amigos. Y si voy a tener que ser anfitriona de esta reunión, quiero que esté Rick.

Se hizo un silencio a mi espalda. Hasta que la Madre dijo:

—De acuerdo. Podemos invitarle.

—Pero te parece una mala idea, ¿verdad?

—No, para nada. Rick es una buena persona. Y es nuestro vecino.

—Entonces puede venir, ¿no?

—Solo si él quiere. Tiene que ser él quien tome la decisión.

—¿Crees que los otros niños van a ser groseros con él?

Se produjo otro silencio, hasta que la Madre respondió:

—No veo por qué. Si alguien se comporta de un modo inapropiado, eso solo va a demostrar lo retrasado que va ese chico.

—Entonces no hay ningún motivo para que Rick no pueda venir.

—Josie, el único motivo sería que él no quisiera.

Más tarde, en el dormitorio, cuando estábamos Josie y yo a solas y ella ya estaba en la cama, lista para dormirse, me dijo en voz baja:

—Espero que Rick venga a esa horrible fiesta.

Pese a la tardanza en sacar el tema de la reunión de interacción, me alegré de que lo hiciera, porque yo tenía muchas dudas al respecto.

—Sí, yo también lo espero —dije—. ¿Los demás también traerán a sus AA?

—No. No se acostumbra a hacer. Pero el AA que vive en la casa sí que suele estar. En especial si es nuevo, como en tu caso. Todos querrán inspeccionarte.

—Entonces Josie querrá que yo esté presente.

—Por supuesto que quiero que estés presente. Aunque puede que no te lo pases muy bien. Estas reuniones son horribles, esa es la verdad.

La mañana de la reunión de interacción, Josie estaba muy nerviosa. Se volvió a meter en la habitación después de desayunar para probarse nuevos modelos, e incluso cuando ya se oía llegar a los invitados y Melania Sirvienta la avisó por tercera vez, ella continuaba peinándose. Finalmente, ya con un barullo de voces abajo, le dije:

—Tal vez deberíamos bajar a reunirnos con los invitados de Josie.

Solo entonces dejó el cepillo en el tocador y se puso en pie.

—Tienes razón. Es hora de enfrentarnos a la fiesta.

Al bajar por la escalera, vi que el vestíbulo estaba lleno de desconocidos manteniendo animadas conversaciones. Eran los adultos acompañantes, todo mujeres. Se oían voces más jóvenes procedentes de la Sala Diáfana, pero las puertas correderas estaban cerradas, de modo que todavía no podíamos ver a los invitados de Josie.

Josie, que bajaba por la escalera delante de mí, se detuvo cuando le quedaban cuatro escalones. Incluso hubiera llegado a dar media vuelta de no ser porque uno de los adultos la llamó:

—¡Hola, Josie! ¿Cómo estás?

Josie saludó con la mano y en ese momento la Madre, abriéndose paso entre los adultos del vestíbulo, le señaló la Sala Diáfana.

—Entra —le dijo—. Tus amigos te están esperando.

Pensé que la Madre iba a añadir algo más para reforzar su mensaje, pero varios adultos la rodearon hablando y sonriendo y se vio obligada a darnos la espalda. Josie se armó de valor, bajó los escalones que le quedaban y se metió entre la multitud. La seguí, esperando que se dirigiera hacia la Sala Diáfana, pero en lugar de eso pasó entre los adultos en dirección a la puerta principal, que

estaba abierta y dejaba entrar aire fresco. Josie avanzó con la decisión de quien tiene claro adónde va, y si un transeúnte se la hubiera cruzado habría pensado que iba a hacer un recado importante para alguno de los invitados. En cualquier caso, nadie le bloqueó el paso, y mientras la seguía oí un montón de voces a mi alrededor. Alguien decía: «Puede que el profesor Kwan sea estupendo como profesor de física matemática de nuestros hijos. Pero eso no le da derecho a ser maleducado con nosotros», y otra voz decía: «Europa. Los mejores sirvientes siguen proviniendo de Europa». Otras voces iban saludando a Josie a su paso y por fin llegamos a la puerta principal y recibimos el aire fresco.

Josie miró al exterior, con los pies en el umbral, y gritó:

—¡Vamos! ¿Qué haces? —Se agarró al marco de la puerta y se asomó—. ¡Date prisa! ¡Ya están todos aquí!

Rick apareció en la puerta, Josie lo cogió del brazo y lo metió en el vestíbulo.

Iba vestido igual que en el montículo cubierto de hierba, con tejanos y un jersey, y los adultos se percataron de inmediato de su presencia. No dejaron de hablar, pero bajó el volumen de las voces. La Madre se abrió paso entre la multitud.

—¡Hola, Rick! ¡Bienvenido! Pasa. —Le puso la mano en la espalda y le hizo avanzar hacia los invitados adultos—. Atención todos, este es Rick. Nuestro buen amigo y vecino. Algunos de vosotros ya lo conocéis.

—¿Cómo estás, Rick? —le preguntó una de las invitadas—. Es estupendo que hayas podido venir.

Los adultos saludaron al unísono a Rick, haciendo todo tipo de comentarios amables, pero percibí una extraña cautela en sus voces. La Madre, alzando la voz entre las demás, dijo:

—Dime, Rick, ¿tu madre sigue bien? Hace tiempo que no la veo.

—Está bien, gracias, señora Arthur.

Cuando Rick respondió, el vestíbulo se quedó en silencio. Una mujer alta detrás de mí preguntó:

—¿He creído entender que vives por aquí cerca, Rick?

Rick recorrió el vestíbulo con la mirada hasta localizar a la persona que acababa de hablar.

—Sí, señora. De hecho, nuestra casa es la única que verá si sale al exterior. —Dejó escapar una sonrisilla y añadió—: Aparte de esta, claro.

Todos se rieron a carcajadas ante este añadido final y Josie, a su lado, sonrió nerviosa como si hubiera hecho el comentario ella. Otra voz añadió:

—Si algo abunda por aquí es el aire fresco. Seguro que es un sitio estupendo para criarse.

—No está mal, gracias —dijo Rick—. Hasta que un día quieres pedir una pizza a domicilio.

Todos se rieron, con carcajadas incluso más estruendosas, y esta vez Josie se unió al regocijo general, sonriendo muy feliz.

—Adelante, Josie —le dijo la Madre—. Acompaña a Rick dentro. Ya es hora de que recibas al resto de los invitados. Entra ya.

Los adultos se apartaron y Josie, que seguía teniendo a Rick cogido del brazo, lo condujo hasta la Sala Diáfana. Ninguno de los dos me miró, de modo que no sabía si debía seguirlos. Desaparecieron, los adultos volvieron a desperdigarse por el vestíbulo y yo me quedé plantada cerca de la puerta principal. Una voz cercana dijo:

—Un chico encantador. ¿Ha dicho que vive al lado? No lo he oído bien.

—Rick es el vecino, sí —dijo la Madre—. Él y Josie llevan toda la vida siendo amigos.

—Eso es estupendo.

Una mujer gruesa, cuya silueta se asemejaba a la de la batidora, dijo:

—Y parece espabilado. Es una pena que un chico así se haya quedado al margen.

—Nunca lo hubiera dicho —comentó otra voz—. Se sabe presentar tan bien. ¿Es británico el acento que tiene?

—Lo importante —comentó la mujer batidora— es que esta nueva generación aprenda a sentirse cómoda con todo tipo de personas. Es lo que siempre dice Peter. —Y mientras otras voces murmuraban mostrándose de acuerdo, ella le preguntó a la Madre —: ¿Sus padres… decidieron no seguir adelante? ¿No tuvieron agallas?

La sonrisa afable de la Madre se desvaneció y todos los que oyeron la pregunta dejaron de hablar. La propia mujer batidora se quedó petrificada, horrorizada por lo que acababa de decir. Tendió una mano hacia la Madre.

—Oh, Chrissie. ¿Qué he dicho? No pretendía…

—No pasa nada —dijo la Madre—. Por favor, olvídalo.

—Oh, Chrissie. Lo siento muchísimo. A veces parezco idiota. Solo quería…

—Es nuestro mayor miedo —dijo una voz de tono firme situada cerca—. El de todos nosotros.

—No pasa nada —dijo la Madre—. Vamos a dejarlo.

—Chrissie —dijo la mujer batidora—. Lo que quería decir es que un chico tan encantador como él…

—Algunos de nosotros tuvimos suerte, otros no —dijo una mujer de piel negra que se acercó a la Madre y le acarició el hombro con afecto.

—Pero Josie ahora está bien, ¿verdad? —preguntó otra voz—. Tiene mucho mejor aspecto.

—Tiene días buenos y días malos —dijo la Madre.

—Tiene mucho mejor aspecto.

—Se va a poner bien, estoy segura —intervino de nuevo la mujer batidora—. Has sido muy valiente después de todo lo que pasaste. Algún día Josie te estará muy agradecida.

—Pam, vamos. —La mujer de piel negra se acercó a la mujer batidora y se dispuso a llevársela de allí. Pero la Madre, mirando a la mujer batidora, dijo en voz baja:

—¿Crees que Sal querrá darme las gracias?

Al oír esto, la mujer batidora se echó a llorar.

—Escucha, lo siento, lo siento. Soy idiota. Abro la boca y… —Gimoteó y continuó, elevando el tono de voz—: Y ahora todos lo sabéis, lo habéis podido comprobar. ¡Soy la persona más idiota del mundo! Es solo que este niño tan encantador…, es tan injusto… Chrissie, lo siento.

—Escucha, de verdad, olvídalo. —La Madre, haciendo un gran esfuerzo, se acercó a la mujer batidora y la abrazó sin mucho entusiasmo. La mujer batidora respondió de inmediato con otro abrazo y siguió llorando, con el mentón sobre el hombro de la Madre.

Se produjo un silencio incómodo, hasta que la mujer de piel negra dijo con un tono alegre:

—Bueno, parece que ahí dentro se las están arreglando bien. Todavía no se oye ningún barullo de trifulca.

Todos se rieron a carcajadas y la Madre, con un tono de voz diferente, dijo:

—Eh, ¿qué estamos haciendo aquí plantados? Vamos a la cocina, venga, todo el mundo. Melania ha preparado esos deliciosos pasteles de su tierra natal.

Una voz comentó en un pretendido susurro:

—Ya que todavía estamos aquí… ¡podríamos escuchar a través de la puerta!

El comentario provocó nuevas carcajadas y la Madre volvió a sonreír.

—Si nos necesitan —dijo—, ya nos lo harán saber. Por favor, pasad a la cocina.

Mientras los adultos se dirigían a la cocina, pude escuchar con más claridad las voces procedentes de la Sala Diáfana, pero sin lograr entender nada de lo que decían. Un adulto pasó a mi lado diciendo:

—Nuestra Jenny se alteró mucho después de la última reunión. Nos pasamos todo el fin de semana explicándole que lo había interpretado todo erróneamente.

—Klara, sigues aquí.

La Madre estaba a mi lado.

—Sí.

—¿Por qué no estás ahí dentro, con Josie?

—Porque… no me ha llevado.

—Vamos. Te necesita. Y los otros niños quieren conocerte.

—Sí, por supuesto. Pues discúlpeme, voy a entrar.

El Sol, al percatarse de que había tantos niños concentrados en un lugar, lanzaba sus nutrientes a través de los ventanales de la Sala Diáfana. Me había llevado mucho tiempo aprender a manejarme entre el entramado de sofás, piezas rectangulares blandas, mesas bajas, tiestos con plantas y libros de fotografías, pero ahora estaba todo tan alterado que la habitación parecía otra. Había jovencitos por todas partes y sus mochilas, chaquetas y rectángulos estaban desperdigados por el suelo y todas las superficies. Es más, el espacio de la sala se había dividido en veinticuatro bloques —ordenados en dos hileras— que se sucedían hasta la pared del fondo. Debido a esta partición, me era muy difícil lograr una visión de conjunto de lo que tenía delante, pero poco a poco fui capaz de entender la nueva lógica. Josie estaba en el centro de la habitación, hablando con tres invitadas. Las cabezas casi se tocaban, y por la posición en que permanecían de pie, la parte superior de sus rostros, incluidos los ojos, estaban en un bloque de la fila superior, mientras que todas las bocas y mentones estaban apretujadas en un bloque de una fila inferior. La mayor parte de los niños estaban de pie, algunos se desplazaban entre bloques. Junto a la pared del fondo había tres chicos sentados en el sofá modular, y pese a que estaban separados entre sí, las cabezas aparecían agrupadas en un único bloque, mientras que la pierna estirada del chico situado más cerca de la ventana no solo se extendía al bloque contiguo, sino que una parte llegaba al siguiente. Los tres bloques que contenían a los chicos del sofá tenían una tonalidad desagradable —amarillo pálido— y en mi mente se instaló cierta ansiedad. De pronto otras personas se interpusieron en mi visión de esos chicos y empecé a dirigir mi atención a otras voces a mi alrededor.

A pesar de que cuando entré alguien dijo: «¡Oh, aquí está la nueva AA, qué mona es!», casi todas las voces que oía en esos momentos hablaban de Rick. Josie debía de haber estado con él hasta hacía un momento, pero al ponerse a conversar con las invitadas le había dado la espalda y ahora Rick estaba solo y no hablaba con nadie.

—Es un amigo de Josie. Vive por aquí cerca —comentó una chica detrás de mí.

—Tendríamos que ser amables con él —dijo otra—. Tiene que resultarle raro estar aquí con nosotros.

—¿Por qué le ha pedido Josie que venga? Se debe sentir muy raro.

—¿Y si le ofrecemos algo? Para que se sienta acogido.

La niña —delgada y con unos brazos inusualmente largos— cogió una bandeja metálica llena de bombones y se dirigió hacia Rick. Yo me adentré un poco más en la habitación y oí que le decía:

—Disculpa, ¿te apetece un bombón?

Rick estaba mirando a Josie, que hablaba con sus tres invitadas, pero al oírla se volvió hacia la niña de los brazos largos.

—Anímate —le dijo la niña, alzando la bandeja—. Están muy buenos.

—Muchas gracias. —Rick miró la bandeja y eligió un bombón envuelto en un reluciente papel verde.

Pese a que se siguieron oyendo voces por toda la habitación, me di cuenta de que, de pronto, todos los presentes —incluidas Josie y las tres invitadas— se volvían para mirar a Rick.

—Nos hace mucha ilusión que hayas venido —le dijo la niña de los brazos largos—. Eres el vecino de Josie, ¿verdad?

—Sí. Vivo en la casa de al lado.

—¿La casa de al lado? ¡Qué bueno! ¡Tu casa y esta son las únicas en varios kilómetros a la redonda!

Las tres chicas con las que había estado hablando Josie se unieron a la de los brazos largos, sonriendo todo el rato a Rick. Josie

no se movió de donde estaba, contemplando la escena con nerviosismo.

—Supongo que es así. —Rick se rio—. Pero sigue siendo la casa de al lado.

—¡Claro que sí! Supongo que te encanta vivir aquí. ¡Tiene que ser tan tranquilo!

—Tranquilo es el término correcto. Es perfecto hasta que llega el día en que te apetece ir al cine.

Yo sabía que Rick esperaba que todos los que le escuchaban se rieran igual que habían hecho los adultos con el comentario sobre la pizza a domicilio. Pero las cuatro chicas se limitaron a seguir mirándolo con gesto amable.

—¿No ves películas en tu DS? —le preguntó finalmente una de ellas.

—A veces sí. Pero me gusta ir al cine. La pantalla grande, los helados. A mi madre y a mí nos encanta. El problema es que nos queda muy lejos.

—Nosotros tenemos un cine al final de la manzana —dijo la niña de los brazos largos—. Pero vamos muy poco.

—¡Eh! ¡Le gustan las películas!

—Missy, por favor. Disculpa, tienes que perdonar a mi hermana. Entonces te gustan las películas. Te ayudan a relajarte, ¿verdad?

—Apuesto a que te gustan las de acción —aventuró la chica llamada Missy.

Rick la miró. Sonrió y dijo:

—Esas son divertidas. Pero a mi madre y a mí nos gustan las películas antiguas. Todo era tan diferente en el pasado. Viendo esas películas puedes saber cómo eran los restaurantes. Y cómo iba vestida la gente.

—Pero seguro que te gustan las de acción, ¿no? —dijo la niña de los brazos largos—. Con persecuciones de coches y ese tipo de cosas.

—Eh —dijo otra chica a mi espalda—. Dice que va al cine con su madre. Qué mono.

—¿A tu madre no le gusta que vayas con tus *amigos*?

—No es eso exactamente. Es solo que… a mi madre y a mí nos gusta ir juntos al cine.

—¿Has ido a ver *Patrón oro*?

—¡Es imposible que esa le guste a su madre!

Josie se plantó delante de Rick.

—Vamos, Rick. —El tono de voz era de enojo—. Diles qué películas te gusta ver. Es lo único que te están preguntando. ¿Qué te gusta ver?

Se habían ido reuniendo más invitados alrededor de Rick y me bloqueaban parcialmente la visión. Pero pude ver que en ese momento se produjo un cambio en él.

—¿Sabes qué? —No se dirigía solo a Josie, sino a todos los presentes—. Me gustan las películas en las que suceden cosas horribles. En las que salen insectos de la boca de la gente, ese tipo de cosas.

—¿En serio?

—¿Puedo preguntar —dijo Rick— a qué viene tanta curiosidad por el tipo de películas que me gustan?

—Se llama dar conversación —respondió la niña de los brazos largos.

—¿Por qué no se come el bombón? —preguntó Missy—. Todavía lo tiene en la mano.

Rick se volvió hacia ella y le ofreció el bombón todavía envuelto.

—Toma. Quizá te apetece a ti.

Missy se rio, pero se echó hacia atrás.

—Escucha —dijo la niña de los brazos largos—. Se supone que esto es una reunión amistosa, ¿de acuerdo?

Rick lanzó una rápida mirada a Josie, que no le quitaba ojo y parecía cada vez más furiosa. Él volvió a mirar a las invitadas.

—Amistosa. Por supuesto. Me pregunto si os gustaría que os contase que me gustan las películas de bichos.

—¿Películas de bichos? —preguntó alguien—. ¿Eso es un género?

—No os burléis de él —dijo la niña de los brazos largos—. Sed amables. Él se está portando bien.

—Sí, se está portando bien —repitió una voz, y varios de los presentes soltaron risitas. Mientras Rick se volvía hacia ellos, Josie estiró el brazo y le quitó el bombón.

—Atención todos —gritó Josie—. Quiero que conozcáis a Klara. ¡Os presento a Klara!

Me indicó con la mano que me acercara y, mientras lo hacía, todas las miradas se concentraron en mí. También Rick me miró, pero solo un segundo, y se retiró a la parte de la habitación en que estaba el escritorio esquinero, donde no había nadie. Ninguno de los presentes pareció prestarle la más mínima atención, porque todos me miraban a mí. Incluso la niña de los brazos largos había perdido el interés en Rick y me miraba fijamente.

—Vaya, esta AA parece espabilada —dijo. Se inclinó hacia Josie en plan confidencial y pensé que le iba a comentar algo sobre mí, pero lo que dijo fue—: ¿Ves a Danny? Nada más entrar nos ha contado que la policía lo detuvo. Sin saludar ni nada. Cuando le hemos dicho que primero tenía que saludar como es debido, él no ha hecho ni caso. No ha parado de alardear de su encontronazo con la policía.

—Guau. —Josie miró a los chicos del sofá modular—. ¿Así que se cree que es muy listo porque va de criminal?

La niña de los brazos largos se rio y Josie se convirtió en parte de una forma creada por las cinco chicas juntas.

—Después su hermano, que está allí, nos ha contado lo que pasó. Bebió demasiada cerveza, eso es todo.

—Shhh. Ha visto que estamos hablando de él —dijo alguien.

—Pues mejor. Parece que los polis lo encontraron desvanecido en la playa y lo acompañaron a casa. Y él nos lo cuenta como si lo hubieran arrestado o algo por el estilo.

—Sin saludar ni nada.

—Eh, Missy, no he oído que saludaras a Josie. ¿Eso te convierte en tan impresentable como Danny?

—Sí que lo he hecho. Sí que he saludado a Josie.

—¿Josie? ¿Has oído que mi hermana te saludara cuando has entrado?

Missy se mostró visiblemente incómoda.

—Yo he dicho hola. Será que Josie no me ha oído.

—¡Eh, Josie! —El chico llamado Danny (el que estaba en el sofá con una pierna extendida encima de los almohadones) gritaba desde el fondo de la habitación—. Eh, Josie, ¿esta es tu nueva AA? Dile que se acerque.

—Vamos, Klara —me dijo Josie—. Ve a saludar a los chicos.

No me moví de inmediato, en parte porque me sorprendió el tono de Josie. Era similar al que a veces utilizaba para dirigirse a Melania Sirvienta, pero no tenía nada que ver con el que siempre empleaba conmigo.

—¿Qué le pasa? —Danny se levantó del sofá—. ¿No cumple las órdenes?

Josie me estaba mirando con severidad, de modo que empecé a caminar hacia los chicos del sofá. Pero Danny, que era la persona más alta de toda la habitación, avanzó con rapidez en mi dirección, abriéndose paso entre los demás invitados, y antes de que yo hubiera recorrido siquiera la mitad del trayecto hasta el sofá, me agarró por los codos y me impidió moverme con libertad. Me miró de arriba abajo y dijo:

—Bueno, ¿te estás adaptando bien a la casa?

—Sí. Gracias.

Otro de los chicos del sofá del fondo gritó:

—¡Eh! ¡Habla! ¡Qué maravilla!

—¡Cierra el pico, Scrub! —le gritó Danny. Y me preguntó—: ¿Cómo han dicho que te llaman?

—Se llama Klara —dijo Josie a mi espalda—. Danny, suéltala. No le gusta que la agarren así.

—Eh, Danny —volvió a gritar Scrub—. Lánzala hacia aquí.

—Si quieres verla —dijo Danny—, levántate del sofá y acércate.

—Lánzala. Vamos a comprobar su coordinación.

—Scrub, no es tu AA. —Las manos de Danny seguían agarrándome con fuerza los codos—. Para hacer una cosa así tienes que pedirle permiso a Josie.

—Eh, Josie —gritó Scrub—. Nos das permiso, ¿no? A mi B3 la puedes lanzar por los aires y siempre aterriza de pie. Vamos, Danny, lánzala al sofá. No se va a estropear.

—Qué burro es —dijo en voz baja la niña de los brazos largos, y varias chicas, incluida Josie, soltaron risitas.

—Mi B3 —continuó Scrub— da un salto mortal y cae de pie. Con la espalda recta, en una postura perfecta. Vamos a ver qué es capaz de hacer esta.

—Tú no eres una B3, ¿verdad? —me preguntó Danny.

Yo no respondí, pero a mi espalda Josie dijo:

—No, pero es la mejor.

—¿En serio? ¿Entonces puede hacer lo que dice Scrub?

—Yo ahora tengo una B3 —dijo la voz de una chica—. La conoceréis en la próxima reunión.

Y otra voz preguntó:

—Josie, ¿por qué no te has comprado una B3?

—Porque… me gustaba esta. —Josie lo dijo con cierta inseguridad, pero enseguida recuperó la firmeza en el tono de voz—. No hay nada que haga una B3 que no pueda hacer Klara.

Noté movimientos detrás de mí y de pronto la niña de los brazos largos apareció al lado de Danny. Él parecía sentir al mismo tiempo excitación y miedo por tenerla cerca y me soltó los codos. Pero un instante después la niña de los brazos largos me agarró la muñeca izquierda, aunque no con tanta fuerza como Danny.

—Hola, Klara —dijo, y volvió a observarme con mucha atención —. Vamos a ver, Klara, ¿puedes por favor cantarme la escala menor armónica?

Yo no estaba segura de qué quería Josie que respondiera, así que esperé a que ella dijera algo. Pero permaneció en silencio.

—Oh. ¿No sabes cantar?

—Vamos —gritó el chico llamado Scrub—. Lánzala hacia aquí. Si no coordina bien, yo la cogeré al vuelo.

—Está muy callada. —La niña de los brazos largos se acercó y me miró a los ojos—. Quizá está baja de energía solar.

—No le pasa nada —replicó Josie, tan bajito que es posible que solo yo lo oyera.

—Klara —dijo la niña de los brazos largos—. Salúdame.

Me mantuve en silencio, esperando a que Josie dijera algo.

—¿No? ¿Nada?

—Eh, Josie —dijo una voz a mi espalda—. Podrías haber comprado una B3, ¿verdad? ¿Por qué no lo hiciste?

Josie se rio y respondió:

—Empiezo a pensar que es lo que debería haber hecho.

Este comentario provocó más risas y una voz dijo:

—Los B3 son tan asombrosos…

—Vamos, Klara —dijo la niña de los brazos largos—. Aunque solo sea un pequeño saludo.

A estas alturas yo ya había fijado en mi rostro una expresión simpática y miraba a lo lejos, haciendo caso omiso a la niña, tal como en la tienda Gerente me había enseñado a hacer ante este tipo de situaciones.

—Una AA que se niega a saludar. Josie, ¿le puedes decir a Klara que nos diga algo?

—Lánzala hacia aquí. Esto la devolverá a la vida.

—Klara tiene mucha memoria —dijo Josie detrás de mí—. A la altura de la de cualquier AA.

—Oh, ¿en serio? —dijo la niña de los brazos largos.

—Y no solo memoria. Es capaz de ver cosas en las que nadie se fija y las almacena en su cabeza.

—Vale. —La niña de los brazos largos seguía agarrándome la muñeca—. Muy bien, Klara. Esto es lo que vamos a hacer. Sin girarte para mirar, dime cómo va vestida mi hermana.

Seguí mirando los ladrillos de la pared, más allá de la niña de los brazos largos.

—Se ha quedado petrificada. Pero es mona, lo reconozco.

—Vuélvele a preguntar —dijo Josie—. Adelante, Marsha. Vuelve a hacerle la pregunta.

—De acuerdo. Venga, Klara. Sé que puedes hacerlo. Dime qué lleva puesto Missy.

—Lo siento —dije, sin apartar la mirada del muro.

—¿Lo sientes? —La niña de los brazos largos preguntó dirigiéndose a todos los presentes—: ¿Y eso qué quiere decir? —Y todos se rieron. Me miró fijamente y me preguntó—: Klara, ¿qué quieres decir? ¿Qué quieres decir con que lo sientes?

—Siento no poder ayudar.

—No se ve capaz de ayudar. —La niña de los brazos largos pareció relajarse y por fin me soltó la muñeca—. De acuerdo, Klara. Puedes volverte y mirar. Mira lo que lleva Missy.

Pese a que pudiera parecer poco amable, no me volví. Porque si lo hacía, no solo vería a Missy —sabía por supuesto todo lo que llevaba puesto, incluidos la pulsera violeta y el pequeño colgante con un osito—, sino también a Josie, y entonces tendríamos que mirarnos cara a cara.

—Me rindo —dijo la niña de los brazos largos.

—Vale —intervino Danny—. Pues entonces vamos a someterla a la prueba de Scrub. Para darle el gusto. Phil, ven aquí y ayúdame a balancearla. Scrub, no te muevas de donde estás y prepárate para agarrarla al vuelo. Josie, ¿nos das permiso para que lo hagamos?

A mi espalda, Josie se mantuvo en silencio, pero una voz de chica dijo:

—Lanzar a una AA por los aires es una crueldad.

—¿Qué tiene de cruel? Están diseñados para soportarlo.

—No se trata de eso —dijo la voz de la chica—. Es horrible.

—Eres una blandengue —dijo Danny—. Phil, agárrala por los brazos. Yo la cogeré por las piernas.

—¿Qué llevas en el bolsillo? —Fue Rick quien habló y la habitación enmudeció.

—¿Qué dices, colega?

Rick avanzó entre los invitados y se detuvo a mi derecha. No mostró miedo alguno al señalar el bolsillo de la pechera de la camisa de Danny. Yo ya me había percatado de la presencia de ese objeto: un perrito de peluche lo bastante pequeño como para caber en un bolsillo. Había visto a niños de siete y ocho años que llevaban este tipo de juguetes en los bolsillos cuando entraban en la tienda.

Mientras todos cambiaban de posición para observar lo que señalaba Rick, Danny alzó ambas manos para ocultar el bolsillo.

—Parece una mascota de juguete —dijo Rick.

—No es una mascota de juguete —replicó Danny.

—Yo diría que es una mascota de juguete. Para ayudarte a sentirte relajado en reuniones como esta.

—¿De qué va este rollo? ¿Quién te ha preguntado nada?

—Si no es nada especial, entonces no te importará enseñárnoslo. —Rick extendió la palma de la mano—. No te preocupes, lo trataré con cuidado.

—Sea o no sea algo especial, no es asunto tuyo.

—Prestámelo, por favor. Solo un minuto.

—No significa nada especial para mí, pero no te lo voy a dar.

—¿No? ¿No me vas a dejar ni echarle un vistazo rápido?

—Jamás te prestaría nada. ¿Por qué iba a tener que hacerlo? Ni siquiera tendrías que estar aquí.

Rick seguía con la palma de la mano extendida y la habitación permanecía en silencio.

—¿No será que eres un poco blandengue, Danny? —dijo Rick—. Lo parece por tu afición a llevar cositas monas en el bolsillo.

—¡Basta! ¡Deja en paz a Danny!

La voz era de una persona adulta y los jóvenes que tenía a mi alrededor se hicieron a un lado cuando la mujer entró muy decidida en la habitación.

—Y Danny tiene razón —añadió—. Tú no deberías estar aquí.

La Madre apareció precipitadamente detrás de ella y vi a otros adultos contemplando la Sala Diáfana desde la puerta abierta.

—Vamos, Sara —dijo la Madre—. No interferimos, ¿recuerdas?

La Madre pasó el brazo por la espalda de la mujer llamada Sara, que mantuvo la mirada clavada en Rick.

—Vamos, Sara. Respeta las reglas. Son los chicos los que tienen que solucionar la situación.

Sara seguía furiosa, pero permitió que la sacaran de la habitación hacia el murmullo de voces adultas del recibidor. Una de las voces dijo: «Es la única manera de que aprendan», y las voces adultas se alejaron y se produjo un silencio en la Sala Diáfana.

Ahora Danny estaba tal vez incluso más avergonzado por la intervención de la persona adulta de lo que lo había estado por el pequeño juguete. Continuó ocultando el bolsillo de la pechera con ambas manos mientras volvía al sofá, dando la espalda, ahora un poco encorvada, a los presentes en la sala.

—Bueno —dijo la niña de los brazos largos con tono festivo—. ¿Qué os parece si salimos al jardín un rato? Ahora hace un tiempo estupendo. ¡Mirad!

Un coro de voces gritó su aprobación y oí entre ellas la voz de Josie que decía:

—Qué gran idea. ¡Vamos allá!

Los chicos salieron en fila, siguiendo a Josie y a la niña de los brazos largos. Danny y Scrub salieron con los demás y en la Sala Diáfana solo quedamos Rick y yo.

Rick paseó la mirada por las chaquetas desperdigadas por la sala, los almohadones para sentarse desplazados, las latas de refresco, las bolsas de patatas fritas y las revistas, pero a mí no me miró en ningún momento. Me pregunté si entrarían algunos adultos para limpiar ahora que los niños habían salido, pero no apareció nadie y se siguió oyendo el rumor de voces en la cocina.

—Has retado a ese chico, creo que para protegerme —dije por fin—. Gracias.

Rick se encogió de hombros.

—Se estaba poniendo insoportable. De hecho, todos ellos. —Y añadió sin mirarme—: Supongo que tampoco para ti habrá sido agradable.

—Para mí ha sido desagradable y agradezco el rescate de Rick. Pero también ha sido interesante.

—¿Interesante?

—Para mí es importante poder observar a Josie en muchas situaciones diferentes. Y también ha sido interesante, por ejemplo, observar las distintas formas que creaban los niños cuando pasaban de un grupo a otro. —Como él no hizo ningún comentario y siguió mirando hacia otro lado, añadí—: Quizá Rick quiere salir y unirse a ellos. Reconciliarse con ellos.

Él negó con la cabeza. Se movió entre las manchas de Sol —me di cuenta de que la Sala Diáfana ya no estaba dividida espacialmente —, se sentó en el sofá modular y estiró las piernas sobre los listones de madera del suelo.

—Supongo que en realidad tienen razón —dijo—. Yo no pinto nada aquí. Esta es una reunión para niños mejorados.

—Rick ha venido porque Josie deseaba desesperadamente que viniera.

—Insistió en que lo hiciera. Pero supongo que ahora está demasiado ocupada para volver a entrar y comprobar cómo estoy disfrutando de esta parte de la fiesta. —Se apoyó en el respaldo del sofá hasta que una mancha de Sol le cubrió la cara y lo obligó a cerrar los ojos—. El problema es —continuó— que ella no es la misma. Yo pensaba que si venía hoy…, una idea estúpida, la verdad…, pensaba que tal vez ella no… cambiaría. Seguiría siendo la misma Josie.

Cuando Rick dijo esto, volví a ver las manos de Josie en varios momentos de la reunión de interacción —manos dando saludos de bienvenida, manos tendidas, manos tensas— y su cara y su voz cuando alguien le preguntó por qué no había elegido una B3 y ella se rio y respondió: «Empiezo a pensar que es lo que debería haber hecho». Y me vinieron a la cabeza algunas palabras de Gerente, su advertencia sobre los niños que hacían promesas ante el escaparate pero nunca volvían, o, todavía peor, volvían y elegían a otro AA. Pensé en el Chico AA al que vi en el hueco entre dos taxis que

avanzaban con parsimonia, caminando sin ánimo por la acera del Edificio RPO, tres pasos por detrás de su adolescente, y me pregunté si Josie y yo acabaríamos caminando de ese modo.

—Quizá hoy te has dado cuenta —dijo Rick, abriendo los ojos pese a la mancha de Sol en su cara— de que tengo que salvar a Josie de este grupo.

—Me doy cuenta de que Rick teme que Josie acabe siendo como los demás. Pero, aunque hoy se ha comportado de un modo raro, creo que en el fondo Josie es buena persona. Y los otros no son más que niños. Son un poco brutos, pero tal vez no sean malas personas. Les da miedo la soledad y por eso se comportan de este modo. Quizá Josie esté actuando del mismo modo.

—Si Josie sigue viéndose con ellos, no tardará en dejar de ser Josie. De algún modo ella lo sabe y por eso sigue adelante con nuestro plan. Se olvidó de él durante muchísimo tiempo, pero ahora me lo recuerda a todas horas.

—El otro día oí a Josie mencionar ese plan. ¿Es un plan para que Rick y Josie compartan un futuro juntos?

Desvió la mirada hacia el ventanal de la Sala Diáfana y por un momento pensé que reaparecía su hostilidad hacia mí. Pero dijo:

—Es algo que empezamos siendo niños. Antes de ser del todo conscientes de lo que sucedería. De cómo todas estas cosas se interpondrían en nuestro camino. Aun así, Josie sigue creyendo en él.

—¿Y Rick también sigue creyendo en el plan?

Me miró a los ojos.

—Es lo que te he dicho. Sin el plan, va a acabar convirtiéndose en uno de ellos. Será mejor que me vaya. —Se levantó de golpe—. Antes de que vuelvan los niños. O esa madre loca.

—Espero que pronto podamos volver a hablar de esto. Porque creo que en muchos sentidos Rick y yo tenemos las mismas metas.

—Escucha, sobre el otro día. Cuando dije que no quería que Josie tuviera una AA, no era nada personal contra ti. Es solo que…, bueno,

me parece que es otra cosa que se puede interponer en nuestro camino.

—Espero que no. De hecho, ahora que entiendo mejor la situación, me gustaría ayudar a Rick y Josie con su plan. Tal vez ayudar a apartar los obstáculos de los que hablas.

—Será mejor que me vaya. Tengo que comprobar que mi madre está bien.

—Por supuesto.

Cruzó por delante de mí y salió de la Sala Diáfana. Yo di unos pasos para poder observarlo mientras salía por la puerta principal hacia la resplandeciente luz del Sol.

Tal como le comenté a Rick ese día, la reunión de interacción fue una valiosa fuente de observaciones. Aprendí sobre la capacidad de «cambio» de Josie —tal como lo expresó Rick— y a partir de ese momento estuve atenta a posibles signos que indicaran que volvía a hacerlo. También me pregunté hasta qué punto hubiera preferido de verdad elegir a una B3. Su comentario pretendía ser jocoso, para evitar tensiones durante la reunión. Aun así, era cierto que las capacidades de una B3 estaban por encima de las mías, y yo debía tener en cuenta que tal vez a Josie se le pasase por la cabeza esa idea de vez en cuando.

Los días siguientes a la reunión, también me preocupaba qué pensaría Josie de mi incapacidad de responder a las preguntas de la niña de los brazos largos. En la situación que se había producido —y ante la ausencia de indicaciones claras por parte de Josie— opté por lo que me pareció la mejor solución. Pero ahora empezaba a pensar que Josie, tras un periodo de reflexión, podía estar enojada conmigo.

Por todas estas razones, temía que la reunión de interacción pudiera proyectar sombras sobre nuestra amistad. Pero durante los días siguientes, Josie mantuvo su habitual tono alegre y simpático

conmigo. Yo esperaba que en algún momento sacara a colación lo sucedido en la reunión, pero nunca lo hizo.

Como ya he dicho, saqué de todo eso lecciones muy útiles. No solo aprendí que los «cambios» formaban parte de Josie y que debía estar preparada para adaptarme a ellos, sino que también empecé a entender que no era un rasgo exclusivo de ella; las personas sentían a veces la necesidad de mostrar una cara diferente de sí mismas ante los demás —como harían ante los transeúntes si estuvieran en un escaparate—, y esa cara particular no tenía por qué tomarse en serio una vez pasado el momento concreto en que se había mostrado.

Estaba contenta porque nada había cambiado entre nosotras después de esa reunión. Sin embargo, no mucho después surgió algo que durante un tiempo enfrió un poco nuestra amistad. Fue la excursión a la Cascada Morgan, y me llegó a perturbar porque durante mucho tiempo fui incapaz de entender por qué había generado ese distanciamiento entre nosotras y cómo podría haber evitado que eso sucediera.

Una mañana temprano, tres semanas después de la reunión de interacción, miré a Josie y supe por su postura y respiración que su modo de dormir no era el habitual. Pulsé el botón de alarma y la Madre apareció de inmediato. Telefoneó al doctor Ryan y oí que un poco después Melania Sirvienta volvía a llamarlo para pedirle que se diera prisa. Cuando llegó, sometió a Josie a un chequeo minucioso y al final dijo que no había de qué preocuparse. La Madre se sintió aliviada, y cuando el médico se marchó adoptó una actitud severa. Se sentó al borde de la cama de Josie y le dijo:

—Tienes que dejar de tomar esa bebida energética. Te he dicho mil veces que te sienta mal.

Sin levantar la cabeza de la almohada, Josie replicó:

—Ya sabía que no me pasaba nada. Estaba muy cansada, eso es todo. No tenías por qué preocuparte. Y ahora vas a llegar tarde al

trabajo.

—Josie, preocuparme por ti es mi trabajo. —Y añadió—: Y también el trabajo de Klara. Ha hecho bien en dar la alarma.

—Solo necesito dormir un poco más. Y te prometo que me pondré bien, mamá.

—Escucha, cariño. —La Madre se inclinó sobre ella para hablarle al oído—. Escucha. Tienes que ponerte bien por mí. ¿Me oyes?

—Te oigo, mamá.

—Vale. No estaba segura de que me estuvieras escuchando.

—Te escucho, mamá. Es solo que mantengo los ojos cerrados.

—De acuerdo. Pues este es el trato. Ponte bien para el fin de semana e iremos a la Cascada Morgan. Todavía te gusta ese sitio, ¿verdad?

—Sí, mamá. Todavía me gusta.

—Estupendo. Entonces este es el trato. El domingo, a la Cascada Morgan. Siempre y cuando te pongas bien.

Siguió un prolongado silencio, hasta que oí a Josie decir, como si hablara con la boca pegada a la almohada:

—Mamá, si me pongo bien, ¿Klara puede venir con nosotras? Así podría enseñarle la Cascada Morgan. Solo ha estado en el exterior una vez. Y fue dando un paseo por los alrededores de casa.

—Por supuesto que Klara puede venir. Pero tienes que ponerte bien, porque de lo contrario no podremos hacerlo. ¿Lo entiendes, Josie?

—Lo entiendo, mamá. Necesito dormir un poco más.

Se despertó poco antes de la hora de comer, y yo me dispuse a avisar a Melania Sirvienta, siguiendo las instrucciones que se me habían dado, pero Josie dijo con voz cansada:

—¿Klara? ¿Has estado aquí todo el rato mientras yo dormía?

—Por supuesto.

—¿Has oído lo que ha dicho mamá de ir a la Cascada Morgan?

—Sí. Y espero con ilusión que podamos ir. Pero la Madre ha dicho que solo iremos si te pones bien.

—Estaré bien. Si quisiera, podríamos ir esta misma tarde. Solo estoy cansada, eso es todo.

—Josie, ¿qué es esa Cascada Morgan?

—Es un sitio precioso. Te encantará. Después te enseñaré algunas fotografías.

Josie siguió fatigada buena parte del día. Pero a media tarde, cuando subí las persianas del dormitorio para permitir que las manchas del Sol cayeran directamente sobre ella, mejoró de manera ostensible. Melania Sirvienta subió a verla y le dijo que podía vestirse si prometía tomárselo con calma. Por eso nos quedamos toda la tarde en la habitación en plan tranquilo y, cuando empezó a oscurecer, Josie sacó una caja de cartón de debajo de la cama.

—Te las voy a enseñar —dijo, y volcó la caja. Cayeron sobre la alfombra un montón de fotografías de diversos tamaños, unas boca arriba y otras boca abajo. Deduje que eran las imágenes favoritas del pasado de Josie y que las guardaba cerca de la cama para animarse mirándolas siempre que quisiera. Muchas de las fotos estaban ahora amontonadas unas encima de otras, pero pude ver que en su mayoría eran de Josie más pequeña. En algunas aparecía con la Madre, en otras con Melania Sirvienta, en otras con personas a las que yo no conocía. Josie las fue diseminando por la alfombra hasta que cogió una y sonrió.

—La Cascada Morgan —dijo—. Aquí es donde vamos a ir el domingo. ¿Qué te parece?

Me pasó la foto —ahora yo estaba arrodillada a su lado— y vi a una Josie más pequeña sentada en el exterior, en una mesa de tablones irregulares. Incluso el asiento era de tablones y a su lado estaba sentada la Madre, menos delgada y con el cabello más corto. Me fijé en una tercera figura sentada con ellas, una niña a la que le calculé once años y que llevaba una liviana chaquetita de algodón. Como la niña desconocida daba la espalda al fotógrafo, no le pude ver la cara. Las manchas de Sol eran visibles sobre todas ellas y se

extendían también sobre la mesa. Detrás de Josie y la Madre había una mancha borrosa en blanco y negro. La inspeccioné con detenimiento y dije:

—Esto es una cascada.

—Sí. Klara, ¿has visto alguna vez una cascada?

—Sí. Una vez vi una en una revista de la tienda. ¡Y mira! ¡Estás comiendo, justo delante de la cascada!

—En la Cascada Morgan lo puedes hacer. Comer mientras te van cayendo encima gotitas de salpicaduras de la cascada. Vas comiendo y de pronto te das cuenta de que tienes la espalda de la camiseta empapada.

—Josie, eso no puede ser bueno para ti.

—Si hace calor no pasa nada. Pero tienes razón. Si el día es frío, te tienes que sentar más apartada. Pero hay un montón de sitios para sentarse, porque no mucha gente conoce la Cascada Morgan. —Tendió la mano y le devolví la fotografía. Volvió a mirarla y dijo—: Quizá solo a mi madre y a mí nos parece un sitio especial. Por eso nunca está muy lleno. Allí siempre nos lo pasamos en grande.

—Espero que te hayas repuesto para el fin de semana.

—El domingo es el mejor día para ir a la Cascada Morgan. Los domingos hay un buen ambiente. Es como si la cascada supiera que es un día de descanso.

—Josie. ¿Quién es la otra niña de la fotografía? La que sale contigo y tu madre.

—Oh… —Se puso seria y dijo—: Es Sal. Mi hermana.

Dejó caer la foto encima de las otras y empezó a pasar ambas manos por encima de ellas, moviéndolas por la alfombra. Vi imágenes de niños, en campos, zonas de juego, exteriores de edificios.

—Sí, mi hermana —repitió pasado un rato.

—¿Y dónde está ahora Sal?

—Murió.

—Qué desolador.

Josie se encogió de hombros.

—No me acuerdo mucho de ella. Yo era muy pequeña cuando sucedió. La verdad es que no la echo de menos.

—Qué triste. ¿Sabes lo que pasó?

—Se puso enferma. Pero no de la enfermedad que tengo yo. Fue algo mucho peor, por eso se murió.

Pensé que Josie estaba buscando otra foto en que apareciese su hermana, pero de pronto las reunió todas y las guardó en la caja de cartón.

—Klara, ese sitio te va a encantar. ¡Tú, que solo has estado en el exterior una vez, de pronto vas a ir allí!

Josie fue mejorando cada día que pasaba, de manera que cuando ya se acercaba el fin de semana no parecía haber motivo alguno para no poder ir a la cascada. El viernes por la noche, la Madre volvió tarde a casa —mucho después de que Josie hubiera acabado de cenar— y me pidió que fuera a la cocina. Para entonces Josie ya estaba en su habitación y la cocina estaba casi a oscuras, tan solo iluminada por la luz que llegaba del pasillo. Pero la Madre parecía encantada ante el ventanal, contemplando la noche mientras bebía vino. Yo me quedé junto a la nevera, donde podía oír su zumbido.

—Klara —dijo la Madre al cabo de un rato—, Josie dice que el domingo quieres venir con nosotras a la Cascada Morgan.

—Si no es una molestia, me encantaría ir. Creo que Josie también quiere que vaya.

—Por supuesto que sí. Josie te quiere mucho. Y si me permites decirlo, yo también.

—Gracias.

—Si te soy sincera, al principio no sabía cómo me sentiría contigo en casa. Teniéndote siempre aquí, moviéndote de un lado para otro. Pero a Josie se la ve mucho más tranquila y mucho más contenta desde que estás aquí.

—Me alegro mucho.

—Klara, lo estás haciendo muy bien. Quiero que lo sepas.

—Muchísimas gracias.

—Te lo pasarás bien en la Cascada Morgan. Muchos niños llevan a sus AA allí. Pero, no hace falta decirlo, tienes que ir con cuidado, por ti y por Josie. El terreno es imprevisible. Y a veces Josie en este tipo de sitios se entusiasma demasiado.

—Lo comprendo. Seré prudente.

—Klara, ¿eres feliz en esta casa?

—Sí, por supuesto.

—Vaya pregunta para una AA. De hecho, ni siquiera sé si tiene sentido. ¿Echas de menos la tienda?

Bebió un poco más de vino y se me acercó, de modo que vi un lado de su cara iluminado por la luz del pasillo, mientras que el otro, incluyendo la mayor parte de la nariz, permanecía en la sombra. El ojo que podía verle parecía fatigado.

—A veces pienso en la tienda —dije—. En la vista desde el escaparate. En los otros AA. Pero no muy a menudo. Estoy muy contenta de estar aquí.

La Madre se quedó mirándome unos instantes y dijo:

—Debe ser fantástico. No echar de menos nada. No desear volver al pasado. No estar siempre mirando atrás. Todo debe resultar mucho más… —Hizo una pausa y añadió—: De acuerdo, Klara. El domingo vendrás con nosotras. Pero recuerda lo que te he dicho. No queremos que haya ningún accidente.

Debió de haber varias señales previas, porque, pese a que lo sucedido el domingo por la mañana después me hizo sentirme triste y me volvió a recordar lo mucho que todavía me quedaba por aprender, no fue una sorpresa.

El viernes Josie estaba convencida de que estaría en forma para la excursión y dedicó sus buenos ratos a probarse distintos modelos y a contemplarse en el espejo de cuerpo entero de la parte interior de la puerta del armario. De vez en cuando me preguntaba qué tal la veía y yo sonreía y la animaba todo lo que podía. Pero ya

entonces debí de ser consciente de las señales, porque cada vez que le elogiaba su aspecto, me cuidaba de contener el entusiasmo.

Ya sabía que el desayuno del domingo podía resultar tenso. El resto de las mañanas, incluso cuando la Madre se quedaba un rato después de beberse el café rápido, se vivía la sensación de que cada conversación podía ser la última hasta la noche, y aunque a veces Josie y la Madre podían hablarse con cierta agresividad, el desayuno no llegaba a cargarse de señales negativas. Pero los domingos, cuando la Madre no tenía que marcharse a ningún sitio, se generaba la sensación de que cada pregunta que hacía podía acabar dando pie a una conversación incómoda. Cuando yo todavía era nueva en la casa, pensaba que había determinados temas especialmente explosivos para Josie y que, si se podía evitar que la Madre llevara la conversación hacia ellos, los desayunos de los domingos discurrirían de forma tranquila. Pero conforme fui acumulando experiencia, me di cuenta de que, incluso evitando los temas explosivos —asuntos como los deberes de Josie, o sus resultados en las reuniones de interacción social—, la sensación de incomodidad podía aparecer de todos modos, porque tenía relación con algo soterrado bajo esos temas; porque los temas explosivos no eran sino la manera que tenía la Madre de hacer aflorar ciertas emociones en la mente de Josie.

De modo que me inquieté cuando la mañana del domingo de nuestra excursión a la Cascada Morgan, la Madre le preguntó a Josie por qué le gustaba jugar a un juego concreto del rectángulo en el que los personajes morían continuamente en accidentes de coche. En un primer momento Josie respondió animadamente:

—Mamá, el juego funciona así. Vas metiendo a gente y más gente en el superautobús, pero si no te sabes manejar bien por los circuitos, puedes perderlos a todos en un accidente.

—Josie, ¿por qué te gustan este tipo de juegos? Un juego en el que pasan cosas espantosas como esta.

Josie siguió un rato respondiendo a su madre con paciencia, pero el tono alegre no tardó en desaparecer de su voz. Al final, se

limitaba a repetir que no era más que un juego que le divertía, mientras que la Madre no paraba de preguntarle sobre él y parecía cada vez más enojada.

De pronto la ira de la Madre pareció desvanecerse de golpe. No se mostró jovial, pero miró a Josie con cariño y apareció en su rostro una sonrisa amable.

—Lo siento, cariño. No tendría que haber sacado este tema hoy. No es justo.

Se bajó de su taburete, se acercó al de Josie y le dio un abrazo que se prolongó tanto que la Madre tuvo que empezar a mecerse para disimular un poco lo mucho que duraba. Pude observar que a Josie le daba igual lo mucho que se alargase el abrazo, y cuando ambas se separaron —no me aparté de la nevera hasta asegurarme de que lo habían hecho— la desavenencia entre ellas había quedado enmendada.

De modo que el desayuno que temí que supusiera un último obstáculo para la excursión a la Cascada Morgan acabó en armonía, y el entusiasmo se apoderó de mí. No vi aparecer a Josie hasta el último momento, cuando la Madre y Melania Sirvienta ya habían salido hacia el coche; estaba metiendo los brazos en las mangas de la chaqueta acolchada y después hizo una pausa para recuperarse de la fatiga. Acabó de ponerse la chaqueta y, al verme en la otra punta del vestíbulo, me sonrió encantada. Oímos el motor del coche y las ruedas desplazándose sobre la gravilla. Melania Sirvienta volvió a entrar en la casa con las llaves en la mano y nos indicó con un gesto que saliéramos. Pero ahora que ya sabía interpretar ciertas señales, reconocí una muy leve, algo en los pasos precipitados de Josie mientras caminaba delante de mí por la gravilla.

La Madre, al volante, nos observaba a través del parabrisas y el miedo se apoderó de mí. Pero Josie no emitió ninguna otra señal —incluso se las arregló para pegar un salto de felicidad mientras avanzaba por la gravilla— y abrió sin ayuda la puerta del copiloto.

Yo no había estado nunca en el interior de un coche, pero Rosa y yo habíamos visto a tanta gente entrando y saliendo de vehículos —

sus posturas y maniobras, cómo se sentaban en cuanto los automóviles se ponían en movimiento—, que nada me resultó novedoso mientras me acomodaba en el asiento trasero. Resultó ser más mullido de lo que me esperaba, y el asiento delantero, en el que se había sentado Josie, estaba muy pegado al mío, de manera que apenas podía ver nada delante de mí, pero no dije nada para no retrasar la partida. No tuve tiempo de fijarme con detenimiento en el interior del vehículo, porque enseguida me di cuenta de que había vuelto a emerger un clima de incomodidad. En la parte delantera, Josie permanecía en silencio, evitando mirar a la Madre sentada a su lado y con la cabeza vuelta hacia la casa y Melania Sirvienta, que se acercaba por la gravilla con una bolsa informe que contenía, entre otras cosas, las medicinas de Josie para situaciones de urgencia. La Madre mantenía ambas manos sobre el volante, como ansiosa por emprender el viaje, y tenía la cabeza girada en la misma dirección que Josie, pero para mí era evidente que no estaba mirando cómo se acercaba Melania Sirvienta o la casa, sino directamente a Josie. Los ojos de la Madre estaban ahora muy abiertos y, como su cara era muy delgada y huesuda, parecían incluso más grandes de lo que eran. Melania Sirvienta metió la bolsa informe en el maletero y lo cerró. A continuación, abrió la puerta trasera de su lado y se sentó junto a mí. Me dijo:

—AA, ponte el cinturón. Si no lo haces, puedes salir malparada.

Yo estaba intentando comprender el sistema de funcionamiento del cinturón, que había visto colocarse a un montón de pasajeros de automóvil, cuando la Madre dijo:

—Crees que me has engañado, ¿verdad, niña?

Se produjo un silencio, hasta que Josie preguntó:

—¿Qué dices, mamá?

—No me lo puedes ocultar. No te encuentras bien.

—Mamá, no estoy enferma. Estoy bien.

—Josie, ¿por qué me haces esto? ¿Por qué actúas de esta manera?

—Mamá, no sé de qué me hablas.

—¿Crees que a mí no me hace ilusión esta excursión? Pasar mi único día libre con mi hija. Una hija a la que adoro y que me dice que se encuentra bien cuando resulta que está enferma.

—No es verdad, mamá. Me encuentro bien.

Pero yo percibía el cambio en el tono de voz de Josie. Era como si hubiera abandonado el gran esfuerzo que había estado haciendo hasta ahora y se mostrase repentinamente agotada.

—Josie, ¿por qué finges? ¿Crees que no me duele que lo hagas?

—Mamá, te juro que estoy bien. Por favor, arranca. Klara no ha visto nunca una cascada y está muy ilusionada.

—¿Klara está muy ilusionada?

—Mamá, por favor.

—Melania —dijo la Madre—, Josie necesita ayuda. Sal del coche. Por favor, da la vuelta hasta su puerta y ayúdala. Puede caerse si intenta apearse sola.

De nuevo se produjo un silencio.

—¿Melania? ¿Qué pasa ahí atrás? ¿También tú estás enferma?

—Quizá la señorita Josie puede hacer el viaje.

—¿Qué dices?

—Yo la ayudo. La AA también. Quizá la señorita Josie está bien.

—A ver si me aclaro. ¿Esta es tu valoración de la situación? ¿Que mi hija está lo bastante bien de salud como para pasarse el día de excursión? ¿En la cascada? La verdad, Melania, es que empiezas a preocuparme.

Melania Sirvienta no respondió, pero tampoco se movió.

—¿Melania? ¿Debo entender que te niegas a bajar del coche y ayudar a Josie a apearse?

Melania Sirvienta tenía la mirada fija en el camino, entre los dos asientos delanteros. Parecía desconcertada, como si hubiera algo en la colina que no lograba identificar. Hasta que de pronto abrió la puerta y bajó del vehículo.

—Mamá —protestó Josie—. Por favor, ¿podemos ponernos en marcha? Por favor, no me hagas esto.

—¿Crees que a mí me gusta esta situación? ¿Todo este lío? Estás enferma. No es culpa tuya. Pero no contárselo a nadie, ocultarlo como has hecho para que subamos al coche, con todo el día por delante… Josie, eso no está bien.

—Lo que no está bien es que me digas que estoy enferma cuando resulta que puedo aguantar perfectamente…

Melania Sirvienta abrió la puerta de Josie desde fuera. Josie enmudeció y su rostro, desolado, asomó por el borde de su asiento para mirarme.

—Lo siento, Klara. Ya iremos otro día. Te lo prometo. De verdad que lo siento.

—No pasa nada —dije—. Debemos hacer lo que es mejor para Josie.

Me disponía a salir del coche cuando la Madre dijo:

—Un momento, Klara. Tal como ha dicho Josie, estabas muy ilusionada con esta excursión. Bueno, pues ¿por qué no te quedas donde estás?

—Lo siento. No lo entiendo.

—Bueno, es muy sencillo. Josie está demasiado enferma para ir. Debería habérnoslo advertido con tiempo, pero no lo ha hecho. Bien, pues ella se queda. Melania también. Pero, Klara, no hay ningún motivo para que tú y yo no vayamos a la cascada.

No podía ver la cara de la Madre porque los respaldos de los asientos eran altos. Pero sí veía la de Josie, que seguía mirándome asomada al borde de su asiento. El brillo de los ojos se le había apagado, como si ya no le importara lo que veía.

—Vamos, Melania —dijo la Madre alzando la voz—. Ayuda a Josie a salir. Trátala con cuidado. Recuerda que está enferma.

—¿Klara? —dijo Josie—. ¿De verdad vas a ir con ella a la cascada?

—La propuesta de Madre es muy amable —respondí—. Pero quizá sería mejor si esta vez…

—Un momento, Klara —me interrumpió la Madre. Y añadió—: ¿Qué es esto, Josie? Hace un momento estabas preocupada por

Klara porque nunca había visto una cascada. ¿Y ahora intentas convencerla de que se quede en casa?

Josie siguió mirándome y Melania Sirvienta continuó esperando junto a su puerta, con la mano tendida para ayudarla a salir. Finalmente, Josie dijo:

—De acuerdo, Klara, quizá sí deberías ir. Tú y mamá. Qué sentido tiene que el día se le fastidie a todo el mundo solo porque… Lo siento. Siento estar siempre enferma. No sé por qué… —Pensé que se pondría a llorar, pero contuvo las lágrimas y continuó en voz baja —: Lo siento, mamá. De verdad. Tiene que ser deprimente vivir conmigo. Klara, ve. Te encantará la cascada. —Y su rostro desapareció del borde del respaldo del asiento.

Durante unos instantes no supe qué hacer. Ahora tanto Josie como la Madre habían dejado claro que debía permanecer en el coche y disfrutar de la excursión. Y yo tenía claro que, si lo hacía, me enriquecería con nuevos y tal vez cruciales conocimientos sobre la situación de Josie y la mejor manera de ayudarla. Y, sin embargo, su tristeza mientras caminaba sobre la gravilla de regreso a casa era muy evidente. Ahora que ya no tenía nada que ocultar, se notaba su fragilidad en el modo de caminar y en ningún momento rechazó la ayuda de Melania Sirvienta.

Vimos a Melania Sirvienta abrir la puerta y después las dos entraron en la casa. Entonces la Madre arrancó y empezamos a movernos.

Como era la primera vez que viajaba en coche, no pude hacer una estimación razonable de la velocidad a la que avanzábamos. Me dio la sensación de que la Madre conducía de un modo inusualmente rápido y por un momento sentí miedo, pero recordé que subía la misma colina a diario, de modo que no parecía que pudiera ser peligroso. Me concentré en los árboles que pasaban a toda velocidad y en los amplios claros que iban apareciendo a ambos lados y me permitían ver las copas de otros árboles desde lo alto. Pasado un

rato la carretera dejó de ascender y el coche atravesó un inmenso campo, desierto salvo por un granero a lo lejos muy similar al que se veía desde la ventana de Josie.

Fue entonces cuando la Madre habló por primera vez desde la partida. Como iba conduciendo, no giró la cabeza para mirarme y, de no haber sido yo la única otra ocupante del vehículo, no hubiera caído en que se dirigía a mí.

—Siempre hacen lo mismo. Jugar con tus sentimientos. —Y unos instantes después añadió—: Tal vez parezca que he sido muy dura. Pero ¿si no cómo van a aprender? Tienen que aprender que nosotros también tenemos sentimientos. —Y tras un silencio—: ¿Se cree que *me gusta* estar lejos de ella, un puto día tras otro?

Ahora había más coches en la carretera, y a diferencia de los que veía desde el escaparate de la tienda, aquí se movían en las dos direcciones. Podía aparecer uno a lo lejos y avanzar a toda velocidad hacia nosotros, pero los conductores nunca cometían errores y se las arreglaban para esquivarnos. Los escenarios empezaron a cambiar muy rápido a mi alrededor y tuve dificultades para ordenarlos. En cierto momento un bloque se llenó de otros coches, mientras que el contiguo se llenaba de segmentos de la carretera y trozos del campo que la rodeaba. Hice lo que pude para seguir la línea recta de la carretera a medida que saltaba de un bloque al siguiente, pero con el continuo cambio de perspectiva decidí que era imposible y dejé que la carretera se fragmentara y empezase de nuevo cada vez que saltaba a un nuevo bloque. Pese a todos estos problemas, la amplitud de las vistas y la inmensidad del cielo resultaban muy excitantes. El Sol estaba en muchos momentos tapado por las nubes, pero de vez en cuando veía sus manchas cayendo justo al fondo del valle o barriendo los campos.

La siguiente vez que la Madre habló me resultó más claro que se dirigía a mí.

—A veces debe estar bien no tener sentimientos. Te envidio.

Reflexioné un momento y respondí:

—Creo que tengo muchos sentimientos. Cuanto más observo, más sentimientos acumulo.

Se rio de forma inesperada y me sobresaltó.

—En ese caso —dijo—, quizá no deberías dedicarte a observar tanto. —Y añadió—: Lo siento. No pretendía ser grosera. Estoy segura de que tienes todo tipo de sentimientos.

—Hace un rato, cuando Josie no ha podido venir con nosotras, he sentido tristeza.

—Has sentido tristeza. De acuerdo. —Y se quedó en silencio, tal vez para concentrarse en la conducción y en los coches que venían en dirección opuesta. Al cabo de un rato, dijo—: Hubo una época, no hace tanto, en que creí que cada vez sentía menos. Un poco menos cada día. No sabía si eso me hacía feliz o no. Pero últimamente tengo la sensación de ser hipersensible a todo. Klara, mira a tu izquierda. ¿Vas bien ahí detrás? Mira a tu izquierda y dime qué ves.

Estábamos atravesando un terreno que ni subía ni bajaba y el cielo seguía siendo inmenso. Vi prados lisos, graneros vacíos y maquinaria agrícola a cierta distancia. Pero cerca del horizonte apareció lo que parecía ser un pueblo creado por completo con bloques metálicos.

—¿Lo ves? —me preguntó la Madre, sin apartar la mirada de la carretera.

—Está muy lejos —dije—. Pero parece una especie de pueblo. Tal vez el tipo de sitio en el que se fabrican los coches u otras cosas parecidas.

—No andas tan desencaminada. De hecho, es una planta química, con una tecnología muy avanzada, Refrigeración Kimball. Aunque no tienen nada que ver con las neveras desde hace décadas. Fue el motivo por el que nos trasladamos aquí. El padre de Josie trabajaba allí.

Pese a que el pueblo de bloques de metal estaba muy lejos, pude ver las tuberías que conectaban unos edificios con otros y más tuberías que señalaban hacia el cielo. Algo en esas formas me recordaba a la horrible Máquina Cootings y me empezó a rondar por

la cabeza cierta preocupación por la Polución. Pero justo en ese momento la Madre dijo:

—Es una instalación interesante. Utiliza energía limpia y produce energía limpia. El padre de Josie fue un valor en alza ahí.

De pronto el pueblo de bloques de metal dejó de ser visible y yo volví a sentarme recta en el asiento.

—Ahora nos llevamos bien —comentó la Madre—. Casi se podría decir que somos amigos. Eso, claro, es bueno para Josie.

—Me pregunto si el Padre todavía trabaja en el pueblo de la refrigeración.

—¿Qué? Oh, no. Lo… sustituyeron. Como a todos los demás. Tenía mucho talento. Lo sigue teniendo, por supuesto. Ahora nos llevamos mejor. Eso es lo más importante para Josie.

Seguimos avanzando un rato sin hablar, ahora la carretera subía por una cuesta pronunciada. Pasada la cuesta, la Madre aminoró la marcha y nos metimos por un camino estrecho. Cuando volví a mirar entre los respaldos de los asientos delanteros, el camino parecía solo un poco más ancho que el propio coche. Ante nosotros, marcadas en la superficie del camino, se extendían unas embarradas líneas paralelas creadas por otras ruedas y los árboles nos encajonaban desde ambos lados, como edificios en la calle de una ciudad. La Madre continuó avanzando por este estrecho camino y, aunque ahora conducía más despacio, me pregunté qué pasaría si de pronto aparecía otro coche viniendo de frente. Giramos otra vez y nos detuvimos.

—Es aquí, Klara. A partir de este punto tenemos que seguir a pie. ¿Podrás hacerlo?

Cuando nos apeamos, sentí un viento frío y oí sonidos de pájaros. Fueron apareciendo árboles a nuestro alrededor a medida que ascendíamos por un sendero lleno de piedras y barro. Yo tenía que andar con cuidado, pero iba siempre detrás de la Madre, y pasado un rato cruzamos un espacio entre dos postes de madera y nos adentramos en otro sendero. Este seguía subiendo y la Madre tenía que detenerse con frecuencia para darme tiempo a alcanzarla.

Pensé que tal vez tuviese razón al considerar que la excursión era excesiva para Josie.

En ese preciso momento se me ocurrió mirar a la izquierda, por encima de la valla que corría paralela a nosotras, y vi un toro en el campo, que nos observaba con atención. Había visto fotos de toros en revistas, pero obviamente nunca uno en la vida real, y pese a que este permanecía bastante alejado de nosotras y yo sabía que no podía traspasar la valla, me asusté tanto por su aspecto que dejé escapar una exclamación y me detuve. Jamás había visto nada que emitiese de golpe tantas señales de furia y voluntad de destrucción. La cabeza, los cuernos, los gélidos ojos que me observaban me provocaron miedo, pero sentí algo más, algo más inquietante y profundo. En ese momento me pareció que era un gran error que se permitiera que esa criatura estuviera allí plantada, cubierta por las manchas del Sol, que ese toro pertenecía a las entrañas de la tierra, a un lugar entre el barro y la oscuridad, y que su presencia sobre la hierba solo podía traer terribles consecuencias.

—No pasa nada —dijo la Madre—. No nos puede hacer nada. Sigue caminando. Necesito tomarme un café.

Me obligué a dejar de mirar al toro y seguí a la Madre. Y al poco rato dejamos de ascender y aparecieron ante nosotras las rústicas mesas de madera que había visto en la fotografía de Josie. Conté catorce, repartidas a lo largo del prado, cada una de ellas con sus respectivos bancos a ambos lados montados con planchas de madera. Había adultos, niños, AA y perros; gente sentada en las mesas o correteando, caminando o de pie junto a ellas. Justo detrás de las mesas estaba la cascada. Era más grande y caudalosa que la que había visto en la revista, ella sola llenaba ocho bloques. Busqué el Sol en el cielo, pero no lo pude localizar, estaba tapado por nubes grises.

—Nos sentaremos aquí —dijo la Madre—. Vamos, siéntate. Espérame un momento. Necesito un café.

La seguí con la mirada mientras se dirigía a una cabaña construida con la misma madera sin pulir de las mesas y situada a

unos veinte pasos. Tenía un mostrador en la abertura de la parte delantera desde el que se servía a los transeúntes que hacían cola.

Agradecí poder sentarme y orientarme, y mientras esperaba en la rústica mesa el regreso de la Madre, el paisaje que me rodeaba se ordenó en mi cabeza. La cascada ya no ocupaba tantos bloques y pude contemplar a los niños y sus AA pasando de manera fluida de un bloque al contiguo sin apenas interrupción.

Pese a que ninguno mostraba el más mínimo interés por mirarme y cada uno parecía concentrado en su propio niño, me agradó estar de nuevo acompañada por más AA, y por un momento los contemplé feliz, siguiendo primero a uno, después a otro con la mirada. Hasta que la Madre volvió y se sentó delante de mí y yo me volví para mirarla a la cara, mientras la cascada se agitaba impetuosa detrás de ella. Le habían servido el café en un vaso de papel y se lo llevó a los labios. Recordé lo que me había dicho Josie sobre lo que podía suceder si te sentabas cerca de la cascada, que era posible que se te empapara la espalda sin que te dieras cuenta, y dudé si advertírselo a la Madre. Pero algo en su actitud me decía que en esos momentos no quería que le hablase.

Me miraba directamente a la cara, del mismo modo que hizo aquel día desde la acera, cuando Rosa y yo estábamos en el escaparate. Fue dando sorbos al café, sin dejar de mirarme, hasta que me percaté de que su rostro llenaba seis bloques él solo y los ojos de mirada penetrante se distribuían entre tres de ellos, cada vez en ángulos diferentes.

—¿Qué te parece esto? —dijo por fin.

—Es precioso.

—Bueno, pues por fin ya has visto una cascada de verdad.

—Estoy muy agradecida de que me haya traído aquí.

—Qué raro. Justo ahora estaba pensando que no pareces muy contenta. No veo tu sonrisa de costumbre.

—Lo siento. No pretendía parecer desagradecida. Estoy encantada de poder ver la cascada. Pero tal vez también apenada por que Josie no pueda estar aquí con nosotras.

—Yo también lo siento mucho. —Y añadió—: Pero al menos me alegro de que tú hayas venido.

—Gracias.

—Quizá Melania tenía razón. Quizá Josie habría aguantado sin problemas.

No dije nada. La Madre dio un sorbo al café sin dejar de mirarme.

—¿Qué te contó Josie sobre este lugar?

—Me dijo que era precioso y que siempre disfrutaba mucho de las excursiones aquí con usted.

—¿Eso te dijo? ¿Y te contó que siempre veníamos con Sal? ¿Lo mucho que le gustaba a Sal?

—Sí, Josie mencionó a su hermana. —Y añadí—: Vi a la hermana de Josie en una fotografía.

La Madre me clavó la mirada con tal intensidad que pensé que había dicho algo inapropiado. Pero de pronto comentó:

—Creo que sé a qué foto te refieres. Esa en la que salimos las tres aquí sentadas. Recuerdo que la tomó Melania. Estábamos sentadas en ese banco de ahí. Josie, Sal y yo. ¿Te pasa algo, Klara?

—Me apenó mucho enterarme de que Sal falleció.

—Sí, fue desolador.

—Lo siento. Tal vez no debería…

—No pasa nada. Hace ya mucho que nos dejó. Lástima que no llegaras a conocer a Sal. Era muy distinta de Josie. Josie dice lo que piensa. Le da igual soltar algo inadecuado. A veces resulta irritante, pero me gusta que lo haga. Sal no era así. Sal le daba vueltas a todo antes de decirlo, ¿sabes a qué me refiero? Era más sensible. Tal vez no sabía bregar tan bien como Josie con la enfermedad.

—Me pregunto… ¿de qué murió Sal?

La mirada de la Madre mutó y apareció una mueca cruel alrededor de sus labios.

—¿Qué clase de pregunta es esta?

—Lo siento. Tenía curiosidad por saber cómo…

—No es asunto tuyo ser curiosa.

—Lo siento muchísimo.

—¿A ti qué más te da? Sucedió, eso es todo.

El rostro de la Madre tardó un buen rato en relajarse.

—Creo que hemos hecho bien en no traer a Josie aquí hoy —dijo —. No se encontraba bien. Pero ahora que estamos aquí sentadas, la echo de menos. —Miró a su alrededor y se volvió para contemplar la cascada. Se giró hacia mí y miró por detrás de mí, hacia los transeúntes, los perros y los AA—. Vamos a ver, Klara. Dado que Josie no está aquí con nosotras, quiero que tú seas Josie. Solo durante un rato. Ya que estamos aquí…

—Lo siento. No lo entiendo.

—Lo hiciste una vez que te lo pedí. El día que te recogimos en la tienda. No lo has olvidado, ¿verdad?

—Por supuesto que lo recuerdo.

—Quiero decir que no has olvidado cómo hacerlo. Lo de caminar como Josie.

—Soy capaz de caminar como ella. De hecho, ahora la conozco mejor y la he visto en más situaciones. Ahora puedo hacer una imitación más sofisticada. Sin embargo…

—¿Sin embargo qué?

—Lo siento. No quería decir «Sin embargo».

La Madre me miró y me aclaró:

—Bien. Pero de todas formas no te iba a pedir que caminases como ella. Estamos aquí sentadas las dos. Un lugar precioso en un día precioso. Y yo tenía muchas ganas de pasar el día aquí con Josie. Eso es lo que te estoy pidiendo, Klara. Eres inteligente. Si fuera ella la que estuviera sentada aquí en este momento, ¿cómo se sentaría? No creo que se sentase tal como estás sentada tú.

—No. Josie se sentaría más bien… así.

La Madre se inclinó sobre la mesa y me miró fijamente, hasta que su rostro ocupó ocho bloques, dejando libres solo los bloques periféricos para la cascada, y por un momento me pareció que su expresión variaba entre un bloque y otro. En uno, por ejemplo, sus ojos reían con crueldad, pero en el contiguo rebosaban tristeza. Los

ruidos de la cascada, los niños y los perros se desvanecieron en el silencio para dejar paso a lo que fuera que la Madre estaba a punto de decir.

—Muy bien. Lo has hecho muy bien. Pero ahora quiero que te muevas. Haz algo. No dejes de ser Josie. Deja que te vea moviéndote un poco.

Sonreí imitando la sonrisa de Josie y adopté una postura encorvada e informal característica de ella.

—Muy bien. Ahora di algo. Déjame oír cómo hablas.

—Lo siento. No estoy segura…

—No. Esta es Klara. Quiero oír a Josie.

—Hola, mamá. Soy Josie.

—Bien. Más. Vamos.

—Hola, mamá. No tienes por qué preocuparte, ¿de acuerdo? He venido hasta aquí y estoy bien.

La Madre se inclinó todavía más sobre la mesa y vi en los bloques felicidad, miedo, tristeza y risa. Como todo nuestro entorno había quedado en silencio, la oía repetir en voz baja:

—Bien, bien, bien.

—Ya te dije que estaría bien —continué—. Melania tenía razón. No me pasa nada. Solo estoy un poco cansada.

—Lo siento, Josie —dijo la Madre—. Siento no haberte traído hoy.

—No pasa nada. Sé que estabas preocupada por mí. Estoy bien.

—Ojalá estuvieras aquí. Pero no estás. Ojalá pudiera impedir que enfermes.

—No te preocupes, mamá. Voy a ponerme bien.

—¿Cómo puedes decir eso? ¿Qué sabes tú de todo esto? No eres más que una niña. Una niña que ama la vida y cree que todo tiene arreglo. ¿Qué sabes tú de eso?

—No pasa nada, mamá, no te preocupes. Pronto me pondré bien. Yo también sé cómo sucederá.

—¿Qué? ¿Qué estás diciendo? ¿Crees que sabes más que los médicos? ¿Más que yo? Tu hermana también hizo promesas. Pero no las pudo cumplir. No me hagas lo mismo.

—Pero, mamá…, Sal tenía otra enfermedad. Yo me voy a poner bien.

—De acuerdo, Josie. Pues dime cómo te vas a poner bien.

—Va a llegar una cura especial. Algo que todavía no se le ha ocurrido a nadie. Y entonces volveré a estar bien.

—¿Qué dices? ¿De qué me estás hablando?

Ahora, en un bloque tras otro aparecieron los pómulos de la Madre muy marcados bajo la piel.

—En serio, mamá. Me voy a poner bien.

—Ya es suficiente. ¡Basta!

La Madre se puso en pie y se alejó. Volví a ver la cascada y su ruido —igual que el de las personas que tenía detrás— reapareció más fuerte que nunca.

La Madre se detuvo junto a la valla de madera donde terminaba el terreno firme y empezaba la cascada. Vi el vapor de agua suspendido ante ella y pensé que en un momento se quedaría empapada, pero ella permaneció allí de pie, dándome la espalda. Hasta que por fin se dio la vuelta y me saludó con la mano.

—Klara, ven aquí. Ven y echa un vistazo.

Me levanté del banco y caminé hacia ella. Se había dirigido a mí como «Klara» para darme a entender que debía dejar de imitar a Josie. Me hizo gestos para que me acercara.

—Mira, echa un vistazo. Nunca habías visto una cascada. Así que mira. ¿Qué te parece?

—Es maravillosa. Mucho más impresionante que en la revista.

—Es algo especial, ¿verdad? Me alegro de que la hayas podido ver. Vamos a regresar ya. Estoy preocupada por Josie.

La Madre no abrió la boca durante todo el camino de regreso hacia el coche. Caminaba rápido, siempre manteniéndose un mínimo de cuatro pasos por delante de mí, y yo tenía que andar con cuidado para no pisar en falso en la empinada bajada del sendero. Cuando pasamos junto al prado en el que había visto al toro, miré a la derecha, pero la terrible criatura había desaparecido y me pregunté si la habían vuelto a meter bajo tierra.

Cuando llegamos al coche, me dispuse a sentarme en el mismo asiento que a la ida, pero la Madre me dijo:

—Ponte delante. Lo verás todo mejor.

De modo que me senté a su lado y resultó ser como la diferencia entre estar en la parte central de la tienda o en el escaparate. Fuimos descendiendo entre los campos, el Sol era visible entre las nubes y me fijé en que los altos árboles en el horizonte se arracimaban en grupos de siete u ocho, pese a que a su alrededor no había nada. El vehículo avanzaba por una delgada línea entre campos y de pronto me fijé en que lo que en un primer momento me había parecido la superficie de un prado a lo lejos en realidad eran ovejas. Pasamos junto a un campo en el que había más de cuarenta de estas criaturas y, pese a que nos movíamos muy rápido, pude ver que todas ellas tenían un aspecto bondadoso, todo lo contrario que el terrible toro de antes. Mis ojos se posaron en particular sobre cuatro ovejas que parecían todavía más afables que las demás. Formaban una hilera muy ordenada, una detrás de otra, como si se estuvieran desplazando hacia algún sitio. Pero, pese a lo rápido que pasamos, vi claro que en realidad estaban completamente quietas, salvo por el movimiento de las bocas masticando hierba.

—Klara, te estoy muy agradecida. Tenerte a mi lado ha hecho que todo sea más fácil.

—Me alegro mucho.

—Quizá, si Josie está demasiado fatigada para salir, repitamos algún día lo de hoy.

Como yo no dije nada, añadió:

—Te parece bien, ¿verdad, Klara? Que volvamos a hacer algo como lo de hoy.

—Sí, por supuesto, en caso de que Josie no pueda venir.

—¿Sabes qué? Creo que será mejor que no le digamos nada de esto a Josie. Que no le contemos lo que has hecho ahí arriba. Lo de

imitarla. Se lo podría tomar a mal. —Y pasados unos instantes me preguntó—: ¿Entonces estamos de acuerdo? Ni una palabra a Josie sobre eso.

—Como usted diga.

Volví a ver a lo lejos el pueblo de bloques metálicos, esta vez a nuestra derecha. Pensé que la Madre haría algún comentario sobre él, o sobre el Padre, pero siguió conduciendo en silencio hasta que los bloques de metal desaparecieron de nuestra vista. Solo entonces, de forma repentina, dijo:

—A veces los niños pueden ser muy hirientes. Creen que si eres una persona adulta nada puede hacerte daño. Aun así, Josie ha madurado bastante desde que tú estás en casa. Se comporta con más consideración.

—Me alegro.

—Es notorio. Últimamente piensa más en los demás.

Vi un árbol con un tronco que en realidad eran tres troncos delgados enroscados juntos para que parecieran uno solo. Lo observé con atención al pasar y me giré en el asiento para seguir viéndolo un momento más.

—¿A qué te referías antes? —preguntó la Madre—. Con lo de que Josie se iba a poner bien. Con lo de que iba a llegar una cura. Solo hablabas por hablar, ¿verdad?

—Le ruego que me disculpe. Ya sé que usted, el médico y Melania Sirvienta tienen muy estudiada la situación de Josie. Que es muy preocupante. Aun así, tengo la esperanza de que se pondrá bien.

—¿Es una simple esperanza? ¿O te basas en algo un poco más sólido? ¿En algo que los demás desconocemos?

—Supongo que… es mera esperanza. Pero es real. Sé que Josie pronto se pondrá mejor.

Después de oír este comentario, la Madre guardó silencio durante un largo rato, y su mirada, clavada en el parabrisas, parecía tan ausente que me pregunté si veía la carretera que teníamos delante. Por fin comentó en voz baja:

—Eres una AA muy inteligente. Tal vez puedas ver cosas que los demás no vemos. Tal vez tengas razón al sentirte esperanzada. Tal vez estés en lo cierto.

Ya de regreso en casa, Josie no estaba ni en la cocina ni en la Sala Diáfana. La Madre y Melania Sirvienta se quedaron en la puerta de la cocina hablando en voz baja y deduje que Melania Sirvienta le estaba informando de que, durante nuestra ausencia, Josie se había encontrado bien. La Madre iba asintiendo y después recorrió el pasillo hasta el pie de la escalera y le anunció a Josie que habíamos vuelto. Cuando ella respondió con un simple «Vale», la Madre permaneció un rato al pie de la escalera. Hasta que se encogió de hombros y se dirigió a la Sala Diáfana. Yo me quedé sola en el pasillo, así que decidí subir a ver a Josie.

Me la encontré sentada en la alfombra, apoyada en la cama, con las piernas flexionadas para apoyar en ellas el cuaderno de dibujo. Estaba muy concentrada en lo que dibujaba con el lápiz, así que no levantó la cabeza cuando la saludé. A su alrededor había varias hojas arrancadas del cuaderno, algunas con apenas alguna línea y otras repletas de garabatos.

—Me alegro muchísimo de que Josie se encuentre bien —dije.

—Sí, estoy bien. —No apartó los ojos del cuaderno—. ¿Qué tal la excursión?

—Ha sido maravillosa. Es una pena que Josie no haya podido venir.

—Sí, una lástima. ¿Has podido ver la cascada?

—Sí. Preciosa.

—¿Mamá se lo ha pasado bien?

—Creo que sí. Aunque ha echado mucho de menos a Josie.

Por fin me miró, alzando los ojos por encima del cuaderno, y vi en ellos una expresión que no había visto nunca. Y recordé de nuevo la voz que en la reunión de interacción le preguntó a Josie por qué no había elegido una B3, y su respuesta entre risas: «Empiezo a

pensar que es lo que debería haber hecho». Apartó la mirada y volvió a concentrarse en el dibujo. Me quedé un buen rato plantada donde estaba, en la entrada de la habitación. Finalmente dije:

—Lo siento muchísimo si he hecho algo que ha molestado a Josie.

—No me has molestado. ¿Qué te hace pensar eso?

—¿Entonces seguimos siendo buenas amigas?

—Eres mi AA. Así que tenemos que ser buenas amigas, ¿no te parece?

Pero no había rastro de alegría en su voz. Estaba claro que quería estar sola para seguir dibujando, de modo que salí de la habitación y me quedé esperando de pie en el rellano.

Tercera parte

Esperaba que las sombras de la excursión a la Cascada Morgan ya se hubieran disipado a la mañana siguiente, pero no fue así y la frialdad de Josie se prolongó durante mucho tiempo.

Todavía más desconcertante resultaba el cambio que la excursión a la cascada produjo en la actitud de la Madre. Yo creía que la experiencia había sido positiva y que ahora habría mayor complicidad entre nosotras. Pero la Madre, igual que Josie, se mostró más distante, y si se cruzaba conmigo en el pasillo o en el rellano, ya no me saludaba del mismo modo que lo hacía antes.

Por eso, como es lógico, durante los días siguientes reflexioné a menudo sobre por qué la reunión de interacción no había proyectado sombra alguna y, en cambio, lo de la Cascada Morgan, pese a que yo me limité a cumplir con los deseos de Josie y de la Madre, había traído tantas consecuencias. De nuevo me surgió la idea de que acaso mis limitaciones en comparación con los B3, se habían puesto en evidencia ese día, provocando que tanto Josie como la Madre se arrepintieran de la decisión de haberme elegido. De ser así, tenía claro que lo mejor que podía hacer era trabajar más duro para lograr ser una buena AA para Josie hasta que las sombras se disiparan. Al mismo tiempo, lo que empezaba a tener claro era hasta qué punto los humanos, en su obsesión por evitar la soledad, hacían maniobras que resultaban muy complejas y difíciles de entender, e intuía que era posible que en ningún momento hubiera estado en mis manos la posibilidad de controlar las consecuencias de la excursión a la Cascada Morgan.

Sin embargo, tal como fueron las cosas, dispuse de poco tiempo para elucubrar sobre las sombras proyectadas por la excursión a la

Cascada Morgan, porque unos días después de la excursión, la salud de Josie se deterioró de manera ostensible.

Estaba tan débil que no podía bajar por las mañanas para acompañar a la Madre mientras esta se tomaba el café rápido. De modo que la Madre subía a la habitación de Josie y contemplaba a su hija durmiendo; mantenía la espalda muy recta incluso mientras se bebía el café y bajaba la mirada hacia la cama.

En cuanto la Madre se marchaba a trabajar, Melania Sirvienta quedaba a cargo de Josie, desplazaba la butaca para aproximarla a la cama, se sentaba con su rectángulo en el regazo e iba mirando alternativamente la pantalla y a Josie durmiendo. Una de esas mañanas, mientras yo permanecía inmóvil en la habitación, junto a la puerta, preparada para ayudar si se me requería, Melania Sirvienta se volvió hacia mí y dijo:

—AA, te tengo siempre a mi espalda. Me pones nerviosa. Sal fuera.

Dijo «fuera». Me volví hacia la puerta y pregunté en voz baja:

—Disculpa, sirvienta. ¿Quieres decir fuera de la casa?

—Fuera de la habitación, fuera de la casa, ¿qué más da? Vuelve de inmediato si te llamo.

Nunca había salido sola al exterior. Pero estaba claro que, por lo que a Melania Sirvienta respectaba, no había ningún motivo para que no lo hiciera. Bajé con cuidado por la escalera, mientras la excitación se apoderaba de mi mente pese a la preocupación por la salud de Josie.

Cuando puse un pie sobre la gravilla, el Sol estaba en lo alto, pero parecía fatigado. No sabía si tenía que cerrar la puerta después de salir, pero al final, como ahí no había transeúntes y no quería molestar a Josie tocando el timbre al volver, dejé la puerta ajustada sin cerrarla del todo. Y me adentré en el exterior.

A la izquierda veía el montículo cubierto de hierba en el que había conocido a Rick mientras hacía volar a sus pájaros. Detrás del

montículo estaba la carretera por la que cada mañana se marchaba la Madre y por la que yo misma había viajado hasta la Cascada Morgan. Pero me alejé de esos lugares y caminé en la dirección contraria, atravesando la zona de gravilla hasta un punto desde el que tendría una buena vista de los campos que había detrás de la casa.

El cielo tenía una tonalidad clara y era inmenso. Como los campos se extendían en un ascenso progresivo por la colina, veía sin problemas el granero del señor McBain, pese a que desde allí no contaba con la altura de la ventana posterior de la casa. Las hojas de hierba eran más fáciles de distinguir desde allí que desde el dormitorio, pero la principal variación era que ahora veía la casa de Rick alzándose sobre la hierba. Me di cuenta de que, si la ventana posterior estuviera solo un poco más a la izquierda, la casa de Rick también sería visible desde el dormitorio.

Pero no me fijé mucho en la casa de Rick, porque de nuevo me rondaba por la cabeza la preocupación por la salud de Josie y en concreto la pregunta de por qué el Sol todavía no le había enviado su ayuda especial como hizo con Mendigo y su perro. Al principio yo esperaba que el Sol ayudase a Josie cuando empezó a sentirse débil días antes de la excursión a la Cascada Morgan. Acabé aceptando entonces que tal vez lo más correcto en ese momento era esperar, pero ahora que Josie estaba mucho más débil y su futuro resultaba incierto, era desconcertante que el Sol siguiera sin actuar.

Ya le había dado muchas vueltas a este asunto, pero ahora que estaba sola en el exterior, con los campos tan cerca y el Sol en lo alto encima de mí, pude recapitular varias especulaciones que me rondaban por la cabeza. Podía aceptar que, pese a su bondad, el Sol estaba muy ocupado; que había mucha gente, además de Josie, que requería su atención; que incluso al Sol podían despistársele algunos casos particulares como el de Josie, sobre todo si ella parecía bien cuidada por una Madre, una sirvienta y una AA. Me pasó entonces por la cabeza la idea de que para que Josie recibiese la ayuda

especial del Sol sería necesario que le llamara la atención de algún modo singular y ostensible.

Caminé por la tierra mullida hasta la valla del primer campo, con su puerta de madera que parecía el marco de un cuadro. La puerta se podía abrir simplemente levantando la cuerda anudada que unía dos postes, y comprobé que si lo hacía podía entrar en el campo sin ningún impedimento. La hierba era muy alta, y sin embargo Josie y Rick se las habían apañado siendo niños para atravesarla y llegar hasta el granero del señor McBain. Vi el inicio de un camino improvisado, creado por los pies de algunos transeúntes, que atravesaba el campo y me pregunté si podría realizar el mismo recorrido. Recordé en ese momento el día en que el Sol ofreció su nutriente especial a Mendigo y su perro y pensé en las notables diferencias entre sus circunstancias y las de Josie. En primer lugar, muchos transeúntes conocían a Mendigo y cuando se sintió débil eso sucedió en una calle muy concurrida, a la vista de taxistas y corredores. Cualquiera de esas personas podía haber llamado la atención al Sol sobre la situación de Mendigo y su perro. Y todavía más importante, recordé lo que había sucedido poco antes de que el Sol le ofreciera su nutriente especial a Mendigo. La Máquina Cootings había estado produciendo su horrible Polución, obligando incluso al propio Sol a retirarse durante cierto tiempo, y fue en el nuevo periodo después de que la horrible máquina hubiese desaparecido cuando el Sol, aliviado y feliz, había proporcionado su ayuda especial.

Permanecí un buen rato ante la puerta con aspecto de marco de cuadro, contemplando la hierba que se mecía de un lado a otro y preguntándome qué otros senderos ocultos habría por allí y cómo podía yo ayudar a salvar a Josie de su enfermedad. Pero todavía no estaba habituada a moverme sola por el exterior y empecé a notar cierta desorientación. De modo que le di la espalda al campo y regresé a la casa.

En esa época, el doctor Ryan venía con frecuencia y Josie se pasaba buena parte del día durmiendo. El Sol lanzaba a diario su nutriente y las manchas de sus rayos a menudo caían sobre el cuerpo dormido de Josie, pero seguía sin haber ninguna señal de una ayuda especial por su parte. Aunque, insisto, tal vez que era lógico que el Sol esperara a actuar, porque Josie iba mejorando poco a poco, y un día por fin pudo sentarse en la cama.

El doctor Ryan le había desaconsejado retomar las clases con el rectángulo, de modo que los siguientes días, acomodada entre almohadones, se dedicó a hacer un montón de dibujos con los afilados lápices y el cuaderno. Cada vez que terminaba uno o decidía abandonarlo inacabado, arrancaba la hoja y la lanzaba al aire, dejando que cayera sobre la alfombra; recoger y amontonar esas hojas se convirtió en parte de mi trabajo.

A medida que las visitas del doctor Ryan se iban espaciando, las de Rick se iban incrementando. Melania Sirvienta siempre se había mostrado recelosa de Rick, pero ahora incluso ella veía que sus visitas levantaban el ánimo a Josie. De modo que las permitía, aunque insistiendo en que no se prolongasen más de treinta minutos. La primera tarde que dejaron pasar a Rick al dormitorio, yo decidí ausentarme para proporcionarles privacidad, pero Melania Sirvienta me detuvo en el rellano y me susurró:

—¡No, AA! Quédate en la habitación. Asegúrate de que no se meten mano.

De modo que se convirtió en algo habitual que yo estuviera presente durante las visitas de Rick, pese a que de vez en cuando él me lanzaba una mirada como diciendo que los dejara solos y además casi nunca me dirigía la palabra, ni siquiera para decirme hola o adiós. Si hubiera sido Josie quien me lanzara ese tipo de mirada, no me habría quedado, aun contraviniendo las órdenes de Melania Sirvienta. Pero Josie parecía contenta de mi presencia —

incluso diría que la reconfortaba—, aunque nunca me incluía en las conversaciones.

Yo hacía todo lo posible por ofrecerles privacidad, permaneciendo en el Sofá del Botón y fijando la mirada en los campos. Lo que no podía evitar era escuchar lo que se decía a mi espalda y, pese a que en ciertos momentos pensaba que no debía hacerlo, me recordaba que mi obligación era aprender lo máximo posible sobre Josie, y escuchar esas conversaciones me permitía recopilar información que de otro modo jamás estaría a mi alcance.

Las visitas de Rick al dormitorio en esa época se podrían dividir en tres etapas. En la primera, nada más llegar, miraba nervioso a su alrededor y durante los treinta minutos siguientes se comportaba como si cualquier movimiento descuidado pudiera provocar algún daño al mobiliario. Fue durante esta fase cuando tomó la costumbre de sentarse en el suelo justo delante del armario moderno, con la espalda apoyada en sus puertas. Desde el Sofá del Botón yo veía a los dos reflejados en la ventana y, con Rick en esta posición y Josie sentada en la cama, parecían casi sentados uno al lado del otro, solo que Josie estaba más alta.

Durante esta primera etapa había una atmósfera relajada y a menudo los treinta minutos pasaban sin que se dijera nada sustancial. Los dos jóvenes solían repasar recuerdos de cuando eran más pequeños y bromear sobre ellos. Bastaba una palabra o una simple referencia para hacer emerger un recuerdo en el que a continuación se sumergían. Cuando lo hacían, se ponían a conversar en una suerte de código secreto, lo cual me hacía preguntarme si eso se debía a mi presencia, aunque no tardé en entender que no obedecía a otro motivo que la mutua familiaridad y que no había intención alguna de impedir que yo me enterase de qué hablaban.

En sus primeras reuniones con Rick, Josie no dibujaba. Pero, conforme se fueron relajando, a menudo se pasaba los treinta minutos haciendo esbozos, arrancando hojas y lanzándolas al aire para que cayeran cerca de Rick. Y fue así como —al principio de un modo muy inocente— se inició el juego de los globos.

El juego de los globos marcó el inicio de la segunda fase de las visitas de Rick. Es posible que ese juego lo hubieran inventado en la infancia, hacía mucho tiempo. Desde luego, cuando apareció por primera vez no tuvieron que establecer sus normas. Josie había empezado a lanzar dibujos hacia donde estaba sentado Rick, mientras seguían conversando de esto y lo otro, hasta que de pronto él se quedó mirando un dibujo y preguntó:

—Vale, ¿vamos a empezar a jugar a lo de los globos?

—Si quieres… Solo si quieres, Rick.

—No tengo lápiz. Lánzame uno de un color oscuro.

—Necesito todos los oscuros. ¿Quién es la artista?

—¿Cómo voy a rellenar los globos si no me prestas un lápiz?

Incluso dándoles la espalda, no me fue difícil imaginar en qué consistía el juego. Y cuando Rick se marchaba después de la media hora de visita, yo podía mirar los dibujos mientras los recogía del suelo. Y fue así como empecé a ser consciente de la creciente importancia que ese juego tenía para los dos.

Los dibujos de Josie eran muy buenos y solían aparecer en ellos una, dos o en alguna ocasión incluso tres personas juntas, con las cabezas dibujadas de manera deliberada más grandes que los cuerpos. Durante las primeras visitas, las caras tendían a mostrar siempre una expresión amable y estaban dibujadas solo con lápiz negro, mientras que, para los hombros y los cuerpos, igual que para el paisaje de fondo, utilizaba lápices de colores. En cada dibujo Josie dejaba un globo vacío encima de alguna de las cabezas —en ocasiones dos globos sobre dos cabezas— que Rick tenía que rellenar con palabras. No tardé en comprender que aun cuando las caras no se parecían a las de Rick o Josie, en ese juego cualquier chica podía representar a Josie y cualquier chico a Rick. Del mismo modo, otras figuras podían representar a personas del entorno de Josie, como por ejemplo la Madre o los chicos de la reunión de interacción u otras personas a las que yo no había conocido. Aunque a mí me resultaba difícil interpretar quién era quién con tantas caras, a Rick eso no parecía suponerle ningún problema. Jamás pedía una

aclaración sobre los dibujos que caían sobre él y escribía sin dudar un instante los textos en los globos.

Comprendí enseguida que las palabras que escribía Rick en los globos representaban los pensamientos, en ocasiones las palabras, de las personas representadas, y siendo así su tarea conllevaba cierto riesgo. Desde el principio me preocupaba que algo que dibujara Josie o escribiera Rick pudiera generar tensiones. Pero durante esa etapa el juego de los globos parecía traer solo diversión y recuerdos, y yo los veía reflejados en el cristal, riéndose y señalándose con el dedo. Si se hubieran limitado a jugar como lo hacían al principio —centrando sus conversaciones exclusivamente en los dibujos— tal vez no hubiesen acabado emergiendo las tensiones. Pero mientras Josie seguía dibujando y Rick rellenando los globos, empezaron a hablar sobre otros asuntos no relacionados con los dibujos.

Una tarde soleada en la que las manchas del Sol tocaban los pies de Rick mientras él estaba sentado con la espalda apoyada en el armario moderno, Josie dijo:

—¿Sabes, Ricky? Me pregunto si te estás poniendo celoso. Porque no paras de preguntar sobre el retrato.

—No sé de qué me hablas. ¿Quieres decir que me estás haciendo un retrato?

—No, Ricky. Me refiero a que no paras de sacar el tema de mi retrato. Ese que me está haciendo un tipo en la ciudad.

—Ah, ese. Bueno, supongo que lo he mencionado una vez. Pero eso no es exactamente no parar de hablar de él.

—No paras de sacar el tema. Solo ayer dos veces.

Rick dejó de escribir, pero no alzó la mirada.

—Supongo que siento curiosidad. Pero ¿cómo puede uno ponerse celoso porque te estén haciendo un retrato?

—Parece una bobada. Pero desde luego se diría que tú lo estás.

Ambos permanecieron un rato en silencio, cada uno concentrado en lo suyo. Hasta que Rick dijo:

—No creo que esté celoso. Estoy preocupado. Ese tío, ese artista… Todo lo que comentas sobre él suena, bueno, *inquietante*.

—Solo me está haciendo un retrato, nada más. Se muestra siempre respetuoso, siempre está pendiente de que yo no me fatigue.

—Lo de ese tipo no parece muy normal. Dices que no paro de sacar el tema. Bueno, pues si lo hago es porque cada vez que lo menciono, tú dices alguna cosa que me hace pensar: oh, Dios mío, esto resulta cada vez más inquietante.

—¿Qué tiene de inquietante?

—En primer lugar, ¿cuántas veces has estado en su estudio? ¿Cuatro? Pero él nunca te ha enseñado lo que está pintando. Ni siquiera un esbozo, nada. Lo único que parece hacer es sacarte fotos muy de cerca. Esta parte de tu cuerpo, esta otra. ¿De verdad que eso es lo que hacen los artistas?

—Prefiere sacarme fotos porque de este modo yo no me fatigo teniendo que permanecer inmóvil durante horas posando al modo tradicional. De esta manera solo tengo que estar allí veinte minutos como mucho en cada sesión. Él va sacando las fotos que necesita para cada parte del proceso. Y mamá está siempre conmigo. ¿Tú crees que mi madre contrataría a un pervertido para hacer mi retrato?

Como Rick no dijo nada, Josie continuó:

—Ricky, sí que creo que sientes unos pocos celos. Pero ¿sabes qué? Me da igual. Demuestra que mantienes la actitud correcta. Estás siendo protector. Demuestra que estás pensando en nuestro plan. Así que no te preocupes.

—No me preocupo. Es una acusación ridícula.

—No es una acusación. No estoy diciendo que sea algo sexual ni nada por el estilo. Lo único que digo es que ese retrato es parte del enorme mundo que hay ahí fuera y tú temes que se interponga en nuestro camino. Cuando digo que pareces celoso, lo digo en este sentido.

—De acuerdo.

Su «plan», pese a que aparecía con frecuencia en la conversación, rara vez se discutía en detalle. Aun así, fue durante esa etapa —todavía relajada— de las visitas cuando empecé a atar cabos recopilando sus comentarios dispersos al respecto. Comprendí que ese plan no era algo que hubieran preparado de forma minuciosa, sino que más bien se trataba de un deseo difuso para el futuro. También descubrí lo que ese plan iba a significar para mis objetivos: que a medida que se fuera desplegando el futuro, incluso si la Madre, Melania Sirvienta y yo nos manteníamos cerca de Josie a todas horas, sin el plan, ella no lograría desembarazarse de su soledad.

Entonces llegó el momento en que el juego de los globos dejó de provocar risas y empezó a provocar miedo e inquietud. Tal como lo veo hoy, fue en ese momento cuando arrancó la tercera y última etapa de las visitas de Rick en aquella época.

Resulta difícil dilucidar cuál de los dos alteró primero el clima. En las primeras etapas, los dibujos de Josie a menudo pretendían evocar incidentes divertidos o felices que ambos habían compartido en el pasado. Ese era uno de los motivos por los cuales Rick era capaz de llenar los globos tan rápido y sin apenas dudar. Pero entonces se produjo un cambio en las reacciones de Rick cuando las hojas le caían encima. Cada vez se pasaba más tiempo mirándolas, suspirando o frunciendo el ceño. Después, cuando escribía los textos, lo hacía con parsimonia y muy concentrado, a menudo sin responder a lo que le comentaba Josie hasta que terminaba. Y las reacciones de Josie cuando Rick le devolvía las hojas eran cada vez más imprevisibles. Podía escrutar la hoja con mirada inexpresiva y después dejarla sobre la cama sin hacer ningún comentario. O, en otras ocasiones, volvía a tirar una hoja ya completada al suelo, lanzándola hacia algún punto fuera del alcance de Rick.

De cuando en cuando, el ambiente se relajaba y volvía al de la etapa previa, y los dos reían y discutían de manera amistosa. Pero

cada vez con más frecuencia, o bien el dibujo de Josie o bien las palabras de Rick provocaban un rifirrafe. Aun así, la tranquilidad normalmente se había recuperado para cuando Melania Sirvienta informaba de que ya había pasado la media hora asignada para el encuentro.

En una ocasión, Rick se inclinó hacia delante, recogió una hoja, la miró con atención y dejó el lápiz. Siguió contemplando el dibujo durante un rato, hasta que Josie se percató desde la cama de lo que sucedía y dejó de dibujar.

—¿Pasa algo, Rick?

—Hmm. Me estaba preguntando quiénes se supone que son estos.

—¿A quién se parecen?

—Estos personajes que la rodean. ¿Debo entender que son alienígenas? Casi parece que en lugar de cabeza tienen, bueno, un ojo gigante. Lo siento si lo estoy interpretando todo mal.

—No lo has interpretado mal. —Su voz traslucía frialdad y también un poco de miedo—. Bueno, al menos no del todo. No son alienígenas. Son… lo que son.

—De acuerdo. Son una tribu de gente con un ojo en lugar de cabeza. Pero lo que resulta perturbador es que todos la miran a ella.

—¿Qué tiene eso de perturbador?

A mi espalda se hizo el silencio y, en los reflejos en la ventana, vi que Rick seguía mirando la hoja.

—Bueno, dime, ¿qué tiene de perturbador? —insistió Josie.

—No estoy seguro. También contribuye el globo extragrande que has trazado encima de ella. No sé muy bien qué escribir.

—Escribe lo que te parezca que está pensando. No es distinto de los demás dibujos.

Se produjo un nuevo silencio. Los destellos del Sol en el cristal me dificultaban ver sus reflejos y estuve tentada de darme la vuelta,

aunque eso les redujese la privacidad. Pero antes de que pudiera hacerlo, Rick dijo:

—Los ojos de los tipos que la miran son muy inquietantes. Y lo que resulta todavía más inquietante es que parece que ella quiere que la sigan mirando.

—Ricky, esto es enfermizo. ¿Por qué iba a desear algo así?

—No lo sé. Dímelo tú.

—¿Cómo quieres que te lo diga yo? —La voz de Josie sonaba irritada—. ¿Quién es el encargado de rellenar los globos?

—Tiene una media sonrisa. Como si interiormente estuviera disfrutando.

—No, Ricky, te equivocas. Esto que planteas es enfermizo.

—Lo siento. Lo debo de haber interpretado mal.

—No pasa nada por malinterpretar. Así que vamos, date prisa y rellena el globo. Ya tengo casi terminado el siguiente. ¿Rick? ¿Me estás escuchando?

—Quizá sea mejor que este no lo rellene.

—¡Oh, vamos!

Ahora el Sol ya se había retirado y vi el reflejo de Rick en el cristal dejando caer la hoja encima del desordenado montón acumulado cerca de la cama de Josie.

—Rick, estoy muy decepcionada.

—Pues no dibujes cosas como esta.

Se produjo un nuevo silencio. Yo veía a Josie en la cama, simulando estar concentrada en el siguiente dibujo. En cambio, ya no veía muy bien el reflejo de Rick, pero sabía que permanecía inmóvil, apoyado contra el armario moderno, y miraba, más allá de donde yo estaba, por la ventana posterior.

Cuando terminaba la visita de Rick, lo habitual era que Josie se sintiera fatigada y lanzase los lápices, el cuaderno y las hojas sueltas al suelo y se tumbara boca abajo en la cama para descansar. En ese momento yo me levantaba del Sofá del Botón para recoger todo lo

que había quedado desparramado por el suelo y entonces podía enterarme de los temas que habían surgido durante la visita.

Josie, aunque estuviera con la mejilla aplastada contra la almohada, no dormía y a menudo seguía haciendo comentarios con los ojos cerrados. De modo que era del todo consciente de que yo miraba los dibujos mientras los recogía y estaba claro que no le importaba. De hecho, es probable que en realidad deseara que los mirase todos.

En una ocasión, recogiendo las cosas del suelo, me topé con una hoja en la que, pese a mirarla solo de pasada, de inmediato me di cuenta de que estaban dibujadas Missy y la niña de los brazos largos de la reunión de interacción. Había, como era de esperar, varias inexactitudes, pero la intención de Josie quedaba muy clara. Las dos hermanas, con aire antipático, ocupaban el centro del dibujo, mientras que otros rostros menos acabados se amontonaban a su alrededor. Y pese a que no había ningún detalle del mobiliario, deduje que el escenario era la Sala Diáfana. De no ser por el enorme globo que tenía encima, hubiera sido fácil no percatarse de la presencia de una pequeña e imprecisa criatura aplastada en el espacio entre las dos hermanas. A diferencia de la Missy Dibujada y de la Niña de los Brazos Largos Dibujada, esta criatura carecía de los habituales atributos humanos, como rostro, hombros y brazos, y parecía más bien uno de esos charquitos de agua que se formaban en la Isla, cerca del fregadero. De hecho, de no ser por el globo que tenía encima, ningún transeúnte que pasara por allí y lo viera imaginaría que esa forma pretendiese representar a una persona. Las dos hermanas ignoraban por completo a la Persona Charquito de Agua, pese a que la tenían pegada a ellas. En el interior del globo Rick había escrito:

«Estas listillas se creen que no tengo forma. Pero sí la tengo. Solo que la mantengo oculta. ¿Porque por qué iba a querer que la vean?»

Pese a que yo solo eché un vistazo rápido al dibujo, Josie sabía que lo había recogido y, con voz somnolienta, me dijo desde la

cama:

—¿No te parece que lo que ha escrito es muy raro?

Como yo me limité a sonreír y continué ordenando la habitación, añadió:

—¿Crees que se ha quedado con la idea de que pretendía representarlo a él con esa cosa? ¿El chiquillo entre las dos niñas repelentes? ¿Crees que por eso ha rellenado el globo con estos comentarios?

—Es posible.

—Pero tú no lo crees, ¿verdad que no, Klara? —Y añadió—: Klara, ¿me estás escuchando? Vamos. ¿Podemos hablar de esto?

—Tal vez resultase más lógico pensar que esa personita era Josie.

No volvió a abrir la boca mientras yo iba apilando las hojas en pequeños montones y los iba dejando encima de otros en un hueco debajo del tocador. Pensé que por fin se había quedado dormida, pero de pronto preguntó:

—¿Por qué lo dices?

—No es más que una suposición. Creo que Rick pensaba que la personita era Josie. Y creo que Rick intentaba ser amable.

—¿Amable? ¿Por qué iba a querer ser amable?

—Creo que Rick se preocupa por Josie. Por cómo parece cambiar en según qué situaciones. Pero en este dibujo Rick está siendo amable. Porque está sugiriendo que Josie es lo bastante lista para protegerse a sí misma y en realidad no está cambiando.

—¿Y qué hay de malo en que a veces yo quiera comportarme de un modo distinto? ¿Quién quiere ser igual a todas horas? El problema de Rick es que siempre me critica cuando hago cualquier cosa que a él no le gusta. Y lo hace porque quiere que yo siga siendo igual que cuando éramos pequeños.

—No creo que sea eso lo que Rick quiere.

—¿Pues entonces de qué va todo esto? ¿Todo este rollo de la persona informe, de la ocultación? No veo dónde está la amabilidad. Este es el problema de Rick. No quiere crecer. O al menos su madre no quiere que madure y él le sigue la corriente. La idea es que va a

vivir con su madre eternamente. ¿Cómo va a ayudar eso a nuestro plan? Cada vez que muestro que intento madurar, él empieza a refunfuñar.

Yo no respondí y Josie siguió echada con los ojos cerrados. Al final se quedó dormida, pero antes de hacerlo dijo en voz baja:

—Tal vez sí. Tal vez pretendía ser amable.

Me pregunté si Josie sacaría a relucir ese dibujo en concreto —y las palabras en el globo— durante la siguiente visita de Rick. Pero no lo hizo, y me percaté de que había una suerte de norma tácita entre ellos de no hablar directamente de ninguno de los dibujos ni de las palabras de los globos una vez que los habían terminado. Tal vez ese pacto era necesario para poder dibujar y escribir libremente. Aun así, como ya he dicho, desde el principio me pareció que el juego de los globos estaba lleno de peligros, y fue eso lo que acabó provocando el repentino final de las visitas de treinta minutos de Rick.

Era una tarde lluviosa, pero, aun así, los rayos de Sol entraban, aunque débiles, en el dormitorio. En los días previos se habían sucedido varias visitas bastante relajadas y esa tarde se respiraba buen ambiente. Hasta que doce minutos después de empezar la visita —estaban de nuevo jugando a los globos— Josie preguntó desde la cama:

—¿Qué pasa ahí abajo? ¿Todavía no has terminado?

—Aún estoy pensando.

—Ricky, la gracia del juego es no pensar. Se trata de escribir lo primero que te pasa por la cabeza.

—De acuerdo. Pero este dibujo requiere darle unas vueltas.

—¿Por qué? ¿Qué tiene de diferente? Date prisa. Ya casi he terminado el siguiente.

En el reflejo de la ventana, veía a Rick en su lugar habitual en el suelo, con las piernas flexionadas para apoyar el dibujo en ellas y las manos a los lados. Miraba el dibujo que tenía ante él con cara de desconcierto. Al cabo de un rato, sin dejar de dibujar, Josie dijo:

—¿Sabes?, siempre te lo he querido preguntar. ¿Por qué tu madre ya no conduce? Todavía tenéis ese coche, ¿verdad?

—Hace años que nadie lo ha puesto en marcha. Pero sí, sigue en el garaje. Quizá cuando me saque el carnet de conducir reviso en qué estado está.

—¿Es porque tu madre tiene miedo de los accidentes?

—Josie, ya hemos hablado de eso.

—Sí, pero ya no me acuerdo. ¿Es porque le entró mucho miedo?

—Algo así.

—Mi madre es todo lo contrario. Conduce demasiado rápido. —Como Rick no decía nada, Josie le preguntó—: Ricky, ¿todavía no has rellenado el globo?

—Estoy en ello. Dame un momento.

—No conducir es una cosa. Pero ¿a tu madre le da igual no tener amigas?

—Sí que tiene amigas. Esa tal señora Rivers viene a todas horas. Y también es amiga de tu madre, ¿no?

—No me refiero a eso. Todo el mundo puede tener uno o dos amigos *individuales*. Pero tu madre carece de sociabilidad. Mi madre tampoco tiene muchas amigas. Pero sí posee sociabilidad.

—¿Sociabilidad? Suena muy raro. ¿Qué quiere decir?

—Quiere decir que cuando entras en una tienda o te metes en un taxi la gente te toma en serio. Te trata bien. Ser capaz de desarrollar la sociabilidad es importante, ¿no crees?

—Escucha, Josie, ya sabes que mi madre no siempre está bien. No es que esta situación haya sido decisión suya.

—Pero sí toma decisiones, ¿no? Por ejemplo, tomó una decisión contigo. Cuando fuera que fuese eso.

—No sé por qué estamos hablando de esto.

—¿Sabes lo que creo, Ricky? Dime que me calle si te parece injusto. Tu madre nunca te ha dejado madurar porque te quería solo para ella. Y ahora ya es demasiado tarde.

—No sé por qué estamos hablando de esto. ¿Y además qué importa? ¿A quién le importa lo de la sociabilidad? Nada de todo

esto tiene por qué interponerse en la vida de uno.

—Ricky, sí que se interpone. Para empezar, se interpone en nuestro plan.

—Escucha, hago lo que puedo…

—Pero no es suficiente, Ricky. No paras de hablar de nuestro plan, pero ¿qué haces realmente por él? Cada día que pasa nos hacemos más mayores y van sucediendo cosas. Yo hago todo lo que puedo, pero tú no, Rick.

—¿Qué no hago y debería estar haciendo? ¿Acudir a más reuniones de interacción de las tuyas?

—Al menos podrías intentarlo con más empeño. Podrías hacer lo que dijimos. Estudiar más. Intentar entrar en Atlas Brookings.

—¿A qué viene hablar ahora de Atlas Brookings? No tengo ni la más remota posibilidad.

—Por supuesto que la tienes, Ricky. Eres listo. Hasta tu madre dice que tienes posibilidades.

—Una posibilidad teórica. Los de Atlas Brookings la magnifican, pero es de menos del dos por ciento. Eso es todo. El porcentaje de no mejorados que aceptan es de menos del dos por ciento.

—Pero tú eres más listo que cualquiera de los otros no mejorados que puedan intentar ser admitidos. Así que ¿por qué no vas a intentarlo? Te lo diré. Porque tu madre quiere que te quedes con ella para siempre. No quiere que salgas del cascarón y te conviertas en un verdadero adulto. Eh, ¿todavía no has terminado? Ya tengo listo el siguiente.

Rick permaneció en silencio, con la mirada fija en el dibujo. Josie, pese a su anuncio, continuó trabajando en el nuevo.

—En cualquier caso —continuó—, ¿cómo va a funcionar? Me refiero a nuestro plan. ¿Cómo va a funcionar si yo tengo capacidad de sociabilidad y tú no? Mi madre conduce demasiado rápido. Pero al menos tiene coraje. Con Sal todo salió mal, pero después de eso reunió el coraje para seguir adelante conmigo. Hace falta coraje para hacerlo, ¿no crees?

De pronto Rick se inclinó hacia delante y empezó a escribir en el dibujo. En ocasiones usaba una revista como soporte, pero esta vez vi que apoyaba la hoja directamente contra su muslo y se le iba arrugando. A pesar de eso siguió escribiendo a toda prisa, se incorporó y dejó caer el lápiz al suelo. En lugar de entregarle el dibujo en mano a Josie, lo lanzó sobre la cama y la hoja aterrizó en el edredón, delante de ella. Sin dejar de mirar a Josie con unos enormes ojos llenos de rabia y temor, Rick retrocedió hasta situarse cerca de la puerta.

Josie se volvió hacia él sorprendida. Dejó el lápiz y agarró la hoja. Se quedó un buen rato mirándola con aire inexpresivo, mientras Rick la observaba desde la puerta.

—No me puedo creer que hayas escrito esto —dijo ella por fin—. ¿Por qué lo has hecho?

Yo seguía sentada en el Sofá del Botón y juzgué que la tensión había llegado a un punto tal que ya no estaba justificado concederles privacidad, de modo que me volví para mirarlos. Tal vez Rick se había olvidado de mi presencia, porque mi movimiento pareció sobresaltarlo. Me miró un instante, con los ojos todavía rebosantes de rabia y temor, y salió a toda prisa de la habitación. Oímos sus pasos bajando la escalera.

Después de oírse el ruido de la puerta principal, Josie bostezó, tiró al suelo todo lo que había encima de la cama y se acostó boca abajo para dormir, como si la reunión hubiese acabado como cualquier otra.

—A veces resulta agotador —dijo con la cara aplastada contra la almohada.

Me levanté del Sofá del Botón y me puse a ordenar la habitación. Josie permaneció con los ojos cerrados y no dijo nada más, pero yo sabía que no se había quedado dormida. Mientras iba recogiendo, eché un vistazo al dibujo que había provocado la tensión.

Como era de esperar, en él aparecían versiones de Josie y Rick. Había muchas inexactitudes, pero suficientes parecidos como para no tener dudas sobre las identidades que el dibujo pretendía

representar. La Josie Dibujada y el Rick Dibujado parecían flotar en el cielo, con los árboles, carreteras y casas en miniatura muy abajo. Detrás de ellos, en otra parte del cielo, se veían siete pájaros volando en formación. La Josie Dibujada sostenía con ambas manos un pájaro mucho más grande y se lo ofrecía como regalo especial al Rick Dibujado. La Josie Dibujada mostraba una amplia sonrisa y al Rick Dibujado se lo veía entusiasmado.

No había globo para el Rick Dibujado. El único globo era para los pensamientos de la Josie Dibujada, y en su interior Rick había escrito:

«Ojalá pudiera salir y caminar y correr y montar en monopatín y nadar en los lagos. Pero no puedo porque mi madre tiene Coraje. Así que en lugar de hacer todo eso me tengo que quedar en casa y estar enferma. Me alegro. Me alegro de verdad».

Añadí el dibujo al montón que había ido recogiendo y me aseguré de que no quedase encima. Josie seguía inmóvil y en silencio, con los ojos cerrados, pero yo sabía que no estaba dormida. En los días previos a la excursión a la Cascada Morgan tal vez en una situación como esa podría haber hablado con Josie y ella me habría respondido con sinceridad. Pero ahora la relación entre las dos había cambiado, así que opté por no decir nada. Me acerqué al tocador, me incliné y dejé la última pila de dibujos junto a las otras, debajo del mueble.

Rick no regresó ni el día siguiente ni el posterior. Pero cuando Melania Sirvienta preguntó: «¿Adónde ha ido el chico? ¿Se ha puesto enfermo?», Josie se limitó a encogerse de hombros y no respondió.

A medida que pasaban los días y seguíamos sin visitas de Rick, Josie empezó a ponerse más nerviosa y sus gestos me indicaban que era mejor que me mantuviera alejada de ella. Continuaba dibujando en la cama, pero sin Rick y el juego de los globos el entusiasmo fue decreciendo, y a menudo lanzaba al suelo dibujos sin

acabar, se tumbaba en la cama y se quedaba un buen rato mirando al techo.

Una tarde, mientras permanecía en esa postura con la mirada perdida, le dije:

—Josie, si quieres, podemos jugar al juego de los globos. Si Josie hace los dibujos, me esforzaré por pensar en las palabras más adecuadas.

Ella siguió mirando al techo. De pronto se volvió y me dijo:

—Mira, no va a funcionar. Da igual que hayas estado escuchando, no puedes sustituir a Rick. Es imposible.

—De acuerdo. Lo siento. No debería haber propuesto…

—No, no deberías haberlo hecho.

A medida que pasaban más días sin visitas de Rick, Josie se fue aletargando y a mí empezó a preocuparme que volviera a debilitarse. Pensé que era el momento idóneo para que el Sol enviase su ayuda especial, y cada vez que sus manchas en el dormitorio se alteraban de forma repentina, o cada vez que emergía de pronto en el cielo de entre las nubes, yo observaba con especial atención. Pero pese a que seguía enviando su nutriente habitual de manera constante, la ayuda especial no llegaba.

Una mañana, regresé al dormitorio después de bajar su bandeja del desayuno y me la encontré sentada en la cama, apoyada en los almohadones, dibujando muy concentrada, con el entusiasmo de antaño. Tenía una expresión seria que no le había visto nunca mientras dibujaba, y cuando intenté entablar una conversación, no me hizo ni caso. Cuando, mientras ordenaba la habitación, me acerqué a la cama, ella cambió de postura para impedir que pudiera echar un vistazo a la hoja.

Al cabo de un rato, la arrancó del cuaderno, la arrugó hasta convertirla en una bola y la dejó en un pliegue del edredón entre ella y la pared. Empezó un nuevo dibujo, con los ojos muy abiertos y

atentos. Me senté en el Sofá del Botón, esta vez de cara a ella, para dejarle claro que estaba dispuesta a conversar cuando quisiera.

Después de casi una hora, dejó el lápiz y se quedó un rato contemplando el dibujo.

—¿Klara? ¿Ves el cajón inferior de la izquierda? ¿Me puedes traer un sobre? Uno de los grandes acolchados.

Mientras me inclinaba ante el cajón, vi que Josie volvía a coger el lápiz y, por sus movimientos, deduje que no estaba dibujando sino escribiendo. Dobló el dibujo y colocó una hoja en blanco entre ambas mitades para evitar que se manchara, cogió el sobre acolchado e introdujo con cuidado su obra. Estiró la cinta de papel que protegía el adhesivo y cerró el sobre, presionando los bordes para asegurarse de que quedaba bien sellado.

—Me alegro de haberlo terminado —dijo, haciendo girar el sobre entre las manos, como si eso la reconfortase. Pero cuando empecé a alejarme de la cama, me lo tendió.

—¿Puedes meterlo en el cajón del que has sacado el sobre? El de abajo a la izquierda.

—Por supuesto. —Lo cogí, pero no lo metí de inmediato en el cajón. Me quedé en mitad de la habitación, con el sobre en las manos, y la miré.

—Me pregunto si este dibujo es un regalo especial de Josie para Rick.

—¿Por qué lo dices?

—Es solo una suposición.

—Bueno, pues tu suposición es correcta. Lo he hecho para Rick. Para cuando vuelva a aparecer.

Se produjo un silencio, durante el cual ella me observaba, sin que yo supiera a ciencia cierta si estaba impaciente por que yo metiera el sobre en el cajón que me había indicado, o estaba esperando a que dijera algo más sobre Rick y sus visitas. Al final comenté:

—Quizá vuelva pronto.

—Tal vez sí. Aunque de momento no lo parece.

—Creo que a Rick le encantará ver el dibujo. Verá que Josie ha tenido un detalle con él.

—No he tenido un detalle con él. —Me miró enojada—. Me estaba aburriendo y he hecho un dibujo. Eso es todo. Pero tienes razón. Es para Rick. El problema es que va a tener que venir para que se lo pueda dar. Y ya no viene por aquí.

Continuó mirándome. Yo seguía plantada en mitad de la habitación.

—Josie —dije pasado un rato—. Si quieres, se lo puedo llevar.

Vi sorpresa y también entusiasmo en sus ojos.

—¿Quieres decir que se lo llevarías a su casa?

—Sí, después de todo es la casa de al lado.

—Supongo que no sería tan raro que se lo llevaras. Los AA de otras personas se pasan el día haciendo recados, ¿no?

—Estaré encantada de hacerlo. Creo que seré capaz de encontrar el camino hasta su casa.

—¿Lo podrías hacer hoy? ¿Antes de comer?

—Cuando quiera Josie. Si quieres, puedo entregárselo ahora. Ahora mismo.

—¿Te parece que es una buena idea?

Alcé un poco el sobre acolchado.

—Estaría encantada de poder llevarle a Rick el dibujo de Josie. Será interesante para mí explorar el exterior. Y si Rick recibe este dibujo especial, puede que perdone a Josie y vuelva a ser su mejor amigo.

—¿Qué quieres decir con «perdonar»? Soy yo la que tiene que perdonarle. Klara, este comentario ha sido una idiotez. Me parece que ya no quiero darle esto ahora.

—Lo siento. Ha sido error mío. Todavía no entiendo el funcionamiento del perdón. Aun así, creo que será mejor llevarle ahora el dibujo. Creo que le gustará.

El enojo desapareció de su rostro.

—De acuerdo. Adelante. Llévaselo. —Y mientras yo empezaba a volverme, añadió en voz baja—: Probablemente tengas razón.

Supongo que es él quien tiene que perdonarme a mí.

—Se lo llevaré y veremos cómo reacciona.

—De acuerdo. —Y sonrió—. Si se muestra grosero con respecto al dibujo, lo rompes, ¿de acuerdo?

Su sonrisa era casi como las de antes de la Cascada Morgan. Le sonreí y dije:

—Espero que no sea necesario.

Se dejó caer sobre la almohada con aire jovial.

—Vamos, vete. Ahora necesito descansar.

Pero, mientras abandonaba la habitación sosteniendo el sobre acolchado contra el pecho, de pronto me llamó:

—Eh, Klara.

—¿Sí?

—Debe ser aburrido vivir aquí con una niña enferma, ¿no?

Sonreía, pero vi el miedo detrás de la sonrisa.

—Nunca es aburrido estar con Josie.

—Me esperaste mucho tiempo en la tienda. Estoy segura de que desearías haberte ido con otro niño.

—Jamás he deseado algo así. Mi deseo era ser la AA de Josie. Y el deseo se hizo realidad.

—Sí, pero… —Dejó escapar una risita llena de tristeza—. Pero eso fue antes de llegar aquí. Te prometí que todo sería maravilloso.

—Soy muy feliz aquí. No tengo otro deseo que ser la AA de Josie.

—Si mejoro, podremos salir continuamente. Podríamos ir a la ciudad, ver a mi padre. Quizá él podría llevarnos a las otras ciudades.

—Son posibilidades para el futuro. Pero Josie debe tener una cosa clara: yo no podría tener mejor casa que esta. Ni una niña mejor que Josie. Me alegro de haber esperado. Gerente me permitió esperar.

Josie se quedó pensando en eso. Cuando volvió a sonreír, era todo felicidad, sin rastro de miedo.

—Entonces somos amigas, ¿verdad? Las mejores amigas.

—Sí, por supuesto.

—De acuerdo. Bien. Y recuerda: no le aguantes ninguna tontería a Rick.

Yo también sonreí y alcé el sobre acolchado para dejar claro que me ocuparía de él.

Melania Sirvienta no puso objeciones a que fuera sola a casa de Rick para hacer el recado. Aun así, mientras yo atravesaba la zona de gravilla hacia la puerta con aspecto de marco, se quedó observándome desde la entrada de la casa y no se metió dentro hasta que pisé el primer campo.

Seguí el sendero desdibujado y el terreno empezó a ser cada vez más impredecible, y a menudo a una zona más mullida al pisar le sucedía abruptamente otra mucho más dura. De pronto la hierba me llegaba a la altura de los hombros y me angustió la posibilidad de desorientarme. Pero esta parte del campo estaba dividida en bloques muy bien organizados, de modo que cuando pasaba de uno al siguiente, podía ver con claridad los que aparecían alineados delante de mí. Ayudaba bastante menos el hecho de que con mucha frecuencia se me cruzaba en el campo de visión la hierba que emergía de un lado o del otro, pero enseguida aprendí a apartarla extendiendo un brazo. De haber tenido los dos brazos libres, podría haber avanzado incluso más rápido, pero llevaba el sobre de Josie en una mano y no podía arriesgarme a dañarlo. Por fin desapareció la hierba alta a mi alrededor y me encontré frente a la casa de Rick.

Ya al verla desde la distancia había llegado a la conclusión de que la casa de Rick no era de tanto nivel como la de Josie. Ahora, al verla de cerca, descubrí que muchos de los listones de madera blancos habían adquirido una tonalidad grisácea —incluso amarronada en algunas partes— y tres de las ventanas eran rectángulos oscuros sin cortinas ni persianas. Subí por una escalera de tablones que se curvaban bajo mi peso y accedí a una plataforma construida con más tablones que en este caso presentaban resquicios entre ellos, a través de los cuales se veía el suelo

embarrado que había debajo. Cerca de la puerta principal de la casa había una nevera arrinconada, con la parte trasera expuesta a los transeúntes, y vi que las arañas habían tejido sus telas entre los intrincados refuerzos metálicos. Me detuve para observar las delicadas telarañas y en ese momento se abrió la puerta —pese a que yo no había pulsado todavía el timbre— y Rick salió a la plataforma.

—Disculpa —dije de inmediato—. No pretendía invadir tu privacidad. He venido para hacer un recado importante.

No parecía enojado, pero no abrió la boca y siguió observándome.

—Es frecuente que los AA hagan recados importantes —dije—. Josie me ha enviado con esta misión.

Alcé el sobre.

De pronto en el rostro de Rick apareció el entusiasmo, pero se desvaneció de inmediato.

—Entonces me alegro de que hayas venido —dijo.

Tal vez se esperase que yo me limitara a entregarle el sobre y me marchase. Pero yo había previsto esta posibilidad y no hice amago de ofrecérselo. Seguimos ambos inmóviles sobre los tablones, mirándonos cara a cara, mientras el viento se filtraba por las ranuras.

—En ese caso —dijo por fin—, supongo que deberías pasar. Pero te aviso, la casa no es bonita.

El suelo del recibidor era de madera oscura y pasamos junto a un baúl abierto en el que había cosas como lámparas rotas y zapatos desparejados. Rick me condujo a una sala enorme con un ventanal que daba a los prados. El mobiliario no era moderno y no era a juego como en la Sala Diáfana; aquí había un enorme armario oscuro, alfombras con el dibujo descolorido y sillas, unas rígidas y otras mullidas, de diversos tamaños y formas. Entre los abundantes cuadros de pequeño tamaño que colgaban de las paredes, había algunas fotografías y dibujos a lápiz, y allí las arañas también habían anidado en los cantos de los marcos. Había libros, relojes de esfera

circular y mesitas bajas. Vi claro que no me iba a ser fácil desplazarme, de modo que elegí un punto en que el suelo estaba razonablemente despejado, me dirigí a él y me planté allí, dando la espalda al ventanal.

—Bueno, pues aquí es donde vivimos —dijo Rick—. Mi madre y yo.

—Ha sido muy amable por tu parte hacerme pasar.

—Te he visto llegar desde el piso superior. Voy a tener que subir enseguida. —Señaló hacia el techo con un movimiento de los ojos—. Supongo que habrás notado el olor.

—No tengo olfato.

—Lo siento, no lo sabía. Pensaba que el olfato sería una facultad importante. Me refiero a temas de seguridad. Por si algo se quema y ese tipo de cosas.

—Tal vez por este motivo a los B3 los han dotado de un olfato moderado. Yo no puedo oler nada.

—Bueno, pues ahora mismo eso es una ventaja. Porque esta casa todavía huele. A pesar de que esta mañana he limpiado el vestíbulo. Una y otra vez. —Le brotaron lágrimas de los ojos, pero siguió mirándome.

—¿La madre de Rick no se encuentra bien?

—Se podría decir que no. Aunque no está enferma del mismo modo que Josie. Pero, si no te importa, prefiero no hablar de mamá. ¿Qué tal está Josie?

—Me temo que no ha mejorado.

—¿Ha empeorado?

—Tal vez no ha empeorado. Pero creo que su estado no es nada bueno.

—Eso es lo que pensaba yo. —Suspiró y se sentó en el sofá delante de mí—. De modo que te ha enviado aquí con un recado.

—Sí. Me ha pedido que te entregara esto. Ha trabajado muy duro en él.

Le tendí el sobre de modo que pudiera cogerlo sin levantarse del sofá. Pero él se puso en pie, pese a que acababa de sentarse, cogió

el sobre y lo abrió con sumo cuidado.

Se quedó un buen rato mirando el dibujo y se lo veía a punto de sonreír.

—«Rick y Josie juntos para siempre» —dijo por fin.

—¿Es lo que dice? ¿En el globo?

—Oh, pensaba que ya lo habías visto.

—Josie lo ha metido en el sobre sin enseñármelo.

Siguió contemplándolo un poco más y después le dio la vuelta para mostrármelo.

Era diferente de todos los que había visto durante el juego de los globos. La mayor parte de la hoja estaba llena de objetos puntiagudos, muchos de ellos con agresivas puntas protuberantes, entrelazadas en una impenetrable malla. Josie había utilizado lápices de varios colores para crear la malla, pero el resultado final era sombrío e intimidante. Sin embargo, había un espacio despejado en la parte inferior izquierda, en el que aparecían las siluetas de dos personas menudas que daban la espalda a los transeúntes, alejándose cogidos de la mano. Eran demasiado esquemáticos como para poder identificarlos como algo más que un niño y una niña, pero parecían felices y despreocupados. Tenían un globo justo encima, pero como carecía de la típica línea o de los circulitos, las palabras que contenía parecían más el eslogan de un póster o el anuncio en la puerta de un taxi que los pensamientos de alguno de los dos.

—¿Qué te parece? —me preguntó.

—Es muy bonito. Creo que es un dibujo encantador.

—Sí, supongo que lo es. Y lleva un mensaje encantador.

De pronto se oyó el estruendo de música y voces eléctricas procedentes de la planta superior y en el rostro de Rick se dibujó un rictus de fastidio. Salió a toda prisa de la sala, con el dibujo de Josie en las manos.

—¡Mamá! —gritó desde el pasillo—. ¡Mamá! ¡Por el amor de Dios, baja el volumen!

Se oyó una voz procedente de la planta superior que decía algo y a continuación Rick moderó el tono:

—Subo en un minuto. Pero entretanto, por favor, baja el volumen.

Los sonidos electrónicos aminoraron, y cuando Rick regresó a la espaciosa sala, volvió a mirar el dibujo de Josie.

—Sí, es un dibujo encantador. Dale las gracias a Josie de mi parte.

—Creo que Josie espera que Rick vaya en persona a darle las gracias.

La sonrisa desapareció de su rostro.

—No es tan sencillo, ¿no te parece? —dijo—. Tú estás siempre allí, oyéndolo todo. Así que sabes muy bien a qué me refiero. Josie no para de pincharme. Nadie tiene por qué aguantar eso. Se pasa mucho y después cree que todo se puede arreglar con un bonito dibujo. Mandando a su AA para que me lo entregue. Bueno, pues tiene que entender que las cosas no siempre se arreglan con tanta facilidad.

—Si Rick viene a hacer una visita más, creo que Josie tal vez esté dispuesta a disculparse.

—¿En serio? Escucha, conozco a Josie y apuesto a que está bastante convencida de que soy yo quien tiene que disculparse.

—Josie y yo ya hemos tenido esta discusión. Creo que está dispuesta a disculparse con Rick.

—Supongo que yo también me he pasado con mi manera de reaccionar. Pero no puede seguir diciendo las cosas que dice sobre mi madre. No es justo. Mi madre pone todo el empeño de su parte y está mejorando.

Aunque la versión de Rick que me había abierto la puerta y se había quedado mirándome en la plataforma se parecía mucho a la que me ignoraba por completo durante sus visitas, resultaba interesante comprobar que ahora se parecía mucho más a la persona con la que había hablado durante la reunión de interacción, cuando los otros niños salieron al jardín. De hecho, era casi como si

esta versión de Rick se encontrara conmigo por primera vez desde aquella tarde y hubiéramos retomado la conversación que iniciamos entonces.

—Estoy de acuerdo en que Josie se ha mostrado en algunos momentos desagradable —dije—. Pero eso tal vez se deba a que Josie considera que la madre de Rick lo ata demasiado corto. Demasiado corto para que el plan de Rick y Josie pueda llevarse a cabo en el futuro.

—Pero ¿por qué Josie no para de echarle la culpa a mamá? No es justo.

—A Josie le preocupa el plan. Creo que considera que la madre de Rick es reacia a dejar marchar a Rick, porque teme la soledad que para ella supondría su partida.

—Escucha, puede que seas una AA muy inteligente, pero hay muchas cosas que desconoces. Si solo escuchas la versión de Josie, nunca tendrás la imagen completa. Y no se trata solo de mamá. Últimamente, Josie está siempre tratando de pillarme.

—¿Pillarte?

—Tienes que haberlo oído. Lo hace a todas horas. O bien me acusa de pensar en eso demasiado, o se ofende porque no pienso lo suficiente en ella de ese modo. Siempre tratando de pillarme, diga yo lo que diga. Me acusa de pasarme el día mirando a esas chicas que puedo ver en mi DS, y cuando vuelve a sacar el tema y yo no le respondo, entonces me suelta que me pasa algo raro. Que mi actitud no es normal. No para de decir que de niños estábamos tan cerca el uno del otro que lo del sexo tal vez no nos funcione. Todo lo que yo pueda decir o hacer resulta que está mal y entonces me pilla. Y no para de hablar de mamá. Se pasa mucho. Con o sin plan, no es justo.

Se volvió a sentar y las manchas de Sol le cayeron encima. Dejó con sumo cuidado el dibujo de Josie a su lado en el sofá, y aunque quedó boca abajo, no dejaba de mirarlo.

—En cualquier caso —dijo casi en un susurro—, ahora Josie está enferma. Nada de lo que se refiere a nuestro plan tiene sentido si

ella no mejora pronto. Y tal como va la cosa… Últimamente no sé qué pensar. —Alzó la cabeza para mirarme—. Escucha, Klara. Se supone que eres superinteligente. Así que, bueno, ¿cómo ves la situación? ¿Josie está muy enferma?

—Creo, como ya he dicho, que la enfermedad de Josie es grave. Es posible que se debilite tanto que acabe muriéndose, como su hermana. Pero creo que todavía hay una posibilidad de que pueda recuperarse que los adultos no han tenido en cuenta. También creo que ahora la situación es urgente y que no podemos seguir esperando. Aunque pueda resultar irrespetuoso y suponga vulnerar la privacidad, creo que tal vez ha llegado el momento de actuar. Hoy he venido aquí en primer lugar, claro está, para hacer el recado importante. Pero también con la esperanza de que Rick pueda darme algunos consejos útiles.

—Tú eres superinteligente y yo soy un niño bobo que ni siquiera ha sido mejorado. Pero de acuerdo. Si quieres, intentaré aconsejarte. Dispara.

—Quiero atravesar los campos hasta el granero del señor McBain. Creo que Rick estuvo allí al menos una vez. Josie me lo contó.

—¿Te refieres al granero que hay ahí arriba? Fuimos una vez cuando éramos muy pequeños. Antes de que ella enfermase. Después yo he ido más veces, pero solo. No tiene nada especial. No es más que un sitio en el que sentarse a la sombra si estás caminando por allí. ¿Cómo puede ayudar a Josie ese sitio?

—No puedo contártelo ahora, por si fuera necesario que lo mantenga en secreto. Tal vez esté llevando las cosas demasiado lejos por el simple hecho de ir hasta el granero del señor McBain. Pero creo que debo intentarlo.

—¿Quieres hablar con el señor McBain? ¿Sobre la salud de Josie? Vas a necesitar mucha suerte para dar con él por ahí. Vive a ocho kilómetros, en su granja. Últimamente casi nunca viene por aquí.

—No es con el señor McBain con quien quiero hablar. Pero, por favor, no debería contarte nada, o pondremos en riesgo la ayuda especial que Josie podría recibir. Lo único que necesito de Rick es

que me dé algunos consejos útiles. —Me giré, de modo que ahora los dos contemplábamos la vista del ventanal—. Por favor, dime. ¿Hay un sendero, aunque sea exiguo, entre la hierba por el que pueda llegar hasta el granero? Uno como el que me ha traído hasta la casa de Rick.

Se puso en pie y se acercó a la ventana.

—Hay algo parecido a un sendero. Más fácil de seguir unos días que otros. Como tú misma has dicho es exiguo. Nadie se cuida de mantenerlo practicable. A veces empiezas a recorrerlo y te encuentras con que la hierba ha crecido por todas partes. Pero si hay una parte bloqueada o encharcada, normalmente es fácil dar un rodeo. Siempre hay un modo u otro de llegar allí, aunque sea en pleno invierno. —De pronto se puso a repasarme de arriba abajo como si por primera vez me mirase con verdadero interés—. No sé mucho sobre los AA. Así que no sé si te va a resultar muy complicado. Si quieres, puedo acompañarte. Si de verdad eso va a ser de alguna ayuda para Josie, aunque ahora mismo ni nos hablamos, me encantaría poder echarte una mano.

—Es muy amable por tu parte, Rick. Pero creo que es mejor que vaya sola. Como ya he dicho, hay una posibilidad…

—Oh, Dios… —De pronto Rick se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta.

Yo ya había advertido el ruido de pasos moviéndose por el interior de la casa, pero ahora se oían justo en el pasillo. Y unos instantes después, la señora Helen —aunque entonces yo todavía no sabía su nombre— entró en la sala. Paseó la mirada por la habitación, pero no pareció percatarse de mi presencia. Llevaba un abrigo fino —de los que se ponen los oficinistas cuando salen a la calle— echado sobre los hombros, porque todavía no había metido los brazos en las mangas, y lo agarró para impedir que se le cayese mientras avanzaba con paso decidido hacia el arcón de madera que había bajo la repisa de la ventana.

—¿Dónde puede estar? Qué tonta soy. —Levantó la tapa del arcón y se puso a rebuscar entre las cosas allí guardadas.

—Mamá, ¿qué estás buscando?

Rick parecía molesto, como si su madre hubiera quebrantado alguna norma. Se acercó a mí y los dos observamos a la señora Helen inclinada sobre el arcón.

—Lo sé, lo sé —dijo—. Tenemos visita. La saludaré en un momento.

Cuando se incorporó y nos miró, sostenía en la mano un zapato del que colgaba su pareja anudada por el cordón.

—Lo siento —dijo, mirándome directamente—. Soy una maleducada. Bienvenida.

—Gracias.

—Una nunca sabe cómo saludar a una invitada como tú. Después de todo, ¿eres una invitada? ¿O te trato como a una aspiradora? Supongo que acabo de tratarte así. Lo siento.

—Mamá —dijo Rick en voz baja.

—Cariño, no refunfuñes. Déjame entablar relación con nuestra invitada a mi manera.

El zapato colgante cayó por su propio peso en el arcón. La señora Helen se quedó mirándolo, con el otro todavía en la mano. Me percaté de que Rick se estaba poniendo cada vez más nervioso y quise salir de la sala para proporcionarles privacidad, pero justo en ese momento la señora Helen empezó a hablarme.

—Sé quién eres. La compañera de la pequeña Josie. ¡Qué éxito has tenido! Chrissie me lo ha contado todo. Viene por aquí muy a menudo, ¿verdad que sí, Rick? ¿No quieres sentarte?

—Es usted muy amable. Pero creo que ya debería regresar.

—Espero que no sea por mi presencia. He bajado para poder mantener una agradable conversación.

—Mamá, Klara tiene cosas que hacer. Y probablemente tú todavía estés fatigada.

—Me encuentro muy bien, gracias por preocuparte, cariño. —Y dirigiéndose a mí añadió—: Por lo visto anoche no estaba en mi mejor momento. Bueno, Klara, supongo que debo despertarte curiosidad. Chrissie dice que muestras curiosidad por todo. De ser

así, habrás notado que soy inglesa. ¿Estás equipada para identificar acentos? O tal vez estés capacitada para analizar mis entrañas, hasta llegar a mi genética.

—Mamá, por favor.

—En la tienda a menudo entraban ingleses —dije, sonriendo—. De modo que todos los AA estábamos familiarizados con su acento. Lo encontrábamos muy agradable y Gerente, la señora que se ocupaba de nosotros, siempre nos animaba a aprender más sobre él.

—¡Imaginar a todos esos robots recibiendo lecciones de elocución! ¡Qué maravilla!

—Mamá…

—Y hablando de lecciones, Klara. Porque te llamas Klara, ¿verdad? Hablando de lecciones, llevo tiempo dándole vueltas a una idea…

—Mamá, no. Klara no está interesada en…

—Cariño, déjame hablar. La tenemos aquí en persona, así que aprovechemos la ocasión. Cariño, debo decir que últimamente tiendes a querer llevar siempre la batuta. Resulta de lo más irritante. Klara, ¿quieres escuchar nuestra idea?

—Por supuesto.

Rick empezó a dar pasos como dispuesto a abandonar la sala enojado. Pero se detuvo en la puerta, de modo que, desde donde yo estaba, podía verle la espalda y la parte posterior de los codos.

—No voy a participar en esto —sentenció, como si se dirigiera a alguien en el pasillo.

La señora Helen me sonrió y se sentó en el sofá que hacía un momento había ocupado Rick. Se reacomodó el abrigo ligero con una mano, mientras con la otra seguía sosteniendo el zapato.

—Rick iba al colegio, ¿sabes? Me refiero a uno de verdad, de esos de antaño. Era bastante caótico, pero hizo buenos amigos. ¿Verdad que sí, cariño?

—No pienso participar.

—¿Entonces por qué sigues merodeando por aquí? Cariño, lo que estás haciendo es absurdo. O te marchas o te quedas.

Rick no se movió, siguió allí plantado de espaldas y apoyó el hombro en el marco de la puerta.

—Bueno, en resumidas cuentas, Rick dejó el colegio y empezó con las clases desde casa, como todos los niños inteligentes. Pero entonces, bueno, como ya debes saber, las cosas se complicaron.

La señora Helen se calló y dirigió la mirada por encima de mi hombro. Pensé que había visto algo en el ventanal a mi espalda, y estaba a punto de darme la vuelta, cuando dijo:

—Klara, no hay nada ahí fuera. Me he quedado abstraída. Al recordar un incidente. A veces me pasa. Rick te lo puede decir. Necesito que alguien me dé un empujoncito cuando me pongo así.

—Mamá, por el amor de Dios…

—¿Por dónde íbamos? Ah sí, de modo que el plan era que Rick siguiera las clases con sus profesores por pantalla desde casa como el resto de los niños inteligentes. Pero obviamente, como supongo que ya sabes, todo se complicó. Y ahora aquí estamos. Cariño, ¿quieres contar tú la historia desde ahí? ¿No? Bueno, en resumen: aunque Rick no fue mejorado, todavía tiene opciones muy razonables. Atlas Brookings acepta a un pequeño número de estudiantes no mejorados. Es la única universidad decente que todavía lo hace. Gracias a Dios, tienen principios. Ahora mismo hay unas pocas plazas disponibles cada año, de manera que la competencia es feroz. Pero Rick es inteligente y si se postulara y tal vez recibiera un poco de ayuda especializada, del tipo que yo no puedo proporcionarle, tendría buenas opciones de conseguirlo. ¡Oh sí, cariño, es así! ¡No niegues con la cabeza! Pero el resumen de todo este asunto es que no encontramos profesores por pantalla para él. O bien pertenecen al TWE, que prohíbe a sus miembros aceptar a estudiantes no mejorados, o bien son bandidos que piden unos emolumentos astronómicos que nosotros, claro está, no podemos asumir. Pero entonces oímos que venías a vivir en la casa de al lado y se me ocurrió una idea brillante.

—¡Mamá! ¡Hablo en serio! ¡No vamos a seguir adelante con esto! —Rick volvió a entrar en la sala, dirigiéndose con paso decidido hacia su madre, como dispuesto a agarrarla y llevársela.

—Muy bien, cariño, si lo tienes tan claro, lo vamos a dejar aquí.

Rick se plantó ante el sofá y no le quitaba ojo a la señora Helen. Ella modificó levemente la postura para poder seguir mirándome esquivando el cuerpo de su hijo.

—Justo ahora, Klara, cuando creía estar en un sueño. Pero no era un sueño. Estaba mirando ahí fuera —señaló con el zapato detrás de mí— y recordaba. Vuélvete y mira todo lo que quieras. Te aseguro que ahora mismo no hay nada ahí fuera. Pero antaño, hace tiempo, estaba mirando hacia ahí y sí vi algo.

—Mamá —insistió Rick, pero la señora Helen ya había cambiado de tema y su tono de voz había perdido intensidad. Él se volvió hacia mí, dando un paso hacia atrás, de manera que ya no obstruía la visión de su madre.

—Era un día muy agradable —relató la señora Helen—. Hacia las cuatro de la tarde. Llamé a Rick y él vino y también lo vio, ¿no es así, cariño? Aunque pretendió haber llegado demasiado tarde.

—Pudo ser cualquier cosa —dijo Rick—. Cualquier cosa.

—A quien vi fue a Chrissie, la madre de Josie, tal como te lo digo. La vi saliendo de entre la hierba, justo ahí, agarrando a alguien del brazo. Me estoy explicando muy mal. Lo que quiero decir es que parecía que esa otra persona hubiera intentado huir y Chrissie hubiese corrido tras ella. Y la había agarrado del brazo, pero no había conseguido detenerla. De modo que las dos habían salido disparadas, por decirlo de algún modo. Justo ahí, de entre la hierba de nuestra propiedad.

—Tal vez ese día mamá no estaba en las mejores condiciones para ver las cosas con claridad.

—Podía ver perfectamente bien. A Rick no le gusta lo que cuento y por eso trata de insinuar todo tipo de cosas.

—¿Quiere usted decir —pregunté— que vio a la madre de Josie salir de entre la hierba con una niña? ¿Una niña que no era Josie?

—Chrissie intentaba retener a esa persona y al final logró dominar más o menos la situación. Justo ahí. Chrissie agarraba a la niña con las dos manos. Rick entró a tiempo para ver esa parte. Y después las dos volvieron a desaparecer entre la hierba.

—Podía ser cualquiera. —Rick, ahora ya más relajado, se sentó junto a su madre y también se puso a mirar por el ventanal—. Vale, una de las dos personas era la madre de Josie, eso lo acepto. Pero la otra…

—La otra parecía Sal —dijo la señora Helen—. La hermana de Josie. Por eso llamé a Rick. Hacía ya dos largos años que se suponía que Sal había fallecido.

Rick se rio y pasando el brazo por los hombros de su madre la achuchó con cariño, provocando una oscilación en el abrigo ligero.

—Mamá tiene teorías raras. Como una según la cual Sal sigue viviendo en esa casa, escondida en algún armario.

—Rick, yo nunca he dicho esto. Nunca he sugerido en serio una cosa así. Sal falleció, fue una gran tragedia, y no debemos plantear tonterías al respecto. Lo que estoy diciendo es que la persona a la que vi, tratando de escaparse de Chrissie, se parecía a Sal. Eso es lo que he dicho.

—Pero es una historia muy rara —intervine.

—Klara, acabo de pensar —dijo Rick— que Josie quizá se esté preguntando si te ha pasado algo.

—Oh, pero nuestra pequeña amiga todavía no se puede marchar —dijo la señora Helen—. Acabo de recordar de qué estábamos hablando hace un momento. Estábamos hablando de la educación de Rick.

—¡No, mamá, basta!

—Pero, cariño, Klara está aquí y quiero hablar con ella de eso. Vaya, ¿y qué tenemos aquí? —La señora Helen acababa de reparar en el dibujo de Josie, que Rick había dejado en el sofá, boca abajo encima del sobre.

—¡Basta! —Antes de que la señora Helen pudiera cogerlo, Rick agarró el dibujo y lo sacó de inmediato de allí.

—Cariño, ya estás otra vez con lo mismo. Siempre queriendo llevar la batuta. Tienes que contenerte.

Dándole la espalda a la señora Helen para que no viera lo que estaba haciendo, Rick metió con cuidado el dibujo de Josie en el sobre. Después salió de la sala, esta vez sin detenerse en la puerta. Oímos sus pasos decididos por el pasillo y la puerta principal que se abría y después se cerraba con un portazo.

—Un poco de aire fresco le vendrá bien —dijo la señora Helen—. Tiende a aislarse. Y ahora incluso ha dejado de visitar a Josie.

De nuevo estaba mirando por el ventanal y esta vez, cuando me volví, vi a Rick fuera, sobre los tablones, apoyado en la barandilla de la escalera que bajaba desde la plataforma. Miraba hacia los campos, cubierto por manchas de Sol. El viento le agitaba el cabello, pero él permanecía inmóvil.

La señora Helen se levantó del sofá y se acercó a mí, de modo que quedamos situadas una al lado de la otra, frente al ventanal. Era unos cinco centímetros más alta que la Madre. Sin embargo, al estar de pie no mantenía una posición tan erguida como la Madre, sino que se inclinaba ligeramente hacia delante, como si, al igual que la hierba alta del exterior, sufriera los embates del viento. En ese momento no estaba dividida en varios bloques y a la luz del ventanal vi los pelillos blancos que le crecían en la barbilla.

—No me he presentado debidamente —dijo—. Por favor, llámame Helen. He sido muy grosera.

—En absoluto. Ha sido usted muy amable. Pero me temo que mi aparición ha provocado fricciones.

—Oh, en esta casa siempre tenemos fricciones. Y, por cierto, antes de que me lo preguntes. Sí, echo de menos Inglaterra. Sobre todo, echo de menos los setos. En Inglaterra, al menos en la parte de la que provengo, a tu alrededor ves verde por todos lados, con el terreno siempre dividido por setos. Hay setos por todas partes. Es todo tan ordenado… En cambio, mira ahí fuera. Campos y campos sin separación alguna. Supongo que por algún lado habrá alguna valla, pero quién sabe.

De pronto se calló, de modo que aproveché para decir:

—Creo que sí que hay vallas. En realidad, son tres campos separados por vallas.

—Una valla se tira abajo como si nada —dijo—. Y se coloca en otra parte. Se puede cambiar la configuración del terreno en uno o dos días. Una propiedad dividida por vallas es temporal. Se puede cambiar todo con la misma facilidad con la que se cambia un decorado. Yo antes era actriz. Llegué a actuar en teatros decentes. Y también en teatros ruinosos. Vallas, ¿qué son las vallas? Un decorado. Eso es lo bonito de Inglaterra. Los setos transmiten una sensación de historia asentada en la tierra. Cuando actuaba, jamás me olvidaba de mi texto. Mis colegas actores se olvidaban todo el tiempo. En general no eran muy buenos. Pero yo jamás olvidaba el texto. Ni una sola línea. A menudo, a lo largo de estos años, he pensado en preguntarle a Chrissie sobre lo que vi. Viene a visitarme de vez en cuando, y mantenemos agradables conversaciones. He pensado a menudo en preguntarle, pero al final siempre me contengo. Pienso: no, mejor no lo hagas. Al fin y al cabo, no es asunto mío.

—Me parece que la madre de Rick quería hablar conmigo sobre la educación de Rick.

—Por favor, llámame Helen. Sí, así es. Como has podido comprobar, Rick es reticente a sacar el tema. Me refiero a la posibilidad de que tú le ayudes. Supongo que primero tendría que hablarlo con Chrissie. O incluso con Josie. No lo sé. El protocolo no me queda muy claro. Si una pidiera prestada una aspiradora… Pero ya sé que no es lo mismo. Tienes que disculparme. Soy una maleducada. Lo único que Rick necesita es un poco de ayuda. Le he comprado los mejores libros de texto. Son de la época anterior a que los niños fueran mejorados y son los más adecuados para él. Pero todo el mundo da por hecho que tiene a algún profesor ayudándolo. El estudio se le da bien, sobre todo la física, la ingeniería, este tipo de cosas, pero cuando se topa con algo que no entiende, no tiene a nadie que se lo pueda explicar, y es entonces cuando se desmorona.

Yo le decía: pregúntale a Josie, pero, claro, él no quiere ni oír hablar de esa posibilidad.

—¿Entonces la señora Helen quiere que yo ayude a Rick con sus libros de texto?

—Es solo una idea. Estos libros de texto para ti serán un juego de niños. Es solo para ayudarle a pasar los exámenes. Realmente necesita poder entrar en Atlas Brookings. Es su única oportunidad. Yo no estaba pensando en nada a más largo plazo. Pero supongo que primero debería hablarlo con Chrissie.

—Que Rick pudiera ir a la universidad de Atlas Brookings sería algo muy positivo. En este caso, sí, me gustaría mucho ayudar a Rick, siempre y cuando no altere la dedicación que le debo prestar a Josie. Tal vez si Rick retomase sus visitas, podría traer sus libros de vez en cuando.

Vi que mi respuesta no satisfacía a la señora Helen. Continuaba mirando a Rick, que seguía inmóvil en la plataforma de madera, y finalmente dijo:

—Supongo que, si soy sincera, este no es el verdadero problema. Sí, un apoyo profesoral ayudaría. Pero el auténtico escollo es que, por el momento, tal como están las cosas, *Rick no quiere siquiera intentarlo*. Si pusiera de su parte, sé que al menos tendría una oportunidad. Sobre todo porque dispongo de un arma secreta para ayudarlo. Para darle un pequeño empujón extra, estamos hablando nada menos que de entrar en Atlas Brookings. Pero no lo va a intentar, al menos no como es debido. Y no lo hará por mí.

—¿Por usted?

—Se ha convencido a sí mismo de que no puede marcharse y dejarme aquí sola. Es obvio que yo me las puedo arreglar sin ningún problema. Pero a él le encanta imaginar que estoy desvalida, que en su ausencia voy a hacer todo tipo de cosas terribles.

—¿La universidad Atlas Brookings está muy lejos de aquí?

—A un día en coche. Pero la distancia es lo de menos. Él está convencido de que el tiempo máximo que puede dejarme sola es

una hora. ¿Cómo va a madurar y a salir al mundo si no me puede dejar sola más de una hora?

En el exterior, Rick bajó de la plataforma hacia la hierba. Lo hizo con mucha lentitud, como si soñase despierto, y supe, por el modo en que mantenía un brazo pegado al pecho, que seguía sosteniendo el dibujo de Josie. Mientras su cabeza y hombros desaparecían de mi vista, la señora Helen continuó:

—Klara, te diré lo que en realidad quería preguntarte. La auténtica petición, la importante de verdad. ¿Le podrías pedir a Josie que tratase de convencer a Rick? Ella es la única que puede hacerle cambiar de opinión. Es muy testarudo y también sospecho que tiene miedo. Pero ¿quién puede culparle? Sabe que enfrentarse al mundo de ahí fuera no será fácil. Pero Josie es la persona capaz de hacerle ver las cosas de un modo diferente. ¿Hablarás con ella? Sé que tienes una gran influencia sobre ella. ¿Lo harás por mí? No te limites a comentárselo una vez, insístele, para que ella lo presione.

—Por supuesto, estaré encantada de hacerlo. Pero creo que Josie ya le ha hablado a Rick en estos términos. De hecho, la actual crisis entre ellos diría que está relacionada con el hecho de que Josie se mostró muy insistente sobre este asunto.

—Es interesante saberlo. Si lo que dices es cierto, entonces es más importante que nunca lo que te estoy pidiendo. Josie tal vez crea que tiene que desdecirse para reconciliarse con él. Puede llegar a creer que estaba equivocada. Bueno, tienes que hablar con ella. Decirle que debe perseverar, sean cuales sean los berrinches que le provoque a Rick. ¿Te pasa algo, querida?

—Lo siento. Es que estoy un poco sorprendida.

—¡Oh! ¿Por qué estás sorprendida, querida?

—Bueno, yo… La verdad, estoy sorprendida porque la petición de la señora Helen sobre Rick parece muy sincera. Me sorprende que alguien ponga tanto empeño en que se produzca una situación que supondrá quedarse sola.

—¿Y esto te sorprende?

—Sí. Hasta hace poco no creía que los humanos pudieran elegir de manera voluntaria la soledad. No sabía que a veces hay fuerzas más poderosas que el deseo de evitar la soledad.

La señora Helen sonrió.

—La verdad es que eres un encanto. No lo dices, pero sé lo que estás pensando. El amor de una madre por su hijo. Algo tan noble que puede sobreponerse al miedo a la soledad. Y puede que no estés equivocada. Pero permíteme que te diga que hay otros muchos motivos por los que, en una vida como la mía, una puede preferir la soledad. En el pasado he optado muchas veces por vivir así. Por ejemplo, preferí eso a seguir con el padre de Rick. Padre ya fallecido, por desgracia, aunque Rick no tiene ningún recuerdo de él. Aun así, fue durante un tiempo mi marido, y no fue del todo un mal marido. Gracias a él podemos vivir como vivimos, aunque no nademos en la abundancia. Por ahí vuelve Rick. Ah, no. Prefiere quedarse fuera y seguir enfurruñado.

En efecto, Rick había vuelto a subir a la plataforma y había mirado hacia la casa, pero optó por sentarse en el último escalón, dándonos una vez más la espalda.

—Debo volver con Josie —dije—. Ha sido muy amable por parte de la señora Helen mostrar su confianza en mí al contarme todo esto. Haré lo que me pide y hablaré con Josie.

—E insístele. Es el único modo de que Rick cambie de opinión. Y, como te he dicho, tengo un arma secreta. Un contacto. Quizá la próxima vez que Chrissie lleve a Josie a la ciudad, quizá la próxima vez que pose para su retrato, Rick y yo podríamos pedirles que nos llevaran. Y entonces Rick conocería a mi arma secreta y con suerte le impresionaría. Chrissie y yo ya hemos hablado del tema. Pero todo esto es inútil mientras Rick no cambie de actitud.

—Lo entiendo. Adiós. Ahora debo marcharme.

Cuando salí a la plataforma, sentí el viento que se colaba por las ranuras de un modo más intenso que antes. Los campos ya no estaban divididos en bloques, de modo que veía una única imagen muy nítida de todo el paisaje hasta el horizonte. Pese a los ángulos

alterados, el granero del señor McBain estaba donde esperaba que estuviese, aunque ahora la silueta era un poco diferente de la que se veía desde la ventana trasera de la habitación de Josie.

Crucé por delante de la nevera de las telarañas y llegué al escalón superior en el que estaba sentado Rick. Pensé que tal vez siguiera enfadado y me ignorase, pero alzó la cabeza y me miró de un modo afable.

—Lo siento si mi visita ha provocado tensiones —dije.

—No es culpa tuya. Nos sucede a menudo.

Los dos nos quedamos mirando los campos que teníamos delante y al cabo de un momento me di cuenta de que su mirada se dirigía, como la mía, hacia el granero del señor McBain.

—Estabas contándome algo —me dijo—. Antes de que bajara mamá. Decías que querías ir al granero por algún motivo.

—Sí. Y tendrá que ser al atardecer. Es fundamental elegir bien el momento de ese desplazamiento.

—¿Y estás segura de que no quieres que te acompañe?

—Rick es muy amable. Pero si hay senderos más o menos practicables que llevan hasta el granero del señor McBain, es mejor que vaya sola. Es importante que no dé nada por hecho.

—De acuerdo, si tú lo dices… —Me miraba con los ojos entrecerrados, en parte por las manchas de Sol que tenía sobre la cara, pero me di cuenta de que también porque estaba otra vez estudiándome con suma atención, tal vez valorando mi capacidad para afrontar ese recorrido—. Escucha —dijo por fin—. No acabo de entender de qué va todo esto. Pero si va a ayudar a Josie a ponerse bien, te deseo buena suerte.

—Gracias. Ahora debo volver a la casa.

—¿Sabes? He estado pensando en eso —dijo—. Quizá podrías decirle a Josie que me ha encantado su dibujo. Que le estoy muy agradecido. Y que, si le parece bien, me gustaría ir a visitarla pronto y decírselo en persona.

—Josie se pondrá contenta cuando se lo diga.

—Entonces quizá me paso mañana.

—Sí, por supuesto. Bueno, pues adiós. Ha sido una visita muy interesante para mí. Gracias por tus útiles consejos.

—Nos vemos pronto, Klara. Ten cuidado en el camino de regreso.

Tal como le había dicho a Rick, la elección del momento justo para el desplazamiento hasta el granero del señor McBain era crucial, y cuando atravesé la zona de gravilla en dirección a la puerta con aspecto de marco por segunda vez ese día, me entró el pánico de haber errado en los cálculos. El Sol ya estaba bajo, y no podía dar por descontado que el segundo y tercer campos serían tan fáciles de atravesar como el primero.

El recorrido empezó de manera tranquila, el sendero hasta la casa de Rick estaba en un estado muy similar al de la mañana. Esta vez tenía las dos manos libres para apartar las hierbas altas, y cuando lo hacía, salían volando los insectos propios del anochecer. Vi más insectos revoloteando ante mí, cambiando de posiciones con nerviosismo, pero sin querer alejarse demasiado de su grupo.

El temor de no llegar a tiempo al granero del señor McBain hizo que solo echase un vistazo rápido a la casa de Rick al pasar junto a ella, y continué por el sendero desdibujado más allá de donde había llegado la última vez. Crucé otra puerta con aspecto de marco y la hierba empezó a ser demasiado alta para poder seguir viendo el granero. El campo se fragmentó en bloques, unos más grandes que otros, y yo seguí avanzando, consciente de las diferentes atmósferas entre un bloque y otro. En un determinado momento la hierba era blanda y flexible y el terreno fácil de transitar, pero cruzaba un límite y todo se oscurecía, la hierba no cedía a mis manotazos y se oían extraños ruidos a mi alrededor; me entró la angustia de haber cometido errores de cálculo importantes que hicieran del todo injustificable alterar su privacidad del modo en que pretendía hacerlo, y que debido a ello mis esfuerzos acabasen teniendo consecuencias negativas para Josie. Mientras atravesaba un bloque particularmente desagradable, oí a mi alrededor los aullidos de un

animal sufriente y me vino a la mente una imagen de Rosa, sentada en el suelo, en el exterior, con pequeñas piezas de metal esparcidas a su alrededor, mientras estiraba ambas manos para agarrar una de sus piernas, extendida muy rígida ante ella. La imagen permaneció en mi mente solo un segundo, pero el animal siguió haciendo ruidos y noté que la tierra se hundía bajo mis pies. Recordé al terrible toro de la excursión a la Cascada Morgan, que parecía haber emergido de debajo de la tierra, y durante un instante incluso pensé que el Sol no era en absoluto cariñoso y que esa era la verdadera razón de que Josie empeorase. Incluso en ese momento de desconcierto estaba convencida de que, si lograba meterme en un bloque más agradable, estaría a salvo. También oí una voz que me llamaba y descubrí un objeto —con la forma de uno de esos conos de tráfico que colocaban los obreros que reparaban calles— sobre la hierba, unos pasos por delante de mí. La voz venía de detrás del cono, y cuando traté de acercarme a ella, me di cuenta de que había dos conos, uno metido dentro del otro, lo cual permitía que el superior se balancease, tal vez para atraer la atención de los transeúntes.

—¡Klara! ¡Vamos! ¡Por aquí!

Me acerqué y me percaté de que no eran conos, sino Rick, que apartaba la hierba con una mano y me tendía la otra. Ahora que lo había reconocido, tenía todavía más incentivos para dirigirme hacia él, pero los pies se me hundieron más y tuve claro que, si daba otro paso, perdería el equilibrio y me hundiría por completo. Sabía también que, pese a que Rick parecía estar al alcance de mi mano, en realidad no estaba tan cerca, debido a la temible linde que separaba nuestros respectivos bloques. Pese a todo, él seguía tendiéndome la mano, y cuando su brazo saltó a mi bloque, apareció alargado y curvado.

—¡Vamos, Klara!

Pero yo ya había asumido que no tardaría en hundirme en el suelo, que el Sol estaba enojado conmigo y tal vez por eso se mostraba desagradable, y que Josie estaba decepcionada conmigo. Empecé a perder el sentido de la orientación, pese a que el brazo de

Rick cada vez se alargaba y retorcía más hasta que me tocó. Dejé de hundirme y mis pies se estabilizaron un poco.

—Muy bien, Klara. Por aquí.

Me estaba guiando —casi arrastrándome— y de pronto me vi en un bloque agradable, con unas generosas manchas de Sol sobre mí, y los pensamientos volvieron a ordenarse en mi cabeza.

—Gracias. Gracias por venir a ayudarme.

—Te he visto desde la ventana. ¿Estás bien?

—Sí, todo vuelve a estar bien. Este campo ha presentado más problemas de los que me esperaba.

—Supongo que estos pequeños socavones pueden ser traicioneros. Debo decirte que desde ahí arriba parecías una de esas moscas que revolotean a ciegas alrededor de la ventana. Pero la comparación es grosera. Discúlpame.

Sonreí y le dije:

—Me siento como una idiota. —Recordé a qué había venido y comprobé la posición del Sol—. Este desplazamiento es muy importante —le dije, volviendo a mirarlo—. Pero he calculado mal y no llegaré a tiempo.

La hierba era todavía demasiado alta para poder ver el granero del señor McBain a lo lejos, pero Rick miraba directamente en esa dirección, usando una mano a modo de visera para protegerse los ojos y deduje que él era la bastante alto para verlo.

—Debería haber salido de la casa con más tiempo —dije—, en lugar de esperar el momento oportuno. Pero he aguardado a que Josie se durmiese para hacer que Melania Sirvienta creyera que iba a casa de Rick para hacer otro recado. Pensaba que dispondría de tiempo suficiente, pero los campos han resultado más complicados de atravesar de lo que me imaginaba.

Rick seguía mirando hacia el granero del señor McBain.

—No dejas de decir que no vas a llegar a tiempo —comentó—. Pero ¿cuándo tienes que llegar exactamente?

—En el momento en que el Sol llega a la altura del granero del señor McBain. Pero antes de que desaparezca.

—Escucha, no entiendo de qué va esto. Y acepto que no me lo puedas explicar por el motivo que sea. Pero, si quieres, te llevo hasta allí.

—Es muy amable por tu parte. Pero incluso con Rick guiando, sigo pensando que ya es demasiado tarde.

—No te guiaré. Te cargaré. A caballito. Nos queda un buen trecho, pero si nos damos prisa, creo que podemos conseguirlo.

—¿Lo harías por mí?

—No paras de repetir que es importante. Importante para Josie. Así que sí, me gustaría ayudarte. No entiendo de qué va todo esto, pero ya estoy acostumbrado a que sea así. Si vamos a intentarlo, tenemos que darnos prisa.

Se giró y se acuclilló. Comprendí que tenía que subirme a su espalda, de modo que lo hice —rodeándolo con brazos y piernas para sostenerme— y empezamos a movernos.

Ahora que iba más alta, veía mejor el cielo del atardecer y el tejado del granero del señor McBain ante nosotros. Rick se movía con soltura avanzando entre la hierba, y como tenía ambas manos ocupadas sosteniéndome, recibía el impacto de las hierbas en la cabeza y los hombros. Me dio pena, porque yo apenas podía hacer nada por apartarlas.

Miré más allá de la cabeza de Rick y vi que el cielo se había dividido en segmentos de formas irregulares. Algunos segmentos mostraban un resplandor anaranjado o rosáceo, mientras que en otros se veían fragmentos del cielo nocturno y partes de la luna eran visibles en una esquina o borde. A medida que Rick avanzaba, los segmentos se iban superponiendo y desplazándose entre sí, incluso mientras cruzábamos otra puerta con aspecto de marco. Tras ella, la hierba dejó de ser suave y oscilante y empezó a golpearnos con sus formas planas, probablemente hechas de los mismos tablones que se utilizan para los carteles publicitarios de las calles, y temí que Rick se hiciera daño al chocar contra ellas. De pronto el cielo y el campo

dejaron de estar divididos en segmentos y tomaron la forma de una sola imagen y el granero del señor McBain emergió ante nosotros.

La incómoda idea que me rondaba por la cabeza ya no podía dejarse de lado por más tiempo. Incluso antes de que Rick acudiese en mi ayuda, ya me había empezado a plantear la duda de si realmente el lugar de reposo del Sol era el interior del granero del señor McBain. Está claro que fui yo, no Josie, quien sugirió por primera vez tal cosa, aquel día en que estábamos las dos mirando por la ventana posterior de su habitación; de modo que si al final la suposición resultaba errónea toda la culpa sería mía. Desde luego, entonces en ningún momento Josie me cuestionó la lógica de la idea. Pero ahora resultaba desalentador ver que el Sol estaba a punto de descender no en ese lugar al que estaba dedicando tantos esfuerzos para acceder, sino en algún punto mucho más lejano.

Lo que veía ahora me obligó a aceptar que mis temores estaban justificados. El granero del señor McBain era diferente de todos los demás edificios que había visto en mi vida. Parecía el cascarón externo de una casa no terminada. Tenía un tejado gris en la típica forma de triángulo, sostenido a derecha e izquierda por paredes de tonalidad más oscura. Pero, con excepción de las partes que sostenían el tejado, la estructura no tenía paredes ni delante ni detrás. Era obvio que el viento la atravesaba sin ningún obstáculo. Y ahora pude ver que el Sol se estaba ocultando por detrás de la estructura del granero y mandaba sus rayos a través de la parte posterior abierta hacia nosotros mientras nos acercábamos.

Entretanto, habíamos llegado a un claro, no muy distinto del que había servido de terreno para construir la casa de Rick. Aquí había hierba, pero alguien, tal vez el propio señor McBain, la había cortado hasta la altura de los pies. La siega se había llevado a cabo de forma muy profesional y se veía el rastro de los cortes, que conducían hacia la entrada del granero. Y como en ese momento el Sol resplandecía a través del granero, la sombra del edificio se proyectaba sobre la hierba hacia nosotros.

Aun a riesgo de resultar ruda, le hice una indicación urgente a Rick apretando contra él brazos y piernas.

—¡Por favor, detente! —le susurré al oído—. ¡Para! ¡Por favor, déjame bajar!

Me bajó con cuidado y nos quedamos contemplando la escena que teníamos ante nosotros. Aunque a esas alturas ya no tenía otro remedio que aceptar que el granero no podía ser el lugar en el que descansaba el Sol, se me ocurrió una posibilidad esperanzadora: que independientemente de dónde se escondiera el Sol, el granero era un lugar que había construido el señor McBain para contemplar cada día el Sol antes de que desapareciera, del mismo modo que Josie siempre hacía una última visita al baño de su habitación antes de acostarse.

—Te estoy muy agradecida —dije, hablando en voz baja pese a que estábamos en el exterior—. Pero a partir de aquí es mejor que Rick me deje sola y vuelva a casa.

—Haré lo que me digas. Si quieres, te puedo esperar aquí. ¿Cuánto crees que tardarás?

—Es mejor que Rick regrese a su casa. Si no, la señora Helen se preocupará.

—Mamá está bien. Creo que será mejor que te espere aquí. ¿Recuerdas en qué situación te he encontrado? Y probablemente el camino de vuelta lo tendrás que hacer a oscuras.

—Me las arreglaré. Rick ya ha sido muy amable. Y es mejor que entre sola. Si te quedas aquí esperándome, me quitarás privacidad.

Rick volvió a mirar el granero del señor McBain y se encogió de hombros.

—De acuerdo, pues te dejo sola. Para que hagas lo que sea que tienes que hacer.

—Gracias.

—Buena suerte, Klara. De verdad.

Se dio la vuelta, se adentró en la hierba alta y en unos instantes lo perdí de vista.

Por fin sola, me concentré de pleno en la tarea que me había llevado hasta allí. Pensé que, si un transeúnte se hubiera detenido justo delante del granero cinco minutos antes, habría podido ver no solo el cielo del atardecer en la parte trasera y la continuación del campo, sino muchos más detalles del sombrío interior del granero. Pero ahora, con los rayos del Sol dirigidos directamente hacia mí, tan solo lograba distinguir algunas formas difusas con aspecto de cajas amontonadas unas encima de otras. Y de nuevo me volvió a la mente, con más certidumbre que nunca, la idea de que, incluso contando con una enorme generosidad por parte del Sol, lo que estaba a punto de llevar a cabo entrañaba un riesgo e iba a requerir de toda mi capacidad de concentración. Oí a mi espalda el rumor de la brisa entre la hierba y los graznidos de pájaros distantes y, ordenando mis pensamientos, empecé a avanzar por la hierba cortada hacia el granero del señor McBain.

El interior estaba envuelto en una luz anaranjada. Había partículas de heno suspendidas en el aire como insectos del anochecer, que iban cayendo sobre el suelo de madera del granero. Cuando me volví para echar un vistazo, mi sombra parecía un árbol muy alto a punto de ser tumbado por el viento.

A mi alrededor había varias cosas curiosas. Al entrar en el granero, en un primer momento el intenso contraste entre el resplandor de la luz y las sombras me resultó tan intenso que necesité unos instantes para que los ojos se adaptasen. Sin embargo, enseguida establecí que las balas de heno, cuyas formas había visto desde el exterior, estaban ahora a mi izquierda, apiladas unas encima de otras de modo que formaban una suerte de plataforma —que me llegaba hasta la altura de los hombros— a la que los transeúntes se podían subir e incluso echarse en ella para descansar. Pero las balas de heno estaban amontonadas de un modo que dejaba un espacio entre ellas y la pared, tal vez para que el señor McBain tuviera acceso a ese lado. Al mirar por encima de la

plataforma vi, clavados en la pared y recorriéndola de lado a lado, los Estantes Rojos de nuestra tienda, con sus tazas de café de cerámica dispuestas en fila boca abajo.

Al otro lado —a mi derecha—, donde las sombras eran más oscuras, vi que un tramo de la pared era casi idéntico a la de la parte central de la tienda. De hecho, estaba convencida de que, si me acercaba, descubriría entre las sombras a un AA situado muy orgulloso en el lugar preciso al que —dijeran lo que dijeran— había más posibilidades de que los clientes dirigieran primero su atención.

También a mi derecha, aunque no tan lejos como la hornacina, estaba el único objeto del granero que podía considerarse un mueble: una pequeña silla metálica plegable, que ahora estaba desplegada y dividida por una diagonal que separaba la parte iluminada de la que quedaba en sombras. La silla también recordaba a las que Gerente tenía guardadas en la trastienda y que algunas veces desplegaba en la tienda, solo que en esta la pintura había empezado a saltarse y dejaba ver el metal de debajo.

Después de pensarlo un momento, decidí que no tenía por qué ser de mala educación sentarse en la silla mientras esperaba al Sol. Cuando lo hice, pensé que vería una imagen diferente de lo que me rodeaba debido al cambio de ángulo, pero descubrí sorprendida que lo que sucedió fue que el espacio se fragmentó, y no en los habituales bloques, sino en segmentos de formas irregulares. En el interior de algunos segmentos veía ciertas partes de las herramientas agrícolas del señor McBain: el mango de una pala, la mitad inferior de una escalera metálica. En otro segmento aparecían lo que sabía que eran las bocas de dos cubos de plástico colocados uno al lado del otro, pero que, tal vez debido a las peculiares condiciones lumínicas, se veían sin más como dos óvalos entrecruzados.

Sabía que ahora tenía al Sol muy cerca, y aunque por un lado pensaba que debía ponerme en pie, como cuando recibíamos a un cliente, por otro creía que invadiría menos su privacidad —y le molestaría menos— si permanecía sentada. De modo que traté de

pasar lo más desapercibida posible en la silla plegable y esperé. Los rayos del Sol se hicieron más presentes y adquirieron una tonalidad más anaranjada, e incluso llegué a pensar que eran capaces de hacer que algunas partículas de heno se despegasen de las balas y quedaran flotando en el aire, ya que ahora veía ante mí muchas más.

De pronto me vino a la cabeza la idea de que, si estaba en lo cierto y el Sol estaba pasando por el granero del señor McBain camino del lugar en el que descansaba, no me podía permitir ser exquisitamente educada. Tenía que aprovechar con osadía la oportunidad o todos mis esfuerzos —y la ayuda de Rick— no servirían para nada. Así que me concentré y empecé a hablar. No lo hice en voz alta, porque sabía que para dirigirse al Sol no eran necesarias las palabras como tales. Pero quería ser lo más clara posible, así que formé las palabras, o algo muy próximo a ellas, rápida y silenciosamente en mi cabeza.

«Por favor, haz que Josie se cure, como hiciste con Mendigo».

Alcé un poco la cabeza y vi, junto a los fragmentos de herramientas agrícolas y balas de heno, un trozo de un semáforo y parte del ala de uno de los pájaros drones de Rick, y recordé la voz de Gerente diciendo: «Esto no va a ser posible», y al Chico AA Rex diciendo: «Klara, eres muy egoísta». Y dije:

«Pero Josie todavía es una niña y no ha hecho nada malo».

Y recordé los ojos de la Madre escrutándome desde el banco de la mesa de pícnic en la Cascada Morgan, y al toro mirándome con furia como si yo no tuviese derecho a pasar ante su prado, y caí en la cuenta de que podía haber enojado al Sol por entrometerme de este modo justo cuando él necesita descanso. Articulé en mi mente una disculpa, pero las sombras eran ahora todavía más largas, de modo que sabía que, si alargaba el brazo y extendía los dedos, las sombras que proyectarían llegarían hasta la entrada del granero. Y estaba claro que el Sol no quería hacer ninguna promesa sobre Josie, porque, pese a toda su bondad, no era todavía capaz de ver a Josie como alguien diferenciado de los demás humanos, algunos de

los cuales lo habían enfurecido mucho con su Polución y su desconsideración, y de pronto me sentí como una idiota por haber venido hasta aquí para hacer semejante petición. El granero se llenó de una luz anaranjada aún más intensa y volví a ver a Rosa, tirada en el suelo con una expresión de dolor, inclinándose hacia delante para tocarse la pierna estirada. Bajé la cabeza y me aovillé para que mi cuerpo no destacara encima de la silla, pero volví a recordar que se me estaban agotando las posibilidades de hacer mi petición, así que me armé de coraje y dije, casi verbalizándolo con palabras que formé en mi mente:

«Sé que al venir aquí me estoy comportando con descaro e insolencia. El Sol tiene todo el derecho a enojarse y entenderé perfectamente el rechazo a tan siquiera tomar en consideración mi petición. Sin embargo, teniendo en cuenta tu enorme bondad, he pensado que podía pedirte que retrasases por un instante tu recorrido. Para escuchar mi propuesta. Suponiendo que pueda hacer algo especial para complacerte. Algo que te haga particularmente feliz. Si puedo conseguirlo, ¿considerarías entonces, a cambio, la posibilidad de un acto de bondad hacia Josie? ¿Tal como hiciste en aquella ocasión con Mendigo y su perro?»

Mientras estas palabras recorrían mi mente, algo cambió de manera clara a mi alrededor. El resplandor rojizo en el interior del granero seguía siendo denso, pero ahora tenía un aspecto casi amable, hasta el punto de que los diversos segmentos en que la realidad que me rodeaba seguía dividida parecían flotar entre los últimos rayos del Sol. Vi la parte inferior del Expositor Móvil de Cristal —reconocí las ruedecillas— elevándose poco a poco hasta que quedó oculto tras un segmento vecino y, pese a que alcé la cabeza y miré a mi alrededor, ya no veía ni rastro del temible toro. Supe entonces que había obtenido una ventaja vital, pero no podía perder ni un segundo, así que seguí adelante, pero ya sin formar medias palabras en mi cabeza, porque sabía que no disponía de tiempo.

«Se lo mucho que el Sol detesta la Polución. Lo mucho que te entristece y enfurece. Bien, pues he visto e identificado la máquina que la produce. Si pudiera de algún modo localizarla y destruirla, acabar con su Polución, ¿tomarías en consideración, a cambio, ofrecer tu ayuda especial a Josie?»

El interior del granero estaba cada vez más oscuro, pero era una oscuridad acogedora, y los segmentos no tardaron en desaparecer, de modo que el espacio dejó de estar fragmentado. Estaba claro que el Sol había continuado su viaje, de modo que me levanté de la silla y por primera vez me dirigí a la abertura de la parte trasera del granero del señor McBain. Vi desde allí que el campo continuaba durante un buen trecho, hasta que se topaba con una línea de árboles —una suerte de valla no del todo cerrada—, detrás de los cuales el Sol, fatigado y ya sin intensidad, se hundía en el suelo. En el cielo se instalaba la noche y emergían las estrellas, y tuve la percepción de que el Sol me sonreía con afabilidad mientras desaparecía para descansar.

Como muestra de gratitud y respeto, seguí de pie en la abertura trasera hasta que el último resplandor desapareció bajo tierra. Entonces atravesé el interior oscuro del granero del señor McBain y salí por donde había venido.

La hierba alta se movió con suavidad a mi alrededor cuando me adentré de nuevo en ella. Tener que atravesar los campos a oscuras resultaba inquietante, pero estaba tan animada por lo que acababa de suceder que apenas sentía miedo. Aun así, con las irregularidades del terreno recordándome los peligros que tenía por delante, me alegré de oír de pronto la voz de Rick que me llamaba desde algún punto cercano.

—Klara, ¿eres tú?

—¿Dónde estás?

—Por aquí. A tu derecha. No te he hecho caso y no he vuelto a casa.

Caminé hacia la voz, la hierba desapareció y me encontré en un claro. Era como si lo hubiera creado una aspiradora: una pequeña área circular en la que de nuevo la hierba crecía solo hasta la altura del tobillo y en lo alto, en el cielo nocturno, se veía una porción curva de la luna. Rick estaba allí sentado, aparentemente en el suelo, aunque al acercarme vi que estaba sobre una gran roca en su mayor parte hundida en la tierra. Parecía tranquilo y me sonrió.

—Gracias por esperarme —le dije.

—Lo he hecho por puro egoísmo. Suponte que te hubieras quedado bloqueada aquí toda la noche y hubieras sufrido daños. Me habría metido en un buen lío por traerte hasta aquí.

—Creo que Rick me ha esperado porque es bondadoso. Le estoy muy agradecida.

—¿Has encontrado lo que venías buscando?

—Oh, sí. Al menos eso creo. Y creo que hay motivos para tener esperanza. Esperanza para Josie. Esperanza en que mejorará. Pero primero debo realizar una tarea.

—¿Qué tipo de tarea? Quizá pueda ayudarte.

—Lo siento, no puedo hablar de esto con Rick. Creo que esta noche he llegado a un acuerdo. Un contrato, se podría llamar. Pero podría peligrar si hablo de él.

—De acuerdo. No quiero poner nada en riesgo. Aun así, si crees que hay algo que yo pueda hacer…

—Si se me permite hablar con franqueza: lo más importante que puede hacer Rick es intentar entrar en Atlas Brookings. Si lo logra, Josie y Rick podrán seguir juntos y los deseos expresados en el bonito dibujo seguirán siendo posibles.

—Dios mío, Klara, está claro que mamá te ha estado dando la tabarra. Hace que todo suene muy fácil. Pero no tienes ni idea de lo que supone para alguien como yo conseguir una plaza en un lugar como ese. Y si lo lograse, ¿qué será de mamá? ¿La dejo sola en casa?

—La señora Helen es más fuerte de lo que Rick cree. Y aunque Rick no esté mejorado, posee un talento especial. Si lo intentara con

todas sus fuerzas, creo que podría ser aceptado en Atlas Brookings. Además, la señora Helen me ha dicho que dispone de un arma secreta para ayudarle a conseguirlo.

—¿Un arma secreta? Un lameculos al que conoce, un tipo que tiene algo que ver con la dirección de ese sitio. Un antiguo amor de ella. Yo no quiero saber nada de eso. Escucha, Klara, deberíamos volver.

—Tienes razón. Llevamos fuera mucho tiempo. Puede que la señora Helen esté preocupada. Y si logro regresar antes de que llegue la madre de Josie, me evitaré un montón de preguntas incómodas.

Al día siguiente, cuando sonó el timbre a media mañana, Josie pareció sospechar de quién se trataba y salió de la cama y corrió hacia el rellano. La seguí y, mientras Rick entraba en el recibidor y pasaba por delante de Melania Sirvienta, Josie se volvió hacia mí con una sonrisa entusiasta. Pero a continuación puso una cara inexpresiva y se dirigió al borde de la escalera.

—Eh, Melania —llamó—. ¿Tú sabes quién es este tipo raro que ha entrado?

—Hola, Josie —saludó Rick, mirándonos con una cautelosa sonrisa—. He oído un rumor de que podíamos volver a ser amigos.

Josie se sentó en el último escalón y, pese a que yo estaba detrás de ella, tuve la certeza de que ahora mostraba la mejor de sus sonrisas.

—¿En serio? Qué raro. Me pregunto quién lo habrá hecho correr.

La sonrisa de Rick ganó firmeza.

—Supongo que no son más que chismes. Por cierto, me encantó el dibujo. Anoche lo enmarqué.

—¿De verdad? ¿En uno de esos marcos que haces tú mismo?

—Si te digo la verdad, utilicé uno de los viejos marcos de mamá. Hay montones por todos lados. Quité el dibujo de una cebra y puse el tuyo.

—Menudo cambio.

Melania Sirvienta se había retirado a la cocina y Rick y Josie seguían sonriéndose, cada uno desde un extremo de la escalera. Hasta que Josie debió hacer alguna señal cómplice, porque ambos se movieron al mismo tiempo: ella se levantó y él se agarró al pasamanos.

Cuando se metieron en la habitación, recordé las instrucciones de Melania Sirvienta y los seguí. Durante un rato, fue como en los viejos tiempos: yo en el Sofá del Botón mirando hacia la ventana trasera y Rick y Josie a mi espalda, riéndose de tonterías. En cierto momento le oí decir a Josie:

—Eh, Rick. No sé si esta es la manera correcta de cogerlo. —En el reflejo del cristal vi que tenía en la mano un cuchillo que había quedado allí del desayuno—. ¿O es mejor así?

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—Pensé que lo sabrías, por lo de ser inglés. Mi profesora de química dijo que había que cogerlo así. Pero ¿qué va a saber ella?

—¿Y cómo voy a saberlo yo? ¿Y por qué sigues empeñada en decir que soy inglés? Nunca he vivido allí, lo sabes perfectamente.

—Eso es culpa tuya, Rick. De hace dos o tres años. No parabas de insistir en que eras inglés de pies a cabeza.

—¿En serio? Debió ser en una etapa ya superada de mi vida.

—Oh, sí. Te duró meses. No parabas de utilizar expresiones afectadas como «Te lo ruego», «Mis disculpas»… Por eso pensaba que sabrías cómo hay que coger el cuchillo.

—Pero ¿por qué un inglés iba a saber más sobre eso que cualquier otra persona?

Unos minutos después, oí que Rick se movía por la habitación y decía:

—¿Sabes por qué me gusta tanto este dormitorio? Porque huele a ti, Josie.

—¿Qué? ¡No me puedo creer que hayas dicho lo que acabas de decir!

—Lo he dicho con todo el cariño.

—¡Rick, a una chica no se le dicen esas cosas!

—No se lo diría a cualquier chica. Te lo digo a ti.

—¿Perdón? ¿Entonces ya no soy una chica?

—Bueno, no una chica cualquiera. Lo que intento decir, lo que digo, es que hacía tiempo que no venía y se me había olvidado un poco cómo es la habitación. El aspecto, el olor…

—Por Dios, Rick, es tan ofensivo…

Pero se reía mientras lo decía y, tras unos instantes de silencio, Rick comentó:

—Al menos ya no estamos enfadados. Me alegro de que sea así.

Se produjo un nuevo silencio, que rompió Josie:

—Yo también. Yo también me alegro. —Y añadió—: Lo siento. Me pasé hablando sobre tu madre. Es una buena persona y no pienso nada de lo que dije. Y lamento estar siempre enferma. Sé que te preocupas.

Vi en el cristal cómo Rick se acercaba a Josie y la rodeaba con un brazo. Y un segundo después, sumó el otro brazo. Josie dejó que la abrazara, aunque no estiró sus propios brazos para corresponderle, tal como sí hacía con la Madre cuando se despedían.

—¿Esto que estás haciendo es para poder olerme mejor? —le preguntó pasados unos instantes.

Rick no respondió a la pregunta, pero dijo:

—¿Klara? ¿Estás ahí?

Cuando me di la vuelta, se separaron un poco y me miraron.

—¿Sí?

—Tal vez deberías, ya sabes… Proporcionarnos privacidad, como siempre dices.

—Oh, sí.

Me observaron mientras me levantaba del Sofá del Botón y pasaba por delante de ellos. Al llegar a la puerta, me volví y dije:

—Siempre he querido proporcionar privacidad. Pero había cierta preocupación por lo de meterse mano. —Los dos se quedaron perplejos, así que continué—: Se me dieron órdenes de asegurarme

de que no había metidas de mano. Por eso siempre permanezco en la habitación, incluso durante el juego de los globos.

—Klara —dijo Josie—. Rick y yo no nos vamos a liar sexualmente, ¿de acuerdo? Solo tenemos unas cuantas cosas de que hablar entre nosotros, eso es todo.

—Sí, por supuesto. Entonces, os dejo.

Dicho lo cual, salí al rellano y cerré la puerta.

Durante los siguientes días, pensé a menudo en la Máquina Cootings y en cómo podría encontrarla y destruirla. Ensayé mentalmente varios pretextos para acompañar a la Madre a la ciudad y, una vez allí, poder quedarme a solas el tiempo suficiente, pero nada de lo que se me ocurría resultaba muy convincente. Josie, que se percataba de que me abstraía con frecuencia, me decía cosas del tipo: «Klara, ya estás otra vez dispersa. Quizá necesitas una recarga solar». Incluso me planteé contarle la verdad a la Madre, pero descarté la opción, no solo por el peligro de enojar al Sol, sino también porque tenía la sensación de que la Madre ni entendería ni se creería el pacto que yo había sellado. Pero al final la oportunidad se presentó sin que yo tuviera que hacer nada especial.

Una noche, una hora después de que el Sol se hubiera retirado a descansar, estaba plantada en la cocina junto a la nevera, escuchando sus relajantes sonidos. La lámpara del techo no estaba encendida, de modo que estaba en semipenumbra, solo iluminada por la luz procedente del pasillo. La Madre había regresado tarde de la oficina hacía poco y yo me había metido en la cocina para proporcionarle privacidad con Josie en el dormitorio. Pasado un rato, oí sus pasos bajando por la escalera y después dirigiéndose hacia la cocina. Su silueta apareció en la puerta, oscureciendo todavía más la cocina, y dijo:

—Klara, quería avisarte. Al fin y al cabo, esto te concierne.

—¿Sí?

—El próximo jueves, me tomo el día libre en el trabajo. Voy a llevar a Josie a la ciudad y pasaremos allí la noche. Ahora precisamente estábamos hablando de eso. Josie tiene una cita.

—¿Una cita?

—Como sabes, a Josie le están haciendo un retrato. Cuando pasábamos por la tienda era porque estábamos en la ciudad por eso. Hace mucho que no acude, porque ha estado enferma, pero, ahora que está mejor, quiero que haga una nueva sesión de posado. El señor Capaldi ha sido muy paciente y lo tiene todo preparado.

—Entiendo. ¿Josie va a tener que estar sentada sin moverse mucho tiempo?

—El señor Capaldi ya sabe que no debe fatigarla. Le toma fotografías y trabaja a partir de ellas. Aun así, necesita que Josie vaya de vez en cuando. Te lo cuento porque quiero que acompañes a Josie en este viaje. Creo que le gustará que estés con ella.

—Oh, sí. Me encantaría hacerlo.

La Madre se adentró un poco más en la cocina y ahora solo veía un lado de su cara iluminado por la luz del pasillo.

—Klara, quiero que la acompañes cuando vaya a ver al señor Capaldi. De hecho, al señor Capaldi le encantaría conocerte. Le interesan mucho los AA. Puedes considerarlo su afición. ¿Te parece bien?

—Por supuesto. Estaré encantada de conocer al señor Capaldi.

—Quizá te haga algunas preguntas. Para sus investigaciones. Porque, como te he dicho, le fascinan los AA. ¿Esto no te incomoda?

—No, por supuesto que no. Y creo que el viaje a la ciudad será bueno para Josie ahora que está un poco mejor.

—Bien. Oh, y tal vez llevemos pasajeros. Quiero decir en el coche. Nuestros vecinos necesitan que los llevemos.

—¿Rick y la señora Helen?

—Tienen cosas que hacer en la ciudad y ella ya no conduce. No te preocupes, hay sitio suficiente para todos. No tendrás que viajar en el maletero.

Volví a oír hablar del viaje el domingo siguiente, cuando no solo Rick sino también su madre visitó la casa a primera hora de la tarde. Había salido otra vez al rellano para proporcionar a Rick y Josie privacidad en la habitación. Colocada junto a la barandilla, miraba hacia el pasillo de la planta inferior y oía las risas de la Madre y la señora Helen provenientes de la cocina. No oía muy bien de qué hablaban, salvo cuando una de ellas levantaba mucho la voz. En cierto momento, la señora Helen gritó: «¡Oh, Chrissie, esto es intolerable!» y soltó una carcajada. Un poco después, oí a la Madre decir a grito pelado y entre risas: «¡Es cierto, es cierto, te juro que es verdad!»

Como no distinguía con claridad muchas palabras ni podía ver las expresiones faciales de la Madre, no pude hacer una estimación del todo fiable, pero mi impresión fue que la Madre estaba en esos momentos más relajada que nunca desde mi llegada a la casa. Yo intentaba aguzar el oído, cuando la puerta de la habitación se abrió y salió Rick.

—Josie está en el baño —me dijo acercándose—. Me ha parecido de buena educación salir mientras tanto.

—Sí, es muy considerado por tu parte.

Siguió mi mirada a lo largo de la barandilla y asintió al oír las voces adultas.

—Siempre se han llevado muy bien —dijo—. Es una pena que mamá no vea con más frecuencia a la señora Arthur. Le sienta fenomenal tener a alguien con quien hablar. Con la señora Arthur, siempre se anima. Yo hago lo que puedo, pero nunca logro hacerla reír como ahora. Supongo que, como soy su hijo, para ella es más complicado relajarse conmigo.

—Rick debe ser un compañero maravilloso para la señora Helen. Pero como puedes comprobar, si no vivieras en la casa con ella, la señora Helen encontraría otra compañía con la que reír y conversar.

—No lo sé. Tal vez. —Y añadió—: Escucha, he estado pensando en lo que dijiste la otra noche. Me ha hecho cambiar de opinión. Le

he prometido a mamá que lo intentaré. Que haré todo lo que esté en mi mano para entrar en Atlas Brookings.

—¡Es una noticia estupenda!

Se inclinó sobre la barandilla, tal vez intentando distinguir más palabras, y temí que se cayera debido a lo alto que era. Pero un momento después se enderezó, manteniendo las dos manos en la barandilla.

—Incluso he aceptado ver a ese… hombre —dijo, bajando la voz —. Su antiguo amor.

—¿La persona que es su arma secreta?

—Sí, el arma secreta de mamá. Según ella, ese hombre puede mover algunos hilos para ayudarme. Incluso he aceptado que lo haga.

—Puede ser la mejor solución. Los deseos expresados en el dibujo de Josie podrían estar más cerca de realizarse.

—Tal vez están hablando de eso ahí abajo. De que por fin he aceptado lo que proponía mamá. Tal vez sea eso lo que les resulta tan divertido.

—No creo que se estén burlando. Creo que la señora Helen se siente feliz por la promesa de Rick. Y esperanzada.

Él se quedó un momento en silencio, escuchando las voces de la planta inferior. Y al final dijo:

—Creo que Josie y la señora Arthur nos van a llevar en su coche a la ciudad.

—Sí, lo sé. Me han pedido que yo también vaya.

—Bueno, pues estupendo. Así tú y Josie me podréis dar apoyo moral. Porque no es que me entusiasme la idea de rogarle a esa persona que me ayude.

De pronto se oyó a Josie gritar desde la habitación:

—¡Magnífico! ¡Todo el mundo me ha abandonado! —Y mientras Rick se volvía hacia la puerta añadió—: Eh, Klara, tú también puedes volver a entrar. No pasa nada. No estamos practicando ningún acto sexual.

Dos días después, recibí más noticias sobre el viaje a la ciudad, esta vez de un modo sorprendente.

Era un día lluvioso de entre semana, sin ninguna visita. Después de comer Josie se había metido en la Sala Diáfana para recibir una clase en su rectángulo y yo había subido al dormitorio. Estaba sentada en el suelo, rodeada de revistas, cuando Melania Sirvienta apareció en la puerta. Se quedó mirándome, con una expresión en el rostro que no era ni amable ni enfurruñada, y pensé que había venido a abroncarme por las ocasiones en que había dejado a Rick y Josie solos en la habitación pese a sus advertencias sobre el peligro de que se metieran mano. Pero dio un paso adelante y me dijo con una tensa voz susurrante:

—AA, ¿verdad que tú quieres ayudar a Josie?

—Sí, por supuesto.

—Entonces escúchame. La señora va a llevarla a la ciudad el jueves. Le he dicho que quiero ir con ellas. La señora me ha respondido que no, yo le insisto que sí, la señora sigue diciendo que no. Me dice que no porque se huele que me traigo algo entre manos. Dice que prefiere que las acompañe la AA. De modo que escúchame: en la ciudad no le quites ojo a Josie. ¿Me has entendido?

—Sí, sirvienta. —También yo hablé en voz baja, pese a que no había por allí nadie que pudiera oírnos—. Pero, por favor, explícate un poco más. ¿Qué es lo que te preocupa?

—Escucha, AA. La señora va a llevar a la señorita Josie a ver al señor Capaldi. El del retrato. Ese tal Capaldi es un hijo de puta. La señora dice que eres una buena observadora. Pues observa con atención al señor Hijo de Puta. Tú quieres ayudar a la señorita Josie. Estamos en el mismo bando. —Volvió la cabeza para echar un vistazo a la puerta, pese a que ningún ruido indicaba que Josie hubiera terminado su clase y estuviera subiendo.

—Pero, sirvienta, ¿el señor Capaldi no se limita a pintar el retrato de Josie?

—Y una mierda se limita a pintar el retrato. AA, vigila de cerca al señor Hijo de Puta o algo malo le va a pasar a la señorita Josie.

—Pero seguro que… —Bajé todavía más la voz—. Seguro que la Madre no permitiría…

—La señora quiere a Josie. Pero desde que Sal murió, la señora está hecha un lío. ¿Me entiendes, AA?

—Sí. Entonces observaré con mucha atención, tal como me dices, sobre todo al señor Capaldi. Pero…

—¿Y ahora cuál es el pero, AA?

—Si el señor Capaldi es como dices, ¿bastará con que lo vigile?

Si un transeúnte hubiera visto el modo en que me miraba Melania Sirvienta, habría pensado que me estaba amenazando, pero ahora comprendo que lo que ella sentía era mucho miedo.

—¿Cómo coño voy a saber si bastará? Yo querría acompañar a la señorita Josie, pero la señora no me deja. Se lleva en mi lugar a la AA. No me lo explico. Así que tú pégate a la señorita Josie, sobre todo cuando el señor Hijo de Puta esté merodeando. Haz todo lo que puedas, AA. Estamos en el mismo bando.

—Sirvienta —dije—. Tengo un plan, un plan especial para salvar a Josie. No puedo explicártelo. Pero si voy a la ciudad con Josie y su madre, tal vez tenga la oportunidad de llevarlo a cabo.

—¿Un plan? Escucha, AA, como empeores las cosas, me encargaré de desmantelarte.

—Pero si mi plan funciona, Josie va a fortalecerse y a curarse. Podrá ir a la universidad y convertirse en una adulta. Por desgracia, no puedo contarte más detalles. Pero si voy a la ciudad, dispondré de una oportunidad.

—Muy bien, pero lo más importante, AA, es que el jueves en la ciudad no le quites ojo a Josie. ¿Me has entendido?

—Sí, sirvienta.

—Y, AA, sobre tu gran plan: como hagas que la señorita Josie empeore, vengo y te desmantelo. Te tiro al cubo de la basura.

—Sirvienta —dije sonriéndole con confianza por primera vez desde mi llegada a la casa—, gracias por esta conversación y por tus advertencias. Y gracias por confiar en mí. Haré todo lo que esté en mi mano por proteger a Josie.

—De acuerdo, AA. Estamos en el mismo bando.

Hubo otro incidente significativo durante los días previos al viaje a la ciudad, y me enseñó una importante lección. Sucedió en plena noche, cuando unos ruiditos que hacía Josie me despertaron. El dormitorio estaba a oscuras, pero como a Josie no le gustaba la oscuridad total, la persiana de la ventana de la fachada delantera estaba un poco levantada y la luna y las estrellas proyectaban manchas de luz en la pared y el suelo. Cuando miré hacia la cama, vi que Josie había creado con el edredón un montículo, de cuyo interior emergía una suerte de canturreo, como si estuviera tratando de recordar una canción y no quisiera molestar al resto de la casa.

Me acerqué al montículo y lo toqué con suavidad. De inmediato se produjo una erupción, el edredón desapareció entre la oscuridad circundante y la habitación se llenó de los sollozos de Josie.

—Josie, ¿qué te pasa? —Hablé en voz baja, pero imperiosa—. ¿Te ha vuelto el dolor?

—¡No! ¡No me duele! ¡Pero quiero que venga mamá! ¡Avisa a mamá! ¡Necesito que venga!

No solo hablaba alzando la voz, sino que era como si hubiese estado plegándola sobre sí misma y ahora surgiesen al mismo tiempo dos versiones de su voz, ligeramente descoordinadas. Nunca la había oído hablar con semejante voz, de modo que por un momento no supe qué hacer. Ella se arrodilló sobre la cama y vi que el edredón no se había desintegrado, sino que formaba una enorme bola detrás de ella.

—¡Avisa a mamá!

—Pero tu madre necesita descansar. —Seguí hablando en susurros—. Soy tu AA. Estoy aquí para este tipo de situaciones.

Siempre estoy aquí.

—No quiero hablar contigo. ¡Necesito que venga mamá!

—Pero, Josie…

Se produjo un movimiento a mi espalda y fui apartada a un lado de tal modo que casi pierdo el equilibrio. Cuando recuperé la compostura, vi ante mí, en la otra punta de la cama, una enorme silueta en movimiento, que me resultaba todavía más compleja por la mezcla de oscuridad y manchas de luz de la luna que se movían sobre su superficie. Al cabo de un momento caí en la cuenta de que la silueta la formaban la Madre y Josie abrazadas; la Madre llevaba lo que parecía ropa para correr clara y Josie su habitual pijama azul oscuro. Al igual que sus miembros, también sus cabellos se habían entrelazado, y de pronto la silueta empezó a balancearse suavemente, de un modo no muy diferente a cuando sus despedidas se alargaban.

—Mamá, no quiero morir. No quiero que eso pase.

—Tranquila. Tranquila. —La Madre hablaba en voz baja, en el mismo tono susurrante que yo había empleado.

—Mamá, no quiero morir.

—Lo sé. Lo sé. Tranquila.

Me aparté en silencio de ellas, me dirigí a la puerta y salí al rellano a oscuras. Me quedé junto a la barandilla, contemplando las extrañas manchas de la noche en el techo y el pasillo de la planta inferior, y reflexioné sobre las implicaciones de lo que acababa de presenciar.

Al cabo de un rato, la Madre salió con sigilo del dormitorio y, sin mirarme, se dirigió hacia la oscuridad del pasillo que conducía a su habitación. Ahora tras la puerta de Josie había silencio, y cuando entré de nuevo en el dormitorio, el edredón y la cama estaban bien colocados, Josie dormía y su respiración volvía a ser tranquila.

Cuarta parte

El Apartamento del Amigo estaba en una casa adosada. Desde la ventana de la Sala Principal se veían casas similares en la acera de enfrente. Había seis de ellas en fila, cada una con la fachada pintada de un color un poco diferente, para evitar que los residentes subieran por la escalera equivocada y, por error, entrasen en la casa del vecino.

Lo comenté en voz alta para que me oyera Josie, cuarenta minutos antes de que saliéramos para ir a ver al hombre del retrato, el señor Capaldi. Josie estaba tumbada en el sofá de cuero a mi espalda, leyendo un libro de bolsillo que había cogido de los estantes negros. Tenía manchas de Sol sobre las rodillas flexionadas y estaba tan abstraída en la lectura que emitió un vago murmullo por toda respuesta. Yo estaba encantada de que hubiera empezado a leer, porque hasta ese momento se iba poniendo cada vez más nerviosa por la espera. Se relajó bastante cuando me coloqué delante de la triple ventana, porque sabía que la avisaría en cuanto viera aparecer el taxi del Padre.

También la Madre estaba tensa, aunque no sabría decir si por la visita en ciernes al señor Capaldi o por la inminente llegada del Padre. Había salido de la Sala Principal hacía un rato y la oía hablar por teléfono en la habitación contigua. Podía haber escuchado lo que decía pegando la cabeza a la pared, y llegué a planteármelo, dada la posibilidad de que estuviera hablando con el señor Capaldi. Pero consideré que eso pondría todavía más nerviosa a Josie y, en cualquier caso, pensé que lo más probable era que estuviera hablando con el Padre para darle indicaciones.

En cuanto comprendí que Josie quería que la avisase de la llegada del taxi del Padre, dejé de lado mis planes de estudiar mejor

el Apartamento del Amigo y me concentré en la vista de la calle desde la triple ventana. No me importaba encargarme de esta tarea, sobre todo porque podía darse la casualidad de que la Máquina Cootings apareciese por allí, y aunque no pudiera ponerme a perseguirla, verla pasar ya sería un importante paso adelante.

Pero para entonces ya tenía claro que las posibilidades de que la Máquina Cootings pasara por delante del Apartamento del Amigo eran mínimas. Antes, camino de la ciudad, me había sentido muy esperanzada, porque, cuando atravesábamos las afueras, pasamos junto a un montón de obreros que estaban reparando las calles, e incluso donde no se veía a ninguno de ellos trabajando, sí había vallas que cortaban algunas calles. Fue entonces cuando empecé a pensar que la Máquina Cootings aparecería en cualquier momento. Pero, pese a que no dejaba de mirar por la ventanilla y por dos veces pasamos junto a otro tipo de maquinaria, nunca apareció. Después el ritmo del tráfico se ralentizó y cada vez se veían menos obreros. La Madre y la señora Helen, que iban en los asientos delanteros, conversaban con su habitual tono relajado, mientras Josie y Rick, a mi lado en la parte trasera, iban señalando cosas por la ventanilla y chismorreaban en voz baja. De vez en cuando, uno le daba un codazo al otro cuando pasábamos ante algo y se reían los dos, sin decirse nada. Pasamos por un parque lleno de flores rosas, después por un edificio en el que había un cartel que decía «Prohibido aparcar excepto camiones», y en la parte delantera la señora Helen y la Madre también se reían, aunque había cautela en sus voces. «Sé firme con él, Chrissie», dijo la señora Helen. Después aparecieron carteles en chino y bicicletas atadas a postes, al poco rato empezó a llover —aunque el Sol trataba de no desaparecer y surgieron parejas con paraguas y turistas con revistas en la cabeza, y vi a un AA corriendo a refugiarse detrás de su adolescente. «Rick, esto es ridículo», dijo Josie sobre algo, y se rio entre dientes. Dejó de llover cuando llegamos a una calle con edificios tan altos que las aceras a ambos lados estaban en sombra y había hombres en camiseta interior sentados en los escalones de la entrada hablando y

mirándonos mientras pasábamos. «En serio, Chrissie, por favor, déjanos donde sea», decía la señora Helen. «Ya os hemos hecho desviaros demasiado de vuestra ruta». Vi dos edificios grises uno al lado del otro que no tenían la misma altura, y alguien había hecho un dibujo en la pared del más alto, allí donde superaba al otro, tal vez para hacer que su discrepancia resultara menos embarazosa. Mi mente se llenaba de felicidad cada vez que veía una señal de prohibido aparcar, aunque estas eran un poco diferentes de las que había cerca de nuestra tienda. Josie se inclinó hacia delante e hizo un comentario que provocó las risas de las dos adultas. «Entonces nos vemos con vosotros mañana en el restaurante de *sushi*», le dijo la Madre a la señora Helen. «Está justo al lado del teatro. No tiene pérdida». Y la señora Helen replicó: «Gracias, Chrissie. Seguro que me será de gran ayuda. Y a Rick también». Cruzamos una plaza con una fuente y un parque lleno de hojas donde vi a otros dos AA, y después nos metimos una calle muy concurrida con edificios altos.

—Llega tarde —dijo Josie desde el sofá, y oí el suave golpe del libro de bolsillo al aterrizar sobre la alfombra—. Pero supongo que no es inusual.

Me di cuenta de que intentaba bromear con el tema, de modo que me reí y dije:

—Pero estoy segura de que está ansioso por volver a ver a Josie. Debes recordar lo lento que avanzaba el tráfico cuando veníamos hacia aquí. Es probable que ahora suceda lo mismo.

—Papá nunca llega a los sitios puntual. Y encima mamá le ha prometido pagarle el taxi. Pero, vale, voy a olvidarme de estas cosas por un rato, porque él no se merece que yo ande preocupándome.

Se inclinó para recoger el libro del suelo y yo me volví para seguir mirando por la triple ventana. La vista de la calle desde el Apartamento del Amigo era muy diferente de la que teníamos desde la tienda. Aquí apenas se veían taxis, pero en cambio pasaban a toda velocidad otro tipo de coches —de todos los tamaños, formas y colores— que se detenían al fondo de la calle, a mi izquierda, ante un semáforo. Se veían menos corredores y turistas, pero más

caminantes con auriculares, y también más ciclistas, algunos de los cuales llevaban objetos en una mano y sostenían el manillar con la otra. En cierto momento, no mucho después del comentario de Josie sobre la tardanza del Padre, pasó un ciclista que llevaba bajo el brazo un tablón grande con forma de pájaro aplastado y temí que el viento golpeara el tablón y le hiciera perder el equilibrio. Pero el ciclista era habilidoso y fue sorteando los coches hasta situarse delante, justo debajo del semáforo colgante.

La voz de la Madre en la habitación contigua sonaba cada vez más nerviosa y yo era consciente de que Josie la oía, pero cuando me volví para mirarla, parecía seguir ensimismada en la lectura de su libro. Por la calle pasó una mujer precedida por su perro, después una furgoneta con un cartel en el lateral en el que se leía «Cafetería Gio» y por fin un taxi se detuvo justo delante de la casa. La Sala Principal estaba por encima del nivel de la calle, de modo que no podía ver el interior del taxi, pero la voz de la Madre dejó de oírse y tuve la certeza de que por fin había llegado el Padre.

—Josie, ya está aquí.

En un primer momento, siguió leyendo. Después soltó un profundo suspiro, se sentó y de nuevo dejó caer el libro en la alfombra.

—Seguro que pensarás que es un cretino —dijo—. Mucha gente lo considera un cretino. Pero en realidad es superenrollado. Solo hay que darle una oportunidad.

Vi emerger del taxi una silueta alta y encorvada envuelta en una gabardina gris y que cargaba con una bolsa de papel. Alzó la mirada dubitativo hacia nuestra casa pareada; supongo que tenía dudas sobre cuál de ellas era, porque todas, a un lado y a otro de la calle, eran muy similares. Seguía sosteniendo con cuidado la bolsa de papel, con la actitud con la que la gente lleva en brazos a un perrito agotado que ya no puede caminar más. Eligió la escalera correcta y tal vez incluso me vio, aunque yo me aparté de la ventana en cuanto avisé a Josie de su llegada. Supuse que la Madre vendría a la Sala Principal y se oyeron sus pasos, pero se quedó en el pasillo. Durante

lo que pareció una eternidad, Josie y yo —y la Madre en el pasillo— esperamos en silencio. Por fin sonó el timbre y oímos de nuevo los pasos de la Madre y después las voces de ambos.

Hablaban en voz baja. La puerta entre el pasillo y la Sala Principal estaba entreabierta y Josie y yo —ambas de pie en el centro de la habitación— observábamos con atención a la espera de alguna señal. De pronto entró el Padre, ya sin la gabardina, pero todavía sosteniendo con ambas manos la bolsa de papel. Llevaba una elegante americana propia de un cargo directivo, pero debajo asomaba un gastado jersey marrón que le llegaba hasta la barbilla.

—¡Hola, Josie! ¡Mi animalito favorito!

Por sus gestos estaba claro que quería abrazar a Josie, y miró a su alrededor en busca de un sitio en el que dejar la bolsa de papel, pero Josie se le acercó y se abrazó a él, bolsa de papel incluida. Mientras recibía ese saludo de su hija, él paseó la mirada por la habitación y se fijó en mí. Acto seguido, apartó la mirada, cerró los ojos y apoyó la mejilla en la cabeza de Josie. Permanecieron así durante un rato, muy quietos, sin siquiera balancearse un poco tal como a veces hacían la Madre y Josie en sus despedidas matutinas.

La Madre también permanecía inmóvil, un poco apartada de ellos, con una estantería negra detrás de cada uno de sus hombros y el rostro serio mientras los observaba. El abrazo continuaba, y cuando volví a mirar a la Madre, la habitación se había fragmentado en bloques y sus ojos de mirada penetrante se repetían en un bloque tras otro, y en unos bloques miraban a Josie y el Padre y en otros me miraban a mí.

Por fin ellos se separaron y el Padre sonrió y alzó la bolsa de papel, como si necesitase llenar sus pulmones de oxígeno.

—Toma, animalito —le dijo a Josie—. Te he traído mi última creación.

Le tendió la bolsa a Josie, sosteniéndola por la parte inferior hasta que ella la cogió, y se sentaron juntos en el sofá para ver qué había dentro. En lugar de sacar lo que fuera que contuviese, Josie rompió el papel por los lados hasta revelar un pequeño espejo

circular de aspecto tosco montado sobre un diminuto soporte. Lo depositó sobre una de sus rodillas y preguntó:

—Papa, ¿qué es esto? ¿Es para maquillarse?

—Si quieres… Pero no lo estás mirando bien. Vuelve a mirarlo.

—¡Guau! Es sensacional. ¿Qué está pasando?

—¿No resulta extraño que todos nos conformemos con tanta facilidad? ¿Con todos esos espejos que nos devuelven una imagen incorrecta? Este te muestra tal cual eres de verdad. Y no es más pesado que otros espejos de mano.

—¡Es genial! ¿Lo has inventado tú?

—Me gustaría poder decir que sí, pero el auténtico mérito es de mi amigo Benjamin, otro de los miembros de la comunidad. Vino con la idea, pero no sabía cómo materializarla. Así que yo me encargué de esa parte. Está recién salido del horno, solo hace una semana que lo hemos terminado. ¿Qué te parece, Josie?

—Guau, es una obra maestra. A partir de ahora, me voy a mirar la cara en público a todas horas. ¡Gracias! Eres un genio. ¿Funciona con baterías?

El Padre y Josie siguieron hablando del espejo y ocasionalmente intercalaban bromitas como si fuera la primera vez que se veían. Sus hombros se tocaban y, mientras hablaban, a menudo los entrechocaban. Yo permanecí de pie en mitad de la habitación y el Padre de cuando en cuando me miraba, y yo esperaba que en algún momento Josie nos presentara. Pero la llegada del Padre le había provocado una gran excitación y siguió hablando atropelladamente con él hasta que el Padre dejó de lanzarme miradas.

—Papá, estoy segura de que mi nuevo profesor de física no sabe ni la mitad de lo que sabes tú. Y además es un tipo raro. Si no fuera porque tiene un montón de títulos, la verdad es que diría: mamá, tenemos que hacer que detengan a este tío. No, no, no te asustes, no se ha comportado de manera impropia. Es solo que resulta evidente que está preparando algo en su cobertizo para hacernos volar a todos por los aires. Eh, ¿cómo tienes la rodilla?

—Oh, está mucho mejor, gracias. De hecho, ya está bien.

—¿Te acuerdas de aquella galleta que te comiste la última vez que salimos juntos? ¿La que parecía el presidente de China?

Pese a que Josie hablaba rápido y sin pausas, yo tenía claro que primero pensaba bien las palabras antes de verbalizarlas. De pronto la Madre —que había salido al pasillo— regresó con el abrigo puesto y la chaqueta gruesa de Josie en la mano. Interrumpió la conversación entre Josie y el Padre y dijo:

—Paul, ven. No has saludado a Klara. Ella es Klara.

El Padre y Josie se callaron y ambos me miraron.

—Hola, Klara —dijo el Padre.

La sonrisa que mostraba al entrar en el apartamento se había desvanecido.

—Odio tener que meteros prisas —dijo la Madre—. Pero has llegado tarde, Paul. Y nosotras tenemos una cita.

La sonrisa del Padre volvió a aparecer, pero ahora había enojo en su mirada.

—¿Hace casi tres meses que no veo a mi hija y no puedo hablar con ella ni cinco minutos?

—Paul, has sido tú quien ha insistido en acompañarnos hoy.

—Chrissie, creo que tenía derecho a venir.

—Nadie te lo está negando. Pero no nos hagas llegar tarde.

—Si tan ocupado está ese tío…

—Paul, no nos hagas llegar tarde. Y mientras estemos allí haz el favor de comportarte.

El Padre miró a Josie y se encogió de hombros.

—¿Ves?, ya me he metido en líos —dijo, y se rio—. Vamos, animalito, será mejor que nos pongamos en marcha.

—Paul —dijo la Madre—, no le has dicho nada a Klara.

—Acabo de decirle hola.

—Vamos. Dile algo más.

—Es parte de la familia. ¿Es eso lo que estás diciendo?

La Madre lo miró fijamente, pareció cambiar de opinión sobre algo que estaba a punto de hacer y agitó la chaqueta de Josie en el aire.

—Vamos, cariño, tenemos que irnos.

Mientras esperábamos en la calle a que nos recogiera el coche de la Madre, el Padre —de nuevo con su gabardina— le pasó el brazo por el hombro a Josie. Estaban los dos en el borde de la acera, mientras que yo me mantenía unos pasos por detrás, casi tocando la verja de la casa, y los peatones pasaban entre nosotros. Debido a nuestras posiciones y a la inusual acústica del exterior, me costaba escuchar de qué hablaban. En cierto momento, el Padre se volvió hacia mí, pero continuó hablando con Josie mientras me escrutaba. Justo entonces pasó entre nosotros una señora negra con unos pendientes enormes y cuando se alejó el Padre ya se había dado la vuelta.

Cuando llegó la Madre con el coche, Josie y yo nos metimos en el asiento trasero y, mientras arrancábamos, traté de que nuestras miradas se cruzasen para darle ánimos en caso de que estuviera nerviosa por tener que posar para el retrato. Pero ella miraba por la ventanilla de su lado y no se volvió hacia mí.

El coche de la Madre avanzaba a paso de tortuga, dejaba una hilera de vehículos para meterse en otra. Pasamos por delante de edificios con las puertas cerradas y las ventanas selladas. Empezó a llover de nuevo y aparecieron las parejas con paraguas y las personas precedidas por sus perros aceleraron el paso. En cierto momento asomó por mi ventanilla —tan cerca que habría podido tocarla si hubiese bajado el cristal— una pared cubierta de rabiosos garabatos con letras como de cómic.

—No vamos tan mal —le estaba diciendo la Madre al Padre—. No somos suficientes. El presupuesto de las campañas se ha recortado casi un cuarenta por ciento. Estamos en conflicto permanente con los de relaciones públicas. Pero por lo demás, sí, no va mal.

—¿Steven sigue haciendo que se sienta su presencia?

—Desde luego que sí. Sigue siendo el mismo tío majo de siempre.

—¿Sabes, Chrissie? La verdad es que a veces me pregunto si merece la pena. Que tengas que estar tan supeditada.

—No sé si te entiendo. ¿A qué se supone que estoy supeditada?

—A los beneficios. A tu departamento legal. A todo el… mundo laboral. Cada instante de tu vida activa está determinado por algún contrato que firmaste en algún momento.

—Por favor, no volvamos otra vez a lo de siempre. Paul, siento mucho lo que te pasó. Me apena y todavía me pone furiosa. Pero yo sigo *supeditada*, tal como dices tú, porque el día que pare, el mundo de Josie, *mi* mundo, se desmoronará.

—Chrissie, ¿por qué estás tan segura de eso? Escucha, sé que es un paso muy importante. Solo te pido que te lo pienses un poco más. Intenta ver las cosas desde una nueva perspectiva.

—¿Una nueva perspectiva? Vamos, Paul. No intentes convencerme de que estás encantado con cómo acabó aquello. Todo ese talento, toda esa experiencia…

—¿Quieres que te diga la verdad? Creo que las sustituciones fueron lo mejor que me ha pasado en la vida. Estoy encantado de estar fuera.

—¿Cómo puedes decir eso? Eras el no va más. Poseías unos conocimientos únicos, unas capacidades superespecializadas. ¿Cómo puedes decir que estás feliz de que nadie pueda beneficiarse de eso?

—Chrissie, debo decirte que todo esto te ha amargado mucho más a ti que a mí. Las sustituciones hicieron que mirase el mundo con ojos nuevos y creo de verdad que me ayudaron a distinguir lo importante de lo que no lo es. Y donde vivo ahora hay un montón de gente estupenda que siente exactamente lo mismo. Todos han recorrido el mismo camino, algunos tenían carreras mucho más imponentes que la mía. Y todos lo vemos del mismo modo, y creo con absoluta sinceridad que no nos estamos autoengañando. Estamos mucho mejor ahora que antes.

—¿En serio? ¿Todo el mundo lo ve así? ¿Incluso ese amigo tuyo, el que era juez en Milwaukee?

—No digo que sea siempre fácil. Todos pasamos por nuestros días malos. Pero comparado con lo que teníamos antes, sentimos… que por primera vez estamos viviendo de verdad.

—Es estupendo escuchar esto de un exmarido.

—Lo siento. Escucha, olvídate de esto. Pero tengo algunas preguntas. Sobre el retrato.

—Ahora no, Paul. Aquí no.

—Hmm. De acuerdo.

—Eh, papá —dijo Josie, sentada a mi lado—. Adelante, pregunta lo que quieras. No estoy escuchando.

—Vaya que no estás escuchando… —dijo el Padre, y soltó una carcajada.

—Paul, basta de discusiones sobre el retrato —protestó la Madre —. Me lo debes.

—¿Te lo debo? Chrissie, no sé muy bien por qué voy a deberte nada.

—Ahora no, Paul.

Fue en aquel momento cuando me di cuenta de que la señal de prohibido aparcar junto a la que pasamos era la que conocía tan bien, y en ese mismo instante apareció el Edificio RPO por la ventanilla de Josie, y de pronto estábamos rodeados por los familiares taxis. Pero cuando me volví emocionada hacia la tienda, vi algo que no era correcto.

Obviamente yo nunca había visto la tienda desde la calle, pero aun así no había ningún AA ni ningún Sofá de Rayas en el escaparate. En lugar de eso, habían colocado un juego de botellas coloreadas y un cartelón que decía «Iluminación empotrada». Giré la cabeza para seguir mirando aquello cuando Josie dijo:

—Eh, Klara, ¿sabes dónde estamos?

—Sí, por supuesto. —Pero ya habíamos dejado atrás el paso de peatones y ni siquiera había podido mirar si los pájaros seguían posados en el semáforo. De hecho, me quedé tan perpleja por el nuevo aspecto de la tienda que no me fijé en los alrededores tanto como me habría gustado. Y de pronto ya estábamos en otro tramo

de la calle, y me giré para mirar por la luneta trasera el Edificio RPO que se iba haciendo cada vez más pequeño.

—¿Sabes lo que creo? —Había preocupación en el tono de voz de Josie—. Me parece que han trasladado tu tienda a otro sitio.

—Sí, tal vez.

Pero no dispuse de más tiempo para pensar en la tienda, porque lo que vi a continuación —entre los dos asientos delanteros— fue la Máquina Cootings. La reconocí antes de que estuviésemos lo bastante cerca como para leer el nombre en el lateral. Ahí estaba, echando Polución por las tres chimeneas, como siempre había hecho. Sabía que debería haber sentido indignación, pero, como sucedió después de la sorpresa con la tienda, sentí algo más parecido al afecto hacia la terrible máquina. Cuando la dejamos atrás, la Madre y el Padre seguían enfrascados en su tensa conversación y Josie, sentada a mi lado, dijo:

—Estas tiendas no paran de trasladarlas de un lado a otro. El día que vine a buscarte, era eso lo que temía. Que la tienda ya no estuviera allí y tú y tus amigos hubierais desaparecido con ella.

Le sonreí, pero no dije nada. En los asientos delanteros, el tono de voz de los adultos se elevó.

—Escucha, Paul, ya hemos hablado de esto un montón de veces. Josie, Klara y yo vamos a ir allí y vamos a hacer las cosas según lo planeado. Tú estuviste de acuerdo, ¿lo recuerdas?

—Estuve de acuerdo, pero sigo pudiendo dar mi opinión, ¿no?

—¡No, aquí no puedes darla! ¡Ahora y en este maldito coche no puedes darla!

Durante ese rato, Josie había empezado a contarme algo, pero se distrajo. Ahora, cuando los adultos se callaron, dijo:

—Klara, si quieres, mañana podemos buscarla, si tenemos tiempo.

Por un momento casi pensé que se refería a la Máquina Cootings, pero caí en la cuenta de que hablaba de la nueva dirección en la que estarían Gerente y los AA. Pensé que se precipitaba al dar por seguro que se habían trasladado por el simple hecho de que el

escaparate tuviera un aspecto diferente, y me disponía a comentárselo cuando se inclinó hacia los asientos de los adultos.

—¿Mamá? Si mañana tenemos tiempo, a Klara le gustaría averiguar qué ha pasado con su tienda. ¿Podremos hacerlo?

—Si quieres, cariño… Ese era el trato. Hoy vamos a ver al señor Capaldi y tú haces lo que te pida. Mañana hacemos lo que tú quieras.

El Padre negó con la cabeza y se puso a mirar por la ventanilla, pero como Josie estaba sentada justo detrás de él, ella no vio la expresión de su cara.

—No te preocupes, Klara. —Me acarició el brazo—. Mañana la encontraremos.

La Madre giró el volante y dejamos la calle para meternos en un pequeño patio rodeado de alambre de espino. Había una señal de prohibido aparcar sujeta a una valla, pero detuvo el coche justo delante, al lado del único vehículo aparcado ahí. Cuando nos apeamos, el suelo era duro y estaba lleno de grietas. Josie se dirigió con pasos titubeantes, junto al Padre, hacia el edificio de ladrillo que había al fondo del patio y, tal vez por lo irregular del pavimento, el Padre la tomó del brazo. La Madre, todavía junto al coche, observó la escena y durante unos instantes no se movió. Hasta que, para mi sorpresa, se me acercó, me cogió del brazo y nos pusimos a caminar juntas, como imitando al Padre y Josie.

No había otros edificios pegados a este y lo denominé edificio y no casa porque el ladrillo no estaba pintado y en la pared había una escalera de incendios negra que descendía haciendo zigzag. Tenía cinco plantas y el tejado era plano, y tuve la sensación de que no había otros edificios a su alrededor porque había sucedido alguna desgracia y habían tenido que derruirlos. Mientras caminaba entre las grietas, la Madre se pegó más a mí.

—Klara —me dijo en voz baja—, recuerda que el señor Capaldi querrá hacerte algunas preguntas. De hecho, puede que muchas. Tú

limítate a respondérselas. ¿De acuerdo, cariño?

Era la primera vez que me llamaba «cariño».

—Sí, por supuesto —respondí, y nos plantamos delante del edificio de ladrillo, y vi que todas las ventanas estaban cubiertas con papel cuadriculado.

Había una puerta a nivel de calle, entre dos cubos de basura, y cuando el Padre y Josie llegaron a ella, se volvieron para esperarnos, como si fuera la Madre quien debiese liderar la comitiva. Al percatarse de eso, me soltó el brazo y avanzó sola hasta la puerta. Se detuvo delante, muy quieta durante unos segundos, y pulsó el timbre.

—Henry —dijo por el interfono—. Ya estamos aquí.

El interior de la casa del señor Capaldi era completamente diferente del exterior. En la Sala Principal, los suelos eran casi del mismo blanco roto que las enormes paredes. Las potentes luces del techo nos iluminaban con tal intensidad que era difícil alzar la vista sin quedarse deslumbrada. Había pocos muebles para un espacio tan amplio; un sofá grande y negro y delante de él una mesa baja en la que el señor Capaldi había dejado dos cámaras y sus objetivos. La mesa baja, como el Expositor Móvil de Cristal de nuestra tienda, disponía de ruedecillas para poder desplazarla.

—Henry, no queremos que Josie se fatigue —dijo la Madre—. ¿Podemos empezar ya?

—Por supuesto. —El señor Capaldi señaló la esquina más alejada, donde había dos gráficos colgados de la pared, uno al lado del otro. Vi en cada uno de ellos un montón de líneas que se entrecruzaban en varias direcciones. Delante de los gráficos había una liviana silla metálica y un foco sobre un trípode. En ese momento el foco sobre el trípode no estaba encendido y esa esquina de la sala resultaba sombría y solitaria. Josie y la Madre la miraron con aprensión y el señor Capaldi, que acaso se percató de ello, tocó algo en la mesa

baja y el foco del trípode se encendió e iluminó con su resplandor toda la esquina, creando nuevas sombras.

—Esto va a ser muy relajado —aseguró el señor Capaldi. Era calvo y lucía una barba que casi le tapaba la boca. Calculé que tendría cincuenta y dos años. Su rostro estaba siempre al borde de la sonrisa—. No va a ser nada estresante. De modo que, si Josie está lista, vamos a empezar. Josie, ¿me acompañas?

—Henry, espera —dijo la Madre, y su voz reverberó en la sala—. Querría ver primero el retrato. Ver cómo de avanzado lo llevas.

—Por supuesto —replicó el señor Capaldi—. Aunque tienes que entender que está en proceso de creación. Y no siempre es fácil para una persona lega comprender cómo las obras van tomando forma poco a poco.

—Aun así, me gustaría echarle un vistazo.

—Ahora mismo te lo enseño. De hecho, Chrissie, ya sabes que no necesitas mi permiso para verlo. Aquí tú eres la jefa.

—Me da un poco de miedo —dijo Josie—, pero yo también querría verlo.

—No, no, cariño. Le prometí al señor Capaldi que tú no lo verías todavía.

—Estoy de acuerdo con tu madre —dijo el señor Capaldi—. Si no te importa, Josie, la experiencia me dice que, si el modelo ve su retrato demasiado pronto, las cosas tienden a complicarse. Necesito que sigas posando de la manera más desinhibida posible.

—¿Desinhibida con respecto a qué exactamente? —preguntó el Padre, alzando la voz, que retumbó en la sala. Seguía llevando la gabardina puesta, pese a que el señor Capaldi le había invitado dos veces a colgarla de una de las perchas de la entrada. Se había acercado a los gráficos y los estaba estudiando con el ceño fruncido.

—Lo que quiero decir, Paul, es que si el modelo, en este caso Josie, toma demasiada conciencia de sí mismo, puede empezar a posar de un modo artificioso. Solo me refería a eso.

El Padre siguió mirando los gráficos de la pared. Hasta que negó con la cabeza con idéntico gesto al que había hecho en el coche.

—¿Henry? —dijo la Madre—. ¿Puedo ir ya a tu estudio? ¿Para ver lo que has estado haciendo?

—Por supuesto. Sígueme.

El señor Capaldi condujo a la Madre hasta una escalera metálica que llevaba a una entreplanta. Observé por los espacios entre los escalones cómo ascendían sus pies. Al llegar a la entreplanta, el señor Capaldi pulsó un teclado junto a una puerta de color violeta, se oyó un breve zumbido y ambos entraron.

La Puerta Violeta se cerró tras ellos y yo me dirigí al sofá negro en el que estaba sentada Josie. Quise hacer un comentario gracioso para ayudarla a relajarse, pero el Padre se me adelantó y se puso a hablar desde la esquina iluminada.

—Supongo, animalito, que la idea es que te fotografiará delante de los gráficos. —Se acercó a ellos—. Mira. Hay medidas marcadas a lo largo de cada línea.

—¿Sabes, papá? —dijo Josie—. Mamá nos dijo que te parecía bien acompañarnos hoy. Pero quizá no ha sido muy buena idea. Nos podríamos haber visto en algún otro sitio. Haber hecho algo diferente.

—No te preocupes, haremos alguna cosa después. Algo más interesante que esto. —Se volvió y le sonrió con cariño—. Este retrato… Digamos que se termina de una vez. Lo que me fastidia es que yo no lo podré tener. Porque mamá lo querrá para ella.

—Podrás venir a verlo siempre que quieras —aseguró Josie—. Será tu excusa para venir más a menudo.

—Escucha, Josie, lo siento. Siento cómo ha ido todo. Ojalá pudiera pasar más tiempo contigo. Mucho más tiempo.

—No pasa nada, papá. Ahora las cosas van bien. Eh, Klara, ¿qué te parece mi padre? No está tan loco, ¿verdad?

—Ha sido un gran honor conocer al señor Paul.

El Padre siguió mirando los gráficos como si yo no hubiera hablado y señaló con el dedo un detalle. Cuando por fin se volvió hacia mí, su mirada ya no era la de alguien sonriente.

—Encantado de conocerte, Klara —dijo. Y miró a Josie—: Te propongo una cosa, animalito. Acabemos lo antes posible con todo esto. Y después tú y yo solos podemos ir a algún lado a comer algo. Estoy pensando en un sitio que te encantaría.

—Sí, por supuesto. Si mamá y Klara están de acuerdo.

Se volvió para mirar por encima del hombro y, justo en ese momento, la Puerta Violeta de la entreplanta se abrió y apareció el señor Capaldi. Se volvió hacia el estudio y a través de la puerta dijo:

—Puedes quedarte todo el tiempo que quieras. Yo voy a ver a Josie.

Oí la voz de la Madre diciendo algo y después también ella salió al entrepiso. Había perdido su habitual postura erguida y el señor Capaldi le tendió la mano, como dispuesto a sostenerla si se desplomaba.

—Chrissie, ¿estás bien?

La Madre pasó por delante del señor Capaldi empujándolo un poco y bajó por la escalera, agarrándose a la barandilla. A mitad de camino, se detuvo para echarse el cabello hacia atrás y siguió bajando.

—Bueno, ¿qué te ha parecido? —le preguntó Josie con mirada ansiosa.

—Está bien —dijo la Madre—. Quedará bien. Paul, si quieres verlo, puedes subir.

—Tal vez de aquí un rato —dijo el Padre—. Capaldi, le agradecería que hoy terminase rápido. Quiero llevar a Josie a tomar café y tarta.

—De acuerdo, Paul. Lo tenemos todo bajo control. Chrissie, ¿seguro que estás bien?

—Estoy bien —respondió la Madre, pero se apresuró a sentarse en el sofá negro.

—Josie —dijo el señor Capaldi—, antes de que empecemos con lo tuyo, me gustaría pedirle a Klara un pequeño favor. Tengo un sencillo encargo que hacerle. He pensado que quizá podría llevarlo a cabo mientras te tomo las fotos, ¿de acuerdo?

—Por mí no hay problema —dijo Josie—. Pero tendrás que preguntárselo a Klara.

Pero en lugar de hacerlo, el señor Capaldi se dirigió al Padre:

—Paul, quizá como colega científico estés de acuerdo conmigo. Creo que los AA tienen mucho más que ofrecernos de lo que en la actualidad les pedimos. No deberíamos tener miedo de sus capacidades intelectuales. Deberíamos aprender de ellos. Los AA tienen mucho que enseñarnos.

—Yo era ingeniero, nunca fui un *científico*. Creo que lo sabes. En cualquier caso, los AA jamás han formado parte de mi área de conocimiento.

El señor Capaldi se encogió de hombros y se llevó una mano a la barba, como para comprobar su textura. Se volvió hacia mí y dijo:

—Klara, quiero hacerte un estudio. He preparado un cuestionario. Lo tengo ahí arriba, en la pantalla, listo para empezar. Si te parece bien completarlo, te estaría muy agradecido.

Antes de que pudiera responder nada, la Madre añadió:

—Es una buena idea, Klara. Así tendrás algo que hacer mientras Josie posa.

—Por supuesto. Estaré encantada de ayudar.

—¡Gracias! No es nada difícil, te lo prometo. De hecho, Klara, lo que me gustaría es que no hicieses ningún esfuerzo especial. Funcionará mejor si respondes con espontaneidad.

—Entendido.

—No son ni siquiera preguntas como tales. Pero ¿por qué no subimos y te lo enseño? Queridos, Josie, no nos llevará ni un minuto. Instalo a Klara y bajo de inmediato. Josie, hoy tienes buen aspecto. Klara, por aquí.

Pensé que tal vez me conduciría también hacia la Puerta Violeta, pero fuimos en la dirección opuesta, hasta otra escalera metálica que ascendía al otro lado del entrepiso. Primero subió el señor Capaldi y yo le seguí, pisando con cuidado cada escalón. Cuando miré hacia abajo, vi que Josie, la Madre y el Padre nos miraban, la

Madre todavía sentada en el sofá negro. Saludé a Josie, pero abajo nadie se inmutó. De pronto Josie gritó:

—¡Pórtate bien, Klara!

—Klara, por aquí, por favor. —El entrepiso era estrecho y el suelo era del mismo metal oscuro que la escalera. El señor Capaldi mantenía abierta una puerta acristalada que daba acceso a una habitación más pequeña incluso que el baño de la habitación de Josie y en la que destacaba una silla acolchada de oficina encarada hacia una pantalla—. Por favor, siéntate ahí. Lo tienes todo preparado.

Me senté, con una pared blanca pegada al hombro. Debajo de la pantalla había una estrecha repisa con tres mandos.

La habitación no era lo bastante grande como para que también el señor Capaldi pudiera entrar, de modo que la puerta acristalada permaneció abierta mientras me daba las instrucciones, inclinándose hacia delante en algunos momentos para toquetear los mandos. Yo le escuchaba con mucha atención, pese a que me di cuenta de que abajo la Madre y el Padre se habían vuelto a enzarzar en una discusión tensa. Por encima de las palabras del señor Capaldi, oí a la Madre diciendo:

—Paul, nadie te obliga a quedarte.

—No es consistente —replicó el Padre—. Lo único que hago es señalar la inconsistencia de todo esto.

—No intento ser consistente. Lo único que hago es tratar de encontrar un camino hacia delante para nosotros. Paul, ¿por qué lo haces más difícil de lo que ya es de por sí?

A mi lado, el señor Capaldi se rio, dejó de darme instrucciones y comentó:

—Oh, vaya. ¡Me parece que será mejor que baje y haga de árbitro! Klara, ¿te ha quedado todo claro?

—Gracias. Todo está muy claro.

—Me alegro. Si algo te desconcierta, por favor avísame.

Cuando cerró la puerta me golpeó en el hombro; se veía lo suficiente a través del cristal para poder seguir el descenso del señor

Capaldi al piso inferior. Después dejé que mis ojos vagaran más allá, a través del aire. Hasta el entrepiso del lado opuesto y la Puerta Violeta por la que hacía un momento había aparecido la Madre.

Empecé a completar el cuestionario del señor Capaldi. De vez en cuando aparecían preguntas escritas en la pantalla. En otros momentos eran diagramas en movimiento o la pantalla se oscurecía y de los altavoces brotaban sonidos con varias capas. De pronto aparecía un rostro —de Josie, de la Madre, de un desconocido— y de inmediato desaparecía. Al principio bastaban respuestas cortas de unos doce dígitos y símbolos, pero a medida que las preguntas se hacían más complejas, tuve que dar respuestas más largas, algunas de más de cien dígitos y símbolos. Durante todo ese rato, las voces procedentes de abajo siguieron expresándose en un tono tenso, pero con la puerta acristalada cerrada ya no entendía lo que decían.

A mitad de mi tarea, percibí movimiento tras el cristal y vi en el lado opuesto del entrepiso al señor Capaldi conduciendo al Padre hacia allí. Continué con mi tarea, pero una vez comprendido su propósito principal, ya no necesitaba prestar tanta atención y pude observar al Padre, que se reajustaba nervioso la gabardina mientras se acercaba a la Puerta Violeta. Me daba la espalda y yo miraba a través de un cristal esmerilado, de modo que no podría asegurarlo, pero me pareció que se sintió repentinamente enfermo.

Sin embargo, el señor Capaldi, a su lado en la entreplanta, parecía del todo despreocupado y siguió sonriendo y hablando muy animado. Acercó la mano al teclado junto a la Puerta Violeta. Desde el interior de mi cubículo no pude oír el zumbido del desbloqueo, pero la siguiente vez que miré hacia allí, el Padre se había metido en la habitación y el señor Capaldi estaba apoyado en el marco de la puerta comentándole algo. A continuación vi que el señor Capaldi se echaba de manera repentina hacia atrás y el Padre salía y, aunque no podía estar segura al ver la escena a través del cristal esmerilado, ya no parecía enfermo sino recargado de una nueva energía. No parecía importarle haber casi golpeado al señor Capaldi al salir y bajó por la escalera metálica a toda velocidad. El señor Capaldi se

quedó mirándolo, negó con la cabeza, como haría un padre cuando un hijo tiene un berrinche en una tienda, y cerró la Puerta Violeta.

Las imágenes de la pantalla ahora se sucedían a mayor velocidad, pero mi tarea seguía siendo obvia y, tras varios minutos sin desconcentrarme, entreabrí la puerta acristalada que tenía al lado. Entonces pude oír con más claridad las voces del piso inferior.

—Paul, lo que estás recalcando —decía el señor Capaldi— es que el trabajo que hacemos nos etiqueta. Es esto lo que quieres decir, ¿no es así? Nos etiqueta y, a veces, nos etiqueta de manera injusta.

—Capaldi, lo que dice es una manera muy hábil de manipular mis palabras.

—Paul, por favor —dijo la Madre.

—Capaldi, lo siento si suena maleducado. Pero ¿puedo hablar con sinceridad? Creo que está tergiversando de forma deliberada lo que he dicho.

—No, Paul, no se trata de esto para nada. Siempre hay decisiones éticas en relación con cualquier trabajo. Eso es cierto, tanto si uno recibe una remuneración por él como si no.

—Es muy considerado por su parte, Capaldi.

—Vamos, Paul —intervino de nuevo la Madre—. Henry se limita a hacer lo que le hemos pedido. Ni más ni menos.

—Capaldi, perdón, *Henry*, no me extraña que a un tipo como tú le cueste entender lo que estoy diciendo.

Eché hacia atrás la silla moviéndola con sus ruedecillas, me levanté, abrí la puerta acristalada y salí a la entreplanta. A esas alturas ya había establecido que la entreplanta formaba un circuito rectangular continuo que recorría las cuatro paredes. Me pegué a la pared blanca y me puse a caminar con cuidado para que mis pasos no provocasen ruidos en el suelo metálico ni creasen sombras oscilantes en el piso inferior. Llegué hasta la Puerta Violeta sin que nadie se diera cuenta y tecleé el código que había visto teclear ya dos veces. Se oyó el habitual zumbido metálico breve, pero tampoco llamó la atención de ninguna de las personas de abajo. Entré en el estudio del señor Capaldi y cerré la puerta.

La sala tenía forma de L, la parte que tenía ante mí giraba en una esquina hacia una extensión que se salía de los límites de la estructura del edificio. Frente a esa esquina había dos mesas pegadas cada una a una pared, repletas de moldes, tejidos, pequeñas cuchillas y herramientas. Pero no disponía de tiempo para entretenerme con eso y me dirigí directamente a la esquina, sin olvidar que debía caminar con cuidado, porque el suelo seguía siendo metálico.

Giré en la esquina en forma de L y me encontré ante Josie, suspendida en el aire. No estaba muy elevada —tenía los pies a la altura de mis hombros—, pero como estaba inclinada hacia delante, con los brazos abiertos y los dedos de las manos extendidos, parecía congelada en plena caída. Varios haces de luz la iluminaban desde diversos ángulos, dejándola completamente expuesta. El rostro era muy parecido al de la auténtica Josie, pero como no había en la mirada ningún tipo de sonrisa, la curvatura hacia arriba de la comisura de los labios le daba una expresión que no había visto nunca en ella. En el rostro había decepción y miedo. La ropa no era ropa de verdad, sino que estaba hecha de fino papel de seda que imitaba una camiseta en la parte superior del cuerpo y unos holgados pantalones cortos en la inferior. El papel de seda era amarillo claro y traslúcido, y bajo la intensa luz hacía que los brazos y las piernas de Josie pareciesen más frágiles. Llevaba el cabello recogido igual que lo llevaba la auténtica Josie cuando estaba enferma, y ese era el detalle menos convincente; el cabello estaba fabricado con una sustancia que jamás había visto en ningún AA, y estaba convencida de que a Josie le parecería horroroso.

Una vez visto aquello, mi intención era volver al cubículo antes de que alguien se percatase de mi desaparición. Retrocedí con cuidado, pasé junto a las dos mesas y entreabrí la Puerta Violeta. Emitió el habitual zumbido, pero por las voces de abajo que siguieron hablando deduje que nadie lo había oído. También me di cuenta de que la tensión había aumentado.

—Paul —casi gritaba la voz de la Madre—, desde el principio te has empeñado en hacer que todo esto resulte muy difícil.

—Vamos, Josie —dijo el Padre—. Vámonos de aquí. Ahora mismo.

—Pero papá…

—Josie, tenemos que marcharnos ahora. Créeme. Sé lo que estoy haciendo.

—Me parece que no —intervino la Madre, y el señor Capaldi añadió por encima de ella:

—Paul, por favor, tranquilízate. Si ha habido algún malentendido, asumo toda la responsabilidad y te pido disculpas.

—¿Cuánta información más necesitas a estas alturas? —preguntó el Padre, que ahora también gritaba, pero en su caso tal vez fuera porque se movía de un lado a otro—. Me sorprende que no nos pidas una muestra de su sangre.

—Paul, sé razonable —dijo la Madre. El Padre y Josie hablaban ahora al mismo tiempo, pero el señor Capaldi dijo por encima de ellos:

—No pasa nada, Chrissie, deja que se vayan. Deja que se vayan, no cambia nada.

—¿Mamá? ¿Por qué no me voy con papá ahora mismo? Así al menos todos dejaréis de gritar. Si me quedo aquí, esto va a ir de mal en peor.

—Cariño, no estoy enfadada contigo. Estoy enfadada con tu padre. Resulta que el niño es él.

—Vamos, animalito. Vámonos.

—Mamá, te veo después, ¿de acuerdo? Adiós, señor Capaldi…

—Deja que se marchen, Chrissie. Déjales ir.

Cuando la puerta principal se cerró tras ellos, su eco recorrió todo el edificio. Recordé en ese momento que el coche era de la Madre y me pregunté si el Padre tendría dinero para tomar un taxi que los llevara a él y a Josie a donde pretendían ir. Se me hizo un poco raro que Josie no hubiera pensado en llevarme con ella, pero la Madre seguía ahí y recordé el día que fuimos a la Cascada Morgan.

Salí a la entreplanta, ahora ya sin hacer esfuerzo alguno por ocultarme o por amortiguar mis pasos. Me apoyé en la barandilla de acero y vi que la Madre se había sentado donde había estado sentada Josie: en la silla metálica delante de los gráficos. El señor Capaldi se desplazó hasta quedar justo debajo de mí y vi su calva, pero no la expresión de su rostro. Continuó caminando lentamente hacia la Madre, como si la lentitud formara parte de su afabilidad, y se detuvo junto al foco del trípode.

—Veo que te están entrando dudas —le dijo con un tono de voz susurrante, diferente—. Deja que te diga que he visto este tipo de reacciones muchas veces. Y son los que se mantienen firmes, los que no pierden la fe, quienes salen victoriosos.

—Desde luego que me han entrado dudas.

—No debes dejarte influenciar por Paul. Recuerda, tú le has dado muchas vueltas a esto y él no. Ahora mismo Paul está hecho un lío.

—No se trata de Paul. Al infierno con Paul. Es ese… ese retrato de ahí arriba.

Mientras decía esto, alzó los ojos y me vio. Se quedó mirando las cegadoras luces del techo y entonces el señor Capaldi se dio la vuelta y también me vio. Miró interrogativamente a la Madre. La Madre siguió observándome y se llevó la mano a la frente.

—Vale, Klara —dijo por fin—. Baja.

Mientras descendía por los escalones metálicos, me despertó interés el hecho de que la Madre, en lugar de ira, mostrase inquietud. Atravesé la sala, pero me detuve a unos pasos de ellos. Fue el señor Capaldi el que habló primero.

—¿Tú qué opinas, Klara? ¿Estoy haciendo un buen trabajo?

—Se parece mucho a Josie.

—Supongo que esto es un sí. Por cierto, Klara, ¿cómo te ha ido con el test?

—Ya lo he completado, señor Capaldi.

—Pues en ese caso te agradezco la cooperación. ¿Has guardado correctamente los datos?

—Sí, señor Capaldi. Las respuestas han quedado guardadas.

Se produjo un silencio durante el cual la Madre siguió mirándome desde su silla y el señor Capaldi desde su posición junto al foco del trípode. Me di cuenta de que estaban esperando a que yo dijera algo más, así que continué:

—Es una pena que Josie y el Padre se hayan marchado. El trabajo del señor Capaldi con el retrato ha quedado temporalmente paralizado.

—No pasa nada —dijo él—. No es un contratiempo importante.

—Necesito oírlo —dijo la Madre—. Klara, necesito oír lo que piensas sobre lo que acabas de ver.

—Pido disculpas por haber examinado el retrato sin pedir permiso. Pero dadas las circunstancias, he creído que era la decisión adecuada.

—De acuerdo —dijo la Madre, y de nuevo vi que estaba más inquieta que irritada—. Pero ahora dinos qué piensas. O mejor, dinos qué crees que has visto ahí arriba.

—Hace ya tiempo que sospechaba que el retrato del señor Capaldi no era ni una pintura ni una escultura, sino un AA. He entrado en el estudio para confirmar mis sospechas. El señor Capaldi ha hecho un trabajo muy preciso imitando la apariencia exterior de Josie. Aunque quizá las caderas deberían ser un poco más estrechas.

—Gracias —dijo el señor Capaldi—. Lo tendré en cuenta. Todavía no está acabada.

De pronto la Madre inclinó la cabeza, se tapó la cara con ambas manos y dejó que el cabello le cayera sobre ellas. El señor Capaldi se volvió hacia ella con expresión preocupada, pero no se movió de donde estaba. La Madre, sin embargo, no lloraba y a través de las manos dijo con la voz amortiguada:

—Tal vez Paul esté en lo cierto, tal vez todo esto ha sido un gran error.

—Chrissie, no tienes que perder la fe.

Ella alzó la cabeza y ahora en sus ojos había rabia.

—Henry, no se trata de fe. ¿Por qué estás tan jodidamente seguro de que seré capaz de aceptar a esa AA de ahí arriba, por

muy bien hecha que esté? Con Sal no funcionó, ¿por qué va a funcionar con Josie?

—Lo que hicimos con Sal no tiene ni punto de comparación. Chrissie, ya hemos hablado de esto. Con Sal construimos una muñeca. Una muñeca para el duelo, nada más. Desde entonces hemos avanzado muchísimo. Tienes que entender esto: la nueva Josie no será una imitación. Será de verdad Josie. Una continuación de Josie.

—¿De verdad pretendes que me lo crea? ¿Tú te lo crees?

—Sí que me lo creo. Lo creo con toda mi alma. Me alegro de que Klara haya entrado ahí a mirar. Ahora la vamos a necesitar a bordo, hace tiempo que la necesitábamos. Porque Klara será la que marque la diferencia. Marcará una diferencia muy muy importante a partir de ahora. Chrissie, tienes que mantener la fe. No puedes tirar la toalla ahora.

—Pero ¿voy a ser capaz de seguir creyendo en esto? ¿Cuando llegue el día lo conseguiré?

—Disculpe —dije—. Me gustaría decir que hay una posibilidad de que no llegue a necesitar a la nueva Josie. La actual puede curarse. Creo que hay una verdadera posibilidad de que suceda. Necesitaré, eso sí, la oportunidad, la ocasión para conseguirlo. Pero como la veo tan angustiada, por eso se lo quiero comentar ahora. De todos modos, si en algún momento llega el triste día en que Josie fallezca, yo contribuiré con todo lo que esté en mi mano. El señor Capaldi tiene razón. No será como la última vez con Sal, porque esta vez estaré yo para ayudar. Ahora entiendo por qué me ha estado pidiendo que observase y aprendiese todo sobre Josie. Espero que ese día tan triste no llegue nunca, pero si llega, pondré en práctica todo lo que he aprendido para entrenar a la nueva Josie de ahí arriba para que sea lo más parecida posible a la antigua.

—Klara —dijo la Madre con un tono de voz más firme, y de pronto se fragmentó en varios bloques, en muchos más que en el Apartamento del Amigo cuando llegó el Padre. En muchos de los bloques sus ojos estaban entrecerrados, mientras que en otros

estaban muy abiertos y eran enormes. En uno de los bloques todo el espacio lo ocupaba un único globo ocular que me miraba. Veía partes del señor Capaldi en los bordes de alguno de los bloques, de modo que me percaté de que había alzado la mano en un gesto difuso—. Klara —estaba diciendo la Madre—, has hecho las deducciones correctas. Y me alegra haber oído lo que acabas de decir. Pero tienes que saber una cosa.

—No, Chrissie, todavía no.

—¿Por qué no? ¿Por qué demonios no? Tú mismo acabas de decir que necesitamos a Klara. Que ella es quien va a marcar la diferencia.

Se produjo un momento de silencio, hasta que el señor Capaldi dijo:

—De acuerdo. Si es lo que quieres, cuéntaselo.

—Klara —dijo la Madre—. Hoy hemos venido aquí por un motivo. No para que Josie posara más. Hemos venido por ti.

—Lo entiendo —dije—. He entendido el motivo del test. Era para comprobar hasta qué punto conozco bien a Josie. Hasta qué punto entiendo por qué toma sus decisiones y cuáles son sus sentimientos. Creo que los resultados demostrarán que estoy capacitada para entrenar a la Josie de ahí arriba. Pero, repito, es un error abandonar toda esperanza.

—No, todavía no lo entiendes —dijo el señor Capaldi. Pese a que lo tenía delante, su voz parecía provenir de los márgenes de mi campo de visión, porque lo único que seguía viendo eran los ojos de la Madre—. Chrissie, permíteme que se lo explique. Será más fácil si lo hago yo. Klara, lo que te pedimos no es que entrenes a la nueva Josie. Te pedimos que te *conviertas* en ella. Esa Josie que has visto ahí arriba, como habrás podido comprobar, está vacía. Si llega el día, espero que no sea así, pero si llega, queremos que ocupes a esa Josie de ahí arriba con todo lo que has aprendido.

—¿Quieren que la ocupe?

—Chrissie te eligió con sumo cuidado pensando en eso. Creyó que eras la mejor equipada para descifrar a Josie. No solo

superficialmente, sino de manera profunda, en su totalidad. Descifrarla hasta que no haya ninguna diferencia entre la primera y la segunda Josie.

—Henry te lo está contando —intervino la Madre, que de pronto ya no estaba fragmentada— como si lo hubiéramos planeado todo minuciosamente desde el principio. Pero no fue así. Yo ni siquiera sé si alguna vez llegué a creerme que todo esto acabaría funcionando. Tal vez en algún momento lo hice. Pero al ver ese retrato de ahí arriba ya no estoy tan segura de seguir creyéndolo.

—De manera, Klara, que ya ves lo que te estamos pidiendo —dijo el señor Capaldi—, no se te pide que tan solo imites el comportamiento externo de Josie. Lo que te pedimos es que le des continuidad para Chrissie. Y para todos los que quieren a Josie.

—Pero ¿eso va a ser posible? —preguntó la Madre—. ¿Va a poder dar continuidad a Josie para mí?

—Sí, va a poder hacerlo —respondió el señor Capaldi—. Y ahora que Klara ha completado el test ahí arriba, podré darte la prueba científica de que es así. La prueba de que va muy bien encaminada en su asimilación de los impulsos y deseos de Josie. El problema, Chrissie, es que tú eres como yo. Los dos somos unos sentimentales. No podemos evitarlo. Nuestra generación todavía arrastra los viejos sentimientos. Una parte de nosotros se niega a abandonarlos. La parte que quiere seguir creyendo que hay algo inasible en el interior de cada uno de nosotros. Algo único, que no puede ser transferido. Pero ahora sabemos que no hay nada de eso. Tú lo sabes. Para la gente de nuestra edad es difícil de asumir. Pero debemos asumirlo, Chrissie. No hay nada ahí. Nada en el interior de Josie que sea inasible para las Klaras de este mundo. La segunda Josie no será una copia. Será exactamente la misma y tendrás todo el derecho a quererla como quieres ahora a Josie. No hace falta tener fe. Solo ser racional. Yo tuve que hacerlo, al principio fue duro, pero ahora me funciona de maravilla. Y lo mismo te sucederá a ti.

La Madre se levantó y se puso a caminar por la sala.

—Tal vez tengas razón, Henry, pero estoy demasiado agotada para seguir pensando en esto. Y necesito hablar con Klara, con ella a solas. Siento que Paul haya armado tanto lío. —Fue a recoger el bolso del perchero de la entrada.

—Me alegro de que Klara ya esté informada —dijo el señor Capaldi—. De hecho, me siento aliviado. —Iba siguiendo a la Madre, como si no quisiera quedarse solo—. Klara, los resultados del test mostrarán en qué puntos es posible que tengas que esforzarte todavía un poco más. Pero me alegro de que ya podamos hablar de esto con franqueza.

—Vamos, Klara. Vámonos.

—Entonces, Chrissie, ¿seguimos adelante con esto?

—Seguimos. Pero ahora mismo necesito tomarme un descanso.

Puso la mano en el hombro del señor Capaldi y salimos por la puerta, que él se apresuró a abrirnos. Nos acompañó hasta el ascensor y nos dijo adiós con la mano cuando se cerraron las puertas.

Mientras bajábamos, la Madre sacó el rectángulo del bolso y se puso a mirarlo. Lo guardó en cuanto las puertas del ascensor se abrieron, y caminamos por el suelo de cemento agrietado en el que el Sol estaba depositando sus manchas del atardecer a través del alambre de espino. Yo pensaba que tal vez el Padre y Josie estuvieran esperándonos, pero allí no había nadie, tan solo la sombra de un árbol que caía sobre el coche de la Madre y los ruidos de la ciudad alrededor.

—Klara, cariño, sube delante.

Sin embargo, cuando estuvimos sentadas una al lado de la otra, contemplando por el parabrisas la señal de prohibido aparcar, la Madre no arrancó el motor. Miré el edificio del señor Capaldi, las manchas del Sol en la fachada y en la escalera de incendios, y me pareció curioso que el edificio estuviera tan sucio por fuera. La Madre volvía a consultar su rectángulo.

—Han ido a una hamburguesería. Josie dice que está bien. Y que su padre también lo está.

—Espero que se lo estén pasando bien.

—Tengo varias cosas que comentarte. Pero primero salgamos de aquí.

Cuando salimos del patio hacia la calle, tuvimos que detenernos para dejar pasar a una señora que se cruzó en nuestro camino en una bicicleta con cesta. Unos minutos después, volvimos a detenernos ante un semáforo, pese a que no había ningún otro coche a la vista. En cuanto cambió de color, arrancamos y pasamos junto a un enorme edificio marrón un poco retirado de la acera y sin ninguna ventana, pero que tenía una enorme chimenea central, y a continuación pasamos bajo un puente por una zona llena de sombras, charcos y chicos en monopatín. Salimos en un punto en el que había manchas del Sol junto a un edificio del que colgaba un cartel que decía «Se alquila», y poco después estábamos rodeados de peatones y en la acera por la que caminaban había pequeños árboles. Al cabo de un rato la Madre aminoró la velocidad y detuvo el coche junto a un cartel en el que se leía: «Picamos nuestra propia carne». Los otros coches nos pitaban al pasar, pero allí no había ninguna señal de prohibido aparcar. A través del parabrisas veíamos delante de nosotros otra zona bajo un puente y los coches que nos adelantaban formaban una hilera para entrar en ella.

—Este es el sitio. Están dentro. —Y añadió—: Paul tiene razón. Necesitan pasar un rato juntos de vez en cuando. Ellos dos solos. Lo necesitan. No deberíamos estar siempre con ellos. ¿Lo entiendes, Klara?

—Por supuesto.

—Josie echa de menos a su padre. Es normal. Así que vamos a quedarnos un rato sentadas aquí fuera.

Ante nosotras, el semáforo iba cambiando de color y veíamos cómo los vehículos se adentraban en la oscuridad bajo el puente.

—Todo esto tiene que haber sido una auténtica conmoción para ti —dijo—. Debes tener un montón de preguntas.

—Creo que lo entiendo.

—¡Ah! ¿Lo entiendes? ¿Entiendes lo que te estoy pidiendo? Y soy yo quien te lo pide. No Capaldi, ni Paul. Al final soy yo quien te lo pide. Yo soy la responsable. Te pido que lo hagas, porque si sucede, si vuelve a suceder, para mí no habrá otra manera de seguir adelante. Pasé por esto con Sal, pero no puedo hacerlo por segunda vez. Por eso te lo pido, Klara. Hazlo por mí. Me dijeron en la tienda que eras excepcional. Te he observado lo suficiente como para saber que tal vez sea cierto. Si pones toda la fuerza de tu mente en ello, ¿quién sabe? Puede que funcione. Y yo podré quererte.

No nos miramos, ambas contemplábamos el entorno a través del parabrisas. Por mi lado emergió del edificio Picamos Nuestra Propia Carne un hombre con un delantal que se puso a barrer la acera.

—No culpo a Paul. Tiene todo el derecho a sentirse como se siente. Después de lo de Sal, dijo que no podíamos arriesgarnos más. ¿Qué más daba si Josie no estaba mejorada? Muchos niños no lo están. Pero yo me negué a aceptarlo. Quería lo mejor para ella. Quería que tuviese una buena vida. ¿Lo entiendes, Klara? Lo intenté, y ahora Josie está enferma. Por culpa de la decisión que tomé. ¿Entiendes cómo me siento?

—Sí. Lo siento.

—Lo que te pido no es que lo sientas. Te pido que hagas lo que está en tu mano hacer. Y que entiendas lo que va a suponer para ti. Recibirás más cariño que nadie en el mundo. Quizá algún día yo empiece una nueva relación con otro hombre. ¿Quién sabe? Pero te prometo que nunca lo amaré como te amaré a ti. Serás Josie y te querré siempre por encima de todo lo demás. Así que hazlo por mí. Te pido que lo hagas por mí. Da continuidad a Josie para mí. Vamos, di algo.

—Tengo una pregunta. Si voy a dar continuidad a Josie, si voy a convertirme en la nueva Josie, ¿qué pasará con… esto? —Alcé los brazos y por primera vez la Madre me miró. Primero la cara y a continuación bajó hasta las piernas. Después apartó la mirada y dijo:

—¿Qué más da? Esto no es más que una estructura externa. Escucha, hay otra cosa que deberías tomar en consideración. Tal vez

que yo te quiera no signifique gran cosa para ti. Pero hay algo más. Ese niño, Rick. Puedo ver que significa algo para ti. No digas nada, déjame terminar. Lo que digo es que Rick adora a Josie, siempre lo ha hecho. Si das continuidad a Josie, no solo me tendrás a mí, sino también a él. ¿Qué más da que él no esté mejorado? Encontraremos el modo de vivir juntos. Lejos de… todo. Viviremos en la casa, nosotros solos, alejados de todo esto. Tú, yo, Rick y su madre, si ella quiere. Puede funcionar. Pero tienes que conseguirlo. Tienes que aprenderlo absolutamente todo de Josie. ¿Me estás escuchando, cariño?

—Hasta hoy —dije—, hasta ahora mismo, creía que mi tarea consistía en salvar a Josie, conseguir que se pusiera bien. Pero tal vez esta sea una mejor solución.

La Madre se giró poco a poco en su asiento, extendió los brazos y me abrazó. Había entre nosotras algunas partes del equipamiento del coche que nos separaban, de modo que le fue complicado abrazarme con fuerza. Pero tenía los ojos cerrados igual que cuando ella y Josie se mecían durante un largo abrazo, y sentí que me llegaba su cariño.

A los coches que querían pasar por debajo del puente les incordiaba la presencia del coche de la Madre, que tenían que rodear. Muchos me lanzaban miradas nada amistosas al pasar junto a nosotras, pese a que era obvio que yo era una pasajera y por tanto no la responsable de la situación.

Mi preocupación, sin embargo, no eran los coches que pasaban ni sus poco amistosos conductores, sino lo que estaba sucediendo en el interior del Picamos Nuestra Propia Carne. De no haber tenido la mente momentáneamente ocupada por las palabras de la Madre y su abrazo, hubiese podido disuadirla de entrar allí. Pero en cuanto concluyó el abrazo —y pese a sus comentarios acerca de que Josie y el Padre necesitaban pasar tiempo juntos a solas—, desapareció en un instante de mi lado y cerró con un portazo la puerta del coche.

A medida que discurrían los minutos, fui rememorando los momentos de tensión en el edificio del señor Capaldi y me pregunté si, pese a la intromisión que supondría, mi entrada en el Picamos Nuestra Propia Carne no sería lo más recomendable para evitar que nuevas escenas similares perturbasen a Josie. Pero antes de que pudiese tomar la decisión, vi aparecer al Padre en la acera de enfrente. Apuntó con la llave electrónica hacia el coche, pero como no sucedió nada, la examinó y volvió a intentarlo. Esta vez oí a mi alrededor unos chasquidos liberadores —la Madre debía haberme dejado encerrada— y el Padre cruzó sorteando el tráfico y entró rápidamente en el coche. Se acomodó en el asiento del conductor, pero apenas me miró, porque fijó los ojos en la zona bajo el puente. Apoyó una mano en el volante y se puso a repiquetear con los dedos.

—Es increíble que todavía conserve este coche —dijo—. La ayudé a elegirlo. Ella estaba enamorada de un coche alemán, pero la convencí de que este era más fiable. Bueno, parece que no me equivoqué. Al menos, le ha durado más que yo.

—Como el señor Paul es ingeniero —comenté— debe tener muy buen ojo para ayudar a elegir coches.

—En realidad no. Los motores de coche no eran mi especialidad. —Continuó toqueteando el volante, ahora con cierta tristeza.

—¿Josie y la Madre también van a salir enseguida? —pregunté.

—¿Qué? Oh, no. No van a salir ahora. Creo que van a tardar en hacerlo. —Y añadió—: De hecho, Chrissie me ha sugerido que me dé una vuelta con el coche. Me quiere mantener alejado mientras habla con Josie. —Ahora parecía menos enojado que en el edificio del señor Capaldi; en realidad, se lo veía casi abstraído—. Si te soy sincero, no me ha disgustado ver entrar a Chrissie. Pensarás que no me ha gustado que nos interrumpiese de ese modo. Pero la verdad es que Josie y yo no estábamos manteniendo lo que podríamos considerar una conversación liviana. De hecho, yo estaba en apuros. Escucha —por fin me miró—, siento haberme comportado mal

contigo. Tengo la sensación de que puedo haber parecido maleducado.

—Por favor, no se preocupe. Ahora entiendo muy bien por qué el señor Paul ha sido reticente a saludarme con efusión.

—La verdad es que nunca se me ha dado muy bien esto de relacionarme con los de tu tipo. Tienes que disculparme. No, la verdad es que no me ha importado que Chrissie nos interrumpiese. Porque Josie me estaba haciendo preguntas incómodas y yo no tenía ni idea, ni la más remota idea, de cómo responderle. Josie no tiene un pelo de tonta. —Volvió a mirar hacia la parte inferior del puente y siguió repiqueteando con los dedos en el volante—. Después de esta visita, quería que dispusiéramos de un rato para relajarnos. Un café, algo para comer. Pero entonces empieza a hacerme preguntas: si, tal como le digo, el señor Capaldi nos está ayudando, ¿por qué lo detesto tanto?

—¿Y qué ha contestado el señor Paul?

—Siempre he sido un desastre mintiéndole. De modo que supongo que, ya sabes, he empezado a decir vaguedades. Pero he visto que me estaba calando. Y justo entonces ha entrado Chrissie.

—¿Josie sospecha lo del… lo del plan? El que se llevará a cabo si fallece.

—No lo sé. Tal vez lo sospeche, aunque no se atreve a indagar más. Pero no es tonta, como demuestran sus preguntas. Que por qué me oponía tanto a que alguien le hiciera un retrato. Bueno, pues dejemos que sea Chrissie la que se lo responda. —De pronto metió la llave en el contacto—. Nos han pedido que nos larguemos durante un rato. Hasta, para ser precisos —consultó el reloj—, las cinco cuarenta y cinco. A esa hora nos encontraremos en el restaurante de *sushi*. Al parecer, todos. Josie, Chrissie y también los vecinos. De modo que, a menos que quieras pasarte una hora en un coche aparcado, sugiero que demos una vuelta.

Encendió el motor, pero la cola de coches era ahora tan larga que no pudimos movernos. Me puse el cinturón de seguridad y esperé. El

semáforo que teníamos delante cambió de color y el coche dio una sacudida y se puso en movimiento.

A nuestro alrededor se movían manchas de luces y sombras, hasta que emergimos de debajo del puente a una avenida con altos edificios marrones. Pasamos junto a una enorme criatura con numerosas extremidades y ojos, y mientras la observaba, apareció en su centro una grieta. Mientras se dividía, me di cuenta de que se trataba en realidad de dos personas diferentes —un corredor y una mujer que paseaba un perro— moviéndose en direcciones opuestas, que por un momento se habían cruzado. Después vi una tienda con un cartel en el que se leía «Servimos comida para llevar» y delante de ella, en la acera, había una gorra de béisbol abandonada.

—¿Quieres que te lleve a algún sitio en especial? —me preguntó el Padre—. Josie me ha dicho algo de tu antigua tienda. Me ha comentado que hoy hemos pasado por delante.

En cuanto oí la pregunta, tuve clara la oportunidad que se me presentaba y exclamé, tal vez alzando en exceso la voz:

—¡Oh, sí! —Me controlé y añadí bajando el tono—: Si no le importa, me gustaría mucho.

—Me ha dicho que, por lo que parece, ya no está en la antigua ubicación. Que quizá la han trasladado.

—No estoy segura. Aun así, si el señor Paul nos acerca a la zona, me haría muy feliz.

—Muy bien. Tenemos tiempo de sobra.

En el siguiente cruce giró a la derecha y mientras lo hacía dijo:

—Me pregunto cómo se las apañará. De qué estarán hablando en estos momentos. Quizá se las ha ingeniado para cambiar de tema.

Ahora el tráfico era más denso y avanzábamos con lentitud detrás de otros vehículos. El Sol era visible a ratos, pero ya estaba bastante bajo y los edificios altos a menudos impedían verlo. Las aceras estaban repletas de oficinistas que habían terminado su jornada laboral y pasamos junto a un hombre subido a una escalera

que estaba manipulando un cartel rojo resplandeciente en el que se leía «Pollo asado». Los pasos de peatones y las señales de prohibido aparcar se sucedían y noté que nos estábamos acercando a la tienda.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo el Padre.

—Sí, por supuesto.

—Creo que Josie todavía está en Babia, pero no sé tú. ¿Qué sospechabas antes? ¿De qué te has enterado hoy? Quizá no te importe contarme lo que sabes.

—Antes de visitar hoy al señor Capaldi —expliqué— sospechaba alguna cosa, pero desconocía muchas otras. Ahora, después de esta visita, entiendo la inquietud del señor Paul. Y entiendo su frialdad inicial hacia mí.

—Te vuelvo a pedir disculpas. Entonces, te lo han explicado todo. El papel que vas a desempeñar en esto.

—Sí, creo que me lo han contado todo.

—¿Y qué te parece? ¿Crees que podrás hacerlo? ¿Que podrás representar el papel?

—No será fácil. Pero creo que, si sigo observando a Josie de forma minuciosa, lo lograré.

—Permíteme que te pregunte otra cosa. Deja que te pregunte esto: ¿crees en el corazón humano? No me refiero al órgano físico, claro está. Me refiero a su sentido poético. El corazón humano. ¿Crees que existe tal cosa? ¿Algo que hace que cada uno de nosotros seamos especiales e individuales? Y si damos por supuesto que existe, ¿no crees que para asimilar a Josie tendrías que aprender no solo sus gestos particulares, sino lo que guarda en su interior profundo? ¿No tendrías que descifrar su corazón?

—Sí, sin duda.

—Y eso será difícil, ¿no te parece? Algo que puede resultar inalcanzable incluso para tus extraordinarias aptitudes. Porque una mera imitación no bastará, por perfecta que sea. Tendrás que descifrar su corazón, aprender todo de él, o jamás conseguirás convertirte en la verdadera Josie.

Un autobús público se detuvo junto a unas cajas de fruta abandonadas. Cuando el padre giró el volante para sortearlo, el coche que teníamos detrás empezó a dar furibundos bocinazos. Se oyeron más bocinazos de indignación, pero estos sonaban lejos y no iban dirigidos a nosotros.

—El corazón del que habla —dije— puede ser la parte más complicada de asimilar de Josie. Puede ser como una casa con muchas habitaciones. Aun así, una dedicada AA, con tiempo, llegará a recorrer cada una de esas habitaciones y las estudiará meticulosamente una por una hasta convertirlas en su propia casa.

El Padre pegó un bocinazo a un coche que intentaba incorporarse al tráfico desde una calle lateral.

—Pero imagina que entras en una de esas habitaciones —dijo— y descubres que dentro de ella hay otra. Y dentro de esa nueva habitación, otra más. Habitaciones dentro de habitaciones dentro de habitaciones, ¿no consistirá en eso el intento de atrapar el corazón de Josie? Por mucho que te pasees por esas habitaciones, ¿no habrá siempre otras a las que no habrás podido acceder todavía?

Reflexioné unos instantes y dije:

—Por supuesto que un corazón humano debe ser complejo. Pero tiene que tener un límite. Incluso si el señor Paul habla en un sentido poético, lo que haya que aprender tendrá un final. El corazón de Josie puede asemejarse a una casa misteriosa con habitaciones dentro de las habitaciones, pero si esa es la mejor manera de salvarla, me esforzaré al máximo. Y creo que tengo posibilidades de lograr el objetivo.

—Hmm.

Durante unos instantes avanzamos sin hablar. Hasta que, al pasar junto a un edificio con un letrero en el que se leía «Salón de manicura» y una pared con una hilera de carteles raídos, dijo:

—Según Josie, tu antigua tienda está por este barrio.

Puede que así fuera, pero los alrededores todavía no me resultaban familiares.

—El señor Paul ha hablado con mucha franqueza —dije—. Tal vez ahora me permita a mí hablarle con la misma sinceridad.

—Por supuesto.

—Mi antigua tienda no es el verdadero motivo por el que le he pedido que me traiga a este barrio.

—¿No?

—Al pasar por aquí esta mañana, no muy lejos de la tienda, nos cruzamos con una máquina. La estaban utilizando los que arreglan calles y estaba creando una Polución tremenda.

—Vale, continúa.

—No es fácil de explicar. Pero es importante que el señor Paul me crea en lo que le voy a contar. Esa máquina debe ser destruida. Ese es el verdadero motivo por el que le he pedido que me traiga hasta aquí. Tiene que estar por aquí cerca. Es fácil de identificarla porque lleva el nombre Cootings en el costado. Tiene tres chimeneas y todas emiten una terrible Polución.

—¿Y quieres encontrar ahora esa máquina?

—Sí. Y destruirla.

—Porque genera Polución.

—Es una máquina terrible. —Me había inclinado hacia delante e iba mirando a derecha e izquierda.

—¿Y cómo pretendes destruirla exactamente?

—No estoy segura. Por eso quería ser sincera con el señor Paul. Le pido su ayuda. El señor Paul es un ingeniero experto, además de un adulto.

—¿Me estás consultando cómo destrozar una máquina?

—Pero primero debemos localizarla. ¿Puede girar en esta calle?

—No puedo girar aquí, es contradirección. A mí la polución me gusta tan poco como a ti. Pero ¿esto que pretendes no es llevar las cosas un poco demasiado lejos?

—No puedo darle más detalles. Pero el señor Paul tiene que confiar en mí. Es muy importante para Josie. Para su salud.

—¿Cómo puede esto ayudar a Josie?

—Lo siento, no puedo darle más detalles. El señor Paul tiene que confiar en mí. Si logramos localizar la máquina Cootings y destruirla, creo que eso contribuirá a que Josie se cure por completo. Y entonces ya no habrá que pensar en el señor Capaldi y su retrato, ni en si yo seré capaz de asimilar a Josie.

El Padre reflexionó unos instantes.

—De acuerdo —dijo por fin—. Al menos vamos a intentarlo. ¿Dices que la has visto por aquí esta mañana?

Seguimos avanzando y divisamos el Edificio RPO —y el Edificio de la Escalera de Incendios— que se acercaba a toda velocidad hacia nosotros. El Sol se estaba ocultando tras ellos de la manera habitual, y entonces pasamos por delante de la tienda. Volví a ver en el escaparate las botellas coloreadas y el cartelón de «Iluminación empotrada», pero estaba tan obsesionada con que no se me pasara por alto la Máquina Cootings que apenas presté atención. Cuando llegamos al paso de peatones, el Padre dijo:

—No sé si esta calle es solo para taxis. Míralos. Están por todas partes.

—Tal vez debería girar por ahí. Por favor, si es posible.

La Máquina Cootings ya no estaba donde la había visto por la mañana; seguí mirando a un lado y a otro mientras las calles me iban resultando cada vez menos familiares. De vez en cuando el Sol resplandecía con intensidad entre los edificios y me pregunté si me estaba dando ánimos o simplemente observaba y vigilaba mis progresos. Cuando giramos por una nueva calle y siguió sin haber ni rastro de la Máquina Cootings, mi creciente pánico debió de hacerse obvio, porque el Padre dijo, en un tono de voz más afable del que había utilizado hasta entonces conmigo:

—Crees en serio que con esto puedes ayudar a Josie, ¿verdad?

—Sí, sí, por supuesto.

Algo pareció cambiar en él. Se inclinó hacia delante y, tal como estaba haciendo yo, se puso a mirar a derecha e izquierda con suma atención.

—La esperanza —dijo—. Esa maldita cosa nunca te deja en paz. —Negó con la cabeza, casi con resentimiento, pero había en él una nueva fortaleza—. De acuerdo. Has dicho que es un vehículo. Y que lo usan para reparar calles.

—Tiene ruedas, pero no creo que sea exactamente un vehículo. Tienen que remolcarlo cada vez que lo trasladan. Tiene escrito el nombre Cootings en el lateral y es de color amarillo claro.

Consultó el reloj.

—Los trabajadores municipales ya deben de haber terminado la jornada de trabajo. Déjame intentar alguna cosa.

El Padre empezó a conducir con más pericia. Dejamos atrás a los demás vehículos, a los transeúntes y los escaparates, y nos metimos por calles más estrechas, con edificios sin ventanas y paredes garabateadas con letras de cómic. De vez en cuando el Padre se detenía, daba marcha atrás y giraba el volante para meterse por callejuelas y pasar avanzando muy lentamente ante pequeños solares protegidos por vallas con alambre de espino en los que había aparcados camiones y coches sucios.

—¿Ves algo?

Cada vez que yo negaba con la cabeza, él arrancaba, con una brusquedad que me hacía temer que acabaríamos golpeando una boca de incendio o la esquina de un edificio al girar. Miramos en más solares y en una ocasión atravesamos una verja entreabierta pese a que de ella colgaba un cartel que decía «Terminantemente prohibida la entrada», y dimos una vuelta por un solar repleto de vehículos, cajas apiladas y, al fondo, una grúa de la construcción. Pero la Máquina Cootings seguía sin aparecer, y el Padre se adentró en un decrépito vecindario con aceras resquebrajadas y transeúntes solitarios. Giró en un callejón junto a un amenazante edificio con Plantas Para Alquilar, detrás del cual había otro solar rodeado de alambre de espino.

—¡Allí, señor Paul, está allí!

El Padre frenó de golpe. El solar estaba a mi lado, de modo que aplasté la cara contra la ventanilla y, a mi espalda, el Padre se movía

en su asiento para ver mejor.

—¿Es esa de ahí? ¿La de las chimeneas?

—Sí. La hemos encontrado.

No le quité ojo a la Máquina Cootings mientras el Padre daba marcha atrás a poca velocidad. Y de nuevo detuvo el coche.

—La puerta principal de la verja tiene una cadena —dijo—. Pero esa puerta lateral de ahí…

—Sí, la puerta pequeña está abierta. Un transeúnte podría entrar a pie.

Me quité el cinturón de seguridad y me dispuse a salir, pero noté la mano del Padre en el brazo.

—Yo no entraría hasta que tengas bien claro qué pretendes hacer exactamente. Parece todo muy destartalado, pero quién sabe. Puede que haya alarmas, o algún tipo de vigilancia. Quizá no dispongas de tiempo para quedarte plantada ahí en medio pensando.

—Sí, tiene razón.

—¿Estás segura de que esta es la máquina que buscas?

—Segurísima. Desde aquí la veo con claridad y no tengo ninguna duda.

—¿Y dices que inutilizarla ayudará a Josie?

—Sí.

—¿Y cómo pretendes llevar a cabo lo que quieres hacer?

Me quedé mirando la Máquina Cootings, que habían dejado en el centro del solar, separada del resto de los vehículos aparcados. El Sol caía entre dos edificios altos situados a media distancia del solar. De momento, ninguno de los edificios bloqueaba sus rayos y los bordes de los vehículos aparcados resplandecían.

—Parezco tonta.

—No, no es tan fácil —dijo el Padre—. Y encima lo que te propones hacer es un delito.

—Sí. Sin embargo, si hubiera gente que viera lo que va a suceder desde esas ventanas altas, estoy segura de que les encantaría ver cómo se destruye la Máquina Cootings. Todo el mundo sabe que es una máquina horrible.

—Puede que sea cierto. Pero ¿cómo piensas inutilizarla?

El Padre se había apoyado en el respaldo del asiento y tenía un brazo muy relajado sobre el volante; intuí que él ya sabía cómo llevarlo a cabo, pero por algún motivo no me lo decía.

—El señor Paul es un ingeniero experto —dije, volviéndome para mirarlo—. Esperaba que se le ocurriría algo.

Pero el Padre siguió contemplando el solar a través del parabrisas.

—No se lo he podido explicar a Josie en el café —dijo—. No le he podido explicar por qué detesto tanto al señor Capaldi. Por qué no soy capaz de comportarme de un modo civilizado ante él. Pero me gustaría intentar explicártelo a ti, Klara. Si no te importa.

Su cambio de tema me fastidió mucho, pero, deseosa de no perder su disposición a colaborar, no dije nada y esperé.

—Creo que detesto a Capaldi porque en el fondo sospecho que puede tener razón. Que lo que dice podría ser cierto. Que la ciencia actual ha probado, más allá de toda duda, que no hay nada único en mi hija, nada que los instrumentos de nuestra ciencia moderna no puedan extraer, copiar y transferir. Que los seres humanos llevan viviendo juntos muchísimo tiempo, siglos, amándose y odiándose, y resulta que todo se basaba en una premisa errónea. Una suerte de superstición que hemos ido manteniendo mientras nuestros conocimientos no iban más allá. Así es como lo ve el señor Capaldi, y hay una parte de mí que teme que esté en lo cierto. Por otro lado, Chrissie no es como yo. Puede que todavía no lo sepa, pero jamás se dejará convencer. Klara, si llega el momento, dará igual lo bien que interpretes tu parte, lo mucho que ella desee que funcione, Chrissie será incapaz de aceptarlo. Es demasiado… chapada a la antigua. Aunque sepa que su actitud va en contra de la ciencia y las matemáticas, será incapaz de asumirlo. No podrá dar un paso tan grande. Yo, en cambio, soy distinto. Poseo… una suerte de frialdad de la que ella carece. Tal vez se deba a que soy un ingeniero experto, tal como tú has dicho. Por eso me resulta tan difícil comportarme de manera civilizada con gente como Capaldi. Cuando

hacen lo que hacen y dicen lo que dicen, tengo la sensación de que me están quitando lo que para mí es lo más precioso de la vida. ¿Entiendes lo que estoy diciendo?

—Sí. Entiendo los sentimientos del señor Paul. —Me quedé unos segundos en silencio y continué—: Por todo lo que está diciendo el señor Paul, parece todavía más importante que lo que el señor Capaldi propone no tenga que llevarse a cabo nunca. Si logramos que Josie se cure, entonces ni el retrato, ni mi aprendizaje sobre ella, nada de todo esto tendrá ya ninguna importancia. De manera que vuelvo a pedírselo. Por favor, aconséjeme cómo destruir la Máquina Cootings. Tengo la sensación de que el señor Paul tiene ya una idea sobre cómo podemos hacerlo.

—Sí, es posible que se me haya ocurrido una manera. Pero esperaba que entretanto surgiera una idea más sensata. Por desgracia, parece que esto no va a suceder.

—Por favor, dígamelo. Hay algo que puede cambiar de un momento a otro y en ese caso habremos perdido la oportunidad.

—De acuerdo. Bien, pues esta es la idea. En su interior la máquina tiene que llevar una unidad Sylvester bastante grande. De calidad media. De bajo consumo y robusta, pero sin buenos filtros. Eso significa que la máquina puede soportar todo el polvo, humo y lluvia que le echen. Pero si algo digamos con un alto contenido de acrilamida se cuela en el interior del sistema, por ejemplo una solución PEG 9, no sería capaz de soportarlo. Sería como poner gasolina en un motor diésel, pero mucho peor. Si introduces ahí PEG 9 rápidamente polimerizará. El daño será irreparable.

—¿Una solución PEG 9?

—Sí.

—¿Y el señor Paul sabe dónde podemos conseguirla de manera rápida?

—Pues resulta que sí. —Se me quedó mirando y añadió—: Tú misma llevas encima cierta cantidad de PEG 9. En el interior de tu cabeza.

—Ya veo.

—Creo que está en una pequeña cavidad. Justo ahí, en la parte posterior de la cabeza, donde se conecta con el cuello. Yo no soy un experto en este tema. Seguro que el señor Capaldi sabe mucho más que yo sobre esto. Pero sospecho que puedes permitirte perder una pequeña cantidad de PEG 9 sin que afecte de manera significativa a tu bienestar.

—Si… si logramos extraer la solución de mi cabeza, ¿habrá suficiente para destruir la Máquina Cootings?

—Yo no soy experto en el tema. Pero diría que llevas aproximadamente quinientos mililitros. La mitad de esa cantidad debería bastar para inutilizar una máquina de calidad media como esa. Dicho lo cual, quiero dejar bien claro que no estoy proponiendo que tomemos ese camino. Cualquier cosa que ponga en peligro tus aptitudes pondrá en peligro el plan de Capaldi. Y Chrissie no querrá que eso suceda.

El miedo empezó a apoderarse de mi mente, sin embargo dije:

—Pero el señor Paul considera que, si logramos extraer la solución, podremos destruir la máquina.

—Eso creo, sí.

—¿Es posible que el señor Paul haya sugerido esta vía de actuación no solo para destruir la Máquina Cootings, sino también para dañar a Klara, y por tanto perjudicar el plan de Capaldi?

—Esta idea se me ha pasado por la cabeza. Pero, Klara, si realmente quisiera dañarte, creo que hay maneras más sencillas de hacerlo. La verdad es que me has vuelto a dar esperanzas. Esperanzas de que lo que dices pueda ser cierto.

—¿Cómo extraeríamos la solución?

—Haciendo una pequeña incisión. Debajo de la oreja. Cualquiera de las dos valdrá. Necesitamos un instrumento, algo con una punta o un borde afilado. Solo tenemos que seccionar la capa exterior. Debajo, bueno, debería haber una pequeña válvula que puedo aflojar y después volver a apretar con los dedos. —Mientras hablaba, se puso a rebuscar en la guantera del coche de la Madre y sacó una botella de agua de plástico—. Vale, esto servirá para recoger la

solución. Y aquí tenemos, no es lo ideal, pero tenemos un pequeño destornillador. Si afilo un poco el borde… —Dejó la frase sin terminar y alzó la herramienta para observarla—. Una vez tengamos el líquido, solo se trata de acercarse a la máquina y verterlo con cuidado por una de las boquillas. Deberíamos introducirlo por la central. Es la que probablemente conecta de forma directa con la unidad Sylvester.

—¿Perderé mis aptitudes?

—Como ya te he dicho, tu capacidad de actuación en conjunto no debería verse muy dañada. Pero no soy un especialista en el tema. Puede que se produzcan algunos efectos en tus capacidades cognitivas. Pero, dado que tu fuente de energía básica es solar, no debería afectarte de un modo significativo.

Bajó la ventanilla de su lado, sacó la botella y la vació dejando que el agua cayera al suelo.

—Klara, la decisión es tuya. Si quieres, nos marchamos de aquí. Todavía nos quedan, déjame comprobarlo, veinte minutos antes de la cita con los demás.

Me quedé mirando el solar a través de la valla de alambre de espino, tratando de controlar el miedo. La visión desde el coche se mantenía sin fragmentarse y el Sol todavía asomaba entre los dos edificios altos.

—¿Sabes, Klara? Ni siquiera sé de qué va todo esto. Pero quiero lo mejor para Josie. Igual que tú. De modo que estoy dispuesto a aprovechar cualquier oportunidad que se presente.

Me volví hacia él con una sonrisa y asentí con la cabeza.

—Sí —dije—. Vamos a intentarlo.

Sentada junto a la ventana del restaurante de *sushi*, mirando las sombras cada vez más extendidas en el exterior del teatro, me entusiasmé ante la idea de que el Sol pudiese lanzar su nutriente especial ahora mismo sobre Josie, que estaba sentada en la mesa frente a mí. Pero caí en la cuenta de lo agotado que debía de estar

el Sol —que a esas alturas solo pensaría en acabar de una vez su jornada— y de lo irrespetuoso y poco razonable que era esperar una respuesta tan inmediata. Aun así, una pequeña esperanza seguía rondándome por la cabeza y no dejaba de observar a Josie con suma atención, pero no tardé en aceptar que tendría que esperar a la mañana siguiente a primera hora.

También caí en la cuenta de que el motivo por el cual no veía muy claro a través de la ventana del restaurante era que estaba sucia, y no tenía nada que ver con lo sucedido en el solar. De hecho, pese a que el viento no dejaba de moverla, era capaz de leer el cartel de lona colocado encima de la entrada del teatro que decía: «¡Deliciosamente brillante!» Y no me suponía ninguna dificultad descifrar a la gente que iba llegando y se iba acumulando en el exterior. Cada vez llegaban más personas, se saludaban y hacían bromas. No podía oír con claridad las palabras, pero era porque nos separaba un grueso cristal, de modo que tampoco esto era indicativo de que hubiesen mermado mis facultades.

Nuestra tarea en el solar no nos había retrasado de un modo flagrante, pero para cuando el Padre y yo localizamos el restaurante de *sushi* correcto, Josie, Rick, la Madre y la señora Helen ya llevaban varios minutos sentados en la mesa junto a la ventana. El Padre saludó a todos con afabilidad, como si no hubiese habido tensión alguna en el encuentro con el señor Capaldi, pero la Madre enseguida se levantó y salió al concurrido exterior, con el rectángulo pegado a la oreja.

Una vez en la mesa, el Padre pasaba las páginas del cuaderno de Rick y emitía murmullos elogiosos. Pero me inquietaba lo silenciosa que estaba Josie, algo nada habitual en ella; y el Padre no tardó en percatarse también.

—¿Estás bien, animalito?

—Estoy bien, papá.

—Llevamos mucho tiempo fuera de casa. ¿Quieres volver al apartamento?

—No estoy cansada. No estoy enferma. Estoy bien, papá. Déjame estar aquí sentada tranquilamente.

Rick, que estaba al lado de Josie, también la miraba con preocupación.

—Eh, Josie, ¿quieres terminar esto por mí? —Se lo dijo en voz baja, casi susurrándole al oído, mientras le deslizaba el plato con lo que quedaba de su pastel de zanahoria—. Te dará energía.

—Ricky, no necesito energía. Estoy bien. Solo quiero estar aquí sentada tranquilamente, eso es todo.

El Padre observó con atención a Josie y volvió al cuaderno de Rick.

—Es muy interesante, Rick.

—Ricky, cariño —dijo la señora Helen—, se me acaba de ocurrir. Ha sido una idea estupenda traer tus esquemas. Pero tal vez sea mejor que no se los enseñes a Vance a menos que te lo pida específicamente.

—Mamá, ya hemos hablado de esto.

—Es que puede resultar inapropiado. Un poco forzado. Después de todo, se supone que solo le hacemos una visita. Que es un encuentro espontáneo.

—Mamá, ¿cómo puede ser espontáneo cuando lo has preparado al milímetro y hemos venido hasta aquí específicamente para esto?

—Cariño, lo que quiero decir es que tienes que actuar como si fuese algo espontáneo. Con Vance es la manera de que funcione. Solo si te pide de forma específica que le muestres tu trabajo…

—Mamá, ya lo he entendido. Está todo controlado.

Rick parecía tenso y quise hacer algo para darle confianza, pero estaba al otro lado de la mesa y no podía estirarme para tocarle el brazo o el hombro. El Padre volvía a mirar a Josie, pero a mí no me parecía que se encontrase mal, más bien estaba abstraída en sus pensamientos.

—Los drones no son mi especialidad —dijo el Padre al cabo de un rato—. Pero, Rick, esto es de verdad impresionante y apasionante. —Y dirigiéndose a la señora Helen añadió—: Esté o no mejorado, el

don que tiene para esto debería despertar interés. A menos que el mundo se haya vuelto *completamente* loco.

—Usted siempre me ha animado, señor Arthur —dijo Rick—. Desde que empecé con esto. Muchas de las cosas que me enseñaba usted entonces son la base de lo que ve ahora.

—Rick, es muy amable por tu parte, pero creo que inmerecido. No soy experto en tecnología de drones y dudo que te fuese de gran ayuda. Pero te agradezco el comentario.

A través de la ventana podía ver las últimas manchas del Sol del final del día sobre las mujeres con trajes negros con lazo, los empleados del teatro ataviados con chalecos que repartían folletos, las parejas con trajes resplandecientes y los músicos con pequeñas guitarras que se movían entre la multitud y de cuya música llegaban retazos a través del cristal.

—Eh, animalito. ¿Tu madre te ha dicho algo que te ha molestado? No es propio de ti estar tan callada.

—Estoy bien, papá. Es solo que no estoy de humor, ¿vale? No puedo pasarme el día entero estando radiante y divertida. Ahora me apetece estar aquí sentada en silencio.

—Paul, no sabes lo mucho que te echamos de menos —dijo la señora Helen—. ¿Hace ya cuatro años? Oh, mira, todavía sigue llegando gente. No sé a qué esperan para dejarles entrar. Hasta han cortado el tráfico. ¿Dónde está Chrissie? ¿Sigue ahí fuera?

—Yo la veo, mamá. Continúa hablando por teléfono.

—Me alegro tanto de que esté hoy con nosotros… Me tranquiliza mucho. Es una amiga estupenda. Y también os agradezco a todos vosotros vuestra presencia aquí, apoyándonos a Rick y a mí. —Paseó la mirada por la mesa y pareció poner especial empeño en incluirme en su repaso—. No voy a fingir que no estoy nerviosa. Ya casi ha llegado el momento. Y si os soy sincera, no es solo por Rick. Paul, ¿te lo he contado alguna vez? El hombre al que vamos a ver y yo mantuvimos una relación apasionada en el pasado. No fue cosa de un fin de semana o de unos meses, duró años…

—Mamá, por favor…

—Paul, si tuvieras ocasión de hablar con él, estoy segura de que descubrirías que tenéis algunas cosas en común. Por ejemplo, él también tiene inclinaciones fascistas. Siempre las ha tenido, aunque yo siempre he intentado no verlas…

—Mamá, por el amor de Dios…

—Eh, Helen, cuidado —protestó el Padre—. ¿Estás sugiriendo que yo…?

—Paul, es por lo que has dicho hace un rato, sobre tu comunidad.

—No, Helen, no puedo tolerar que digas esto. Y encima delante de los niños. Lo que he dicho antes no tiene nada que ver con el fascismo. No tenemos unos planteamientos agresivos más allá de defendernos si llega a producirse la necesidad de hacerlo. Helen, donde tú vives tal vez no tengas por qué preocuparte todavía, y espero sinceramente que siga siendo así durante mucho tiempo. Pero donde yo vivo es diferente.

—Entonces, papá, ¿por qué no te vienes a vivir con nosotras? ¿Por qué prefieres seguir instalado en un sitio lleno de bandas y armas?

El Padre parecía encantado de que, por fin, Josie participase en la conversación.

—Porque esa es mi comunidad, Josie. No es tan horrible como pueda parecer. Me gusta vivir allí. Comparto mi vida con buenas personas, y la mayoría han seguido el mismo camino que yo. Para nosotros está claro que hay muchas formas distintas de vivir una vida decente y plena.

—Papá, ¿estás diciendo que estás encantado de haber perdido tu trabajo?

—En muchos aspectos sí, Josie. Y no es que haya perdido mi trabajo. Forma parte de los cambios. Todo el mundo tiene que encontrar nuevas maneras de vivir su vida.

—Paul, te pido disculpas —dijo la señora Helen— por sugerir que tú y tus amigos sois fascistas, no debería haberlo dicho. Es solo que has comentado que sois todos blancos y provenís de las antiguas

élites profesionales. Has dicho esto. Y que tenéis que armaros para protegeros de otro tipo de gente. Lo cual suena un poco fascista…

—Helen, no pienso tolerártelo. Josie sabe que no es así, pero no quiero que te oiga decir estas cosas. Y tampoco quiero que Rick las escuche. Porque no es verdad. Donde vivo hay diferentes grupos, no lo niego. Yo no he dictado las reglas, pero el barrio se divide así de manera natural. Y si otro grupo no nos respeta, ni respeta lo que tenemos, debemos hacerles saber que tendrán que vérselas con nosotros.

—Mamá está diciendo tonterías —intervino Rick—. Es porque está nerviosa. Tenéis que disculparla.

—No te preocupes, Rick. Conozco a tu madre desde hace mucho tiempo y la quiero mucho.

—Se llama Vance —dijo la señora Helen—. El hombre al que vamos a ver. Rick y yo os agradecemos a todos que estéis aquí para darnos ánimos, pero a partir de ahora vamos a tener que afrontar esto solos. Paul, permíteme que te cuente que hubo un tiempo en que Vance estaba colado por mí. Rick, cariño, por favor no pongas esa cara. Rick no lo llegó a conocer, todo esto pasó antes de que él naciera. Oh, bueno, hubo aquella ocasión, pero eso apenas cuenta. Cuando lo veas, Rick, estoy convencida de que te preguntarás qué demonios vi en él. Pero te aseguro que años atrás era todavía más guapo que tú. Extrañamente, cuanto más éxito fue teniendo en la vida, más fue perdiendo su belleza. Ahora es rico e influyente, y tiene un aspecto horroroso. Aun así, yo intento ver en él al joven apuesto que fue entre esos pliegues de carne. Me pregunto si a él le pasará lo mismo con respecto a mí.

—¿Qué pasa ahí fuera, animalito? ¿Ves a tu madre?

—Sigue colgada del teléfono.

—Supongo que está enfadada conmigo. Es probable que no vuelva a entrar mientras yo esté aquí.

Tal vez el Padre esperaba que alguien le contradijese, pero nadie lo hizo. La señora Helen incluso arqueó las cejas y dejó escapar una risita. Y a continuación dijo:

—Rick, cariño, ya casi es la hora. Creo que deberíamos ir hacia allí.

Cuando la oí decir esto, el miedo se apoderó de mi mente. Ya no estaba segura de que los efectos de lo sucedido en el solar no estuvieran incrementándose a cada minuto que pasaba y temía que mi nuevo estado se hiciese evidente a los demás si tenía que desenvolverme en un entorno exterior con el que no estaba familiarizada.

—No sé si cuando Vance nos propuso quedar junto al teatro —estaba diciendo la señora Helen— era consciente de que habría una función a punto de empezar y una creciente multitud congregada alrededor. Deberíamos salir ya. Puede que llegue un poco antes de la hora y la multitud lo va a despistar.

Rick le puso la mano en el hombro a Josie y le preguntó en voz baja:

—Josie, ¿seguro que estás bien?

—Te juro que estoy bien. Ricky, ve y da lo mejor de ti mismo. Eso es lo que más deseo en el mundo.

—Exacto —intervino el Padre—. Y recuerda: tienes talento. Bueno, creo que deberíamos marcharnos todos.

Se levantó y, mientras lo hacía, posó su mirada sobre mí, escrutándome con más detenimiento de lo que sería razonable. De inmediato me inquietó que los demás se percatasen, pese a que la incisión quedaba por completo oculta bajo el cabello. La mirada del Padre se desvió de nuevo hacia Josie.

—Animalito, tenemos que llevarte de vuelta al apartamento. Vamos a buscar a tu madre.

Cuando salimos del restaurante de *sushi*, el Sol estaba proyectando las últimas manchas del día y abandoné toda esperanza de que pudiese enviar su ayuda especial en el poco tiempo que quedaba. Ahora oía sin obstáculos las voces de los espectadores del teatro y la música, y me percaté de que la farola junto a la entrada del teatro

se estaba convirtiendo en la principal fuente de luz. De hecho, por un momento, pensé que los espectadores intentaban colocarse en círculo alrededor de la farola siguiendo un orden preestablecido, pero de pronto la formación se dispersó y comprobé que la multitud se movía de forma azarosa.

El Padre y la señora Helen iban unos pasos por delante de mí y avanzaban hacia la multitud, mientras que Rick y Josie caminaban justo detrás de mí, tan pegados que, si de pronto me hubiera detenido, hubiesen chocado conmigo. Oí que Josie decía:

—No, Rick, después. Te lo contaré después. De momento digamos que mamá está teniendo uno de sus días raros.

—Pero ¿qué te ha dicho? ¿Qué pasa?

—Escucha, Ricky, eso ahora no es lo importante. Lo importante es ese tipo al que vas a ver y lo que le vas a decir.

—Pero te noto enfadada…

—Ricky, no estoy enfadada. Pero me voy a enfadar, y mucho, si no te centras y das lo mejor de ti mismo con ese tipo. Es importante. Importante para ti e importante para nosotros.

Había pensado que cuando dejase de verlas a través del cristal, las personas del teatro se individualizarían más. Pero ahora que estaba entre ellas, sus figuras se simplificaron, como si estuviesen esculpidas a base de conos y cilindros de cartón liso. La ropa que llevaban, por ejemplo, carecía de las habituales arrugas y pliegues, e incluso los rostros, bajo la luz de la farola, parecían moldeados a base de colocar con habilidad superficies planas en complejas superposiciones para crear el efecto de volumen.

Seguimos caminando hasta que el ruido nos envolvió. Me detuve para coger a Josie por el brazo, pero ya no estaba detrás de mí. Y aunque oía su voz diciéndole a Rick «Allí está mamá», al girarme no vi ni a Josie ni a Rick, sino la frente de una persona que se me tiraba encima. Alguien me empujó, aunque no de una forma brusca; oí la voz del Padre y al volverme otra vez los vi a él y a la señora Helen junto al codo de un desconocido. Oí al padre diciendo:

—No quería decirlo delante de los niños. Pero, Helen, me parece estupendo que me llames fascista. Llámame como te dé la gana. Pero la zona en la que vives no va a seguir siendo siempre tan tranquila. ¿Has oído lo que sucedió en esta ciudad la semana pasada? No digo que ahora mismo estés en peligro, pero tienes que anticiparte. Cuando le hablo de esto a Chrissie, se limita a encogerse de hombros. Pero tienes que planteártelo. Pensar en el futuro de Rick tanto como en el tuyo.

—Oh, Paul, pero ya estoy pensando en el futuro. ¿Por qué crees que hemos venido hoy hasta aquí? ¿Crees que estoy buscando desesperadamente a mi antiguo amante perdido? Estoy pensando en el futuro, estoy planeando una estrategia, y lo he hecho tan bien que Rick estará pronto en otro lugar. Y espero que no será en una comunidad que se parapeta armada hasta los dientes. Espero que a Rick le vaya bien en la vida, y para eso necesito la ayuda de Vance. Oh, ¿dónde se habrá metido? Quizá haya ido al teatro equivocado.

—Rick se ha convertido en un jovencito estupendo. Espero que pueda encontrar un camino en medio del desastre que hemos legado a su generación. Pero, Helen, si las cosas no salen como esperabas, para él o para ti, quiero que me llames. Os puedo meter a los dos en nuestra comunidad.

—Te lo agradezco mucho, Paul. Y lo siento si antes he sido irrespetuosa. Puede que te sorprenda, pero en realidad no estoy rabiosa por la vida que llevamos. Si un niño posee más habilidades que otro, es correcto que sea el más inteligente el que goce de las mejores oportunidades. Y también que deba asumir las responsabilidades correspondientes. Eso lo acepto. Pero lo que no aceptaré es que Rick no pueda tener una vida digna. Me niego a aceptar que el mundo se ha vuelto tan cruel. Rick no ha sido mejorado, pero aun así puede llegar lejos, triunfar en la vida.

—Le deseo lo mejor. Lo único que digo es que hay muchas maneras de llevar una vida satisfactoria.

Llevaba rato rodeada por otros rostros, pero ahora apareció uno nuevo delante de los demás y se me acercó hasta que casi tocó el

mío. Solo entonces reconocí a Rick y dejé escapar un jadeo de sorpresa.

—Klara, ¿tú sabes qué le pasa a Josie? —me preguntó—. ¿Ha sucedido algo?

—No sé de qué han hablado Josie y la Madre —dije—. Pero tengo buenas noticias. Ya he completado la tarea que se me encomendó esa noche en que me ayudaste a llegar al granero del señor McBain. Era una tarea que deseaba completar por encima de todo, pero durante mucho tiempo no sabía cómo llevarla a cabo. Ahora, Rick, ya está hecha.

—Es estupendo. Pero no estoy seguro de saber de qué me estás hablando.

—Todavía no puedo contártelo. Y me he visto obligada a renunciar a algo. Pero eso no importa; ahora podemos volver a tener esperanza.

El espacio a mi alrededor se estaba llenando de más conos y cilindros, o de lo que parecían fragmentos de ellos. De pronto me di cuenta de que uno de esos fragmentos —una forma que se movía para reemplazar a Rick— era de hecho Josie. En cuanto la reconocí, de inmediato se individualizó y ya no tuve dificultades para retenerla en mi mente.

—Eh, Klara, ella es Cindy. Nos acaba de servir en el restaurante. Tiene información sobre tu antigua tienda.

Algo me tocó el brazo y oí que alguien gritaba:

—¡Eh, me encantaba esa tienda!

Cuando me volví hacia la voz, vi dos embudos, uno insertado encima del otro, el de encima ligeramente inclinado hacia mí. Cuando sonreí y dije: «¿Cómo estás?», las chimeneas continuaron:

—Se lo estaba contando a tu propietaria. Pasé por delante la semana pasada y ahora han puesto una tienda de muebles. Eh, ¿sabes qué?, estoy segura de que te vi una vez en el escaparate.

—Klara quiere saber adónde se han trasladado. Cindy, ¿tú lo sabes?

—Oh, no estoy segura de que se hayan trasladado…

Alguien me tiraba del brazo, pero ahora tenía ante mí tantos fragmentos acumulados que parecían un muro. Empecé a sospechar que muchas de estas formas ni siquiera eran de verdad tridimensionales, sino que estaban dibujadas en superficies planas y conseguían crear la ilusión de volumen y profundidad mediante un hábil uso del sombreado. Me di cuenta de que la figura que tenía a mi lado y tiraba de mí era la Madre. Me decía, con la boca casi pegada a mi oreja:

—Klara, ya sé que antes, en el coche, hemos dicho un montón de cosas. Pero tienes que entender que estaba pensando en tres o cuatro cosas a la vez. Lo único que digo es que no te tomes demasiado en serio nada de lo que he dicho. Me entiendes, ¿verdad?

—¿Se refiere a cuando estábamos las dos solas en el coche? ¿Cuando estábamos aparcadas cerca del puente?

—Sí, me refiero a ese momento. No quiero decir que vayamos a retroceder en nada. Pero te lo digo para que lo sepas, ¿de acuerdo? Todo este asunto está resultando cada vez más confuso. Y Paul no ayuda. Míralo. ¿Qué le está diciendo ahora a Josie?

No lejos de nosotros, el Padre se había inclinado para acercar la cara a la de Josie y le estaba diciendo algo con expresión muy seria.

—Últimamente no hace más que liarla —dijo la Madre, y se dirigió hacia ellos. Pero antes de que pudiera acercarse, salió de entre la multitud un brazo y la agarró por la muñeca.

—Chrissie —dijo la voz de la señora Helen—, déjalos solo un minuto. Apenas pasan tiempo juntos.

—Me parece a mí que Paul ya ha repartido bastantes dosis de su sabiduría por hoy —replicó la Madre—. Y mira: se están peleando.

—Chrissie, no se están peleando. Te aseguro que no. Déjales que hablen.

—Helen, no necesito que me hagas de descodificadora. Todavía soy capaz de interpretar a mi propia hija y a mi marido.

—Exmarido, Chrissie. Y los ex son insondables, como estoy comprobando en primera persona en este mismo momento. Vance

me juró que no nos haría esperar y mira lo que pasa. No estuvimos casados, como tú y Paul, de modo que el regusto amargo posterior tiene un sabor diferente. Pero no lo subestimes, Chrissie. Rompimos hace catorce años, y desde entonces solo lo he visto alguna vez de forma fugaz por pura casualidad. ¿Es posible que nos hayamos cruzado y no nos hayamos reconocido?

—¿Te arrepientes, Helen? —preguntó de pronto la Madre—. Ya sabes a qué me refiero. ¿Te arrepientes de no haber seguido adelante con Rick?

Durante unos instantes, la señora Helen se quedó mirando hacia donde estaban hablando el Padre y Josie. Finalmente dijo:

—Sí. Si te soy sincera, Chrissie, la respuesta es sí. Aun después de haber visto lo que supuso para ti. Tengo la sensación…, la sensación de que no opté por lo mejor para él. Siento el pesar de que ni siquiera lo sopesé a fondo, como hicisteis tú y Paul. Yo en aquel entonces tenía la cabeza en otras cosas y dejé pasar la ocasión. Tal vez sea esto lo que más lamento de mi vida. Pienso que nunca lo he querido lo suficiente como para haber tomado la mejor decisión.

—Tranquila. —La Madre acarició el brazo de la señora Helen—. Tranquila. Ya sé que es difícil.

—Pero ahora hago todo lo que está en mi mano. Esta vez estoy haciendo lo mejor para él. Solo necesito que aparezca mi antiguo amante. ¡Oh! Es él. ¡Vance! ¡Vance! Discúlpame…

—¿Le importaría firmar nuestra petición? —El individuo que había aparecido ante la Madre llevaba el rostro pintado de blanco y tenía el cabello negro. La Madre dio un instintivo paso atrás, como si el material blanquecino pudiera mancharla, y dijo:

—¿Para qué es esto?

—Protestamos contra la propuesta de vaciar el edificio Oxford. En la actualidad hay cuatrocientos veintitrés post-empleados viviendo en él, ochenta y seis de los cuales son niños. Ni Lexdell ni las autoridades de la ciudad han propuesto ningún plan razonable para su traslado.

No oí nada más de lo que el hombre blanco y negro le estaba diciendo a la Madre, porque el Padre se puso delante de mí y le recriminó:

—Por el amor de Dios, Chrissie, ¿qué le has estado contando a nuestra hija? —No alzaba la voz, pero sonaba enojado—. Actúa de un modo muy raro. ¿Por casualidad no se lo habrás contado?

—No lo he hecho, Paul, no. —La voz de la Madre sonaba inusualmente dubitativa—. Al menos… no todo.

—¿Exactamente qué le has…?

—Hablamos sobre el retrato, nada más. No se lo podemos ocultar todo. Sospecha algunas cosas, y si no le contamos nada, perderemos su confianza.

—¿Le has contado lo del *retrato*?

—Solo le he dicho que no era una pintura. Que era una especie de escultura. Recordaba la muñeca que hicimos de Sal, claro…

—Por Dios bendito, pensaba que habíamos acordado…

—Paul, Josie ya no es una niña pequeña. Se da cuenta de lo que sucede. Y tiene derecho a esperar que seamos sinceros con ella…

—¡Rick! —Reconocí la voz de la señora Helen detrás de mí—. ¡Rick! ¡Ven aquí! Ha llegado Vance. Lo he encontrado. Ven a saludarlo. Oh, Chrissie, quiero que conozcas a Vance. Un viejo amigo muy querido. Aquí está.

El señor Vance llevaba un traje muy elegante, camisa blanca abotonada hasta el cuello y corbata azul. Era calvo como el señor Capaldi y más bajo que la señora Helen. Miraba a su alrededor con aire desconcertado.

—Hola, encantado de conocerte —le dijo a la Madre. Y dirigiéndose a la señora Helen añadió—: ¿Qué pasa aquí? ¿Todo el mundo va a ver este espectáculo?

—Vance, Rick y yo te estábamos esperando. Tal como nos dijiste. ¡Es estupendo volver a verte! Apenas has cambiado.

—Tú también tienes muy buen aspecto, Helen. Pero ¿qué pasa aquí? ¿Dónde está tu hijo?

—¡Ricky! ¡Ven aquí!

Vi a Rick bastante alejado, alzando la mano en respuesta. Empezó a moverse a través de los fragmentos hacia nosotros. No tenía claro si el señor Vance, que estaba mirando en la dirección correcta, había identificado ya a Rick o no. En cualquier caso, en ese momento uno de los empleados del teatro con chaleco se cruzó entre el señor Vance y Rick que se acercaba.

—¿Ya tiene entrada para el espectáculo? —dijo el empleado del chaleco—. ¿O tal vez la tiene pero desea cambiarla por una butaca con mejor visibilidad?

El señor Vance se quedó mirándolo sin decir nada. Rick asomó por detrás del empleado del chaleco y el señor Vance dijo:

—¡Eh! ¿Este es tu hijo? Es todo un hombrecito.

—Gracias, Vance —dijo la señora Helen en voz baja.

—Hola, señor —dijo Rick, y su sonrisa era como la que tenía cuando saludó a los alumnos en la reunión de interacción de Josie.

—Hola, Rick. Soy Vance. Un viejo, muy viejo, amigo de tu madre. He oído hablar mucho de ti.

—Encantado de conocerle, señor.

—¡Vaya, estáis aquí! —Josie invadió de pronto el espacio ante mí. A su lado había una chica de dieciocho años que me di cuenta que era Cindy, la camarera, ahora menos simplificada que cuando la había visto hacía un rato.

—Sí, no creo que hayan trasladado la tienda —comentó Cindy—. Pero han abierto una nueva tienda en el interior de Delaney's y tal vez a algunos de los AA de tu antigua tienda los han trasladado allí.

—Disculpad. —Apareció ante mí, pero mirando hacia Josie y Cindy, una señora con un elegante vestido azul a la que le eché cuarenta y seis años—. Nos estábamos preguntando si pretendéis meter en el teatro a esa máquina.

—Eh, ¿y a usted qué le importa si queremos hacerlo? —replicó Cindy.

—Hay mucha demanda de entradas —dijo la señora—. Las máquinas no deberían ocupar ningún asiento. Si metéis a esa máquina en el teatro, vamos a presentar una queja.

—No veo que eso sea asunto suyo… —protestó Cindy.

—Tranquila —dijo Josie—. Klara no va a entrar a ver el espectáculo, y yo tampoco…

—Eso es lo de menos —dijo Cindy—. Me indigna esta actitud. —Y le soltó a la señora—: ¡No la conozco de nada! ¿Quién se ha creído que es? Aparecer aquí y dirigirse a nosotras con este tono…

—¿Entonces esa máquina es tuya? —le preguntó la señora a Josie.

—Klara es mi AA, si es eso lo que me está preguntando.

—Primero nos quitan el trabajo. ¿Y ahora nos van a quitar las butacas en el teatro?

—¿Klara? —El Padre había acercado su cara a la mía—. ¿Sigues sintiéndote bien?

—Sí, estoy bien.

—¿Estás segura?

—Quizá hace un momento estaba un poco desorientada. Pero ahora estoy bien.

—Bien. Escucha, yo voy a tener que marcharme enseguida. De modo que quizá me lo podrías contar ahora. ¿Qué es exactamente lo que has hecho en ese solar? ¿Y qué puedo esperar que suceda como resultado?

—El señor Paul ha confiado en mí y eso es maravilloso. Por desgracia, como ya le he dicho antes, no le puedo contar más detalles sin poner en peligro lo que he logrado. Pero creo que podemos tener verdaderas esperanzas. Por favor, tenga paciencia y espere buenas noticias.

—Como tú digas. Me pasaré por el apartamento mañana por la mañana para despedirme de Josie. Espero que nos veamos.

La voz de la Madre dijo algo detrás de mí.

—Ya hablaremos de esto en el apartamento. No podemos discutirlo aquí.

—Pero yo ya he dicho todo lo que tenía que decir —protestó la voz de Josie—. No quiero que lo cierres todo a cal y canto como

hiciste con la habitación de Sal. Quiero que Klara pueda utilizar mi habitación y pueda entrar y salir cuando quiera.

—Pero ¿por qué hablas de eso ahora? Cariño, te vas a poner bien. No tenemos que pensar en eso…

—Oh, Klara, aquí estás. —La señora Helen había aparecido a mi lado—. Klara, escucha, he estado hablando con Chrissie. Tienes que venir con nosotros.

—¿Con ustedes?

—Chrissie quiere llevar a Josie de vuelta al apartamento y mantener una conversación en privado con ella. De modo que tú te vas a quedar con nosotros. Chrissie vendrá a recogerte en media hora. —Se inclinó hacia mí y me habló al oído—: ¿Lo estás viendo? ¡Rick y Vance se llevan de maravilla! Además, querida, Rick estará encantado de tenerte a su lado mientras pasa por este trago. Todavía podría acabar convirtiéndose en un calvario.

—Sí, por supuesto. Pero la Madre…

—Ella volverá a buscarte en un rato, no te preocupes. Solo necesita unos minutos a solas con Josie.

—Lo que deseo con toda mi alma —dijo el señor Vance con una carcajada, mientras se acercaba a nosotras— es que nos alejemos de una vez de esta multitud. Vamos allí, a aquella cafetería. Un sitio en el que podamos sentarnos, mirarnos a la cara y charlar.

Me rodeaban varios brazos y me di cuenta de que Josie me estaba abrazando, de un modo no muy diferente a como lo hizo aquel día en la tienda después de la gran decisión. Pero ahora me habló al oído, para que solo yo pudiera oírla:

—No te preocupes. Nunca dejaré que te suceda nada malo. Hablaré con mamá. Ahora vete con Rick. Confía en mí.

Me soltó y la señora Helen tiró de mí con suavidad para sacarme de allí.

—Klara, querida, ven conmigo.

Emergimos de entre la multitud que esperaba para entrar en el teatro, con el señor Vance abriéndonos paso en dirección a la cafetería y la señora Helen apresurándose para mantenerse a su

lado. Rick y yo seguíamos a los adultos unos pasos por detrás, y cuando quedamos por fin rodeados de espacio vacío y aire fresco, noté que recuperaba el sentido de la orientación. Cuando me volví para mirar hacia atrás, me sorprendió descubrir lo oscura y silenciosa que en realidad estaba la calle más allá de la aglomeración de gente alrededor de la farola. De hecho, conforme nos íbamos alejando, esa multitud —de la que hasta hacía muy poco había formado parte— empezó a parecer una de esas nubes de insectos que había visto en los campos al anochecer, revoloteando contra el cielo, y en cuyo interior cada criatura iba cambiando de posición, buscando ansiosamente una mejor ubicación, pero sin abandonar jamás los límites de la forma que creaban todas juntas. Vi a Josie con expresión desconcertada, despidiéndose de mí con la mano desde el borde de la multitud, y la Madre detrás de ella, con una mano en cada hombro de su hija y mirándonos con ojos inexpresivos.

Aumentó la oscuridad y los ruidos de la multitud frente al teatro se fueron amortiguando, pero pude comprobar que mis habilidades observacionales no habían quedado afectadas de forma grave porque veía con claridad ante mí la cafetería iluminada hacia la que nos dirigíamos. Vi que tenía forma de pedazo de tarta, con la punta orientada hacia nosotros; y vi que la calle se bifurcaba a ambos lados de ella, que los ventanales de la cafetería se extendían a lo largo de las dos aceras y que cualquiera que fuese la dirección en la que caminasen los transeúntes, todos podían mirar el interior iluminado: los relucientes asientos de cuero, las pulidas mesas y el resplandeciente mostrador traslúcido tras el cual el encargado del local esperaba la entrada de clientes ataviado con un delantal blanco y un gorro también blanco.

Sin vehículos aproximándose y con los edificios de los alrededores a oscuras, la cafetería era la única fuente de luz de la zona y proyectaba haces inclinados sobre los adoquines. Me

pregunté por qué lado de la bifurcación optaría el señor Vance, pero cuando nos fuimos acercando me percaté de que la puerta estaba justo en el ángulo en punta. Supuse que el único motivo por el que no me había dado cuenta antes era porque la puerta era muy similar a los ventanales; era toda de cristal, con algo escrito a mano. El señor Vance la abrió y se hizo a un lado para dejar pasar a la señora Helen.

Cuando unos instantes después entré detrás de Rick, la iluminación me pareció tan intensa y amarillenta que me costó un rato adaptarme a ella. De manera gradual empecé a distinguir las porciones de tarta de frutas, todas con la misma forma que la cafetería, desplegadas en el interior del mostrador traslúcido, y al Encargado de la Cafetería —un corpulento hombre negro—, que estaba muy quieto detrás de él y eludía mirarme. Caí en la cuenta de que estaba observando al señor Vance y la señora Helen mientras elegían la mesa de banco corrido y tomaban asiento, uno frente al otro.

Vi la silueta de Rick atravesando el reluciente suelo y sentándose al lado de su madre. Mientras yo hacía lo mismo, me volvieron a la mente las palabras de despedida de Josie y me pregunté de qué asunto tan importante quería hablar con ella la Madre en el Apartamento del Amigo y por qué era necesario que yo no estuviera presente.

Durante todo el rato que me llevó llegar hasta ellos, la señora Helen y el señor Vance no dejaron de mirarse en silencio ni un instante. Me parecía que no tenía la suficiente confianza con el señor Vance como para sentarme a su lado. Además, él se había colocado en mitad del banco pensado para dos personas y vi que no lograría acomodarme allí sin molestarle. De modo que opté por sentarme sola en la mesa vecina, situada al otro lado del pasillo.

El señor Vance dejó de mirar a la señora Helen, se giró y llamó la atención del Encargado de la Cafetería. Solo entonces caí en la cuenta de que, a pesar de ser los únicos clientes, todas las mesas y asientos estaban cuidadosamente preparados por si entraban más

personas al local. Pensé que el Encargado de la Cafetería debía de sentirse muy solo, al menos mientras estaba en su café, iluminado a ambos lados para todo el que pasaba por allí en plena noche.

—Señor —dijo Rick—. Le agradezco mucho que haya accedido a dedicarme un poco de su tiempo. Y que incluso esté considerando la posibilidad de echarme una mano.

—Sabes, Rick —dijo el señor Vance con aire soñador—, hace mucho que no veía a tu madre.

—Lo sé, señor. Y a mí no me había visto nunca, salvo una vez de manera muy fugaz cuando yo tenía unos dos años. Con lo cual, es todavía más generoso por su parte el haber aceptado tener este encuentro conmigo. Pero mamá me ha hablado siempre de lo generoso que es usted.

—Me alivia que tu madre hable bien de mí. ¿Aunque quizá alguna vez te ha contado alguna cosilla negativa?

—Oh, no. Mi madre siempre habla bien de usted.

—¿En serio? Y yo que todos estos años pensaba que… Bueno, qué más da. Helen, estoy muy impresionado con tu chico.

La señora Helen había estado observando con mucha atención al señor Vance.

—Vance, déjame que te diga lo muy agradecida que también estoy yo. Me gustaría explayarme más dándote las gracias, pero esta es la gran oportunidad para Rick y no quiero hablar por él.

—Una sabia decisión, Helen. Y bien, Rick, ¿por qué no me cuentas de qué va todo esto?

—Bueno, no sé muy bien por dónde empezar, pero allá voy. Me interesa muchísimo la tecnología aplicada a los drones. Se podría decir que es mi pasión. He estado desarrollando mi propio sistema, y ahora tengo mi propia bandada de pájaros drones.

—Un momento, Rick. Cuando dices «mi propio sistema», ¿te refieres a que has ido más allá de lo que se ha hecho hasta ahora?

En la cara de Rick se dibujó una expresión de pánico y me miró. Yo le sonreí, tratando de expresar al hacerlo que esa sonrisa de

apoyo no era solo mía, sino también de parte de Josie. Lo entendiera o no, lo cierto es que pareció armarse de valor.

—No, señor, no exactamente —dijo, soltando una risita—. No pretendo decir que soy un genio. Pero sí diré que mi sistema para drones lo he creado yo solo, sin la ayuda de ningún profesor. He utilizado varias fuentes de información sacadas de la red. Y mi madre me ha apoyado mucho comprando algunos libros bastante caros. De hecho, he traído algunos de mis esquemas, por si quería usted hacerse una idea. Aquí están. Pero no, no creo que haya hecho nada revolucionario, y sé que no conseguiré hacerlo sin el asesoramiento de alguien experto.

—Ya te entiendo. Lo que querrías es ir a una buena universidad. Para poder desarrollar tu talento.

—Bueno, algo así. Mi madre y yo pensamos que tal vez Atlas Brookings, que es una facultad tan generosa y progresista…

—Lo bastante generosa y progresista como para estar abierta a todos los estudiantes con altas capacidades, incluso aquellos que no se han beneficiado de la mejora genética.

—Exacto, señor.

—Y sin duda sabes, porque tu madre te lo habrá dicho, que en la actualidad presido el Comité de Fundadores de la universidad. Es decir, el órgano que controla las becas.

—Sí, señor. Es lo que mi madre me ha contado.

—Escucha, Rick, espero que tu madre no te haya dado a entender que el proceso de selección de Atlas Brookings permite algún tipo de favoritismo.

—Señor, ni mi madre ni yo le pediríamos que nos ayudase con favoritismos. Solo le pido que me ayude si considera que merezco tener una plaza en Atlas Brookings.

—Así está bien planteado. Muy bien, pues vamos a echarle un vistazo a lo que has traído.

Rick ya había dejado el cuaderno sobre la mesa y ahora el señor Vance lo abrió. Se quedó mirando el diagrama que había en la primera página por la que abrió el cuaderno y cuando la giró y

apareció otro diagrama, pareció quedarse absorto. Siguió pasando páginas con parsimonia y de vez en cuando volvía atrás. En cierto momento murmuró sin levantar la vista:

—¿Todo esto son de proyectos que piensas desarrollar en el futuro?

—La mayoría sí. Aunque algunos de los esquemas ya los he desarrollado. Como el de la siguiente página.

La señora Helen observaba en silencio, con una afable sonrisa y paseando la mirada entre el señor Vance y el cuaderno de Rick. En cierto momento, volví a sentir, de forma fugaz pero muy vívida, la mano del Padre sosteniéndome la cabeza en el ángulo adecuado, y oí de nuevo el goteo del fluido al caer en la botella de plástico que sostenía cerca de mi cara con la otra mano.

—Bueno, Rick —dijo el señor Vance—. No soy un experto en estos temas. Aun así, me da la impresión de que tus drones tienen altas capacidades de vigilancia.

—Sí, exacto, los pájaros recopilan datos. Pero eso no significa que tengan que ser utilizados para una actividad que implique invasión de la privacidad. Tienen muchas aplicaciones potenciales. De seguridad, incluso para vigilar a los niños pequeños. Aunque, además, tal vez por ahí hay gente a la que habría que tener controlada.

—Te refieres a los criminales.

—O a paramilitares. O a seguidores de cultos extraños.

—Ya te entiendo. Sí, todos estos personajes resultan muy interesantes. Pero ¿no ves ningún problema ético?

—Señor, seguro que hay un montón de problemas éticos. Pero, a fin de cuentas, son los legisladores, y no gente como yo, los que tienen que decidir cómo se regulan estas cosas. De momento, lo único que quiero es aprender todo lo que pueda para llevar mis conocimientos a un nivel superior.

—Una sabia decisión. —El señor Vance asintió y continuó ojeando el cuaderno de Rick.

El solitario Encargado de la Cafetería se acercó con su bandeja y empezó a colocar las bebidas en la mesa, delante de la señora Helen, del señor Vance y de Rick. Todos le dieron las gracias en un susurro y él se alejó.

—Entiéndeme, Rick —dijo el señor Vance—. No pretendo hacerte pasar un mal rato. Tan solo estoy, bueno, poniéndote un poco a prueba, para ver cómo actúas. —Y, dirigiéndose a la señora Helen, añadió—: Y de momento se está desenvolviendo de maravilla.

—Vance, querido, ¿quieres algo de comer para acompañar el café? ¿Quizá uno de esos dónuts que veo allí? Te encantaban los dónuts.

—Gracias, Helen, pero he quedado para cenar. —Consultó el reloj y volvió a mirar a Rick—. Ahora escúchame, Rick. Atlas Brookings considera que hay muchos chicos talentosos por ahí, como tú, que por razones económicas o de otro tipo no han recibido los beneficios de la EGA. La universidad también considera que la sociedad está cometiendo un grave error al no permitir que estos talentos puedan desarrollarse plenamente. Por desgracia, la mayor parte de las demás instituciones educativas no opinan lo mismo. Lo cual significa que nosotros recibimos muchas más solicitudes de jóvenes como tú de las que podemos aceptar. De entrada, cribamos a los casos perdidos, pero a partir de ahí, si te soy sincero, la selección se convierte en una lotería. Escucha, Rick, hace un momento me has dicho que no buscas ningún tipo de favoritismo. Bien, pues permíteme que te haga una pregunta. Si de verdad es así, ¿*por qué en este preciso momento estoy aquí sentado delante de ti*?

Al pronunciar estas palabras, el señor Vance cambió de actitud de forma tan repentina que casi dejé escapar un murmullo de sorpresa. También Rick se quedó perplejo. Solo la señora Helen pareció no inmutarse, pero más bien porque lo que ya se temía acababa de suceder por fin. Sonrió y dijo:

—Vance, esta pregunta la voy a responder por él. Sí, te estamos pidiendo un favor. Sabemos que está en tu mano hacerlo. Así que te estamos pidiendo que nos ayudes. Te lo plantearé de otro modo: te

lo pido yo. Te pido que ayudes a mi hijo a tener una oportunidad en este mundo.

—Mamá…

—No, Rick, cariño, no pasa nada. Me toca a mí, no a ti, pedírselo a Vance. Y le estamos pidiendo que actúe con favoritismo. Por supuesto que sí.

Me había equivocado al deducir que éramos los únicos clientes del Encargado de la Cafetería. Ahora me di cuenta de que, tres mesas más allá de la mía, había una mujer de cuarenta y dos años sola. No la había visto antes porque estaba pegada a la ventana; de hecho, tenía la frente apoyada en el cristal, y contemplaba la oscuridad. Me pregunté si el Encargado de la Cafetería tampoco se había percatado de su presencia y pensé que ella se sentiría todavía más sola al creer que el Encargado de la Cafetería la ignoraba de manera deliberada.

—¿Sabes qué, Helen? —dijo el señor Vance—, estás adoptando una táctica muy extraña. El favoritismo, como otras corruptelas, funciona mejor si permanece ignorado. Pero dejando eso de lado —el señor Vance se inclinó hacia delante—, mientras he creído que era Rick quien me lo pedía, era una cosa. Es un chico impresionante y encantador. Así que todo iba bien. Pero mira lo que acabas de hacer. Me acabas de pedir que te haga a ti, nada menos que a ti, Helen, un favor. Después de todos estos años. Todos estos años sin responder a mis mensajes. Después de todos estos minutos, horas, días, meses y años pensando en ti.

—¿Tienes que recordármelo aquí? ¿Delante de Rick? —La señora Helen todavía mantenía la sonrisa afable, pero la voz empezaba a temblarle.

—Rick es un jovencito inteligente. Al final es él quien va a ganar o perder. De modo que ¿por qué ocultarle las cosas? Dejemos que vea el panorama completo. Dejemos que entienda de qué va esto.

Rick volvió a mirarme a través del pasillo, y una vez más intenté enviarle un mensaje de ánimo con una sonrisa de parte de mí y de Josie.

—¿Y de qué va todo esto, Vance? —preguntó la señora Helen—. ¿Tan complicado es? Solo te pido que ayudes a mi hijo. Si no quieres hacerlo, nos despedimos amablemente y fin de la historia.

—¿Quién ha dicho que no quiero ayudar a Rick? Tengo claro que es un jovencito muy talentoso. Estos esquemas son de lo más prometedor. Tengo todos los motivos para pensar que podría irle muy bien en Atlas Brookings. El problema, Helen, es que eres tú quien me lo pide.

—Pues no debería haber abierto la boca. Antes de que dijera nada, todo iba bien. He visto que os entendíais y que Rick te hablaba con auténtico respeto. Pero se me ha ocurrido intervenir y ahora tenemos un problema.

—Y tanto que tenemos un maldito problema, Helen. Un problema que se prolonga veintisiete años. Veintisiete años durante los cuales te has negado a mantener ningún tipo de comunicación conmigo. Rick, durante esos años no estuve acosando a tu madre. No quiero que pienses eso. Al principio yo estaba…, bueno, digamos que pude utilizar un tono un poco demasiado emocional. Pero nunca la acosé, nunca la amenacé, nunca la culpé. Me limitaba a suplicarle. Helen, ¿es razonable lo que digo? ¿Te parece un resumen imparcial?

—Bastante imparcial. Eras persistente, pero nunca te pusiste agresivo. Pero Vance, ¿tenemos que hablar de esto delante de Rick?

—De acuerdo. Respeto lo que dices. Debería dejar de hablar. Quizá es el momento de que hables tú, Helen.

—¿Señor? No sé lo que sucedió en el pasado. Pero si considera que es inapropiado que le pidamos…

—Un momento, Rick —le interrumpió Vance—. Quiero ayudarte. Pero creo que es el momento de darle a tu madre la oportunidad de explicarse.

Durante unos segundos nadie abrió la boca. Miré al Encargado de la Cafetería, preguntándome si había estado escuchando, pero estaba contemplando la oscuridad tras sus ventanales y nada hacía pensar que hubiera oído algo que le hubiese interesado.

—Vance, admito —dijo la señora Helen— que me porté mal contigo. Eso lo acepto. Pero también me porté mal conmigo misma, con todo el mundo. No te tienes que sentir especialmente señalado. Repartí mi deplorable comportamiento a diestra y siniestra.

—Puede que fuese así. Pero yo no era un cualquiera. Habíamos compartido cinco años…

—Sí. Y por eso te quiero pedir disculpas. A veces, Vance, y también te lo digo a ti, Rick, no me importa reconocerlo delante de ti…, a menudo desearía poner en fila a todas las personas a las que he tratado mal, tenerlos a todos haciendo cola ante mí. Y entonces iría avanzando ante ellos, ya sabes, como haría un rey ante su corte. Y, uno por uno, les estrecharía la mano, les miraría a los ojos y les diría: «Lo siento, me porté fatal».

—Estupendo. De modo que ahora me tengo que poner en fila para tener el honor de recibir las disculpas de su majestad.

—Oh, querido, no me interpretes mal. Solo intento expresar cómo… cómo me siento. Ya sé que suena horrible si lo planteas así. Pero cuando echo la vista atrás, resulta tan apabullante, y pienso: ojalá pudiera haber algún tipo de solución como esta. Si fuera una reina, pues sí, podría…

—Mamá, por favor. Ya sé lo que intentas decir. Pero quizá no es la mejor manera de…

—Helen, en el pasado fuiste una suerte de reina. Una hermosa reina. Y pensabas que podías hacer lo que te diese la gana con total impunidad. Me entristece, pero al mismo tiempo también me alegra comprobar que no conseguiste salirte con la tuya. Que después de todo caíste en tu propia trampa y tuviste que pagar un alto precio.

—¿Y qué precio he pagado, Vance? ¿Te refieres a que soy pobre? Porque, sabes, eso no me importa tanto.

—Helen, puede que no te importe ser pobre. Pero te has convertido en alguien frágil. Y creo que eso sí te importa bastante más.

La señora Helen guardó silencio durante varios segundos, mientras el señor Vance la miraba con los ojos muy abiertos.

—Sí. Tienes razón —dijo ella por fin—. Desde la época en que me conociste, me he convertido en… alguien frágil. Tan frágil que un simple golpe de viento me puede hacer pedazos. He perdido la belleza, no por el paso de los años, sino por mi fragilidad. Pero Vance, querido Vance, ¿no me vas a perdonar, aunque sea parcialmente? ¿No vas a ayudar a mi hijo? Vance, te lo ofrecería todo, cualquier cosa, pero no se me ocurre nada que pueda ofrecerte. Nada de nada, de modo que te suplico. Te imploro, Vance, que ayudes a mi hijo.

—Mamá, por favor. Basta. No puedes…

—Rick, ya ves lo difícil que me resulta esto. No sé muy bien a qué se refiere tu madre. Dice que quiere pedirme disculpas, pero ¿por qué? Todo lo que dice es muy vago. Creo, Helen, que sería mejor que habláramos de ejemplos concretos.

—Vance, te estoy pidiendo que ayudes a mi hijo. ¿Esto no es lo bastante concreto?

—Ejemplos concretos, Helen. Por poner uno, aquella velada en casa de Miles Martin. Sabes a qué noche me refiero.

—Sí, sí. Cuando les dije todo aquello, tú todavía no te habías leído el Informe Jenkins…

—Helen, en aquella ocasión lograste arrancar a los demás unas buenas carcajadas a mis expensas. Y sabías muy bien lo que hacías…

—Pues, Vance, te pido disculpas por aquella velada. Estaba fuera de control, vengativa. Ojalá…

—Veamos otro ejemplo concreto. No voy en orden cronológico, estoy repasando la lista de manera aleatoria. El mensaje de voz que me dejaste en aquel hotel. En Portland, Oregón. ¿Crees que no fue hiriente?

—Yo estaba con una actitud muy vengativa. Fue un mensaje despreciable y no lo he olvidado. Todavía… todavía me resuena en la cabeza de vez en cuando, reaparece cuando menos me lo espero. Cuando estoy sola tan tranquila, de pronto, mentalmente descuelgo el teléfono y te dejo ese mensaje otra vez, solo que ahora lo cambio.

Lo retoco para que no sea tan horrible. Porque de hecho yo nunca lo escuché, solo me oí diciéndolo, y a veces pienso que no es demasiado tarde para modificarlo. No puedo evitarlo, es una broma que me gasta mi mente, y después me vuelvo a sentir horriblemente mal. Créeme, Vance, no he dejado de castigarme a mí misma por ese mensaje. Y debes tener en cuenta que en aquella época yo no tenía los conocimientos técnicos para borrar el mensaje una vez grabado…

—Mamá, basta. ¿Señor? No creo que esto le esté haciendo ningún bien a mi madre. Últimamente está mucho mejor, pero…

La señora Helen puso la mano sobre el brazo de Rick para indicarle que se callara.

—Vance, me estoy disculpando —continuó ella—. Te estoy suplicando. Estoy admitiendo que me porté muy mal contigo y, si quieres, te juraré que me voy a castigar y no pararé de castigarme hasta que logre congraciarme contigo.

—Mamá, vámonos. Esto no es bueno para ti.

—Si quieres, Vance, podemos acordar una nueva cita. Digamos en dos años en este mismo sitio. Entonces podrás comprobar si he mantenido mi promesa. Podrás mirarme y comprobar si me he castigado de forma adecuada…

—Ya basta, Helen. Si Rick no estuviera aquí, te diría lo que pienso de lo que dices.

—¿Señor? No quiero que haga nada para ayudarme. No quiero seguir con esto.

—No, Rick, no sabes lo que estás diciendo —intervino la señora Helen—. Vance, no le hagas caso.

El señor Vance se levantó y dijo:

—Tengo que marcharme.

—Mamá, por favor, tranquilízate. Esto no es tan importante.

—¡Rick, no sabes lo que estás diciendo! ¡Vance, no te marches todavía! No nos despidamos de este modo. Te encantaban los dónuts. ¿No te apetece uno?

—Estoy de acuerdo con Rick. Helen, todo esto no te hace ningún bien. Será mejor que me vaya. ¿Rick? Me han gustado tus dibujos y me caes bien. Cuídate. Adiós, Helen.

El señor Vance se alejó por el pasillo entre las mesas, sin volver la vista atrás, cruzó la puerta de cristal y se adentró en la oscuridad. La señora Helen y Rick siguieron sentados uno al lado del otro, con la mirada baja, clavada en la mesa.

—Klara, ven a sentarte con nosotros —me pidió Rick.

—Me pregunto… —dijo la señora Helen.

Rick se pegó más a ella y le pasó el brazo por los hombros.

—¿Qué te preguntas, mamá?

—Me pregunto si ha sido suficiente. Si con esto se sentirá satisfecho.

—La verdad, mamá, si llego a saber que iba a ser la mitad de desagradable de lo que ha sido, me hubiera negado a venir.

Me senté en el asiento que había dejado libre el señor Vance, pero ni la señora Helen ni Rick me miraron. Observé a la señora Helen y pensé en que años atrás ella y el señor Vance se habían querido con locura. Y me pregunté si hubo una época en que la señora Helen y el señor Vance se habían tratado con cariño, como hacían ahora Josie y Rick. Y también pensé si era posible que algún día Josie y Rick también llegasen a ser tan desagradables el uno con el otro. Y recordé al Padre hablándome en el coche del corazón humano y lo complicado que era, y lo vi plantado en el solar, frente al Sol declinante, su silueta y su sombra entrelazadas en una única forma alargada mientras estiraba el brazo y desenroscaba el tapón de la boquilla de la Máquina Cootings y yo permanecía nerviosa detrás de él, sosteniendo la botella de plástico de agua mineral que contenía la valiosa solución.

—¿Qué es lo que acaba de suceder? —preguntó la señora Helen —. ¿Qué va a hacer Vance? ¿Va a ayudarte? Al menos habría podido aclararnos esto.

—Disculpe —dije—. No querría generar falsas expectativas, pero por lo que he observado, creo que el señor Vance acabará ayudando

a Rick.

—¿De verdad lo crees? —preguntó la señora Helen—. ¿Por qué?

—Puedo estar equivocada, pero creo que el señor Vance sigue queriendo a la señora Helen y acabará ayudando a Rick.

—¡Oh, qué encanto de robot! Espero que estés en lo cierto. No sé qué más habría podido añadir.

—Mamá, por mí ese tipo se puede ir a la mierda. Ya me las apañaré.

—No estaba tan feo como me temía —comentó la señora Helen, y miró la calle oscura y vacía—. De hecho, no está nada mal. Ojalá nos hubiera dicho qué piensa hacer. Sea lo que sea.

Nuestra mesa tenía que ser claramente visible para la Madre cuando aparcó junto al bordillo en el exterior del café. Pero optó por apagar las luces del coche y permaneció en su interior, tal vez para proporcionarnos privacidad, pese a que podía ver que el señor Vance ya se había marchado.

Pero cuando salimos, subimos al coche y avanzamos a través de la noche, vi que la Madre estaba inquieta por haber dejado a Josie sola en el Apartamento del Amigo y quería dejarme allí lo más rápido posible, antes de acompañar a Rick y la señora Helen a su modesto hotel. La Madre preguntó «¿Qué tal ha ido?» en cuanto nos sentamos, pero después de que la señora Helen respondiese «No muy bien, habrá que ver qué pasa», apenas hubo más conversaciones durante el trayecto y cada cual se refugió en sus propios pensamientos.

Por la noche, costaba todavía más distinguir el Apartamento del Amigo de los vecinos. La Madre me guio por la escalera correcta y desde el último escalón me volví para mirar el coche, que seguía detenido bajo la farola. Vi las siluetas de la señora Helen y Rick en el interior y me pregunté de qué debían de estar hablando ahora que estaban a solas.

El Apartamento del Amigo estaba tal cual lo habíamos dejado cuando salimos para acudir a la cita con el señor Capaldi, solo que ahora estaba a oscuras. Desde el vestíbulo vi la Sala Principal y las sombras que se extendían sobre el sofá en el que Josie había esperado la llegada del Padre. Su libro seguía en la alfombra, en el mismo lugar donde lo había dejado caer, en una esquina apenas iluminada.

En el recibidor, la Madre me dijo en voz baja:

—Ya debe de estar dormida, así que no hagas ruido. Si pasa cualquier cosa, avísame. No tardaré más de veinte minutos.

Estaba ya a punto de salir de la casa, y yo no quería retardar el regreso a su modesto hotel de la señora Helen y Rick, pero dije sin alzar la voz:

—Es posible que podamos tener esperanzas.

—¿Qué quieres decir?

—Por la mañana, cuando vuelva el Sol, es posible que podamos tener esperanzas.

—De acuerdo, supongo que este optimismo tuyo siempre ayuda. —Agarró el pomo de la puerta—. No enciendas las luces. Podrían molestarla, incluso las de la sala. —De pronto la Madre se quedó extrañamente inmóvil en la semioscuridad, con la nariz casi rozando la superficie de la puerta. Sin volverse, añadió—: Josie y yo hemos tenido una conversación hace un rato. Ha dado algunos giros peculiares. Supongo que las dos estábamos cansadas. Si se despierta y te hace algún comentario raro, no le hagas mucho caso. Oh, y recuerda, no pases la cadena, porque entonces no podré entrar. Buenas noches.

Entré en el Dormitorio de Invitados con cuidado y vi a Josie profundamente dormida. La habitación era más estrecha que la que tenía en casa, pero el techo era más alto, y como Josie había dejado la persiana entreabierta se veían sombras sobre el armario y la pared contigua. Me acerqué a la ventana y contemplé la noche para

dilucidar qué ruta seguiría el Sol por la mañana y si le sería fácil penetrar en la habitación. Como el propio dormitorio, la ventana era alta y estrecha. Para mi sorpresa, vi que las fachadas posteriores de dos edificios enormes quedaban muy cerca y entreví las cañerías de desagüe que trazaban líneas verticales, y las sucesivas ventanas, todas iguales y la mayoría de ellas con las persianas bajadas. En el espacio que quedaba entre los dos edificios, se veía la calle y me pareció que por la mañana estaría muy concurrida. Incluso ahora se veía un flujo continuo de vehículos pasando por ese espacio abierto entre las fachadas posteriores. Sobre el fragmento de calle se alzaba una alta columna de cielo nocturno y calculé que el Sol no tendría dificultades para lanzar su nutriente especial desde allí, pese a lo estrecho que era el hueco. También caí en la cuenta de lo importante que era que yo permaneciese alerta, preparada para subir la persiana en cuanto asomase el Sol.

—¿Klara? —Josie se revolvió en la cama a mi espalda—. ¿Mamá también ha vuelto?

—No tardará mucho. Ha ido a acompañar a la señora Helen y a Rick a su hotel.

Pareció que volvía a dormirse, pero al cabo de un rato oí otra vez ruido de sábanas.

—No dejaré que te pase nada malo. —Su respiración se hizo más profunda y pensé que se había quedado de nuevo dormida. Pero de pronto dijo—: No va a cambiar nada.

Estaba sin duda más despierta, de modo que le pregunté:

—¿La Madre te ha hablado de alguna idea nueva?

—Bueno, no creo que sea una idea. Le he dicho que no va a suceder nada de todo eso.

—Me pregunto qué es lo que ha sugerido la Madre.

—¿Todavía no ha hablado contigo de eso? No era nada. Algunas cosas vagas que le rondan por la cabeza.

Me pregunté si me iba a contar algo más. La colcha volvió a moverse.

—Supongo que ha intentado… proponerme algo. Me ha dicho que podía dejar el trabajo y pasar todo el día conmigo, si era lo que yo quería. Me ha dicho que podía ser ella quien estuviera siempre a mi lado. Que lo haría si yo quería que fuese así, que lo haría y renunciaría a su trabajo, pero yo le he preguntado: «¿Y qué pasará entonces con Klara?» Y ella me ha venido a decir que ya no necesitaríamos a Klara, porque ella estaría conmigo el día entero. Está claro que no era algo que hubiera pensado muy a fondo. Pero no paraba de preguntarme, como si yo tuviese que tomar una decisión, así que al final le he dicho: «Escucha, mamá, esto no va a funcionar. Tú no quieres renunciar al trabajo y yo no quiero renunciar a Klara». Y ahí se ha zanjado el tema. No va a suceder y mamá lo tiene asumido así.

Pasamos un rato en silencio, Josie oculta entre las sombras y yo ante la ventana.

—Tal vez —dije por fin— la Madre ha pensado que, si se quedaba con Josie todo el día, Josie se sentiría menos sola.

—¿Quién dice que me siento sola?

—De ser eso cierto, si de verdad Josie se sentiría menos sola con la Madre, yo no tendría ningún problema en desaparecer.

—Pero ¿quién dice que me siento sola? No me siento sola.

—Tal vez todos los humanos se sienten solos. Al menos en potencia.

—Escucha, Klara, esto no ha sido más que una idea absurda de mamá. Yo le estaba preguntando por el retrato y ella ha empezado a armarse un lío con sus respuestas y ha acabado saliendo con esta idea. Solo que no es una idea, no es nada. ¿Así que podemos olvidarnos del tema?

Dejó de hablar y se quedó dormida. Decidí que, si volvía a despertarse, tenía que comentarle algo para prepararla de cara a lo que podía suceder mañana por la mañana, al menos para asegurarme de que no hiciera nada que impidiese la llegada de la ayuda especial. Pero ahora, tal vez porque yo estaba en la habitación con ella, siguió durmiendo con un sueño cada vez más

profundo y al cabo de un rato me alejé de la ventana y me coloqué junto al armario, desde donde podría ver los primeros atisbos del regreso del Sol.

Ocupamos los mismos asientos que el día anterior. La altura de los respaldos de los asientos delanteros implicaba que solo veía de manera parcial a la Madre mientras conducía y apenas atisbaba a la señora Helen, salvo cuando se movía y miraba a su alrededor para enfatizar lo que estaba diciendo. En cierto momento —todavía avanzábamos entre el lento tráfico matutino de la ciudad— la señora Helen se volvió hacia nosotros y dijo:

—No, Ricky, cariño, no quiero que hagas ningún otro comentario desagradable sobre él. No lo conoces y no entiendes la situación. ¿Cómo ibas a entenderlo? —Su cara desapareció, pero su voz siguió oyéndose—: Supongo que anoche yo misma dije un montón de cosas. Pero esta mañana me he dado cuenta de lo injusta que fui. ¿Qué derecho tengo a esperar algo de él?

La señora Helen pareció dirigirle esta última pregunta a la Madre, pero ella estaba como ausente. Mientras atravesábamos otro cruce, la Madre murmuró:

—Paul no es tan malo. A veces creo que soy demasiado dura con él. No es mal tipo. Me da lástima.

—Es raro —dijo la señora Helen—, pero esta mañana me he despertado más esperanzada. Tengo la sensación de que es bastante probable que Vance nos eche una mano. Anoche perdió los papeles, pero cuando se calme y reflexione, es factible que decida comportarse como una persona decente. Le gusta cultivar la imagen de que es una persona decente.

Rick se revolvió a mi lado.

—Mamá, ya te lo he dicho. No quiero volver a oír hablar de ese hombre. Y tú también deberías olvidarte de él.

—Helen —dijo la Madre—, ¿todo esto te conduce a alguna parte? ¿Darle tantas vueltas al tema? ¿Por qué no te limitas a esperar a ver

qué pasa? ¿Por qué te torturas? Los dos hicisteis todo lo que pudisteis.

Josie, que estaba sentada al otro lado de Rick, le tomó la mano y entrelazaron los dedos. Le sonrió para darle ánimos, pero vi también en sus ojos cierto aire de tristeza. Rick le devolvió la sonrisa, y me pregunté si no estarían intercambiando mensajes secretos con tan solo la mirada.

Me volví hacia la ventanilla de mi lado y apoyé la frente en el cristal. Llevaba desde el primer atisbo del amanecer observando y esperando. Pero, aunque los primeros rayos del Sol habían entrado directamente en el Dormitorio de Invitados a través del hueco entre los dos edificios, en ningún momento había yo confundido eso con su nutriente especial. Recordé, por supuesto, que debía estar como siempre agradecida, pero no pude evitar sentirme decepcionada. Durante el desayuno temprano y la preparación de las maletas, y mientras la Madre daba un último repaso el Apartamento del Amigo comprobando que lo dejaban todo en orden, yo continué observando y esperando. Y ahora, inclinándome hacia delante y mirando por la ventanilla del otro lado, por detrás de Rick y Josie, seguía viendo al Sol en su ascenso matutino, resplandeciendo entre los edificios altos mientras recorríamos las calles de la ciudad. Recordé en ese momento al Padre cerrando la puerta de este mismo coche, mirando hacia el solar y la Máquina Cootings y diciendo: «No te preocupes, oigo el burbujeo. Es el indicativo de que el daño está hecho. Este monstruo no volverá a actuar». Y recordé que un momento después, acercó su cara a la mía y su voz me preguntó: «¿Estás bien? ¿Ves mis dedos? ¿Cuántos dedos ves?», y de nuevo, como ya me había pasado por la mañana temprano, me invadió una oleada de ansiedad ante la idea de que el Sol no cumpliera la promesa que me había hecho en el granero del señor McBain.

—Escucha, Rick —dijo la Madre—. Da igual qué más sucedió anoche, lo importante es que tu trabajo, los dibujos de tu cuaderno, recibieron el visto bueno. Tienes que sentirte muy orgulloso de eso. Es un motivo más que suficiente para tener fe en ti mismo.

—Mamá, por favor —dijo Josie—. Ahora mismo Rick no necesita grandes sermones. —Los adultos no lo podían ver, pero le apretó más la mano a Rick y le volvió a sonreír. Él miró a Josie y dijo:

—Señora Arthur, le agradezco el comentario. Usted siempre es muy amable conmigo. Gracias.

—Es imposible predecir qué sucederá —dijo la señora Helen—. Con Vance es imposible saberlo.

Hacía unos instantes que me había percatado de la presencia de un edificio alto al que nos estábamos aproximando. Tenía las mismas características que el Edificio RPO, pero era todavía más alto, y como ahora el tráfico discurría con más lentitud, pude observarlo con detalle. El Sol lanzaba sus rayos sobre la fachada principal y una parte de ella se había convertido en una suerte de espejo solar y proyectaba un intenso reflejo de su luz matutina. Las múltiples ventanas del edificio estaban organizadas en hileras verticales y horizontales, y aun así el resultado era desordenado, las hileras estaban en varios puntos torcidas y en ocasiones se entrecruzaban. Tras algunas de las ventanas vi pasar a algunos oficinistas, que a veces se acercaban al cristal y se quedaban contemplando la calle. Pero en muchas de las ventanas era imposible ver qué había detrás porque estaban envueltas en una neblina gris que pasaba ante ellas, y un momento después, cuando la Madre avanzó un poco más, vi aparecer por el hueco que quedó entre varios vehículos que nos rodeaban la Máquina, plantada en la calle y protegida del tráfico por las vallas de los obreros. La Máquina escupía Polución por sus tres chimeneas y vi el inicio de su nombre, las letras C-O-O— en el lateral. Pero mientras el desaliento se apoderaba de mí, comprobé que no era la misma máquina que el Padre y yo habíamos inutilizado en el solar. La pintura de esta era de una tonalidad de amarillo diferente y además era un poco más grande y por tanto con más capacidad para crear Polución que la primera Máquina Cootings.

—Helen, espera a ver qué sucede —dijo la Madre—. Además, quizá haya otras opciones para Rick. —Pasamos junto a la Nueva Máquina Cootings y la neblina gris de polución cubrió el parabrisas;

la Madre, al percatarse, murmuró—: Mira esto. ¿Cómo les dejan montar semejante caos a estas horas?

—Mamá, aunque hubiera opciones en otras universidades —dijo Josie—, ¿tú me dejarías ir a ellas?

—No sé por qué tú y Rick tenéis que ir a la misma universidad —respondió la Madre—. ¿Qué os pasa? ¿Ya os habéis casado? La gente joven va a universidades distintas y aun así no pierden el contacto.

—Mamá, ¿tenemos que hablar de esto ahora? Rick no se lo merece.

Me volví para mirar por la luneta trasera. El edificio alto todavía se veía, pero la Nueva Máquina Cootings había quedado oculta detrás de varios coches. Ahora entendía por qué el Sol no había actuado, y por un momento debí hundirme en el asiento con la cabeza gacha, porque Josie se inclinó hacia delante y me miró.

—Lo ves, mamá —dijo—, has amargado a Klara, que ya estaba bastante amargada porque su tienda ha desaparecido. Tenemos que cambiar de tema y hablar de cosas agradables.

Quinta parte

Josie empezó a perder las fuerzas once días después del regreso de la ciudad. Al principio esta fase no parecía peor que las que había pasado con anterioridad, pero fueron apareciendo nuevos síntomas, como un extraño modo de respirar o el estado de semivigilia por las mañanas, con los ojos abiertos pero carentes de vida. Si cuando estaba en este estado yo le hablaba, ella no respondía, y la Madre adoptó la costumbre de aparecer por la habitación cada mañana. Y si Josie estaba en su estado de semivigilia, la Madre se sentaba en la cama y repetía en voz baja: «Josie, Josie, Josie», como si fuese parte de una canción que estuviera memorizando.

Había días mejores, en que Josie se sentaba en la cama y hablaba, e incluso recibía clases en su rectángulo, pero había otros en que se pasaba las horas durmiendo. El doctor Ryan comenzó a venir a diario y ya nunca sonreía. La Madre se iba al trabajo cada vez más tarde por la mañana y ella y el doctor Ryan mantenían largas conversaciones en la Sala Diáfana con las puertas correderas cerradas.

En los días posteriores a la visita a la ciudad, cuando Josie todavía no había empeorado, se decidió que yo ayudaría a Rick en sus estudios, de modo que durante ese periodo él venía a menudo a la casa. Pero en cuanto Josie empezó a empeorar, él perdió todo interés por las clases y se quedaba merodeando por el pasillo, a la espera de que la Madre o Melania Sirvienta le avisasen de que podía subir a la habitación de Josie. Y si eso llegaba a ocurrir, no le permitían quedarse más que unos minutos, de pie en la puerta, para contemplar a Josie durmiendo. En una ocasión en que la estaba mirando, ella abrió los ojos y sonrió.

—Hola, Rick. Lo siento. Hoy estoy demasiado cansada para dibujar.

—No pasa nada. Sigue descansando, te pondrás bien.

—Rick, ¿qué tal están tus pájaros?

—Mis pájaros están bien, Josie. Funcionan de maravilla.

Eso fue todo lo que pudieron decirse antes de que ella volviera a cerrar los ojos.

Al acabar ese encuentro, como Rick parecía tan desanimado, lo acompañé por la escalera hasta la puerta principal. Nos quedamos un momento en la zona de gravilla, contemplando el cielo grisáceo. Noté que quería hablar conmigo pero, quizá consciente de que nos podían oír desde el dormitorio, se mantuvo en silencio, removiendo las piedrecitas con la punta de su zapatilla deportiva. De modo que opté por preguntarle:

—¿Tal vez a Rick le apetecería dar un paseo? —Y señalé hacia la puerta de la verja con aspecto de marco de cuadro.

Cuando nos adentramos en el primer campo me di cuenta de que la hierba era más amarilla que aquella tarde en que lo atravesamos para ir al granero del señor McBain. Caminamos sin prisa por el primer tramo del improvisado sendero, mientras el viento mecía de manera intermitente la hierba y dejaba entrever a lo lejos la casa de Rick.

Llegamos a un punto en el que el sendero improvisado se ensanchaba y desembocaba en una suerte de habitación al aire libre, y allí Rick se detuvo y se volvió hacia mí, con la hierba susurrando a nuestro alrededor.

—Josie nunca ha estado tan mal como ahora —dijo, con la mirada clavada en el suelo—. No parabas de decir que había motivos para la esperanza. No parabas de decirlo como si hubiera alguna razón especial para creerlo. Y me hiciste concebir esperanzas a mí también.

—Lo siento. Tal vez Rick esté enfadado conmigo. La verdad es que yo también estoy decepcionada. Aun así, sigo creyendo que hay motivos para la esperanza.

—Venga ya, Klara. Josie está empeorando. Tú misma puedes ver cómo el médico y la señora Arthur están perdiendo la esperanza.

—Aun así, sigo creyendo que la hay. Creo que la ayuda podría llegar de un lugar que los adultos todavía no han tomado en consideración. Pero debemos hacer algo enseguida.

—Klara, no sé de qué me estás hablando. Supongo que tendrá que ver con ese asunto que no puedes contarle a nadie.

—Para ser sincera, desde que hemos regresado de la ciudad, ya no estoy segura. He estado esperando, dubitativa, esperanzada con que la ayuda especial llegara a pesar de todo. Pero en estos momentos creo que lo único que puedo hacer es volver allí y explicarme. Si hago una súplica especial… Pero no debería seguir hablando de esto. Necesito que Rick vuelva a confiar en mí. Necesito regresar al granero del señor McBain.

—¿Quieres que te vuelva a llevar?

—Debo ir lo antes posible. Si Rick no puede llevarme, iré sola.

—Eh, para el carro. Por supuesto que te ayudaré. No sé de qué manera esto puede ayudar a Josie, pero si dices que lo hará, desde luego que te ayudaré.

—¡Gracias! En ese caso, debemos ir cuanto antes, esta tarde. Y, como la última vez, tenemos que llegar allí en el momento en que el Sol se está ocultando para descansar. Rick tendría que encontrarse conmigo aquí, en este mismo lugar, a las siete quince de esta tarde. ¿Lo harás?

—Puedes estar totalmente segura de que lo haré.

—Gracias. Hay una cosa más. Cuando llegue al granero, presentaré mis disculpas. Cometí el error de subestimar la magnitud de mi tarea. Pero debo disponer de algo más, alguna cosa extra con la que fortalecer mi súplica. Por eso debo preguntarle algo a Rick, aunque suponga entrometerme en el ámbito de su privacidad. Debes decirme si el amor entre Rick y Josie es genuino, si es verdadero y duradero. Debo saberlo, porque si la respuesta es sí, tendré algo que ofrecer, independientemente de lo que sucedió en la

ciudad. De modo, Rick, que por favor piénsalo con cuidado y dime la verdad.

—No necesito pensarlo. Josie y yo crecimos juntos y somos el uno parte del otro. Y tenemos nuestro plan. De manera que por supuesto que nuestro amor es genuino y para siempre. Y para nosotros es indiferente quién ha sido mejorado y quién no. Esta es la respuesta, Klara, no hay otra.

—Gracias. Ahora tengo algo muy especial que ofrecer. Así que, por favor, no lo olvides: nos encontraremos aquí a las siete quince. En el mismo lugar en el que estamos ahora.

Como ya tenía experiencia previa montando sobre la espalda de Rick, de vez en cuando estiraba una mano para apartar la hierba. Ahora la hierba no solo estaba más amarillenta que en nuestro anterior recorrido, sino que era más blanda y flexible, e incluso las nubes de insectos del anochecer se apartaban de mi cara conforme avanzábamos a través de ellas. En esa ocasión, los campos en ningún momento se dividieron en bloques, y en cuanto dejamos atrás la tercera puerta con aspecto de marco de cuadro, vi con claridad el granero del señor McBain ante nosotros, con el amplio cielo anaranjado encima y el Sol ya cerca de la punta del tejado triangular.

Cuando llegamos a la zona en que la hierba estaba segada, le pedí a Rick que se detuviera y me dejara bajar. Nos quedamos los dos allí plantados, contemplando cómo el Sol se iba hundiendo cada vez más y la sombra del granero, como había sucedido en la anterior ocasión, se fue estirando hacia nosotros a través de la hierba segada. En cuanto el Sol se situó por detrás del tejado, recordé lo importante que era no invadir más de lo necesario su privacidad y le pedí a Rick que se marchara.

—¿Qué pasa ahí dentro? —me preguntó, pero antes de que yo pudiese responderle me tocó el hombro con suavidad y dijo—: Te esperaré en el mismo sitio que la otra vez.

Se marchó y me quedé sola, esperando a que el Sol reapareciera por debajo del nivel del tejado y lanzase sus últimos rayos a través del granero abierto. En ese momento pensé que no solo el Sol podía estar enojado por mi fracaso en la ciudad, sino que además tal vez esa era mi última oportunidad para pedirle su ayuda especial, y pensé en lo que podía significar para Josie si yo fracasaba. El miedo se apoderó de mi mente, pero recordé la gran bondad del Sol y, dejando atrás cualquier duda, caminé hacia el granero del señor McBain.

Como en la anterior ocasión, el granero se llenó de una luz anaranjada y al principio me costó ver con claridad lo que tenía alrededor. Pero no tardé en visualizar las balas de heno a mi izquierda y pude comprobar que la pila que formaban había bajado. Seguía habiendo partículas de heno en el aire, que los rayos del Sol iluminaban. Pero ahora, en lugar de flotar mansamente, se movían de forma agitada como si una de las balas de heno acabase de golpear contra el suelo de madera y se hubiera desintegrado. Cuando estiré el brazo para tocar esas partículas en movimiento, vi que mis dedos proyectaban sombras que se alargaban hasta la entrada del granero.

Detrás de la pila de balas de heno estaba la pared y me tranquilizó comprobar que los Estantes Rojos de nuestra antigua tienda seguían allí, aunque esa tarde se los veía torcidos, inclinados de manera muy evidente hacia la parte posterior del granero. Las tazas de café de cerámica seguían todas en fila, pero también mostraban ciertos signos de desbarajuste: por ejemplo, en uno de los estantes vi un objeto que era sin duda la batidora de Melania Sirvienta.

Recordé cómo esperé al Sol la vez anterior, sentada en la silla metálica plegable, y me volví hacia el otro lado del granero, con la esperanza de volver a encontrar no solo la silla, sino también la hornacina de nuestra tienda y tal vez incluso a un AA metido

orgullosamente en ella. Lo que en realidad vi fueron los rayos del Sol enfocados hacia mí, siguiendo una trayectoria casi horizontal desde la entrada trasera hacia la delantera. Era casi como contemplar el tráfico en una calle concurrida, y cuando logré enfocar la mirada hacia el fondo, descubrí que el espacio estaba fragmentado en numerosos bloques de dimensiones irregulares. Tardé unos segundos en vislumbrar la silla plegable —o más bien, diversas partes de ella, divididas entre varios bloques—, y como recordaba lo cómoda que había estado en ella la última vez, empecé a caminar hacia donde se encontraba. Pero en cuanto crucé por delante de los rayos del Sol, me vino a la cabeza la idea de que, si quería llamar su atención antes de que desapareciese, no podía perder ni un segundo. De modo que, todavía de pie bajo la intensa luz, empecé a formar palabras en mi mente.

«Debes de estar muy cansado, siento molestarte. Recordarás que vine aquí en verano y tú tuviste la amabilidad de dedicarme unos minutos de tu tiempo. Me he atrevido a volver esta tarde para hablarte del mismo asunto importante».

En cuanto estas palabras empezaron apenas a formarse en mi cabeza, me vino el recuerdo del día de la reunión de interacción de Josie y la madre furiosa que irrumpió en la Sala Diáfana gritando: «¡Danny tiene razón! ¡Tú no tendrías que estar aquí!» De forma casi simultánea, me percaté de la presencia en uno de los bloques a mi derecha de rabiosas letras de cómic como las que había visto desde el coche en un edificio de la ciudad. De todas maneras, permití que palabras a medio formar circulasen por mi mente.

«Sé que no tengo ningún derecho a presentarme aquí de este modo. Y sé que el Sol debe estar enojado conmigo. Le he fallado al fracasar por completo en mi intento de detener la Polución. De hecho, soy consciente de lo idiota que fui al no pensar que habría una segunda máquina terrible para seguir fabricando Polución sin descanso. Pero ese día el Sol estaba observando en aquel solar, de manera que sabrá con qué empeño lo intenté y el sacrificio que tuve que hacer, que de todos modos hice a gusto, pese a que ahora mis

habilidades tal vez ya no sean lo que fueron. Y tuviste que ver cómo me ayudó el Padre y lo puso todo de su parte, pese a no saber nada sobre mi trato con el Sol, solo porque vio mi esperanza y tuvo fe en mí. Me disculpo con toda sinceridad por haber subestimado la magnitud de la tarea. Ha sido culpa mía y de nadie más, y aunque el Sol tiene derecho a estar enojado conmigo, le pido que tenga en cuenta que Josie no tiene culpa alguna. Al igual que el Padre, ella jamás ha sabido de mi trato con el Sol y sigue sin tener ni idea de este asunto. Ahora que está cada día más débil, he vuelto aquí esta tarde porque no he olvidado jamás lo bondadoso que puede ser el Sol. Si pudiera mostrar su gran compasión hacia Josie, como hizo ese día con Mendigo y su perro… Si pudiera enviarle su nutriente especial a Josie, que tanto lo necesita…»

Mientras estas palabras se deslizaban por mi mente, pensé en el terrible toro con el que nos cruzamos camino de la Cascada Morgan, en sus cuernos y sus ojos, y en la sensación que tuve en ese momento de que se había producido un gran error para que esa criatura tan llena de ira anduviera libre por la soleada hierba. Oí la voz de la Madre a mi espalda en el camino, gritando: «¡No, Paul, ahora no, y no en este maldito coche!», y vi a la mujer solitaria sentada en el café del señor Vance, de cuya presencia ni siquiera se había percatado el Encargado de la Cafetería, y vi cómo esa mujer apoyaba la frente contra el cristal del ventanal, mirando hacia la oscura calle del exterior del local, y pensé que esa mujer se parecía mucho a Rosa. Pero caí en la cuenta de que no podía permitirme distraerme, porque el Sol iba a desaparecer de un momento a otro, y dejé que más pensamientos pasaran por mi mente, pero ya no los transformé en palabras solemnes.

«No me importa haber perdido mi precioso fluido. Habría cedido más de buen grado, lo habría dado todo, si eso significara que ofrecerías tu ayuda especial a Josie. Como sabrás, desde la última vez que estuve aquí, me he enterado del otro modo de salvar a Josie, y si no queda otro remedio, yo pondré todo de mi parte para llevarlo a cabo. Pero no tengo claro que este otro modo vaya a

funcionar, por mucho empeño que ponga, y por eso lo que ahora mismo deseo con toda mi alma es que el Sol muestre una vez más su enorme bondad».

La mano que tenía extendida mientras atravesaba los rayos del Sol entró en contacto con algo duro y me di cuenta de que estaba aferrando el respaldo de la silla metálica plegable. Me alegré de haber dado con ella, pero no me senté por si podía parecer irrespetuoso. En lugar de eso, permanecí de pie detrás de ella, agarrando el respaldo con ambas manos.

Los rayos del Sol procedentes de la parte posterior del granero eran demasiado intensos para mirarlos directamente, de modo que, aunque pudiera interpretarse como un gesto maleducado, ladeé la mirada una vez más hacia las oscilantes formas a mi derecha, tal vez con la esperanza de ver a Rosa sentada en la solitaria mesa del café. Pero de pronto las manchas del Sol cayeron sobre la hornacina y la iluminaron momentáneamente, y lo que vi en ella no fue a un AA, sino una enorme fotografía oval colgada en la pared. Mostraba un campo verde en un día soleado, con algunas ovejas, y al fondo reconocí a las cuatro ovejas especiales que había visto desde el coche de la Madre durante el trayecto de regreso de la Cascada Morgan. Parecían todavía más afables de como las recordaba, alineadas como formando una fila impecable y con las cabezas gachas para comer hierba. Esas criaturas me llenaron de felicidad aquel día y me ayudaron a borrar el recuerdo del terrible toro, y me alegré de volver a verlas, aunque fuera en esa fotografía oval. Pero había algo raro: pese a que las cuatro ovejas estaban colocadas en fila, en la misma formación en que las había visto desde el coche, ahora se las veía extrañamente suspendidas, de manera que no parecían estar asentadas sobre la superficie del campo. El resultado era que, al bajar la cabeza para pastar, sus bocas no tocaban la hierba, lo cual daba a esas criaturas, aquel día tan felices, un aire de desolación.

«Por favor, no te marches todavía», dije. «Por favor, concédeme un minuto más. Sé que he fracasado en lo que te prometí llevar a

cabo en la ciudad y no tengo ningún derecho a pedirte nada más. Pero recuerdo lo encantado que estabas el día en que la Mujer Taza de Café y el Hombre de la Gabardina se volvieron a encontrar. Estabas tan encantado que no podías evitar mostrarlo. De modo que sé lo mucho que te importa que la gente que se quiere pueda reencontrarse, aunque sea muchos años después. Sé que el Sol siempre les desea lo mejor y tal vez incluso les ayuda a reencontrarse. Por eso te pido por favor que pienses en Josie y Rick. Todavía son muy jóvenes. Si Josie fallece ahora, estarán separados para siempre. Si pudieras proporcionarle tu nutriente especial, como vi que hiciste con Mendigo y su perro, Josie y Rick podrían continuar juntos durante sus vidas adultas como siempre han soñado. Doy fe de que su amor es fuerte y duradero, como el de la Mujer Taza de Café y el Hombre de la Gabardina».

Me percaté de pronto de la presencia, a unos pasos de la hornacina, de un pequeño objeto triangular en el suelo. Por un momento pensé que se trataba de una de las porciones de tarta que el Encargado de la Cafetería tenía en el mostrador transparente. Y recordé la voz agria del señor Vance diciendo: «Si no buscas algún tipo de favoritismo, ¿por qué estoy sentado delante de ti?», y a la señora Helen replicando rápidamente: «Sí que estamos pidiendo que ejerzas cierto favoritismo, por supuesto que sí». Pero entonces me di cuenta de que el triángulo del suelo no era un pedazo de tarta, sino una esquina del libro de bolsillo de Josie, el que había dejado caer al suelo desde el sofá del Apartamento del Amigo mientras esperaba al Padre. De hecho, no era para nada triangular, tan solo me lo había parecido porque solo se entreveía una esquina asomando de entre las sombras. A la izquierda de la hornacina, los bloques oscilaban y se superponían como si los sacudiera el viento. Vi en muchos de ellos destellos de colores vivos y me di cuenta de que contenían, aunque fuera en el fondo, el juego de botellas que había visto en el nuevo escaparate de la tienda. Las botellas estaban iluminadas con colores muy diversos y en algunos bloques también vislumbré partes

del cartel que decía «Iluminación empotrada». Sabía que se me estaba agotando el tiempo, así que continué a toda prisa.

«Sé que el favoritismo no es deseable. Pero si el Sol hace alguna excepción, ¿quién se lo merecería más que dos jóvenes que se amarán toda la vida? Tal vez el Sol podría preguntar: "¿Cómo puedo estar seguro? ¿Qué saben los niños del verdadero amor?" Pero los he observado con detenimiento y tengo la certeza de que su amor es genuino. Han crecido juntos y están muy unidos. Me lo ha dicho el propio Rick hoy mismo. Sé que fracasé en la ciudad, pero, por favor, vuelve a mostrar tu bondad y proporciónale tu ayuda especial a Josie. Mañana, o pasado mañana, por favor échale un vistazo y proporciónale el nutriente que le diste a Mendigo. Te lo pido, aunque pueda ser favoritismo y pese a que fracasé en mi misión».

Los últimos rayos del Sol empezaron a apagarse y dejaron en el granero el inicio de la oscuridad. Pese a que había tratado de no apartar la mirada de la entrada trasera, de donde procedía su luz, desde hacía un rato era consciente de la presencia de otra fuente de luz a mi espalda, por encima de mi hombro derecho. Al principio pensé que era una manifestación más del juego de botellas coloreadas, pero cuando se fue reduciendo la luz del Sol en el granero, ya no pude seguir ignorando la nueva fuente de luz. Me volví para mirarla y me sorprendió ver que el propio Sol, lejos de marcharse, se había metido en el granero del señor McBain y se había instalado, casi al nivel del suelo, entre la hornacina y la entrada delantera. Este descubrimiento fue tan inesperado —y la presencia del Sol en esa parte baja de la esquina tan cegadora— que por un momento corrí el peligro de desorientarme. Reajusté la visión, ordené la mente y me di cuenta de que el Sol en realidad no estaba en el granero, sino que alguien había dejado allí algún objeto reflectante que atrapó su reflejo durante los últimos instantes de su descenso. En otras palabras, algo estaba actuando como espejo del Sol, del mismo modo que a veces lo hacían las ventanas del Edificio RPO y de otros edificios. Mientras me dirigía hacia la superficie

reflectante, la luz perdió intensidad, aunque siguió proyectándose un resplandor anaranjado entre las sombras circundantes.

Solo cuando estuve encima de él, se me reveló la naturaleza del objeto reflectante. El señor McBain —o alguno de sus amigos— había dejado apoyadas contra la pared, amontonadas unas encima de otras, varias láminas rectangulares de cristal. Quizá el señor McBain tenía planeado hacer algo con las paredes que faltaban y tal vez pensaba poner ventanas. En cualquier caso, vi reflejado en los rectángulos de cristal —conté siete en total, amontonados casi verticalmente— el rostro del Sol al anochecer. Me acerqué todavía más y casi verbalicé a gritos estas palabras:

«Por favor, muéstrale tu bondad especial a Josie».

Me quedé mirando los cristales. Mientras los observaba con más atención, el reflejo del Sol seguía siendo de un intenso color anaranjado, pero ya no resultaba cegador. Estudié detalladamente el rostro del Sol en el interior del primer rectángulo y me di cuenta de que no estaba mirando una única imagen, porque había una versión diferente del rostro del Sol en cada una de las superficies de cristal, y lo que al principio había tomado por una imagen unificada eran de hecho siete imágenes separadas y superpuestas unas a otras en las que mi mirada penetraba desde la primera lámina hasta la última. Aunque su rostro en el primer cristal era intimidante y gélido, y el siguiente resultaba incluso más hostil, los dos que venían a continuación eran más relajados y amables. Había detrás todavía otras tres láminas de cristal, y aunque era difícil ver lo que aparecía en ellas al estar al fondo, intuí que esos rostros mostraban expresiones divertidas y amables. En cualquier caso, fuera la que fuese la imagen en cada cristal, cuando las miraba en conjunto el efecto era el de ver un solo rostro, pero con diversos contornos y emociones.

Seguí mirando con atención y de pronto todos los rostros del Sol empezaron a desvanecerse al mismo tiempo y la luz en el interior del granero del señor McBain fue perdiendo intensidad y ya ni siquiera veía el triángulo del libro de Josie o a las ovejas que estiraban sus

bocas hacia la inalcanzable hierba. Dije: «Gracias por recibirme de nuevo. Siento no haber sido capaz de llevar a cabo lo que te prometí. Por favor, considera mi petición». Pero incluso hablando mentalmente dije estas palabras en voz baja, porque sabía que el Sol ya se había marchado.

Durante los días siguientes, el doctor Ryan y la Madre discutían a menudo en la Sala Diáfana sobre si Josie debía o no ser ingresada en el hospital y, aunque sus voces colisionaban —las oía a través de las puertas correderas—, siempre acababan estando de acuerdo en que meterla allí solo contribuiría a hacerla más infeliz. Pese a mostrarse de acuerdo sobre eso, cada vez que venía el doctor Ryan se metían en la Sala Diáfana y volvían a discutir sobre lo mismo.

Rick venía cada día y se sentaba un rato en el dormitorio para vigilar a Josie mientras la Madre y Melania Sirvienta aprovechaban para descansar un poco. A esas alturas, ambas adultas habían dejado de mantener sus horarios habituales y solo dormían cuando les vencía el cansancio. Mi presencia, aunque apreciada, era considerada por algún motivo como insuficiente, pese a que la Madre sabía que yo era capaz de detectar las señales de peligro antes que nadie. En cualquier caso, a medida que pasaban los días, la Madre y Melania Sirvienta empezaron a estar tan agotadas que se les notaba en cada movimiento que hacían.

Y entonces, seis días después de mi visita al granero del señor McBain, el cielo se ennegreció muchísimo después del desayuno. Digo «después del desayuno» aunque para entonces todas las rutinas de la casa se habían alterado y ya ni el desayuno ni el resto de las comidas se hacían en los horarios habituales. Esa mañana en particular el sentido de desorientación se incrementó por la oscuridad del cielo y la llegada de Rick fue una de las pocas cosas que me recordó que ya no era de noche.

A medida que avanzaba la mañana, el cielo se iba oscureciendo más, las nubes eran cada vez más densas y el viento empezó a

soplar con mucha fuerza. Algún elemento suelto del exterior de la casa comenzó a golpear en la parte trasera y, cuando eché un vistazo a través de la ventana delantera, vi que los árboles de la parte alta de la carretera oscilaban y se torcían.

Pero Josie seguía durmiendo, ajena a todo, y su respiración era superficial y acelerada. A mitad de esa oscura mañana, mientras Rick y yo vigilábamos a Josie, apareció Melania Sirvienta, con los ojos entrecerrados por la fatiga, y nos dijo que venía a reemplazarnos. Observé cómo Rick bajaba por la escalera delante de mí, con los hombros caídos por la tristeza, y vi que se sentaba en el primer escalón. Decidí que era aconsejable proporcionarle unos minutos de privacidad, y estaba pasando junto a él en dirección al pasillo cuando la Madre salió de la Sala Diáfana. Llevaba todavía el fino salto de cama negro de la noche, que dejaba a la vista la fragilidad de su cuello, y se dirigió a toda prisa a la cocina como si necesitara con urgencia un café. Pero al llegar a la puerta se volvió y, al ver a Rick sentado en el escalón, se quedó mirándolo. Rick tardó unos instantes en percatarse de que la Madre lo observaba, pero cuando lo hizo le sonrió animoso.

—Señora Arthur, ¿cómo está?

La Madre siguió mirándolo. Y por fin dijo:

—Ven aquí. —Y desapareció en la cocina. Rick me miró desconcertado mientras se ponía en pie. Pese a que la Madre no me había invitado también a mí, pensé que era mejor que lo siguiera.

La cocina tenía un aspecto diferente debido a la oscuridad del cielo. La Madre no había encendido ninguna luz y, cuando entramos, estaba mirando por el ventanal hacia la carretera que tomaba para ir al trabajo. Rick se detuvo dubitativo junto a la isla y yo me coloqué junto a la nevera para proporcionarles privacidad. Desde esa posición veía el ventanal y, detrás de la silueta de la Madre, la carretera que ascendía a lo lejos y los oscilantes árboles.

—Quiero preguntarte algo —dijo la Madre—. No te importa, ¿verdad, Rick?

—Por favor, adelante, señora Arthur.

—Me preguntaba si ahora mismo te sientes ganador. Como si hubieras salido victorioso.

—No la entiendo, señora Arthur.

—Siempre te he tratado bien, ¿verdad, Rick? Espero haberlo hecho.

—Por supuesto que sí. Siempre ha sido muy amable conmigo. Y una buena amiga de mi madre.

—Por eso te lo pregunto. Rick, te pregunto si te sientes ganador. Josie entró en el juego. Bueno, fui yo la que tiró los dados por ella, pero iba a ser ella, no yo, la que al final ganara o perdiese. Apostó alto, y si el doctor Ryan está en lo cierto, no va a tardar mucho en perder definitivamente. Pero tú, Rick, tú optaste por no apostar. Por eso te lo pregunto. ¿Cómo te sientes ahora? ¿De verdad te ves como el ganador?

La Madre le dijo todo esto sin dejar de contemplar el oscuro cielo, pero hizo una pausa y se volvió hacia Rick.

—Porque, Rick, si te sientes ganador, querría que reflexionases sobre esto. En primer lugar: ¿qué crees que has ganado exactamente? Te lo pregunto porque todo en Josie, desde la primera vez que la sostuve en mis brazos, me transmitía la idea de que tenía hambre de vivir. El mundo la estimulaba. Por eso supe desde el principio que no podía negarle su oportunidad. Pedía un futuro digno de su ímpetu. Es a eso a lo que me refiero cuando digo que apostó alto. ¿Qué me dices de ti, Rick? ¿De verdad crees que eres tan listo? ¿Crees que de los dos tú te has convertido en el ganador? Porque si es así, hazte esta pregunta: ¿qué es lo que has ganado? Echa un vistazo. Echa un vistazo a tu futuro. —Movió la mano y señaló el ventanal—. Hiciste una apuesta baja y lo que has ganado es minúsculo y mezquino. En estos momentos te debes de sentir ufano. Pero yo estoy aquí para decirte que no tienes ningún motivo para sentirte así. Ningún motivo en absoluto.

Mientras la Madre hablaba, algo había prendido en el rostro de Rick, algo peligroso, porque su mirada era ahora muy parecida a la que puso durante la reunión de interacción cuando retó a los chicos

que querían lanzarme a través de la sala. Dio un paso hacia la Madre y de pronto también ella pareció sentirse alarmada.

—Señora Arthur —dijo Rick—. La mayoría de las veces que he venido aquí estos últimos días, Josie no estaba en condiciones de hablar. Pero el pasado jueves tuvo uno de sus días buenos y yo me senté cerca de la cama para oírla bien. Y me dijo que quería darme un mensaje. Un mensaje para usted, señora Arthur, un mensaje que todavía no estaba preparada para que usted lo escuchara. Lo que quiero decir es que me pidió que lo retuviese hasta que fuera el momento adecuado de comunicárselo. Bien, pues creo que tal vez ha llegado ese momento.

La Madre abrió mucho los ojos y en ellos se vislumbraba el miedo, pero no dijo nada.

—El mensaje de Josie —continuó Rick— era algo así: dice que independientemente de lo que suceda, independientemente de cómo acabe todo, ella la quiere y siempre la querrá. Está muy agradecida de que sea su madre y jamás ha deseado tener otra. Eso es lo que comentó. Y dijo más cosas. Sobre lo de haber sido mejorada, quiere que sepa que no hubiera deseado ninguna otra opción. Si pudiera volver a hacerlo y esta vez dependiese de ella, asegura que haría lo mismo que hizo usted, y usted siempre será la mejor madre que ha podido tener. Eso es lo que dijo al respecto. Como ya le he explicado, no quería que se lo comentase hasta que llegase el momento adecuado. Así que, señora Arthur, espero haber acertado al comentárselo ahora.

La Madre miraba a Rick con rostro inexpresivo, pero mientras él hablaba vislumbré algo —algo probablemente muy importante— a través del ventanal detrás de ella, y entonces, aprovechando el momentáneo silencio de Rick, alcé la mano. La Madre me ignoró y siguió mirándolo a él.

—Vaya mensaje —dijo por fin.

—Disculpe —dije.

—Dios mío —exclamó la Madre, y dejó escapar un suspiro quedo —. Vaya mensaje.

—¡Disculpe! —Esta vez casi grité, y tanto la Madre como Rick se volvieron hacia mí—. Siento interrumpir, pero está ocurriendo algo en el exterior. ¡Está saliendo el Sol!

La Madre miró por el ventanal y se volvió hacia mí.

—Pues sí. ¿Y qué? ¿Qué te pasa, cariño?

—Debemos subir. ¡Debemos ir a la habitación de Josie de inmediato!

La Madre y Rick me habían estado mirando perplejos, pero cuando dije eso se asustaron, y en cuanto empecé a moverme en dirección al pasillo, los dos salieron disparados y me adelantaron, así que acabé corriendo escaleras arriba detrás de ellos.

Es probable que no hubieran entendido por qué yo había dicho lo que había dicho, y tal vez creyeron que Josie estaba en peligro inminente. De modo que cuando entraron en tromba en el dormitorio, debieron quedarse muy aliviados al ver que Josie seguía dormida y respiraba con ritmo acompasado. Estaba echada de costado, como hacía con frecuencia, con el rostro oculto casi por completo por el cabello que le caía por encima. No se adivinaba ningún signo inesperado en Josie, pero la habitación era otra cosa. Las manchas del Sol cubrían diversas partes de la pared, el suelo y el techo con una intensidad inusual; se veía un triángulo anaranjado sobre la cómoda, una reluciente línea curva atravesaba el Sillón del Botón y unas intensas líneas verticales cruzaban la alfombra. Pero Josie, en la cama, permanecía entre sombras, como otras muchas zonas del dormitorio. De pronto las sombras empezaron a moverse y me di cuenta —ajustando mi visión a la luminosidad del espacio— de que las creaba Melania Sirvienta, plantada ante la ventana mientras movía la persiana y las cortinas. La persiana ya estaba completamente bajada y ahora estaba cerrando las cortinas para crear una doble protección frente a la luz, y aun así la intensa luz seguía atravesando los bordes y creaba formas por toda la habitación.

—¡Maldito Sol! —gritó Melania Sirvienta—. ¡Largo de aquí, maldito Sol!

—¡No, no! —Me dirigí a toda prisa hacia Melania Sirvienta—. ¡Tenemos que abrir, tenemos que abrirlo todo! ¡Tenemos que dejar que entre el Sol para que pueda hacer su trabajo!

Traté de arrebatarle las cortinas, que todavía tenía agarradas, y aunque en un primer momento no las soltó, acabó haciéndolo, con una mirada de perplejidad. Para entonces Rick ya había aparecido a mi lado y, dejándose llevar por la intuición, me ayudó a subir la persiana y abrir las cortinas.

El nutriente del Sol entró con tal intensidad en la habitación que Rick y yo nos echamos hacia atrás y casi perdemos el equilibrio. Cubriéndose los ojos con las manos, Melania Sirvienta repitió: «¡Maldito Sol!» Pero ya no intentó bloquear la entrada de su nutriente.

Me aparté de la ventana, aunque no sin antes percatarme de que el viento en el exterior era más intenso que nunca y no solo los árboles seguían agitándose, sino que había montones de pequeños cilindros y pirámides —cada uno de ellos parecía dibujado a lápiz— volando a toda velocidad por el cielo. Pero el Sol se había abierto paso entre las oscuras nubes y de pronto —como si todos los presentes en la habitación hubiésemos recibido un mensaje— nos volvimos a mirar a Josie.

El Sol la iluminaba, a ella y toda la cama, con una potente medialuna anaranjada, y la Madre, que era la que estaba más cerca de la cama, tuvo que alzar las manos para protegerse los ojos. Rick parecía sospechar qué estaba ocurriendo, pero yo estaba sobre todo interesada en comprobar si la Madre y Melania Sirvienta entendían qué pasaba. Durante unos instantes todos permanecimos inmóviles, mientras el Sol lanzaba una luz todavía más intensa sobre Josie. Observamos y esperamos, e incluso cuando llegó un punto en que parecía que la medialuna anaranjada podía empezar a arder, nadie hizo nada. Josie se movió bajo las sábanas y, con los ojos entrecerrados, alzó una mano.

—Eh, ¿qué es esta luz? —dijo.

El Sol siguió iluminándola implacable y ella se giró hasta quedar boca arriba, con la cabeza apoyada sobre los almohadones.

—¿Qué pasa?

—¿Qué tal te encuentras, cariño? —le preguntó la Madre en un susurro, mirando a Josie con cara de asustada.

Josie hundió la cabeza entre los almohadones hasta quedar casi mirando al techo. Pero, por cómo se movía, era obvio que había recuperado las fuerzas.

—Eh —dijo—. ¿La persiana se ha encallado o qué pasa?

El elemento suelto de la estructura de la casa seguía golpeando en alguna parte, y cuando volví a mirar por la ventana la oscuridad estaba de nuevo invadiendo el cielo. Y vimos cómo las manchas de Sol sobre Josie se iban extinguiendo, hasta que quedó envuelta en la grisura de una mañana nublada.

—¿Josie? —dijo la Madre—. ¿Cómo te encuentras?

Josie la miró con aire fatigado y se incorporó un poco para vernos mejor. La Madre, al ver el movimiento, se le acercó, tal vez con la intención de obligarla a recostarse de nuevo. Pero cuando llegó hasta Josie cambió de opinión y la ayudó a encontrar una postura más cómoda sentada en la cama.

—Cariño, tienes mejor aspecto —dijo la Madre.

—Escucha, ¿qué pasa aquí? —preguntó Josie—. ¿Por qué está todo el mundo en la habitación? ¿Qué estáis mirando?

—Eh, Josie —dijo de pronto Rick, con un tono de voz entusiasta —. Tienes un aspecto horrible.

—Gracias. Tú también estás estupendo. —Y añadió—: Pero ¿sabes qué?, me encuentro mejor. Aunque un poco mareada.

—Ya está bien por ahora —intervino la Madre—. Tómatelo con calma. ¿Quieres beber algo?

—Quizá un poco de agua.

—Muy bien, no demos nada por hecho —dijo la Madre—. Vamos a afrontar esto paso a paso.

Sexta parte

El nutriente especial del Sol resultó ser tan efectivo en Josie como en Mendigo, y después de la mañana del cielo oscuro no solo se repuso, sino que se transformó de niña en adulta.

A medida que se fueron sucediendo las estaciones —y los años— los vehículos del señor McBain cortaron la hierba alta de los tres campos y los dejaron de color marrón claro. El granero ahora parecía más alto y su silueta era más visible, pero el señor McBain no construyó paredes adicionales, y en los atardeceres sin nubes, cuando el Sol se dirigía hacia su lugar de descanso, yo podía contemplar cómo se iba hundiendo por la parte trasera del granero hasta desaparecer bajo tierra.

Josie trabajó con ahínco en sus clases y hubo muchas discusiones sobre a qué universidad debía ir. Josie y la Madre mantenían posturas encontradas al respecto, pero Atlas Brookings —ahora que Rick ya no quería ir allí— rara vez se mencionaba. El Padre no se mostraba de acuerdo ni con las ideas de Josie ni con las de la Madre y en una ocasión se presentó en la casa para dejar clara su posición. Fue la única vez que lo vi venir a la casa, y aunque me alegré de volver a verlo, todos tuvimos claro que había infringido una norma al hacerlo.

Josie dejaba la casa con más frecuencia en esa época, a veces por varios días, para visitar a otros jóvenes adultos o para asistir a retiros. Yo sabía que estas salidas eran una parte importante de su preparación para la universidad, pero Josie prefería no hablarme mucho de ellas, de manera que yo apenas sabía nada al respecto.

Justo después de la recuperación de Josie, Rick siguió viniendo de forma regular, pero a medida que fue pasando el tiempo y de manera muy clara a partir del momento en que el señor McBain

cortó la hierba, sus apariciones eran cada vez más espaciadas. En parte se debía a que Josie estaba fuera con frecuencia, pero también a que Rick estaba cada vez más ocupado con sus proyectos. Se compró un coche, al que llamaba «el Cacharro», e iba a menudo a la ciudad para visitar a sus nuevos amigos. Rick solía dejar el Cacharro aparcado en la zona de gravilla frente a la casa, porque, según decía, le era mucho más fácil partir de allí que tener que recorrer cada vez el estrecho y sinuoso camino que salía de su casa. De modo que las apariciones de Rick estaban cada vez más relacionadas con el Cacharro allí aparcado que con visitar a Josie, y fue en la zona de gravilla donde mantuve la última conversación con él.

Esa mañana tanto Josie como la Madre estaban fuera, así que cuando oí sus pisadas en el exterior no vi motivo alguno para no salir a saludarlo. En esa ocasión no tenía tanta prisa por partir, de modo que pudimos hablar unos minutos. A nuestro alrededor soplaba una suave brisa, Rick se apoyó contra el Cacharro y yo permanecí de pie un poco apartada. El cielo estaba nublado y tal vez por eso Rick recordó lo sucedido aquel día.

—Klara, ¿recuerdas aquella mañana en que el tiempo se puso muy raro y el Sol entró en la habitación de Josie? —me preguntó.

—Por supuesto. Jamás olvidaré aquella mañana.

—Últimamente pienso a menudo en ella. Casi parece que fue ese día cuando Josie empezó a mejorar. Quizá me equivoco, pero cuando lo pienso, me acaba pareciendo que fue así.

—Sí. Estoy de acuerdo.

—¿Recuerdas aquel día? Estábamos todos agotados. Desesperados. Y de pronto todo cambió. Siempre he querido preguntarte, pero me parecía que tú no querías hablar de ello. Siempre he querido preguntarte qué sucedió esa mañana, si ese tiempo tan raro y todo lo demás tuvo algo que ver con lo otro, ya sabes de qué hablo. Cuando te llevé a caballo por los campos y tú hiciste no sé qué pacto secreto. En aquel momento pensé que todo eso no eran más que, bueno, supersticiones de AA. Algo que al

menos podía traernos buena suerte. Pero ahora no dejo de preguntarme si hubo algo más.

Me observaba con atención, pero durante un buen rato yo no dije nada.

—Por desgracia —respondí por fin—, no me atrevo a hablar de eso, ni siquiera ahora que ya ha pasado tiempo. Fue un favor muy especial y temo que, si hablo de él con alguien, incluso con Rick, la ayuda que Josie recibió pueda ser retirada.

—Pues calla. No digas nada más. No quiero dar pie a la más mínima posibilidad de que Josie vuelva a enfermar. Pero los médicos siempre dicen que cuando se ha llegado al punto en el que está ella ahora, ya se está a salvo.

—Aun así, debemos ser prudentes, porque el caso de Josie es muy especial. Pero ya que Rick saca ahora este tema, tal vez deba aprovechar para comentar algo relacionado con él que me preocupa.

—¿De qué se trata, Klara?

—Rick y Josie todavía se muestran cariño mutuo. Sin embargo, están preparando futuros separados.

Se volvió hacia el punto por donde la carretera ascendía por la colina, mientras con la mano jugueteaba con el retrovisor lateral del Cacharro.

—Creo que sé a qué te refieres —dijo—. Recuerdo la segunda ocasión en que fuimos al granero. Antes de emprender el camino, te pusiste muy seria y me preguntaste si nuestro amor era genuino. El amor entre Josie y yo. Y creo recordar que te respondí que era auténtico y duradero. De modo que sospecho qué es lo que te preocupa.

—Rick está en lo cierto. Me inquieta ver que Rick y Josie tienen planes separados.

Él removió con suavidad la gravilla con el pie y dijo:

—Escucha, no quiero que me cuentes nada que pueda poner otra vez en riesgo la salud de Josie. Cuando comunicaste que Josie y yo nos queríamos, en ese momento era cierto. Nadie puede decir que manipulaste o mentiste. Pero ahora ya no somos niños, debemos

desearnos lo mejor el uno al otro y seguir cada uno nuestro camino. Yo no habría logrado salir bien parado de ir a la universidad y tener que competir con todos esos chicos mejorados. Ahora tengo mis propios planes y así es como debe ser. Pero, Klara, lo que dije entonces en aquel momento no era mentira. Y en cierto modo tampoco lo es ahora.

—Me pregunto qué quiere decir Rick con esto.

—Supongo que lo que estoy diciendo es que Josie y yo estaremos siempre unidos en cierto sentido, en un sentido profundo, incluso si llega un momento en que ya no nos vemos más. No puedo hablar por ella, pero en mi caso sé que una vez que esté lejos de casa siempre andaré buscando a alguien como ella. Al menos como la Josie a la que conocí. De modo, Klara, que lo que te dije nunca ha sido mentira. Sea quien sea ese con quien hiciste un trato allí arriba, si ese alguien puede mirar en el fondo de mi corazón y en el fondo del corazón de Josie, sabrá que no intentaste darle gato por liebre.

Nos mantuvimos un buen rato en silencio sobre la gravilla. Pensé que en cualquier momento dejaría de apoyarse en el Cacharro, se metería en él y se marcharía. Pero me preguntó en voz baja:

—¿Sabes algo de Melania? Alguien me dijo que se había ido a Indiana.

—Creemos que está en California. La última vez que supimos de ella estaba allí, intentando que la admitieran en una comunidad.

—Esa señora siempre me dio miedo. Pero me acabé acostumbrando a ella. Espero que esté bien. Y que encuentre un buen sitio donde vivir. ¿Y qué me dices de ti, Klara? ¿Vas a estar bien? Me refiero a cuando Josie se marche.

—La Madre siempre es muy amable conmigo.

—Escucha, si alguna vez necesitas ayuda, no dudes en contactarme, ¿de acuerdo?

—Sí. Gracias.

Ahora, sentada sobre este suelo duro he estado pensando de nuevo en lo que me dijo Rick esa mañana y estoy convencida de que tenía razón. Ya no temo que el Sol se pueda sentir engañado o

manipulado, o que pueda replantearse su decisión. De hecho, es posible que mientras yo le transmitía mi petición, él ya supiera que los caminos de Josie y Rick acabarían separándose, y sin embargo consideró que, pese a todo, su amor perduraría. Cuando me hizo la pregunta —sobre si los niños realmente entendían lo que significaba el amor—, creo que ya conocía la respuesta y si me lo preguntó fue por mi bien. Incluso creo que en ese momento tal vez estuviera pensando en la Mujer Taza de Café y el Hombre de la Gabardina; después de todo, habíamos hablado de ellos unos instantes antes. Quizá el Sol creyera que, después de muchos años y muchos cambios, Josie y Rick podían volver a encontrarse como hicieron la Mujer de la Taza de Café y el Hombre de la Gabardina.

A medida que el momento de que Josie iniciara su carrera universitaria se acercaba, se incrementaban las visitas de otros jóvenes adultos. Eran de sexo femenino y casi siempre venían de una en una, aunque ocasionalmente aparecían en parejas. Las traía un chófer o, en algunas ocasiones, llegaban conduciendo su propio coche, pero en cualquier caso ahora las jóvenes adultas no venían nunca acompañadas por sus padres. La visita solía durar de media dos noches, a veces tres, y yo sabía cuándo estaba a punto de producirse una, porque uno o dos días antes la Nueva Sirvienta llevaba un futón o un plegatín a la habitación de Josie.

Fue debido a estas visitas de jóvenes adultas como descubrí el Trastero. Obviamente, durante esas visitas no había suficiente espacio para que yo permaneciera en la habitación y, además, entendía que mi presencia ya no era tan apropiada como lo había sido antaño. Si Melania Sirvienta hubiese seguido con nosotros, supongo que habría pensado en dónde colocarme, pero con la nueva situación fui yo misma la que se buscó un sitio, en la última planta. «Nadie dice que tengas que esconderte», comentó en una ocasión Josie, pero no me ofreció un plan alternativo, de manera que así fue como acabé en el Trastero.

Había semanas muy ajetreadas, e incluso si Josie no tenía ninguna invitada, la oía moverse con pasos rápidos por toda la casa, pegando gritos a la Madre o a la Nueva Sirvienta. Una tarde se abrió la puerta del Trastero y apareció Josie con una sonrisa.

—Vaya —dijo—. Así que es aquí donde te metes. ¿Cómo va todo?

—Todo va bien, gracias.

Josie extendió los brazos y puso una mano a cada lado del marco de la puerta. Observaba la habitación un poco encorvada, como si temiese darse un golpe en la cabeza con el techo inclinado. Dio un repaso rápido con la mirada a los diversos objetos allí almacenados y se fijó en la pequeña ventana elevada.

—¿Alguna vez miras por esta ventana? —preguntó.

—Por desgracia está demasiado alta. La hicieron para ventilar, no para mirar por ella.

—Eso ya lo veremos.

Josie entró en la habitación con la cabeza gacha, mirando a todos lados. Se puso a mover y a agrupar objetos y los amontó en varias pilas. En cierto momento, incapaz de anticiparme a sus rápidos movimientos, choqué con ella y soltó una carcajada.

—¡Klara! No te muevas. Quédate aquí quieta. Estoy intentando hacer una cosa.

No tardó mucho en crear un espacio despejado justo debajo de la ventana y desplazó hasta allí un arcón de madera. Después cogió y trasladó una caja de plástico con una tapa muy ajustada y la depositó con cuidado encima del arcón.

—Aquí lo tienes. —Se echó a un lado, encantada con lo que acababa de hacer, pese a dejar el resto de la habitación muy desordenada—. Pruébalo, Klara. Pero ten cuidado. El segundo escalón es muy alto. Vamos, quiero que lo pruebes.

Salí del rincón y sin dificultad subí los dos escalones que Josie había creado y quedé situada encima de la tapa de la caja de plástico.

—No te preocupes, estas cajas son muy resistentes —dijo—. Es como si fuera el suelo. Confía en mí, es seguro.

Volvió a reírse y siguió mirándome, así que sonreí y miré por la pequeña ventana elevada. La vista era similar a la de la ventana trasera de la habitación de Josie, dos plantas más abajo. Obviamente la perspectiva era distinta y además una parte del tejado tapaba un trozo del panorama. Pero se veía el cielo gris que se extendía sobre los campos hasta el granero del señor McBain.

—Tendrías que habérmelo comentado antes —dijo Josie—. Sé que te gusta mirar por la ventana.

—Gracias. Muchísimas gracias.

Durante unos instantes nos miramos con sonrisas afables. Hasta que ella apartó la mirada y repasó los objetos desperdigados por el suelo.

—¡Vaya desorden! Vale, prometo ordenarlo todo. Pero ahora tengo que hacer una cosa. No te pongas a ordenarlo tú. Lo haré yo después, ¿de acuerdo?

La Madre, igual que Josie, cada vez me prestaba menos atención en esa época, a veces ni siquiera me miraba cuando nos cruzábamos por la casa. Supuse que era un periodo muy ajetreado para ella y que también era posible que mi presencia le recordara los momentos difíciles del pasado. Pero hubo una ocasión en que sí me prestó especial atención.

Ese día Josie estaba fuera, pero, como era fin de semana, la Madre sí estaba en casa. Yo había pasado la mayor parte de la mañana en el Trastero, pero cuando oí voces abajo, salí al rellano de la última planta. Enseguida me di cuenta de que el hombre con el que estaba hablando la Madre en el recibidor era el señor Capaldi.

Me sorprendió, porque hacía mucho tiempo que nadie mencionaba al señor Capaldi. La Madre y él hablaban de forma relajada, pero, a medida que avanzaba la conversación, noté cómo iba aumentando la tensión en la voz de la Madre. Oí sus pasos y vi que me miraba desde tres pisos más abajo.

—Klara —me llamó—. Ha venido el señor Capaldi. Seguro que te acuerdas de él. Baja a saludarle.

Mientras bajaba por la escalera con cuidado, oí que la Madre decía:

—Henry, eso no era lo acordado. No es eso lo que dijiste.

A lo que el señor Capaldi respondió:

—Solo quiero proponérselo. Eso es todo.

El señor Capaldi estaba más gordo que la última vez que lo había visto en su edificio, y el cabello alrededor de las orejas era ahora más cano. Me saludó muy cariñoso y me condujo a la Sala Diáfana, mientras me decía:

—Klara, solo quería comentarte algunas cosas. Podrías sernos de gran ayuda.

La Madre nos siguió sin abrir la boca. El señor Capaldi se sentó en el sofá modular y se apoyó en los almohadones, y esa postura relajada me trajo a la memoria al chico Danny en aquella reunión de interacción, sentado en el mismo sofá, con una pierna estirada encima de él. En contraste con la actitud del señor Capaldi, la Madre continuó de pie, muy recta, en el centro de la sala, y cuando el señor Capaldi me invitó a sentarme, dijo:

—Creo que Klara está más cómoda de pie. Henry, acabemos de una vez con esta historia.

—Vamos, Chrissie. No hagas una montaña de esto.

El señor Capaldi dejó su postura relajada y se inclinó hacia mí.

—Klara, supongo que recordarás mi fascinación por los AA. Siempre os he visto como nuestros amigos. Una fuente vital de aprendizaje y conocimiento. Pero, sabes, hay gente ahí fuera preocupada por vuestra presencia. Personas asustadas y resentidas.

—Henry —intervino la Madre—. Por favor, ve al grano.

—De acuerdo. Se trata de lo siguiente. Klara, el hecho es que en estos momentos hay una creciente y extendida inquietud en relación con los AA. Hay gente que dice que os habéis vuelto demasiado inteligentes. Están asustados porque ya no son capaces de entender lo que sucede en vuestro interior. Ven lo que hacéis. Aceptan que

vuestras decisiones y recomendaciones son sensatas y fiables, casi siempre correctas. Pero no les gusta no saber cómo llegáis a ellas. Es de aquí de donde provienen tantos recelos, tantos prejuicios. De modo que tenemos que combatir estas actitudes. Tenemos que decirles: de acuerdo, estáis preocupados porque no entendéis los procesos mentales de los AA. Muy bien, pues vamos a echar un vistazo a lo que hay debajo del caparazón. Vamos a estudiar los mecanismos. Lo que no os gustan son las cajas cerradas. Muy bien, pues vamos a abrirlas. En cuento veamos lo que hay dentro, no solo dejará de dar miedo, sino que además aprenderemos. Aprenderemos cosas nuevas y maravillosas. Y aquí, Klara, es donde entras tú. Los que estamos de vuestro lado, buscamos ayuda, voluntarios. Ya hemos logrado abrir unas cuantas cajas negras, pero necesitamos abrir muchas más. Vosotros los AA sois magníficos. Estamos descubriendo cosas que no creíamos posibles. Por eso he venido hoy aquí. Nunca te he olvidado, Klara. Sé que nos puedes ser muy útil. Por favor, ¿querrás ayudarnos?

Se quedó mirándome fijamente, así que respondí:

—Me gustaría ayudar. Siempre y cuando eso no sea un inconveniente para Josie o su madre…

—Un momento. —La Madre se deslizó rápidamente alrededor de la mesa de café y se colocó a mi lado—. Henry, esto no es para nada lo que hemos hablado por teléfono.

—Solo quería preguntárselo a Klara, eso es todo. Para ella es una oportunidad de hacer una contribución importante…

—Klara se merece algo mejor.

—Tal vez tengas razón, Chrissie. Y tal vez yo esté muy equivocado. Aun así, ya que estoy aquí y tengo a Klara delante de mí, ¿tengo tu permiso para preguntárselo a ella directamente?

—No, Henry, no lo tienes. Klara se merece algo mejor. Se merece apagarse poco a poco.

—Pero tenemos mucho por hacer. Tenemos que combatir las opiniones en contra…

—Pues hazlo por otros medios. Búscate otras cajas negras que abrir. Deja en paz a Klara. Permítele tener un apagado lento.

La Madre se había colocado delante de mí, como para protegerme del señor Capaldi, y como con la precipitación de su indignación se había plantado en esa posición a toda prisa, la parte posterior de su hombro casi me rozaba la cara. Como resultado de ello, no solo percibí el suave tejido de su jersey oscuro, sino que recordé aquella ocasión en el coche, aparcadas delante del restaurante Picamos Nuestra Propia Carne, en que se inclinó sobre mí y me abrazó. Asomándome por detrás de la Madre, vi que el señor Capaldi negaba con la cabeza y volvía a apoyarse en los almohadones.

—Chrissie —dijo—, no puedo evitar pensar que sigues enfadada conmigo. Que llevas mucho tiempo enfadada conmigo. Y es injusto. En aquel momento fuiste tú la que acudió a mí, ¿lo recuerdas? Y yo me limité a hacer todo lo posible por ayudarte. Me alegro de que al final lo de Josie se haya solucionado. De verdad que me alegro. Pero no veo el motivo por el que tengas que estar todavía enfadada conmigo.

Los días previos a la partida de Josie estuvieron repletos de nervios y agitación. Si Melania Sirvienta hubiera seguido con nosotros, probablemente todo habría sido un poco más relajado. Sin embargo, la Nueva Sirvienta a menudo dejaba tareas pendientes hasta el último momento y entonces trataba de llevar a cabo varias al mismo tiempo, lo cual añadía más tensión al ambiente. Yo trataba de no estar por en medio, así que me quedaba en el Trastero la mayor parte del tiempo, sobre la plataforma que Josie me había montado, mirando los campos por la pequeña ventana elevada y escuchando los ruidos de la casa. Una tarde, dos días antes de la partida, oí que Josie subía a la última planta y la vi aparecer por la puerta.

—Hola, Klara. ¿Por qué no bajas un rato a mi habitación? Si no estás ocupada.

Bajé con ella y entré una vez más en la vieja habitación. Había muchos cambios. Además de la cama de Josie, ahora había un plegatín instalado de manera permanente para las invitadas y el Sofá del Botón había desaparecido. También muchos pequeños detalles habían cambiado; por ejemplo, ahora Josie estaba sentada en la silla con ruedecitas de su nuevo escritorio, que le permitía moverse sin levantarse. Pero las manchas de Sol en la pared seguían siendo tal como las recordaba de las muchas tardes que habíamos pasado juntas allí. Me senté en el borde de la cama y durante un rato mantuvimos una grata conversación.

—Todo el mundo al que le preguntas te dice que no le da miedo ir a la universidad —comentó Josie en cierto momento—. Pero, Klara, no te creerías lo asustados que están en realidad. Yo también estoy un poco asustada, no voy a fingir que no. Pero ¿sabes qué? No voy a permitir que el miedo se interponga en mi camino. Me he hecho una promesa solemne al respecto. Eh, ¿te lo he contado ya? Se supone que todos debemos marcarnos unos objetivos oficiales. Dos objetivos en cada una de las cinco categorías. Tuve que llenar un formulario al respecto, pero mentí, porque me he marcado mis propios objetivos secretos, que no tienen nada que ver con los del formulario. ¡No creo que les fuera a gustar mi verdadera lista! ¡Y mamá tampoco va a saber nunca de ella! —Se rio encantada—. Ni siquiera voy a compartir mis objetivos secretos contigo, Klara. Pero si sigues aquí cuando vuelva por Navidad, te contaré cuántos he conseguido cumplir.

Esta fue una de las pocas alusiones que hizo Josie durante esa época a mi posible partida. Volvió a hacer referencia a ello la mañana en que se marchó, acompañada por la Madre.

Sé que esperaba que Rick viniera a despedirla. Pero resultó que él ese día estaba a kilómetros de allí, en una reunión con sus nuevos amigos para hablar de sus aparatos-de-recopilación-de-datos-indetectables. De modo que en la zona de la gravilla solo estábamos la Nueva Sirvienta y yo contemplando cómo Josie y la Madre metían las últimas piezas del equipaje en el coche de la Madre.

Cuando la Madre ya se había sentado tras el volante, Josie se acercó a mí, con aquellos andares prudentes que nunca había dejado atrás y que hacían que sus pies se hundieran ruidosamente a cada paso entre las piedrecitas. Parecía emocionada y decidida, y antes de llegar a mí alzó los brazos como intentando formar la Y más grande posible. Y me abrazó durante un buen rato. Ahora ya era más alta que yo, así que tuvo que inclinarse un poco, apoyando el mentón en mi hombro izquierdo, y su abundante y largo cabello me tapó parte de la visión. Cuando se apartó, sonreía, pero vislumbré en su rostro cierta tristeza. Fue entonces cuando dijo:

—Supongo que no estarás aquí cuando regrese. Has sido fantástica, Klara. De verdad.

—Gracias —dije—. Gracias por elegirme.

—Cómo no iba a hacerlo. —Me dio un segundo abrazo, este más breve, y volvió a apartarse—. Adiós, Klara. Pórtate bien.

—Adiós, Josie.

Saludó con la mano una vez más mientras se metía en el coche; el saludo iba más dirigido a mí que a la Nueva Sirvienta. El coche avanzó por la carretera, dejó atrás los árboles mecidos por el viento y llegó a lo alto de la colina, haciendo el mismo recorrido que Josie y yo habíamos contemplado juntas tantas veces.

Estos últimos días varios recuerdos han empezado a superponerse de forma extraña. Por ejemplo, la mañana del cielo oscuro en que el Sol salvó a Josie, la excursión a la Cascada Morgan y la cafetería iluminada que eligió el señor Vance me volvieron a la mente entremezcladas en un único escenario. La Madre está de pie, dándome la espalda, contemplando la bruma de la cascada. Sin embargo, yo no la estoy mirando desde el banco de madera de la mesa de pícnic, sino desde la mesa de la cafetería del señor Vance. Y pese a que no veo al señor Vance, sí oigo sus desagradables palabras provenientes del pasillo. Entretanto, por encima de la Madre y la cascada, se han acumulado las nubes, las mismas nubes

oscuras que se acumularon la mañana en que el Sol salvó a Josie, y vuelan los pequeños cilindros y pirámides arrastrados por el viento.

Sé que no estoy en un estado de confusión, porque si quisiera, podría desligar cada recuerdo de los demás y recolocar cada uno en su verdadero contexto. Además, incluso cuando me vienen a la cabeza esos recuerdos entremezclados, sigo siendo consciente de los toscos bordes que separan —como si los hubiera creado un niño impaciente desgarrando con los dedos en lugar de recortarlos pulcramente con unas tijeras— por ejemplo a la Madre en la cascada de la mesa de la cafetería en la que estoy sentada. Y si mirase de más cerca las nubes oscuras, descubriría que, de hecho, no están a escala en relación con la Madre o la cascada. Aun así, esos recuerdos mezclados a veces me vienen a la cabeza de una manera tan vívida que durante largos momentos olvido que en realidad estoy sentada en el Depósito, sobre este suelo duro.

El Depósito es grande y desde mi lugar especial el único objeto alto que veo es una grúa a lo lejos. El cielo es inmenso y si Rick y yo cruzásemos una vez más los campos del señor McBain —sobre todo ahora que la hierba está segada— el cielo que veríamos sería como este. Que el cielo sea inmenso significa que puedo contemplar sin ningún impedimento el recorrido diario del Sol e, incluso los días nublados, sé siempre dónde está.

Cuando llegué aquí por primera vez pensé que el Depósito estaba descuidado, pero he llegado a apreciar su particular orden. Con el tiempo me he dado cuenta de que la primera impresión se debió a que muchos de los objetos que hay aquí tienen un aspecto descuidado, con restos de cables cortados colgando o con rejillas abolladas. Si se observa con más atención, queda claro lo duro que han trabajado los encargados del Depósito para colocar cada pieza de maquinaria, contenedor o bulto en filas ordenadas, de modo que el visitante que recorra los largos pasillos que se han creado —aunque tenga que andar con cuidado para no tropezar con alguna barra o algún cable pueda ir viendo los objetos uno a uno.

Debido al amplio cielo y a la ausencia de objetos altos, detecto enseguida la presencia de visitantes en el Depósito. Diviso sus siluetas, aunque estén muy lejos y no sean más que pequeñas formas moviéndose entre las hileras. Pero los visitantes no son frecuentes, y cuando oigo voces humanas, casi siempre son las de los trabajadores que se llaman unos a otros.

A veces algunos pájaros descienden desde el cielo, pero no tardan en descubrir que en el Depósito no hay apenas nada que les interese. No hace mucho, una bandada de pájaros oscuros descendió en elegante formación para posarse sobre unas piezas de maquinaria no muy lejos de mí, y por un momento pensé que podían ser los pájaros de Rick, que él hubiera enviado para observarme. Pero obviamente no eran los pájaros de Rick, sino unos naturales, y se quedaron un rato posados tranquilamente sobre la maquinaria, inmóviles pese a que el viento hacía ondular sus plumajes. Y de pronto todos reemprendieron el vuelo a la vez.

Por aquellos mismos días, un amable trabajador se detuvo ante mí y me comentó que había tres AA en la parte sur y dos en el centro. Me dijo que, si quería, podía trasladarme a una de esas zonas. Pero yo le respondí que estaba contenta con mi sitio especial y él asintió y se marchó.

Hace unos días se produjo un incidente muy especial.

Aunque no soy capaz de moverme de un sitio a otro, sí puedo girar la cabeza con facilidad para ver lo que tengo alrededor. De modo que hacía ya un rato que era consciente de la presencia de un visitante con abrigo largo a mi espalda. En una ocasión, al volverme, la figura ya estaba a media distancia y pude ver que se trataba de una mujer y que llevaba colgando del cuello una bolsa de lona. Cada vez que se inclinaba para examinar algún objeto, la bolsa se balanceaba ante ella. Como la tenía detrás, no podía observarla de forma continuada, y durante un rato —tal vez porque me vino a la cabeza otro recuerdo— me olvidé de ella. De pronto oí un ruido y vi que tenía justo delante a la visitante del abrigo largo. Y ya antes de

que se inclinase para mirarme la cara, reconocí a Gerente y me invadió la felicidad.

—Klara. ¿Verdad que *eres* Klara?

—Sí, por supuesto —dije, sonriéndole.

—Klara. Qué maravilla. Espera un momento. Deja que traiga algo para sentarme.

Volvió arrastrando una pequeña caja de metal que hacía un ruido muy desagradable al desplazarla por el suelo. Cuando la colocó delante de mí y se sentó, pude ver su rostro con claridad pese a la amplia franja de cielo que tenía detrás.

—Tenía esperanzas de encontrarte aquí. En una ocasión, hace ya casi un año, encontré en este depósito a un AA que me llamó la atención y por un momento pensé que eras tú, Klara. Pero resultó que no. Sin embargo, esta vez sí que eres tú. Me alegro mucho.

—Me alegro de volver a ver a Gerente.

Ella continuó sonriéndome. Y dijo:

—Me pregunto qué estarás pensando ahora mismo. Volver a verme después de tanto tiempo. Debes de estar desconcertada.

—Solo siento felicidad por volver a ver a Gerente.

—Dime, Klara, ¿todos estos años, me refiero hasta que te trajeron aquí, todos estos años has estado con las personas con las que saliste de la tienda? Discúlpame por preguntártelo, pero es que ya no tengo acceso fácil a este tipo de información.

—Sí, por supuesto. Estuve todo el tiempo con Josie. Hasta que se marchó a la universidad.

—Así que fue un éxito. Una casa exitosa.

—Sí. Creo que di un buen servicio y evité que Josie se sintiera sola.

—Seguro que sí. Estoy convencida de que, estando tu allí, apenas llegó a conocer el significado de la palabra soledad.

—Eso espero.

—¿Sabes, Klara? De todos los AA que tuve a mi cargo, tú fuiste sin duda la más excepcional. Tenías una percepción inusual. Y capacidad de observación. Me di cuenta de inmediato. Me alegra

saber que todo fue bien. Porque nunca se sabe, incluso con capacidades tan remarcables como las tuyas.

—¿Gerente todavía tiene AA a su cargo?

—No. Oh, no. Eso se acabó hace tiempo. —Miró a su alrededor y volvió a sonreír—. Por eso me gusta venir aquí de cuando en cuando. A veces también voy al depósito de Memorial Bridge. Pero este es el que más me gusta.

—¿Gerente viene… solo para buscar a AA de su tienda?

—No solo por eso. Me gusta recoger pequeños recuerdos. —Dio una palmada a su bolsa—. No nos permiten llevarnos nada importante. Pero no les importa que cojamos cosas pequeñas. Los trabajadores del depósito ya me conocen. Pero tienes razón. Siempre que vengo, tengo la esperanza de encontrarme con alguno de mis antiguos AA.

—¿Se ha encontrado alguna vez con Rosa?

—¿Rosa? Sí, de hecho sí. La encontré aquí, hará al menos dos años. A Rosa las cosas no le fueron tan bien como a ti.

—¿No le gustó su adolescente?

—No fue exactamente eso. Pero no tienes que preocuparte. Olvídate de Rosa. Cuéntame cosas de ti. Tenías unas habilidades tan especiales… Espero que tu niña las supiera apreciar.

—Creo que lo hizo. Todos en la casa fueron muy amables conmigo. Aprendí muchísimas cosas.

—Recuerdo el día en que te eligieron. La mujer te puso a prueba pidiéndote que caminases como su hija. Eso me inquietó. Después de que te marcharas, no dejé de pensar en ello.

—Gerente no tenía por qué preocuparse. Fue la mejor casa para mí. Y Josie fue la mejor adolescente.

Gerente permaneció en silencio, mirándome y sonriendo. Así que continué:

—Hice todo lo que estuvo en mi mano para hacer feliz a Josie. Últimamente pienso mucho en eso. Y, de haber sido necesario, podría haber continuado a Josie. Pero es mucho mejor lo que ha acabado sucediendo, aunque Rick y Josie ya no estén juntos.

—Klara, estoy segura de que tienes razón. Pero ¿a qué te refieres con lo de «continuar a Josie»? ¿Qué quiere decir eso?

—Gerente, puse todo mi empeño para aprender cada detalle de Josie, y si hubiera llegado a ser necesario, me habría esforzado al máximo. Pero no creo que hubiese funcionado tan bien. No porque yo no hubiera llegado a alcanzar una gran precisión. Pero por mucho que lo hubiese intentado, ahora creo que siempre habría habido algo imposible de imitar. La Madre, Rick, Melania Sirvienta, el Padre… Yo nunca habría llegado a colmar lo que ellos sentían en sus corazones por Josie. Ahora estoy segura de eso, Gerente.

—Bueno, Klara. Me alegro de que te haya quedado la sensación de que todo salió lo mejor posible.

—El señor Capaldi consideraba que no había nada especial en el interior de Josie a lo que yo no pudiera dar continuidad. Le dijo a la Madre que lo había buscado con insistencia y nunca había dado con nada parecido. Pero ahora estoy convencida de que estaba buscando en el lugar equivocado. Sí que había algo muy especial, pero no estaba en el interior de Josie. Estaba en el interior de quienes la querían. Por eso ahora creo que el señor Capaldi estaba equivocado y que yo no habría logrado llevar a cabo lo que él pretendía. De modo que me alegro de haber actuado como lo hice.

—Seguro que sí, Klara. Es esto lo que me gusta oír cuando me vuelvo a encontrar con alguno de mis AA. Que estáis satisfechos de cómo fue todo. Que no lamentáis nada. ¿Sabes que hay algunos B3 por ahí, en la otra punta? No son de nuestra tienda, pero si quieres tener compañía, puedo pedirle a alguno de los operarios que te traslade.

—No, gracias, Gerente. Es usted tan amable como siempre. Pero me gusta este sitio. Y tengo mis recuerdos para irlos repasando y poniéndolos en orden.

—Supongo que es una sabia decisión. Jamás hubiera hecho este comentario en la tienda, pero nunca sentí por los B3 lo que sentía por tu generación. Siempre he creído que los clientes sentían algo parecido. Nunca se encariñaron de los B3, por muchos avances

técnicos que incorporaran. Klara, me alegro de haberte encontrado. He pensado en ti muchas veces. Fuiste una de las mejores que jamás tuve a mi cargo.

Se levantó y la bolsa volvió a bambolearse ante ella.

—Gerente, antes de que se marche, debo comentarle una cosa más. El Sol siempre se portó muy bien conmigo. Se portó muy bien conmigo desde el principio. Pero cuando estaba con Josie hubo una ocasión en que se portó particularmente bien. Quería que Gerente lo supiese.

—Sí, Klara, estoy segura de que el Sol siempre se portó bien contigo.

Mientras pronunciaba estas palabras, Gerente se volvió hacia el amplio cielo a su espalda, se protegió los ojos con una mano y durante unos instantes las dos miramos al Sol. Después se giró hacia mí y me dijo:

—Tengo que marcharme. Bueno, Klara, adiós.

—Adiós, Gerente. Gracias.

Se inclinó sobre la caja metálica en la que se había sentado y la arrastró hasta su sitio, produciendo el mismo ruido desagradable. Después se alejó por el largo pasillo entre dos hileras, y era muy evidente que caminaba de un modo distinto a como lo hacía en la tienda. Cada dos pasos, se inclinaba tanto hacia la izquierda que me inquietó que acabara arrastrando el largo abrigo por el suelo sucio. Cuando ya se había alejado un poco, se detuvo y se volvió, y pensé que tal vez me miraría por última vez. Pero miró a lo lejos, en dirección a la grúa en el horizonte. Y después siguió su camino.



KAZUO ISHIGURO (Nagasaki, 1954) es un escritor británico nacido en Japón. Su familia se trasladó a Inglaterra (su padre, oceanógrafo de profesión, empezó a trabajar en plataformas petrolíferas del Mar del Norte) cuando él tenía seis años, siendo ciudadano británico a todos los efectos. Se graduó por la Universidad de Kent en 1978, haciendo después un posgrado de Literatura Creativa en la Universidad de East Anglia.

Aunque varias de sus novelas están ambientadas en el pasado, como por ejemplo *An Artist of the Floating World* (*Un artista del mundo flotante*, 1986, en donde la acción se sitúa en su ciudad natal en los años posteriores al bombardeo atómico de la misma de 1945), ha cobrado relevancia como escritor de ciencia ficción. En *Never Let Me Go* (*Nunca me abandones*, 2005) la historia transcurre en un mundo alternativo, similar pero distinto, al nuestro, durante los postreros años 90 del siglo xx.

Sus novelas están escritas en primera persona y los narradores con frecuencia muestran el fracaso humano. La técnica de Ishiguro permite que estos personajes revelen sus imperfecciones de manera implícita a lo largo de la narración, creando así un patetismo que permite al lector observar los defectos del narrador al mismo tiempo que simpatiza con él.

Ha sido merecedor de numerosos premios, entre los que hay que mencionar el premio Booker de 1989 por *The Remains of the Day* (*Los restos del día*, 1989, aunque ha estado nominado a dicho premio en varias ocasiones más), así como la Orden de las Artes y las Letras por parte del Ministerio de Cultura de la República Francesa. El Premio Nobel de Literatura en 2017 y el Premio Whitbread (mejor autor novel británico del año) y su obra ha sido traducida a 28 idiomas.

Table of Contents

Klara y el sol
Primera parte
Segunda parte
Tercera parte
Cuarta parte
Quinta parte
Sexta parte
Sobre el autor